Alaska, Olvido Gara Jova, nace en 1963 en México D.F., hija de cubana y republicano español exiliado. En 1973, su familia se traslada a vivir a Madrid y a los catorce años forma con Carlos G. Berlanga y Nacho Canut su primer grupo, Kaka de Luxe, donde toca la guitarra eléctrica. En 1978 se forma Alaska y los Pegamoides, y pasa a ser su cantante. Graban su primer sencillo en 1980, *Terror en el hipermercado*. Ese mismo año se estrena la primera película de Pedro Almodóvar, *Pepi, Lucy, Bom y otras chicas del montón*, donde Alaska interpreta a una quinceañera punk y lesbiana. En 1982 llega el éxito masivo con *Bailando*. Los Pegamoides se disuelven y Alaska sigue con Nacho y Carlos en Dinarama. Al mismo tiempo se va convirtiendo en un personaje mediático y triunfa con canciones como *Ni tú ni nadie, ¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?* y posteriormente *¿A quién le importa?*

Lolo Rico la llama en 1984 para presentar el programa de TVE *La bola de cristal*, que estuvo en pantalla hasta 1988. Alaska diversifica su trabajo y desde entonces y hasta el presente se dedica con igual ahínco a la música, la televisión, la interpretación y las colaboraciones en prensa y radio. Dinarama se separan en 1990 y forma junto a Nacho, Fangoria, grupo que permanece hasta el día de hoy y con el que obtuvieron recientemen-

(sigue en la segunda solapa)

Diseño de la cubierta: Jordi Salvany
Fotografía de la cubierta: Nines Mínguez
Fotografías del interior: Cover

Primera edición: Octubre de 2003

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Todos los derechos reservados.

© 2003, Olvido Gara
© 2003, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Paseo de Recoletos, 4. 28004 Madrid
ISBN: 84-270-2977-2
Depósito legal: M. 41.516-2003
Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Gráficas Rógar, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

Dedicatoria 11
Introducción 15

1. TRANSGREDIENDO LA ESPECIE 19
Las huellas de Eva 20
Lucy 21
Vicky, Sarah, Matada, Panbanisha, Washoe, Koko, Lucy, Marianne, Susie y la mona Cheetah 25
Transgredamos la especie 34

2. TRANSGREDIENDO LA CIENCIA 39
Las primatólogas 39
Entrometidas en el mundo científico 51
Entrometidas en el mundo de la enseñanza 68

3. TRANSGREDIENDO EL PODER 73
Transgresión de fronteras culturales 73
Transgrediendo el poder en la Antigüedad 79
Transgrediendo el poder en la Edad Media 89
Transgrediendo el poder en la Historia Moderna 98
El poder en el mundo contemporáneo 102
Transgrediendo el poder luchando junto a los hombres 104

4. TRANSGREDIENDO EL ARTE 109
Transgrediendo desde la Literatura 110
El amor cortés y las novelas de caballerías 110
La novela gótica y la revolución romántica ... 114
Transgrediendo desde la Música 119
Desde el principio 119
Desde México 122
Desde España 126
Desde Londres 131
Desde Nueva York 134
Transgrediendo desde el Arte 136
Transgrediendo desde la interpretación 156
El escenario 157
Hollywood 162
Estrellas más allá de la interpretación 170
Encueratrices, cabareteras, showgirls, exóticas, strippers, vedettes, starlettes y misses 179

5. TRANSGRESIÓN DESDE EL ESPÍRITU 187
La diosa prehistórica 187
Las diosas paganas 189
Isis 189
Ishtar 190
Perséfone 191
Vesta 192
El chamanismo 193
María Sabina 194
Figuras demoníacas, hechiceras, vírgenes, santas y visionarias 196
Hildegarda de Bingen 200
Santa Teresa de Jesús 200
Sor Juana Inés de la Cruz 203
Esperanza Ridruejo 204
La revolución espiritual de finales del siglo XIX ... 206
Madame Blavatski 208

6. TRANSGRESIÓN DEL CUERPO Y BELLEZA 211
Nuevos patrones de belleza 212
Técnicas de transformación 215
Cosmética 216
Vestimenta 218
Adorno personal 228
Ejercicio 229
Cirugía estética 233
El cuerpo monstruoso como paradigma de belleza 237

3. TRANSGREDIENDO EL PODER 73
Transgresión de fronteras culturales 73
Transgrediendo el poder en la Antigüedad 79
Transgrediendo el poder en la Edad Media 89
Transgrediendo el poder en la Historia Moderna 98
El poder en el mundo contemporáneo 102
Transgrediendo el poder luchando junto a los hombres 104

4. TRANSGREDIENDO EL ARTE 109
Transgrediendo desde la Literatura 110
El amor cortés y las novelas de caballerías 110
La novela gótica y la revolución romántica ... 114
Transgrediendo desde la Música 119
Desde el principio 119
Desde México 122
Desde España 126
Desde Londres 131
Desde Nueva York 134
Transgrediendo desde el Arte 136
Transgrediendo desde la interpretación 156
El escenario 157
Hollywood 162
Estrellas más allá de la interpretación 170
Encueratrices, cabareteras, showgirls, exóticas, strippers, vedettes, starlettes y misses 179

5. TRANSGRESIÓN DESDE EL ESPÍRITU 187
La diosa prehistórica 187
Las diosas paganas 189
Isis 189
Ishtar 190
Perséfone 191
Vesta 192
El chamanismo 193
María Sabina 194
Figuras demoníacas, hechiceras, vírgenes, santas y visionarias 196
Hildegarda de Bingen 200
Santa Teresa de Jesús 200
Sor Juana Inés de la Cruz 203
Esperanza Ridruejo 204
La revolución espiritual de finales del siglo XIX ... 206
Madame Blavatski 208

6. TRANSGRESIÓN DEL CUERPO Y BELLEZA 211
Nuevos patrones de belleza 212
Técnicas de transformación 215
Cosmética 216
Vestimenta 218
Adorno personal 228
Ejercicio 229
Cirugía estética 233
El cuerpo monstruoso como paradigma de belleza 237

7. TRANSGRESIÓN DE SEXO Y GÉNERO 245
Más allá del feminismo 245
Protofeminismo 245
Los años sesenta 249
Los años setenta 251
Los años ochenta 255
Los años noventa 261
El feminismo lésbico 264
Transgrediendo el sexo biológico 273
Mujeres que visten como hombres 273
Antecedentes etnográficos del travestismo 280
Travestis y transexuales 282
Biología transexual 301
Teoría crítica transexual 304

Bibliografía consultada 313
Índice onomástico 323

DEDICATORIA

Quiero dedicar este libro a las personas que de alguna manera son culpables directamente de su existencia:

A Pablo Álvarez, por confiarme su redacción, por su tranquilidad en la espera y su inmenso sentido de la libertad de creación.

A los autores mencionados en la bibliografía consultada, porque sin su trabajo yo no hubiera aprendido nada.

A mi madre y mi abuela, por ser ejemplos que debería imitar más a menudo. A mi padre, que estaría orgulloso.

A Pito y Ana por infundirme confianza para escribir y para empezar a publicar artículos.

A Albert Hofmann y Alexander Shulgin por trabajar sobre esas sustancias que abren mi mente a estados superiores. Y a Antonio Escohotado por acercarme a la praxis.

A Ion de la Riva y Jesús del Río por ser un incentivo intelectual y espiritual constante y por la unión de la amistad verdadera.

A José María Poveda y Divi, por creer en mí para colaborar en sus proyectos y por ser la esencia de Lo Positivo.

A Pedro Pastor, por ser el insistente profesor de matemáticas que facilitó mi acceso a la universidad.

A mis compañeros de la UNED por compartir apuntes, información e ilusión.

A los profesores que han conseguido mi admiración y respeto con sus clases: Francisco Samaranch Kirner, Antonio Fernández, Ana M.ª Vázquez Hoys, Lola Morales Muñiz, a mi profesor de Prehistoria Mario Menéndez y a Eduardo García por incluirme en el maravilloso mundo del trabajo de laboratorio.

A la catedrática Victoria Cabrera por darme la primera oportunidad de experimentar la pasión del trabajo de campo.

A Eudald Carbonell y José María Bermúdez de Castro por su simpatía y benevolencia al permitirme excavar de manera simbólica en Atapuerca.

Al doctor Enrique Monereo, por imponer su buen juicio cada vez que le pido una alteración corporal. Por lo mismo, a los doctores Juan y Javier Canut.

A Arakis por su sentido del Humor y del Arte.

A Juan Pedro por compartir mis ideales estéticos y por haber hecho un *Walk on the Wild Side* con las travestis de Barcelona.

A Jorge Cruz porque no hay lugar como el Spartacu's para sumergirse en el Universo Travesti. ¡Viva México!

A la Plástica, la Prohibida y la Baker, porque gracias a lo que viví con ellas en nuestras giras por España conozco lo dura que es la existencia de las transformistas clásicas, las travestis y las exploradoras del universo femenino. A Pedro Munster, que

intentó domarlas con muy poco éxito. A Chris, Rafa y Floren, que compartieron cada minuto de la Gira Travesti. A Ricardo, Alejandro y César, que llegaron tarde; no sabéis lo que os perdisteis.

A Susi Pop, que no es hombre, ni mujer, ni travesti, ni falta que le hace. Es mi niña.

A Nacho Canut, por ser un genio que estimula hasta la mente menos privilegiada. Y por saber esperar cada vez que me embarco en una aventura como ésta.

A los fans fatales que aceptan con resignación mi falta de tiempo para hacer las cosas a un determinado ritmo.

A los amigos que también me esperan. Nos vemos en la Sede Social de SVF6, siempre tan bien atendida por José Luis y Quique, anfitriones de lujo.

Y, sobre todo, a Mario, por la paciencia, la dedicación y el amor. Simplemente por ser como es. Aunque claro, es un hombre maravilloso que reconoce haber sido educado en un matriarcado soterrado de mujeres excepcionales, M.ª Ángeles, Marta, Elena, Luisa, Cuca..., muy bien acompañadas, eso sí, por Ángeles, Jorges y abuelos con historias sin fin.

INTRODUCCIÓN

«Transgresión: quebrantar, violar un precepto, ley o estatuto.»
Diccionario de la Real Academia Española

Cuando comencé a plantearme este libro mi primer impulso fue recoger la biografía de una docena de mujeres. Cada vez que hablaba del proyecto con alguien salían a relucir nombres y opiniones muy diversas, tanto de lo que suponía la transgresión en sí misma como de las mujeres que debían figurar como transgresoras. «Tienes que mencionar a ésta..., cómo, ¿que no vas a decir nada de esta otra?..., ¿conoces a fulana?..., pues a mí me parece que ésa no fue nada transgresora...» Me di cuenta de que éste es un libro universal que cambia en función del autor, de su interpretación de lo que es la transgresión y de las filias y fobias de cada uno.

Para ganar en tranquilidad, dejé de hablar del proyecto y fui consultando la bibliografía de las candidatas, que cada día

aumentaban. Así cambió la idea original del escrito y se convirtió en lo que es hoy. Todas las heroínas que aparecen en él están presentes en esos libros que se amontonan en las estanterías de mi biblioteca. Prácticamente me he limitado a levantar la cabeza de la mesa y consultar el material que ya tengo, apenas he buscado un poco más allá para completar algún argumento. Pensé que si hacía una búsqueda exhaustiva estaría traicionando el propósito de esta obra. La enfoqué de mil maneras distintas, como un trabajo de estudio, como una pequeña tesis doctoral. Al final llegué a una conclusión: no soy más que una estudiante de Historia, una antropóloga *amateur,* y una *entertainer* con el deber de ofrecer un libro ameno y de fácil lectura. Por eso estas páginas parten finalmente de mi biografía personal. Cada elección ha ido determinada por mis influencias, por mi perfil. Está lleno de omisiones voluntarias de mujeres célebremente transgresoras que no me interesan. También hay omisiones involuntarias, mujeres que ignoro que existen y que seguramente me hechizarían. Me he dado cuenta de la carga de mi propia cultura, de las bases que la conforman, para lo bueno y para lo malo (occidental, eurocéntrica, anglófila, blanca, de clase acomodada, underground y contracultural). Es lo que soy. Y eso es lo único interesante y distinto que puedo aportar. Cualquier otro habría hecho un libro totalmente diferente. Pero éste es mío, con todas sus consecuencias.

He decidido empezar y terminar por los planteamientos más polémicos, mi contribución personal al concepto de transgresión. En esos dos capítulos me he permitido introducir como mujeres transgresoras a hembras de otras especies y a mujeres que en realidad nacieron hombres. Estoy dispuesta a defender hasta el agotamiento su inclusión, que revela algunas de mis preocupaciones, como los derechos de los animales y los de travestis y transexuales. A modo de sándwich, lo que hay entre estos capítulos son apuntes biográficos que se pueden completar con la bibliografía. Mi interés no se ha centrado en ofrecer vidas completas, sino en relacionar a distintas mujeres entre sí. Trabajé durante dos años en la búsqueda de datos para finalmente escribir el libro en un período de tiempo muy corto, como una reflexión dictada al ordenador. Sin duda no tendría la visión que ofrezco de las mujeres y de la transgresión de no haber sido educada por una especie de matriarcado soterrado formado por mi madre, mi abuela y las historias de las mujeres de su familia. Crecí admirando a mi abuela y sus hermanas, educadas en una plantación cubana por un tutor francés amigo de Victor Hugo. Expertas pianistas, lectoras ávidas en tres idiomas, pero también jugadoras de póker, amazonas intrépidas y fumadoras empedernidas. Nunca las educaron para servir a un hombre. También puedo imaginar a mi madre en los años cincuenta, bailando en los cabarets con sus novios o sus amigos gays, de un local a otro, amaneciendo al sol de La Habana con vestido de noche y guantes largos (dice que tenemos mucha suerte porque ahora al salir de un after no llamamos tanto la atención porque se nota menos que llevamos la ropa de la pasada velada). Sin duda tampoco sería como soy si no hubiera nacido en México, porque sus mujeres me fascinaron desde pequeña y han tenido gran influencia en mi carácter y sentido de la estética. Supongo que admiro cierta fuerza de temperamento de la que carezco. Las tardes

pasadas de niña en la casa de Xochimilco de Dolores Olmedo me acercaron a una mujer por la que sentí veneración, hasta el punto que uso el perfume al que ella olía, Shalimar de Guerlain. En mi camino de preadolescente se cruzó Bowie y con él el descubrimiento y la aceptación de la ambigüedad y la diversidad sexual, de género y de imagen. Desde entonces vivo en el *ambiente* y he de reconocer que me han criado muy bien. Después vino el Punk con su consigna de «Háztelo tú mismo» y la belleza de lo que se supone que no es bello. El Afterpunk, lo Gótico y lo Siniestro me abrieron las puertas de la Edad Media y del Romanticismo, y recordé que siempre había querido estudiar Historia. Las novelas medievales me trasladaron a un mundo interior donde encontré una espiritualidad austera regada por la lectura de la Mística castellana. De ahí a ascender a estados alterados de conciencia hubo un paso, más bien un empujón, dado gracias a las sustancias sagradas que existen para ese fin. Eso despertó mi interés por la Antropología, la Psicología, la Etología, la Evolución..., pero finalmente me matriculé en la universidad para estudiar Historia, y allí descubrí que la Prehistoria englobaba todas esas pasiones. De todo esto hay entre estas páginas.

I

TRANSGREDIENDO LA ESPECIE

«De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás porque el día que comieres de él, morirás sin remedio.»

GÉNESIS 2-17

Respondió la mujer a la serpiente: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte.»

Respondió la serpiente a la mujer: «De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.»

GÉNESIS 3-2

«Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás a los hijos.»

GÉNESIS 3-16

Las huellas de Eva

En 1976 la arqueóloga y paleoantropóloga Mary Leakey excavaba en el yacimiento de Laetoli, una llanura al norte de la Garganta de Olduvai, cerca del Parque Nacional del Serengeti. Tenía la convicción de que la zona escondía numerosos fósiles. No tardó en encontrar los restos de unos homínidos (antepasados del hombre) que aún tardarían en clasificar, pues no podían encuadrarse dentro de los parámetros establecidos para otras especies del género Homo encontradas en África. Fue en 1977 cuando desenterró su descubrimiento más importante, conocido como las «huellas de Laetoli».

Hace unos 3,6 millones de años los volcanes que crearon el Valle del Rift permanecían en actividad. Las cenizas expulsadas formaban un barro en la estación de lluvias, un cemento en el que quedaban grabadas las huellas de las criaturas que lo pisaban. Las erupciones sucesivas cubrían la capa anterior, ocultando las impresiones que posteriormente se fosilizaron. Mary Leakey encontró entre las cenizas escupidas por el volcán Sandimán las huellas de veinte especies de animales diferentes. Pero lo más importante fueron los veintidós metros de pisadas *humanas*. Tenían un talón bien formado, arco fuerte y un pulgar alineado con el pie, o sea, que sus características eran modernas. El ser que había caminado sobre las cenizas volcánicas tenía una postura bípeda bastante eficiente, prácticamente como nosotros. Estos primates caminaban erguidos. Tras ser cuidadosamente excavadas, las casi cien huellas revelaron que pertenecían a tres individuos, uno más grande, uno más pequeño y probablemente

un niño. El patrón de las huellas es muy confuso, pero con el tiempo los antropólogos han encontrado una explicación. Hay dos rastros paralelos, el derecho corresponde a los dos adultos; uno (la mujer, más pequeña) camina sobre los pasos del mayor (el hombre), seguramente asido a sus caderas. El niño camina a la izquierda agarrado a su mano. Por el tamaño de las pisadas, se cree que los adultos medían entre 1,20 y 1,50 metros de estatura.

Con la datación geológica proporcionada por la capa de cenizas volcánicas se abría un debate sobre la antigüedad de nuestros antepasados, que quedaba probada entre los 3,7 y 3,4 millones de años. Cuando los paleontólogos desentierran un fósil lo comparan con descubrimientos anteriores para determinar la especie a la que pertenecen. Unas veces las cosas cuadran, y otras no. Esos restos singulares tienen que ser estudiados hasta concluir si se considera que conforman una especie nueva y distinta, un nuevo género. Así ocurrió recientemente con los restos de *Homo antecessor* hallados por el equipo que excava el yacimiento de Atapuerca. Y así ocurrió con los fósiles hallados en Laetoli, que sin duda pertenecieron a esos mismos antepasados nuestros que dejaron sus huellas al huir de las erupciones volcánicas.

Lucy

Tres años antes de que Mary Leakey encontrara las huellas de Laetoli, Don Johanson excavaba en Hadar, Etiopía, en el cen-

tro del desierto de Afar. El yacimiento es el antiguo lecho de un lago seco y lleno de sedimentos. En noviembre de 1974 descubrió el 40 por ciento de un esqueleto perteneciente a una misma criatura. En principio le pareció demasiado pequeño, aunque su anatomía se correspondía con la de un homínido. Así fueron apareciendo el brazo, la mano, la parte posterior del cráneo, el fémur, el sacro, costillas, parte de una pelvis..., precisamente el hueso pélvico completo fue el que reveló que se trataba de una hembra de homínido. La abertura pélvica es proporcionalmente más grande en las hembras que en los machos para poder dar a luz. Y para parir hijos con cerebros grandes es mayor en los homínidos (nuestros antepasados extintos) y los humanos actuales que en el resto de los primates (familia a la que pertenecemos hombres y monos). Además, la articulación de la rodilla demostraba que caminaba erguida. Las reticencias sobre la existencia del bipedismo primitivo quedaban contestadas definitivamente. El esqueleto era diferente a todo lo descubierto anteriormente. La mandíbula era extraña, diferente a la nuestra, en forma de «V». Apenas superaba el metro de altura, aunque ya le habían salido las muelas del juicio, que comenzaban a sufrir desgaste. El estudio de sus huesos reveló que padecía un principio de artritis. Así que el equipo de arqueólogos se encontraba ante los restos de una joven adulta que seguramente era uno de nuestros antepasados extinguidos más antiguos. Esa noche en el campamento, mientras celebraban el descubrimiento, no paraba de sonar en un viejo radiocasete la canción de los Beatles, *Lucy in the sky with diamonds*. Así es como la joven misteriosa pasó a llamarse Lucy.

Desde entonces es uno de los casos mejor estudiados, gracias a la buena conservación de sus restos y a que se han hallado una buena parte de los mismos. Por todo ello sabemos que su cerebro era del tamaño del de un chimpancé y que seguramente se comunicaría a través de sonidos y gestos, pero que no podía pronunciar palabras al no tener las estructuras anatómicas necesarias para hablar, como ocurre actualmente con todas las especies de primates, excepto con los humanos. Su esqueleto es muy parecido al de los bonobos (erróneamente llamados «chimpancés enanos»). Carecía de barbilla. Tenía una pelvis ancha, como todas las hembras de homínido. Además de los huesos de las piernas, otro rasgo que permite atribuirle una locomoción bípeda es la posición del *foramen magnum*, el orificio de la base del cráneo por donde sale la médula espinal y se inserta la columna vertebral, en disposición vertical en los bípedos. En los animales que no caminan erguidos, este orificio no está alineado mientras que en los bípedos se sitúa en posición vertical. Al año siguiente aparecieron más de doscientos fragmentos de esqueleto pertenecientes al menos a trece individuos. Eran algo mayores que Lucy, pero sin duda de la misma especie. Don Johanson sospechó que también estaban emparentados con los fósiles hallados por Mary Leakey en Laetoli. Los restos de Hadar se fecharon mediante sistemas de datación radiomagnética, por isótopos radioactivos de potasio-argón, dando una antigüedad de entre 3,7 y 3,3 millones de años.

Johanson estableció una nueva especie para encuadrar los hallazgos de ambos yacimientos y la llamó Australopithecus afa-

rensis. Nuestros antepasados evolucionaron en los árboles, eran animales capaces de agarrarse y saltar. Las teorías de cómo un primate acostumbrado a vivir en los árboles abandona esta vida por otra en el suelo son varias. Unas sostienen que el bipedismo se desarrolló como consecuencia de la adaptación a un nuevo medio; otras, que el cambio de hábitat fue posterior a la adquisición de la postura erguida.

Los Australopithecus afarensis seguramente sufrieron en su hábitat la presión demográfica causada por el retroceso de la selva frente a la expansión de la sabana. Sus brazos eran largos todavía, con los huesos algo curvos, lo que hace suponer que pasarían parte del tiempo en los árboles. Aún no tendrían una locomoción bípeda tan conseguida como la humana, pero sí lo bastante para que se hubiera estrechado el canal del parto. Nunca se han encontrado herramientas asociadas a especies anteriores al *Homo habilis,* de entre 2 y 1,5 millones de años de antigüedad, llamado así precisamente por considerarse que es el constructor del primer útil de piedra. Así que los congéneres de Lucy carecían de herramientas. Se especula sobre si comían carne, pero seguramente practicaban el carroñeo. ¿Qué fue antes, el desarrollo de nuevas técnicas de supervivencia o el desarrollo del cerebro que permitió adquirirlas?

Se han citado varias ventajas del bipedismo: poder levantarse para coger frutos de los árboles mientras se camina; para ver por encima de las hierbas altas de la sabana; dejar las manos libres para transportar objetos y desarrollar herramientas; la verticalización del cuerpo regula la temperatura

corporal de forma más eficiente..., pero ningún investigador (quizá porque la mayoría han sido hombres) se ha parado a reflexionar que, entre tantas ventajas, había una desventaja, que además se perfila como la primera desventaja de género, ya que sólo implica a las hembras: el estrechamiento del canal del parto, que, unido al nacimiento de crías con el cerebro cada vez más grande, supone una experiencia más peligrosa y dolorosa para las mujeres que para el resto de nuestras hermanas primates.

Así que, de forma simbólica, nuestra Lucy, como la Eva bíblica, había transgredido el mandamiento divino. Se había puesto de pie y había alcanzado el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Había dejado de ser un animal irracional para convertirse en una humana con consciencia y discernimiento. Y a cambio recibió el castigo divino que la distinguió del resto de las primates: «Parirás con dolor».

Vicky, Sarah, Matada, Panbanisha, Washoe, Koko, Lucy, Marianne, Susie y la mona Cheetah

Antes de que las ciencias del comportamiento se interesaran por los monos, muchas personas habían comprobado a nivel particular sus capacidades. A principios del siglo XX eran habituales mascotas entre las clases favorecidas. No había restricciones en la caza e importación de animales, se ignoraba la masacre que supone capturar a una cría viva (en el caso de los gorilas pro-

bablemente haya que matar a todo el grupo antes de que permitan el secuestro), así que los amantes de los monos disfrutaban de su posesión. Los porteros de Park Avenue debían de estar más que acostumbrados a tener a algún chimpancé como inquilino exótico. Los documentales que Martin y Osa Johnson realizaban sobre la vida salvaje crearon una imagen idílica de África que el cine recogió en las películas de Tarzán. Se puede decir que, a partir de la década de los treinta, Estados Unidos sufrió un delirio con África y los animales salvajes.

El director de cine John Huston adoraba a los animales (lo cual no le impidió ser un entusiasta de la caza). Entre sus mascotas hubo algún mono. El primero fue un capuchino con el que desarrolló una unión muy estrecha. Huston estaba fascinado por el comportamiento del animalito que le acariciaba el párpado con su dedito. Le gustaba pintar cuando su dueño lo hacía y besaba las fotos de otros monos. Murió en un accidente y Huston intentó varias veces más entablar una amistad parecida con otros capuchinos sin ningún éxito, comprendiendo que entre los animales existe también diferencia de carácter según los individuos. Más tarde le regalaron una chimpancé, China, que mantuvo con él una relación de dependencia muy exigente, no permitía perderle de vista. Tras causar grandes desperfectos en el piso que el director compartía con su mujer en una de las zonas más lujosas de Los Ángeles, Huston se fue a vivir con China a su rancho. Fue una de las razones del divorcio entre el cineasta y Evelyn Keyes. Más tarde China fue entregada al zoológico. Ése solía ser el destino final de las mascotas que crecían demasiado o no se comportaban como sus dueños esperaban de ellas.

Otro genial director de cine, el mexicano Emilio «Indio» Fernández, protagonizó una anécdota que llegó a la prensa. Tenía una monita que su hija rasuró con una afeitadora eléctrica, y por eso la llamó Mona Lisa. Cuando la mona murió, el director estuvo varios días recluido sin querer ver a nadie, derrumbado de tristeza. Un diario mexicano publicó que el Indio Fernández andaba desconsolado porque lo había dejado una artista que él llamaba Mona Lisa, y se comenzó a especular cuál de las famosas estrellas que frecuentaba sería la culpable de su desdicha.

Ya que nadie en mi familia ha sido entusiasta de los animales, mi madre dice que he heredado la devoción directamente de la tía de mi abuelo, Rosalía Abreu, una millonaria que mantenía en su finca de La Habana a cientos de animales salvajes en cautividad. Adoraba a los monos. Mi madre apenas la recuerda, porque mi abuela se negó a volver a visitarla después de que un gorila y no un mayordomo le pidiera amablemente su sombrero y sus guantes. Mi tía abuela lo sentaba a la mesa y salía a pasear con él por la ciudad en un descapotable de la época, causando más horror que admiración. Siempre he pensado que esta historia quizá no fuera más que una leyenda familiar, pero al preparar este libro he encontrado que la afición de mi tía abuela no sólo está documentada sino que fue conocida en medios científicos. El psicólogo Richard M. Yerkes visitó en 1924 la finca de La Habana para estudiar la «colección de monos Abreu» e investigar su comportamiento. Todavía a día de hoy, el Centro de Primates Yerkes de la Universidad de Atlanta es uno de los más prestigiosos del mundo. También he encontrado que en

1985 todavía vivía una mona nacida en 1930 en la casa de mi parienta; Bula era mencionada como una de las chimpancés más longevas de las que se tenía noticia.

A los humanos siempre nos ha fascinado el comportamiento de los simios por considerarlo muy parecido al nuestro, aunque durante mucho tiempo se pensó que esto era por pura imitación de los gestos. No ha sido hasta finales del siglo XX cuando se ha estudiado en serio tanto a los animales en libertad como en cautividad. Y las conclusiones de estas investigaciones han resultado sorprendentes incluso para los menos dispuestos a aceptar nuestro parentesco.

El orden de los primates pertenece a la clase de los mamíferos; a su vez se divide en especies, que se clasifican en subórdenes, entre los que se encuentra el de los primates superiores, que abarca a los monos, los grandes simios y los humanos y sus antepasados extintos. Todas las especies de primates evolucionaron a partir de un antepasado común. No descendemos del mono, SOMOS monos, y por lo tanto el resto de los primates, si bien no son de nuestra especie, son nuestros parientes más cercanos, especialmente los grandes simios (bonobos, chimpancés, gorilas y orangutanes), también llamados antropoides. Al tener un cerebro más pequeño que el nuestro se pensaba que existía una distancia insalvable entre el *Homo sapiens* y otros primates. Pero se ha demostrado que podemos aprender mucho de ellos, sobre todo de los simios antropoides, ya que el estudio comparativo de su comportamiento es básico para entender de forma global la evolución de la especie humana. Hagamos un repaso a lo que hoy se sabe. Los grandes simios

practican el altruismo, la cooperación y la selección por parentesco, y se piensa que este comportamiento fue fundamental en la evolución de las primeras sociedades humanas. Se ha observado que mantienen comportamientos de grupo ritualizados. Hace aproximadamente dos millones de años, el cerebro humano creció rápidamente y desarrolló nuevos sistemas de circuitos neurales. Apareció el instinto lingüístico para pronunciar series de palabras. Pero la pieza clave por la que los humanos podemos hablar está en el canal hipoglosal, el hueso tubular que utiliza un nervio que controla el movimiento de la lengua. Nuestros antepasados Homo y los Neandertales tenían uno parecido al nuestro. En cambio, los Australopithecus carecían de él. Por eso sabemos que Lucy no pronunciaba palabras. Pero era un animal social que como los simios actuales se comunicaba con los demás. Los simios utilizan un repertorio muy amplio de lenguajes no verbales, una parte de su vocabulario es innato y otros signos son adquiridos. Se piensa que la utilización de un sistema de lenguaje implica consciencia de uno mismo y de que el pensamiento de los demás puede ser distinto del nuestro. Cuando un niño humano nace su laringe está colocada en una zona alta de la garganta, lo que le impide pronunciar adecuadamente. Más adelante la laringe desciende hasta una posición adulta. En los simios no ocurre esa transición, pero se piensa que si tuvieran las condiciones físicas adecuadas podrían hablar, puesto que poseen capacidades lingüísticas, aplican una gramática básica. Es un punto en el que están de acuerdo psicólogos, biólogos y antropólogos, pero que es rebatido por algunos lingüistas como Noam Chomsky.

Dentro de una misma especie de primate, cada comunidad, e incluso cada individuo, puede tener sus propias estrategias, que se convierten en habilidades culturales que se transmiten al resto. Así, las adaptaciones individuales se convierten en diferencias culturales. En antropología se entiende por cultura el conjunto de tradiciones socialmente aprendidas, las reglas para actuar compartidas por los miembros de una sociedad. Y se entiende por sociedad al número de personas que comparten un hábitat común dependiendo los unos de los otros para su supervivencia. Por lo tanto hay que cuestionar el planteamiento que implica que sólo los humanos tenemos cultura.

Se han descubierto en los grandes simios capacidades que considerábamos exclusivas del hombre, como el uso y fabricación de útiles (conducta instrumental), que además implica relacionar objetos entre sí de forma espontánea estableciendo asociaciones intelectuales correctas. Se ha demostrado que los grandes simios tienen capacidad para la abstracción y el pensamiento simbólico, mienten y engañan para salirse con la suya, muestran intencionalidad en sus acciones. Se reconocen en un espejo. Su consciencia de sí mismos implica una noción de la idea de la muerte. Entienden las matemáticas básicas y tienen un concepto numérico elemental. Tienen aptitudes artísticas, perciben la forma y el color. Cuando pintan intentan centrar la imagen y desarrollan un estilo propio. Dejan de pintar cuando consideran que la obra está acabada y pueden completar el dibujo de formas simples. Se cree que valoran lo estético y les causa placer. Besan como nosotros, tienen sentido del humor, les gustan las

cosquillas, se ríen. También son xenófobos y capaces de actos genocidas. Y es que son nuestros parientes biológicos más próximos, con el chimpancé compartimos casi el 99 por ciento de nuestro ADN.

Hoy se cree que los grandes simios tienen una inteligencia equivalente a la de un niño de cuatro años de edad y capacidades cognitivas algo superiores a las de un individuo autista. Poseen inteligencia emocional y social. Como nosotros. Todo lo expuesto se basa en miles de pruebas y experiencias imposibles de recoger aquí, pero conozcamos a algunas de las transgresoras que han protagonizado estos admirables descubrimientos de la ciencia.

Vicky fue una de las pioneras. Fue criada en una familia y recibió la misma educación y cariño que su hermano humano. A los siete años emitía sonidos semejantes a las palabras que pretendían enseñarle, básicamente monosílabas. Aún no se entendía que el aparato fonador de una chimpancé hace imposible que hable como nosotros.

A Washoe le enseñaron el Lenguaje Americano de Signos (ASL), el lenguaje de signos que emplean los sordos. Lo asombroso no es que pudiera comunicarse, sino que comenzó a combinar signos para dar nombre a cosas que no sabía cómo se llamaban, como el Alka Setzer, al que llamó «bebida para oír». También aplicó palabras conocidas a contextos diferentes, dándoles una función distinta. Cuando quería insultar, aplicaba el signo de «sucio» que le habían enseñado para las heces, relación mental que implica una capacidad de abstracción que se supone sólo tenemos los humanos. Más adelante enseñó algunos de

los signos a otros chimpancés, con los que se comunicaba mediante este lenguaje incluso cuando no había personas presentes.

Lo mismo ha ocurrido con Koko, una gorila de llanura nacida en el zoo de San Francisco en 1971. Penny Patterson se encargó de enseñarle el lenguaje de sordos. Koko pronto manejó las palabras combinándolas a su antojo. A los anillos los llamó «brazaletes del dedo». También aplicó los signos para hablar de sentimientos, relacionando la lluvia con la tristeza. Koko a veces se sentía sola y se las arregló para comunicárselo a su cuidadora, que decidió regalarle un gatito. La imagen de la inmensa gorila abrazando y cuidando de su minúsculo felino atigrado dio la vuelta al mundo.

La chimpancé Lucy también tuvo un gatito, y ambos fueron portada de la revista *Life*. Se crió como una niña más, con unos padres y un hermano humano. Tenía libertad dentro de la casa y una relación afectuosa con su familia. Más tarde le enseñaron ASL y también aplicó de forma espontánea el signo de «sucio» para insultar a su profesor. No vio a otros chimpancés hasta que llevaron a Marianne para que le hiciera compañía. Lucy no parecía aceptarla bien, no se parecía a las personas que conocía y no le contestaba cuando le hablaba en el lenguaje de signos. Eso se solucionó porque Marianne sentía adoración por Lucy y aprendió de ella algunas palabras. Pero Lucy nunca se vio a sí misma como una chimpancé. Cuando le mostraban imágenes de humanos y simios, colocaba su propia fotografía dentro del grupo de los humanos.

Sarah fue una de las primeras chimpancés en aprender a utilizar el tablero LANA. Desarrollado por Sue Savage-Rumbaugh, la máxima autoridad en el estudio de las habilidades lingüísticas de los simios, consiste en un tablero con fichas de plástico. Cada una tiene un símbolo geométrico que representa una palabra. Al tocar una ficha, se enciende y además se refleja su símbolo en una pantalla, por lo que puede elaborarse una secuencia. Este sistema combinatorio de lexigramas no sólo es útil para comunicarse directamente con los simios, sino que permite que ellos escriban en ausencia de los cuidadores. A Sarah le gustaba utilizar series de palabras para describir los objetos, como las manzanas, para las que utiliza los símbolos correspondientes a «redonda», «buena», «roja» y «dulce». Sue Savage-Rumbaugh se ha dado cuenta de que si se estimula a un simio a escuchar el habla humana, adquiere de forma espontánea el significado de las palabras. De hecho, aunque sus animales utilizan el tablero LANA, ella siempre les habla. Durante un tiempo estuvo enseñando a la bonobo Matada el uso del tablero. Cuando ésta parió a su hijo Kanzi, siguió con el programa mientras la cría mamaba o jugaba alrededor. Para sorpresa de los cuidadores, cuando Kanzi creció un poco comenzó a usar el tablero sin que le enseñaran, sencillamente comprendía las palabras, como un bebé humano. Lo mismo ocurrió con su hermana Panbanisha. Ambos han demostrado una habilidad excepcional para entender frases nuevas.

Susie murió como una jubilada feliz. Había sido una chimpancé adiestrada para entretener y sus cuidadores aseguran que le encantaba posar, que le hicieran fotos y vestirse con la ropa

que ella misma elegía. Susie sería un caso más de «mono de circo», pero es famosa porque fue la compañera sentimental de una de las más grandes estrellas cinematográficas del siglo pasado, Jiggs, conocido mundialmente por su personaje de la mona Cheetah en las películas de Tarzán protagonizadas por Johnny Weissmuller y Maureen O'Sullivan, a la que, por cierto, detestaba. Jiggs vive retirado en Palm Springs, en un apartamento con todas las comodidades. En un tiempo se dedicó a pintar, pero ahora se conforma con ver los vídeos de sus películas. Guarda sus bebidas en la nevera y se comporta como un anciano cualquiera, todo el día frente al televisor. En mayo del 2003, y con 71 años, Jiggs es el chimpancé más longevo del que se tiene noticia.

Por desgracia el caso de Jiggs es una excepción. La mayoría de los simios entrenados como actores acaban sus días en zoológicos, o lo que es peor, como animales de laboratorio. ¿Recuerdan al inteligente orangután, una hembra en realidad, que actuaba junto a Clint Eastwood en *Duro de pelar*? Parece que su domador la golpeó hasta causarle la muerte; fue sustituida por otra en mitad del rodaje.

Transgredamos la especie

Todos estos simios que aprenden a vivir con nosotros parecen disfrutar de la relación. Les atrae el contacto físico con los humanos, aprender el lenguaje de signos, comunicarse. En cuanto nos damos la vuelta ya están fabricando herramientas y aplicando

sus conocimientos a su antojo. Nos mienten, se ríen de nosotros. Nos consideran su familia. Hasta el punto de que el apareamiento resulta difícil en individuos demasiado acostumbrados a las personas. La chimpancé Lucy se masturbaba mientras hojeaba la revista *Playgirl* y solía abalanzarse sobre los hombres que le gustaban. Para aliviar la tensión sexual del chimpancé Booee, sus cuidadores le pasaban revistas, pero él sólo elegía como objeto de deseo las fotos de chicas blancas, desnudas y con abrigos de pieles. Podría pensarse que ésta es una conducta desviada que se da en cautividad y que hace que vean a los humanos como parejas adecuadas, pero se han documentado casos de ataques sexuales de orangutanes en libertad; no es algo muy común pero algunas investigadoras y turistas han sufrido intentos de violación. El mito de King Kong no es tan descabellado.

Los procesos que hacen que una especie evolucione son múltiples, como la mutación y la selección natural. Y desde luego tardan miles de años en tener consecuencias. Pero, si hubiera tiempo suficiente, ¿no estaríamos contemplando cómo la especie de los simios antropoides está a punto de dar un salto cuantitativo en su evolución? Si seguimos enseñándoles a hablar, a contar, a resolver problemas, a jugar a videojuegos, es probable que estemos actuando como un potencial doctor Frankenstein, deseosos de dar vida a una nueva criatura. ¿No estaremos forzando un proceso? Quizá nunca lo sabremos, porque si continúa la situación actual, pronto nuestros hermanos más cercanos habrán desaparecido y nunca llegaremos a compartir esa evolución. Todas las especies de primates están en peligro de extinción, excepto la nuestra.

Especies de grandes simios	Población estimada en el año 2000
Humanos	6.091.000.000
Chimpancés	150.000
Gorilas de llanura	100.000
Bonobos	12.500
Orangutanes	17.500
Gorilas de montaña	350

*Estos datos han sido proporcionados por Ape Alliance.**

¿Y si desaparecieran los simios antropoides en estado salvaje y sólo quedaran los que nacen en cautividad? Ya no compartirían los mismos códigos que los animales salvajes, serían unos simios humanizados más cercanos todavía al hombre.

Jane Goodall, la primatóloga más famosa y respetada, no estaría de acuerdo con mi admiración por la capacidad de los simios en cautividad de disfrutar de una vida humana. Piensa que no es natural acostumbrarlos a reír con los Telettubies y que el contacto con el hombre contamina su propia cultura. Está totalmente en contra de liberar en la selva a simios criados en cautividad, no disponen de las estrategias de supervivencia necesarias y separarlos de su *familia* supone un enorme trauma en unas criaturas que establecen lazos afectivos de por vida. Así que diferencia claramente su labor al frente de santuarios para animales salvajes y su implicación en organizaciones que intentan

* Información extraída del libro *Bellas y bestias: el papel de las mujeres en los estudios sobre primates,* de Carole Jahme, Madrid, Ateles Editores, 2002.

que los animales en cautividad lleven una vida digna, ya sea en las granjas, los laboratorios o los centros de acogida.

Uno de los grupos que recibe su apoyo es el Proyecto Gran Simio (The Great Ape Project), fundado por el especialista en ética Peter Singer. Sostiene que los simios antropoides, aun no siendo de nuestra especie, muestran características que no se pueden obviar y que siempre hemos considerado como humanas (tienen sentido del humor, consciencia de sí mismos y por lo tanto noción de la muerte, sentimientos, cultura propia que es transmitida, capacidad de conversar entre ellos y de engañarse, de sufrir, de mostrar empatía). Negarles derechos fundamentales plantea un problema moral que esperan solventar siguiendo el ejemplo de la Sociedad Antiesclavista, que actuó en tiempos de la esclavitud para conseguir que los esclavos fueran tratados como personas, que no se pudiera comerciar con ellos, que no tuvieran dueño, que no pudieran ser torturados, que se les reconociera su derecho a la vida y a la libertad. Ésta es una filosofía radical que tiene dos tipos de detractores. Por un lado están los que se niegan a otorgar derechos civiles a seres considerados como inferiores, los animales. En el otro extremo están los defensores de los derechos de los animales, que consideran que este principio de libertad debería aplicarse a todas las especies y no sólo a unos simios privilegiados. Queda mucho camino por andar, pero el Parlamento de Nueva Zelanda está dispuesto a comenzar el debate. Yo, por mi parte, estoy dispuesta a derribar la barrera de la especie.

2

TRANSGREDIENDO LA CIENCIA

Las primatólogas

Gran parte de lo que conocemos acerca de los grandes simios en libertad se debe al trabajo pionero de tres primatólogas que se iniciaron bajo la tutela del paleontólogo Louis Leakey. Éste estaba seguro de que si se observaba el comportamiento de estos animales sería más fácil deducir cómo se había desarrollado la evolución de nuestros antepasados extintos. Tuvo sus razones para elegir a mujeres al iniciar este estudio comparativo. Leakey sostenía que nosotras somos más pacientes a la hora de enfrentar la rutina diaria del trabajo de campo, y dedujo que nuestra presencia sería mejor aceptada que la de un hombre entre las sociedades patriarcales de los simios.

Jane Goodall nació en Londres en 1934. Su madre Vane siempre estimuló su pasión por los animales y la historia natural.

Creció encandilada por la magia de África a través del cine y la literatura, devoraba *El libro de la selva, Las aventuras del Dr. Doolittle* y el *Tarzán* de Edgar Rice Burroughs. Su juguete favorito era su chimpancé de peluche, Jubilee, que aún conserva. Decidió hacer su sueño realidad, viajó a África y buscó trabajo como secretaria para poder quedarse. En 1957 se convirtió en la asistenta personal de Louis Leakey. Fue entonces cuando él le contó su interés por el estudio comparativo del comportamiento de los chimpancés. Jane pidió hacer la investigación, que le daba la oportunidad de convivir con animales como siempre había deseado. Mientras aparecía el dinero para financiar el proyecto, aprovechó para adquirir unos conocimientos mínimos, pues no era más que una naturalista aficionada. Estudió anatomía y observó a los chimpancés del zoológico de Londres, que vivían en una jaula de cemento. Confiesa que en esas circunstancias no pudo aprender nada más que a indignarse con las condiciones de vida de los simios en cautividad.

En 1960 se instaló en el campamento de Gombe, en Tanzania. Inició una rutina diaria en busca de huellas. Comenzó a reconocer de forma individual a cada animal y éstos empezaron a acostumbrarse a su presencia. Los primeros en mostrar confianza fueron David Barba Gris y Flo. A pesar de eso, Jane no había observado nada que justificara seguir con un estudio para el que la financiación se estaba acabando. Estaba claro que este tipo de investigación tenía que ser planteada a largo plazo, pero sin dinero no era posible continuar. Cuando estaba a punto de agotar el presupuesto, tuvo la suerte de presenciar dos episodios que supusieron un revulsivo dentro del mundo académico y que

le permitieron conseguir más recursos para continuar con el estudio. Un día observó a David Barba Gris dar caza a una cría de cerdo salvaje. La mató, se la comió e incluso compartió algo de carne con sus compañeros más cercanos. Hasta entonces se creía que los chimpancés eran vegetarianos, hoy sabemos que no sólo capturan animales, sino que los grupos participan en partidas de caza organizadas, a veces contra miembros de su misma especie. Al poco tiempo David Barba Gris fue el protagonista de un descubrimiento aún más trascendente. Jane observó que seleccionaba tallos y ramitas y los limpiaba de hojas e imperfecciones hasta conseguir un palito recto y resistente. Después se sentaba delante de un termitero e introducía el palo por la boca del mismo. Sacando el palo salían adheridas a él las termitas con las que el chimpancé se alimentaba, repitiendo la acción una y otra vez. Posteriormente descubriría que es un comportamiento habitual que se aprende en el grupo. No se trataba de usar una piedra para romper un huevo o un molusco, como hacen el buitre egipcio o la nutria, era una auténtica revolución, porque esos chimpancés estaban modificando un objeto (la ramita), estaban fabricando y usando un útil, algo que se creía privativo de la raza humana. Posteriormente se ha visto que estas pautas de conducta complejas que comprenden el uso de útiles son varias, como sumergir musgo en los charcos para absorber el agua (como si fuera una esponja), doblar hojas para recoger agua de lluvia, usar piedras a modo de yunques y martillos u obtener miel por medio de bastones hechos de varas y ramas retocadas. El descubrimiento de esta destreza fue el logro más fabuloso de Jane Goodall. Se desmoronaba la teoría que indicaba que el

hombre es la única criatura capaz de fabricar herramientas, que cuenta con tecnología. Louis Leakey estaba encantado, aseguró que «ahora habrá que redefinir al hombre, redefinir los útiles o aceptar que los chimpancés son humanos..., los antropólogos tendrán que abandonar la vieja definición del hombre como el primate que fabrica herramientas con un patrón definido».

Descubrir que los chimpancés son depredadores y que usan herramientas fue suficiente para que Leakey consiguiera que *National Geographic* se involucrara en el proyecto; ellos aportaban dinero y a cambio conseguían un reportaje. Fue el fin de la intimidad para Jane, la llegada primero de un fotógrafo, más adelante de grupos de estudiantes. Pero al mismo tiempo esas fotografías y películas supusieron un seguro para su investigación. Por otro lado, acabó casándose con el fotógrafo enviado, Hugo van Lawick, con el que tuvo a su hijo Grub. Dice que aprendió a ser una buena madre observando las relaciones que las madres chimpancés establecían con sus crías. Se dio cuenta de que tenían un repertorio de gestos que conformaba un lenguaje no verbal que era aprendido por el grupo.

Para establecer una unión más cercana con los chimpancés los alimentó con plátanos, así visitaban el campamento. Incluso llegó a tener un fuerte contacto físico con sus favoritos. Hoy cree que el contacto entre simios salvajes y humanos no es bueno y que hay que mantener las distancias para que no se contaminen con nuestras enfermedades y nuestra cultura. En su momento fue criticada por dar comida a los animales, pero también fue cuestionado su método de estudio porque en sus notas recogía el comportamiento individual, los rasgos que diferenciaban a cada

chimpancé. Descubrió la importancia del carácter. Hablar de personalidad tratándose de animales era algo subversivo para la época.

Cuando envió su primer artículo a la revista *Nature*, se encontró con que la comunidad científica no aceptaba que especificara el género de los animales ni que les aplicara nombres propios en vez de números. Hasta entonces los científicos no daban mucha importancia a la diferencia entre estudiar una hembra o un macho, y no les preocupaba saber si dos animales pertenecían a la misma familia. Pero Jane Goodall comprendió que todos estos datos eran significativos. Hoy en día se sigue aplicando la tradición que comenzara al nombrar a todos los miembros de un linaje con la misma inicial (Flint, por ejemplo, era el hijo de Flo).

Para conseguir la credibilidad de la comunidad científica preparó en la Universidad de Cambridge su doctorado con una tesis en Etología (ciencia que estudia el comportamiento de los animales). Jane estableció una relación de amor con los chimpancés. Es una mujer muy sensible, que vivió con horror las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial y que recuerda haber revivido la desolación que le causó la Alemania nazi cuando llegó a África y se topó con el Apartheid. De la misma forma que Rousseau consideraba que los indios representaban la edad de oro del estado natural del hombre, Jane llegó a pensar que sus chimpancés disfrutaban de una vida idílica alrededor del altruismo y la compasión, que eran mejores que las personas. Trasladó el «mito del buen salvaje» a su comunidad de simios. Por eso fue un shock para ella descubrir que, igual que nosotros, los

chimpancés tienen un sentido de la identidad grupal que los hace territoriales y xenófobos, capaces de una conducta hostil, y, lo peor de todo, premeditadamente cruel. En 1971 presenció el ataque brutal contra una hembra de otra comunidad a la que dejaron mal herida tras arrebatarle su cría, a la que mataron y devoraron. Quiso creer que se trataba de un incidente aislado, pero desde entonces se han documentado incluso actos caníbales contra bebés de la propia comunidad, además de matanzas periódicas. Aun así Jane Goodall mantiene una amistad de por vida con los chimpancés. Sin dejar a un lado el aspecto científico, su motivación principal es el cuidado de los animales, para lo que fundó el Jane Goodall Institute. Rescatan crías huérfanas del comercio ilegal y las llevan a vivir a santuarios. Quiere compartir con el máximo número de personas un mensaje que cree necesario: el respeto por los simios.

Dian Fossey trabajaba con niños discapacitados cuando leyó los artículos sobre Jane Goodall en *National Geographic*. Algo la impulsó a pedir un crédito para viajar a África en un safari en el que visitaría la Garganta de Olduvai y podría contemplar en su entorno natural a los gorilas de montaña. Quedó fascinada, pero no fue hasta tres años después, en 1966, cuando se enteró de que Louis Leakey daría una conferencia en la universidad. Dian aprovechó la ocasión para ofrecerse como voluntaria en un estudio comparativo como el que llevaba a cabo Jane Goodall, pero esta vez con gorilas. Leakey decidió volver a confiar en una mujer sin titulación académica. Le dijo a Dian que tendría que extirparse el apéndice antes de emprender su solitaria vida en las montañas, para así evitar un ataque de apendicitis en plena selva. En realidad no era necesario, era una prueba para comprobar el grado de compromiso de su nueva protegida, que tuvo que fingir agudos dolores para conseguir, tras varios intentos fallidos, que la admitieran en un hospital de urgencias y la operaran de su supuesta apendicitis. Sobra decir que consiguió el puesto de investigadora en el Parque Nacional de los volcanes Virunga. No había recibido ni siquiera el escueto entrenamiento previo con el que contó Jane Goodall, pero aun así se instaló en su campamento, muy distinto al de los chimpancés de Gombe. Aquí el clima era húmedo todo el año y el terreno escarpado y difícil. Dian tenía pánico a las alturas, pero dominaba su fobia mientras gateaba por pendientes a gran altura.

El Parque Nacional se situaba entre Ruanda, Uganda y la República Democrática del Congo, en una de las zonas políticamente más inestables de África, con los tutsi y los hutu masacrándose y los blancos huyendo de la región. Los soldados del Congo no tardaron en llegar al campamento; le dijeron a Dian que debía acompañarlos por su propia seguridad, pero en realidad la estaban haciendo prisionera. Nunca habló mucho de su etapa en cautividad, aunque parece que confesó a Leakey haber sido violada y orinada. Los blancos con los que convivió en las celdas fueron asesinados. Tenía que escapar y consiguió convencer a sus secuestradores de que necesitaba ir a pagar su jeep y que volvería en cuanto hubiera saldado la deuda. Parece increíble, pero consintieron en dejarla marchar acompañada de un guarda armado. En la frontera de Uganda le dijo a su vigilante

que debía entrar en un hotel para conseguir dinero y aprovechó para esconderse ayudada por el dueño del establecimiento, que se negó a entregarla. El centinela dijo que no podía volver sin ella porque lo matarían, pero los soldados de Uganda lo escoltaron hasta la frontera mientras juraba que si volvía a ver a la mujer acabaría con ella. Dian supo más tarde que fue la última persona blanca que salió con vida del Congo. Recobró fuerzas en Nairobi bajo los cuidados de Leakey, con el que tuvo algo más que una relación discípula-profesor. En cuanto estuvo restablecida pidió volver a la montaña con los gorilas. Una vez más la investigación dependía de los fondos de *National Geographic*, así que enviaron a un fotógrafo a realizar el reportaje. Bob Campbell también mantuvo una relación amorosa con Dian y fue el que la introdujo en los métodos clásicos de recolección de datos. Captó las imágenes de la increíble intimidad que estableció con los gorilas, especialmente con Digit, su favorito. Al igual que Goodall, tuvo que hacer su doctorado en el departamento de Zoología de la Universidad de Cambridge para que el mundo académico tomara en serio sus investigaciones. Su tesis explicó el comportamiento del gorila de montaña.

A pesar de sus relaciones amorosas, Dian era una mujer solitaria. Como Jane, sentía que había perdido su mundo íntimo con los simios tras la llegada de grupos de estudiantes. Pero, a diferencia de la Goodall, tenía un carácter difícil y nada diplomático, con una lengua endemoniada que no dudaba en usar contra quienes consideraba enemigos de sus gorilas. Estaba enfrentada al gobierno de Ruanda, que quería introducir el turismo en el Parque Nacional donde se encontraba la reserva. Frente a los

cazadores furtivos se tomaba la justicia por su mano y no dudaba en insultarlos y atemorizarlos. Su temperamento se volvió aún más violento tras el asesinato de Digit.

Una noche ocurrió lo que era presumible: su campamento fue atacado y Dian asesinada. Su muerte apareció en los titulares de todo el mundo. La noticia de su asesinato, el 27 de diciembre de 1985, sirvió para dar a conocer el exterminio al que son sometidos los gorilas de montaña. Los Estudios Universal habían comprado los derechos cinematográficos de su autobiografía, *Gorilas en la niebla*, y produjeron la película que ha convertido a Dian Fossey en la más popular de las primatólogas.

El interés de Biruté Galdikas por la evolución del hombre hizo que se matriculara en la Facultad de Antropología. Allí descubrió en una de las clases la existencia de esa joven que trabajaba en África con chimpancés, y supo desde ese momento a qué quería dedicar su vida. Antes de terminar los estudios ya había decidido que en el futuro estudiaría a los orangutanes salvajes, el único gran simio que habita el continente asiático. Goodall y Fossey eran ya famosas gracias a los reportajes de *National Geographic* y una referencia para Biruté, así que no es extraño que, tras una charla de Louis Leakey en la Universidad de California, se acercara a él para manifestarle su intención de dedicarse a los orangutanes. Leakey confió por primera vez en una mujer con preparación académica. El caso es que, en cuanto reunieron el dinero necesario, Biruté Galdikas se convirtió en la tercera protegida de Leakey, en realidad la última, pues éste murió poco después de

que ella se instalara en Borneo, adonde viajó en 1971 con su reciente marido, Ron Brindamour. Este asistió a un curso acelerado de fotografía de *National Geographic* para así documentar el trabajo de su esposa. Ambos hicieron una parada en Gombe para que Jane Goodall los pusiera al tanto de las técnicas de observación imprescindibles en un trabajo de campo.

Vivió experiencias muy similares a las de sus colegas, conociendo a sus animales favoritos, sobre todo a Sugito, y descubrió que la conducta social de los orangutanes los hace más cercanos al hombre de lo que se pensaba. Su implicación ha sido tal que nunca ha vuelto a vivir fuera de la isla. Se divorció y se casó por segunda vez con un nativo, con el que dirige la Fundación Orangután y centros de acogida para crías huérfanas. No ha dudado en usar métodos poco ortodoxos para conseguir fondos para defender a los animales, y sostiene una lucha a muerte contra el gobierno y las compañías madereras.

Los tres modelos de mujer que hemos visto son muy distintos, unos más fáciles de asimilar que otros, pero con idéntica voluntad. Lo que cambia son las formas. Jane Goodall es una mujer serena, educada, no pierde la compostura. Su profunda espiritualidad y el amor que siente hacia los animales le dan firmeza en su decisión de ayudarles. Eso ha permitido que lleve su mensaje por todo el mundo, no duda en reunirse con jefes de Estado, artistas, niños. Mientras escribía este libro, ha sido galardonada con el Premio Príncipe de Asturias por su labor dentro de la biología evolutiva. Dian Fossey, con su muerte, se convirtió

en una especie de heroína guerrillera. Nunca mantuvo buenas relaciones con el poder, su defensa apasionada implicaba pasar por encima de todo. Su carácter no despertaba simpatías, y ciertamente a ella no le podía importar menos. Biruté Galdikas prácticamente se ha alejado de la investigación. Su labor conservacionista absorbe todas sus energías. Su aspecto es el de una vieja hippie excéntrica que hace tiempo olvidó la etiqueta social. No le ha importado sacrificar su reputación como científica para dedicar su esfuerzo en salvar a los pocos simios que quedan en estado salvaje.

Cada una en su estilo, estas mujeres han servido de estímulo para otras en todo el mundo, y España no es una excepción, a pesar de que no existe financiación para este tipo de estudios. La Asociación Primatológica Española (APE) da cobertura a sus trabajos y vela por sus intereses. Patricia Teixidor es una de las principales difusoras de la primatología en nuestro país gracias a su labor como editora. Jordi Sabater Pi fue uno de los primeros investigadores que estudió simios en libertad, y ha preparado a un buen número de mujeres, como Magdalena Bermejo, una de las que más horas le ha echado al trabajo de campo.

La labor de estas mujeres está continuamente amenazada: la invasión de las tierras donde habitan los simios por ganaderos y campesinos; la tala de las selvas por parte de multinacionales madereras; la caza indiscriminada, ya sea para capturar crías o para el mercado de carne, muy apreciada en los restaurantes exóticos; las minas terrestres, las guerrillas, guerras civiles y matanzas en las que están envueltos sus países de origen;

el ecoturismo y las enfermedades que el hombre les transmite a los simios con su contacto.

La primatología surgió como una rama de la paleoantropología y de la psicología. Estas mujeres exploraron un área de estudio de la que se desconocía todo y se fijaron en aspectos que los científicos masculinos habían pasado por alto, como que las estructuras sociales de los primates no se basan en unas cuantas hembras sumisas dominadas en una jerarquía de machos, y la importancia psicológica y social de la relación madre-hijo. La primatología es la única actividad científica a la que se dedican, con diferencia, más mujeres que hombres. Reconocer este predominio femenino pone en peligro este campo de estudio, podría no ser tomado del todo en serio dentro de los círculos académicos que siguen dominados por los hombres. Pero es evidente que las mujeres han encontrado un sitio estudiando las capacidades cognitivas de los simios, defendiendo sus teorías en un mundo de machos.

Como una caricatura acertada, el personaje de la chimpancé Zira en *El planeta de los simios* representa lo que el mundo académico piensa de estas científicas. Zira es una antropóloga interesada en el comportamiento de unos primitivos humanos que en su mundo son tratados como animales inferiores. Pero su intuición le dice que son inteligentes y capaces de emociones, aunque su trabajo no es considerado por los machos de la comunidad científica. Sólo es escuchada cuando aparece el personaje de Charlton Heston demostrando su hipótesis. No es de extrañar que Zira se implique emocionalmente con el humano y ponga en peligro su reputación y su vida para

salvarlo. Ambos forman parte de la iconografía popular por haber protagonizado el primer beso entre especies de la historia del cine.

Entrometidas en el mundo científico

Louis Leakey fue un gran paleoantropólogo. Sus descubrimientos indicaron el camino en el conocimiento de la evolución que tenemos hoy. Y como hemos visto, su intuición con respecto a la importancia del estudio comparativo del carácter de humanos y los grandes simios fue acertada. Confió en las mujeres y supo sacar lo mejor de ellas. Demasiado, dirán algunos, porque el historial amoroso de Leakey está más que sobrecargado. A su lado, odiando a las mujeres que se ponían en su camino, siempre estuvo Mary Leakey.

Mary Nicol conoció a Louis en 1933, cuando era una estudiante de arqueología muy bien dotada para la ilustración, por lo que Louis le pidió que dibujara algunas de las herramientas de sílex que había descubierto. Se hicieron amantes y Mary le acompañó a Olduvai, donde el científico excavaba. Se casaron cuando el científico consiguió el divorcio de su primera esposa. Mary disfrutaba de la vida al aire libre y se reveló como una magnífica arqueóloga que complementó el trabajo de su marido. A pesar de que algunos de los descubrimientos más importantes eran suyos, siempre estuvo a la sombra de Louis, con quien colaboró estrechamente hasta que su relación se enfrió por culpa del interés que él mostraba hacia otras mujeres. A la muer-

te de Louis continuó trabajando con su hijo Richard Leakey, gran difusor de la paleoantropología.

Mary era una rastreadora muy intuitiva, pero si no hubiera sido por los descubrimientos de Laetoli, su labor siempre se habría visto opacada por la de los hombres de su familia. Estaba segura de que esos sedimentos escondían numerosos tesoros y no tardó en desenterrar restos de homínidos y otros animales, hasta que descubrió las «huellas de Laetoli», que ya señalé en el capítulo anterior como uno de los hallazgos fósiles relacionados con la evolución del hombre más importantes encontrados nunca. En 1977, cinco años después de la muerte de su esposo, Mary Leakey escribía su nombre entre los científicos. Su labor es continuada por sus hijos y por su nuera, Meave Leakey, que ha descubierto una especie, Australopithecus anamensis, datada en 4,1 millones de años.

La forma de trabajar de paleoantropólogos y primatólogos guarda relación con la Antropología. Estudiar el comportamiento de una sociedad de simios o recrear las condiciones de vida de nuestros antepasados no es diferente de observar a un determinado pueblo en la actualidad. Entre los antropólogos que establecieron los principios del trabajo de campo en la investigación de una cultura, se encuentran dos mujeres brillantes y transgresoras, Margaret Mead y Ruth Benedict.

Margaret Mead es una de las grandes figuras de la Antropología Cultural. Hija de especialistas en ciencias sociales, recibió la misma educación que sus hermanos varones, incluso la

preparación necesaria para ingresar en la universidad. Margaret reconoce que su familia se adelantó a su época en varias décadas, le inculcaron la igualdad de género y el respeto por todas las razas y culturas. En la Universidad de Columbia cursó estudios de psicología, sociología y finalmente formó parte de la segunda generación de alumnos que estudió con el antropólogo Franz Boas, animada por Ruth Benedict, una alumna quince años mayor que trabajaba como ayudante del profesor. En 1925 hizo para su tesis su primer trabajo de investigación en Samoa, una de las islas menos civilizadas de los Mares del Sur, en la Polinesia.

Debía estudiar los ritos de paso de la adolescencia. Esta etapa de la vida nunca había sido objeto de estudio y Boas y Mead decidieron averiguar hasta qué punto los problemas de la adolescencia dependían de las actitudes de una cultura dada o del proceso de desarrollo biológico por el que pasaban los muchachos. Comprobó que la problemática a la que se enfrenta un adolescente de Samoa es totalmente distinta a la de un norteamericano, y por lo tanto había que entender ese período de transición más como un producto cultural que como un proceso puramente biológico.

No sabía mucho sobre el trabajo de campo, pero sentó las bases del método etnográfico, como respetar a la gente estudiada, asumir la soledad como parte de la experiencia, aprender el idioma para no verse influido por los traductores o entender la jerarquía social y los sistemas de parentesco.

A principios del siglo XX los etnógrafos sabían que tenían que darse prisa en sus investigaciones, sencillamente porque sus

«objetos de estudio» estaban desapareciendo. Los «pueblos primitivos» habían entrado en contacto con la civilización y sus costumbres se estaban perdiendo, sus culturas estaban cambiando hasta hacerse irreconocibles debido a la asimilación de comportamientos y modas importadas.

Además de sus estudios transoceánicos, Margaret manifestó gran interés hacia los indios norteamericanos y su devastadora situación en las reservas. No dudó en criticar las políticas gubernamentales que habían destruido la cultura y la dignidad de esas personas. Con sus trabajos, como profesora de Etología en la universidad y como directora del Museo de Historia Natural de Nueva York, Margaret Mead hizo accesible la Antropología a un público más amplio y permitió relacionar esta disciplina con otras. Fue una pionera en estudios de género y sexo, estudió las distintas maneras en que las culturas modelan la conducta esperada en hombres y mujeres, realizando un trabajo clásico sobre el espectro de los roles de género entre las tribus de Nueva Guinea.

Ruth Benedict, al aconsejar a Margaret que estudiara Antropología, estableció con ella una amistad de por vida, y algo más. Ambas estaban casadas, pero entablaron una relación amorosa que las llevó a cuestionar el concepto de normalidad dentro de una cultura. Juntas iniciaron un movimiento dentro del campo antropológico que primaba el estudio de la relación entre los sistemas culturales y la personalidad, usando para ello aportaciones de la psiquiatría y la psicología. Veían a las distintas culturas como sistemas integrados que tendían a producir personalidades, acentuando ciertas potencialidades humanas y desalentando otras. Esto propició una actitud más tolerante hacia las diferencias culturales y las desviaciones dentro de una sociedad. Su mensaje era antirracista y feminista.

Ruth, una alumna aventajada del centro de estudios superiores femenino Vassar, estaba especialmente interesada en estudiar las poblaciones de indios norteamericanos antes de que se extinguieran y a ello se dedicó desde la presidencia de la Asociación Americana de Antropología.

Echando la vista atrás, hubo otras mujeres pioneras que, sin ser antropólogas, tuvieron la oportunidad de conocer las costumbres de otras culturas.

A principios del siglo XX Martin y Osa Johnson rodaron varias películas sobre los pueblos que visitaban en regiones tan exóticas como las islas del Pacífico o África. Sus documentales fueron auténticos éxitos de taquilla del cine mudo, en los que Osa aparecía departiendo con los nativos. Solían incluir imágenes que sabían causarían impresión entre su público, como caníbales mostrando sus cabezas disecadas. Pulieron sus técnicas de rodaje y experimentaron con los equipos más modernos, por lo que se les considera los padres del documental naturalista. Conscientes de que la majestuosidad de los territorios y los animales que filmaban estaba cercana a desaparecer, quisieron captar la vida de las especies más diezmadas por la caza mayor. Consiguieron financiación del explorador Carl Akelay para un viaje a África en 1921. Llevaron la tecnología más avanzada, una enorme cantidad de cámaras y aparatos que hacían muy pesado su transporte. Adaptaron los coches a las duras condiciones de rodaje. Osa, además de la protagonista de las películas, era una excelente tiradora, por lo que se convirtió en la encargada de conseguir la

comida para mantener a todo el campamento y de cubrir con su rifle las espaldas de su esposo mientras filmaba. Siguiendo a los elefantes descubrieron un enclave al que llamaron Paraíso. Consiguieron convertir este santuario en un auténtico hogar, donde Osa organizaba todo mientras Martin inventaba nuevas técnicas para conseguir grabar a los animales, como permanecer horas inmóvil y camuflado entre la vegetación. A pesar de ser una estrella del Hollywood de la época, a Osa le gustaba más vivir en África, así que el matrimonio consiguió dinero para volver a Paraíso. Esta vez el mecenas sería George Eastman, inventor de la cámara portátil y poderoso empresario al frente de la compañía Kodak. Por cierto que también es el abuelo de Linda Eastman, más conocida como Linda McCartney, la esposa fallecida del Beatle Paul, ferviente defensora de los animales. Eastman no sólo proporcionó dinero, sino los equipos más sofisticados que existían en el mercado. Era 1927 y pudieron incluso hacer una versión sonorizada de su filmación. Los Johnson también introdujeron la práctica de aparecer con productos publicitarios en las escenas para así conseguir financiación. Queriendo añadir a sus documentales la belleza de las imágenes captadas desde el aire, aprendieron a pilotar y a rodar desde un avión. Fue así como Martin encontró la muerte en un accidente del que Osa salió con vida. Pasó el resto de sus días escribiendo sobre sus experiencias y añorando la sabana africana.

En 1924 y con cincuenta años cumplidos, Delia Akelay anunció que iba a cruzar el continente africano. Tenía el encargo de estudiar a las tribus locales y de capturar ejemplares de animales para el Museo de las Artes y las Ciencias de Brooklyn,

siendo la primera vez que una institución financiaba la expedición de una mujer. Y es que Delia era una veterana de los viajes científicos. Había estado casada con Carl Akelay, director del Museo de Historia Natural de Nueva York, y su trabajo siempre se había visto ensombrecido por el de su marido. Fue una mujer sobresaliente en varios campos. Como antropóloga aficionada, siempre mantuvo un enorme interés por entender a los nativos y fue una de las primeras personas blancas en entrar en contacto con los pigmeos. Como naturalista, pensó que la fauna africana estaba destinada a extinguirse bajo la presión de los safaris de caza mayor, una moda de finales del siglo XIX y principios del XX que redujo de forma drástica el número de animales. Creyó que algunas especies sólo se recordarían por los ejemplares que se pudieran encontrar en los museos, así que dio caza a miles de animales, a los que preparaba para que fueran disecados y expuestos en los dioramas de las salas de exhibición. Fue una primatóloga precursora, pues sentía fascinación por los monos. Estudió el comportamiento de uno al que llamó J. T. Le preparó una habitación en su piso de Nueva York, donde vivió casi una década, mimado como un niño maleducado, hasta que su comportamiento se consideró peligroso y fue llevado al zoológico de Washington. Sus años de observación le hacían asegurar que los monos tenían su propio lenguaje. Delia Akelay vivió sus últimos años dando conferencias y escribiendo libros y artículos científicos, entre los que se encuentra un apunte biográfico de su mono J. T.

El final del siglo XIX fue la edad de oro de arqueólogos y exploradores. La Inglaterra victoriana se estremecía con cada

nuevo descubrimiento, y las mujeres no fueron ajenas al clima de excitación. Algunas, como la millonaria holandesa Alexine Tinne, se convirtieron en viajeras y exploradoras aficionadas, acompañadas por un séquito de sirvientes y todas las comodidades de la vida moderna, como una bañera plegable. Además de ser una aventurera de corte romántico que murió de forma trágica en una de sus incursiones, contribuyó en los estudios científicos a través de la colección botánica que envió al herbario imperial de la corte de Viena.

Otras mujeres quisieron emular a sus ídolos, como Mary Kingsley, que creció leyendo las obras científicas de la biblioteca de su padre, un médico que amaba viajar y que realizó algunos estudios etnográficos. Fue una autodidacta que aprendió sola a leer y escribir en su idioma, en latín y alemán. Adquirió conocimientos de biología, física y química. Su héroe era el explorador Sir Richard Burton, uno de los pocos que en sus observaciones manifestaba admiración por los nativos, convivía con ellos y respetaba sus costumbres. Y ésas fueron las premisas que guiarían a Mary en su vida y que la convirtieron en una celebridad. Convencida de que su felicidad se encontraba en África, se embarcó en numerosas expediciones y siguió fielmente el camino indicado por Burton. Viajaba sola, a pie y sin escolta. Dormía en las chozas que le brindaban y comía lo que le ofrecieran. Se mezclaba con los nativos para estudiar sus costumbres. Decidió ampliar y completar los estudios de su fallecido padre y consiguió el apoyo del Museo Británico, para el que recogió muestras de distintas especies. Estudió los sistemas de organización social y la mentalidad de culturas que no habían

tenido contacto con los blancos, como los caníbales fang. Recopiló numerosos testimonios escritos y fotográficos de las tribus con las que convivió. Recorrió territorios que estaban aún sin cartografiar. Fue totalmente ajena a la mentalidad de la época: respetaba las prácticas religiosas de los nativos sin escandalizarse, entendía que la antropofagia y la poligamia eran sólo otras formas de manifestación cultural. Fue una pionera en la interpretación del fetichismo africano. Todo esto la impulsó a mantener una actitud crítica contra los misioneros y denunciar el racismo en las colonias, para las que propuso una administración compartida. Su fama la llevó a dar conferencias e incluso a asesorar al ministro británico para las colonias. Levantaba pasiones, y entre sus admiradores más fervientes se encontraba el escritor Rudyard Kipling. Pero no le bastaba con ser una figura pública que concede entrevistas. En 1900 estalló en Sudáfrica la guerra entre los colonos independentistas boers y Gran Bretaña. Se alistó como enfermera y contrajo el tifus por el contacto con los enfermos. Murió en el continente que adoraba.

Richard Wetherill fue el introductor de los estudios arqueológicos en el sudoeste de los Estados Unidos. Descubrió distintos enclaves de los indios pueblo, como Pueblo Bonito en el cañón del Chaco y las ruinas de Cliff Palace y Mesa Verde, que fueron habitados entre los siglos XII y XIII. De su esposa Marietta apenas se hace mención en las enciclopedias como la compañera del arqueólogo. Pero lo cierto es que Marietta Wetherill desempeñó su propio papel en el rancho que habitaban en el cañón. De forma excepcional, fue adoptada por una tribu de indios navajo a través de un juramento de sangre. Procuró vivir

de acuerdo a sus principios, interesándose por su cultura y necesidades. Los navajos pensaron que podría ser la interlocutora ideal entre su tribu y los blancos. El gobierno quería hacer del cañón un parque nacional, los indios lo reclamaban como su territorio y el arqueólogo quería seguir excavando. En un ataque en el que se echaron la culpa unos a otros, Richard Wetherill fue asesinado en extrañas circunstancias. Fue enterrado en Pueblo Bonito, donde las cenizas de Marietta fueron depositadas años más tarde junto a la tumba de su marido. Publicó en 1922 sus experiencias con los indios navajos en un tratado de antropología digno de una profesional, pero pasó totalmente inadvertido hasta que hace poco ha sido reeditado y alabado.

El caso de Marietta Wetherill no es excepcional. La mayoría de las mujeres que acompañaron a sus aventureros maridos publicaron escritos que recogían sus experiencias. Muchos han desaparecido, dejando a sus autoras ante la historia únicamente como las amantes esposas de sus prohombres. Es el caso de Sarah, que acompañó a su marido Giovanni Belzoni a principios del siglo XVIII en sus aventuras como arqueólogo cuando la disciplina aún no existía y más que investigar lo que se hacía era un verdadero saqueo. Fue el fundador de la egiptología y gran parte de lo que hay en los museos occidentales se debe a su pericia. Puso en el mapa el templo de Ramsés II, el de Abu Simbel, las construcciones de Karnak, Luxor y el Valle de los Reyes, y excavó en la pirámide de Kefrén. Sarah Belzoni viajó con su marido, pero también se aventuró sola por otras tierras. Visitó Jerusalén y recogió sus impresiones en narraciones que se han perdido.

Dentro del cerrado mundo de la ciencia, hay una parcela donde de manera informal se ha dejado penetrar a las mujeres. Es el terreno de la medicina, donde desde su dedicación como matronas muchas pudieron ejercer como auténticos médicos cuando esta actividad estaba prohibida a las mujeres, confundiéndose su labor con la de curanderas y brujas.

En el Imperio Romano no era infrecuente que las mujeres ejercieran. Aspasia fue en el siglo II una pionera de la obstetricia y la cirugía. Editó numerosos escritos en la materia, hoy desaparecidos, pero que conocemos a través de los comentarios en otros libros de medicina de la época. Si saltamos hasta el siglo XI encontramos que la italiana Trótula publicó el primer compendio sobre ginecología que se conoce, un trabajo enciclopédico sobre la salud de la mujer que recogía el saber de griegos, romanos y árabes. Es un manual que se usó durante siglos.

Una de las mujeres más excepcionales, y no solamente en el campo de la ciencia, ha sido Hildegarda de Bingen. Esta religiosa vivó en Alemania entre los siglos XI y XII. Su conocimiento sobre las propiedades de drogas y plantas la convirtió en especialista en el diagnóstico y tratamiento de enfermedades. Escribió los tratados científicos más completos de la Edad Media, catorce libros que tratan sobre botánica, medicina, anatomía y zoología. Como abadesa se dedicó a la enseñanza de la medicina y la teología.

Menos suerte corrió en ese mismo siglo XII Jacoba Felice, perseguida por ejercer la medicina sin preparación, algo obvio e irremediable ya que en la Francia medieval los estudios estaban vetados a las mujeres.

En el siglo XVIII la viruela era una plaga que diezmaba a las poblaciones. Lady Mary Wortley Montagu, como todas las mujeres de su época, fue una autodidacta que aprendió a leer en la biblioteca paterna. Llegó a dominar el latín y el francés y a escribir poesía. Su esposo Edward Wortley Montagu fue designado embajador de Inglaterra en la corte otomana. Los años que pasó en Turquía le sirvieron para relacionarse con las mujeres turcas, a las que respetaba sin aplicar los severos juicios de la aristocracia inglesa. Fue así como observó que en ese país la viruela no tenía incidencia debido a una práctica que los locales llamaban «inoculación». Una curandera pinchaba a las personas con una aguja infectada de viruela. Pasada una semana sobrevenía una crisis tras la cual el enfermo sanaba sin consecuencias. Pidió que sus hijos fueran inoculados. A su regreso a Londres convenció a la princesa de Gales de que hiciera lo mismo con los herederos a la corona y fue así como introdujo en Inglaterra la práctica de la inoculación de la viruela que tantas vidas salvó. La comunidad científica se alzó en su contra acusándola de intrusismo profesional, lo que llevó a Lady Mary a publicar un tratado donde explicaba los principios de la inoculación. Eso sí, lo hizo de forma anónima, consciente de que una mujer erudita no despertaba ninguna admiración.

Incluso una profesión tan tópicamente femenina como es la de enfermera supuso un reto. La lucha de Florence Nightingale es de sobra conocida, pues su labor se le agradeció en vida y no sólo fue una heroína de la Inglaterra victoriana, sino que permanece como un símbolo nacional. Pese a la oposición de su familia, esta joven aristócrata se empeñó en ser enfermera en una

época en que esa dedicación no era una profesión, apenas había entrenamiento y las nurses no tenían mucho que ofrecer a los enfermos, por no decir que eran despreciadas y tratadas con hostilidad por los médicos. Florence estudió en Alemania y a su regreso comenzó a ejercer en el hospital de Middlessex, donde se enfrentó con éxito a una epidemia de cólera. En 1854 estalló la Guerra de Crimea. Convenció al ejército británico para que por primera vez consintiera en reclutar a un grupo de enfermeras que ayudaran en los hospitales de campaña. Esas mujeres serían preparadas y dirigidas por Florence, que consiguió que el índice de muertes descendiera drásticamente. Hasta entonces los hospitales de campaña eran una serie de barracones sin higiene donde apenas se atendía a los heridos. Más tarde aplicó sus principios a los hospitales del Imperio y preparó a miles de jóvenes en su escuela de enfermeras. Murió en 1910, pero al estallar la Primera Guerra Mundial en 1914, su espíritu estuvo presente en el ánimo de miles de jovencitas inglesas que se alistaron como enfermeras para ayudar en los hospitales instalados en el frente.

En cambio Mary Seacole tuvo una desventaja a la hora de ejercer como enfermera, el color de su piel. Nació en 1805 en Jamaica, hija de una negra libre y de un oficial escocés del ejército inglés. Su madre tenía una pensión en Kingston, donde cuidaba a los soldados heridos. Así aprendió Mary el uso de las plantas medicinales y pronto estaba creando sus propios remedios. En sus viajes por Panamá y Cuba hizo frente a epidemias y enfermedades, ganándose una gran reputación. Cuando estalló la Guerra de Crimea viajó a Inglaterra para presentarse como voluntaria para el equipo de enfermeras de Florence Nightinga-

le, pero fue rechazada. Más tarde describiría la impotencia que sintió al salir de la oficina de reclutamiento, sabiendo que estaba más que cualificada y que era víctima de un prejuicio racista. Hoy en día se piensa que también se manejaron otras consideraciones para no admitirla: Florence Nightingale exigía unas estrictas normas de comportamiento y vestido para eliminar la mala imagen de las enfermeras, y Mary era un espíritu libre del Caribe, siempre vestida de colores chillones y con el pelo lleno de lazos rojos. En cualquier caso, la decepción no la detuvo, y con su propio dinero viajó hasta el frente, donde montó el British Hotel, una residencia alternativa para los heridos. No dudaba en cruzar el campo de batalla dando auxilio a los soldados. A pesar de no recibir ninguna ayuda por parte del gobierno, ni siquiera una mención honorífica, la prensa del momento la convirtió en protagonista de unas crónicas que le granjearon la simpatía del público. Pero eso no evitó que al finalizar la guerra se encontrara arruinada por el esfuerzo económico. Aprovechó su popularidad para escribir su biografía en 1857, que se convirtió en un auténtico bestseller. Mary Seacole fue reconocida y querida, pero al contrario que Florence Nightingale, su fama apenas la sobrevivió. Hoy es reivindicada tanto por el colectivo de enfermeras como por grupos activistas afroamericanos.

En España las cosas no han sido muy diferentes. Se sabe de mujeres que entre los siglos I y III practicaron, en la región de Lara de los Infantes, Burgos, la función de comadronas y pediatras. En las sociedades rurales del Bajo Imperio Romano se consideraba a las mujeres que ejercían la medicina como depositarias de tradiciones anteriores a la dominación romana. Julia

Saturnina vivió en la Mérida del siglo II ejerciendo una labor combinada de obstetra, ginecóloga, comadrona, puericultora y pediatra. En la España medieval hay documentadas dos mujeres, Bellayna y Plá Gallipapa, que ejercieron la medicina en Lérida en el siglo XIV. En el Reino de Aragón se conocen casos de mujeres, en su mayoría judías, que prestaron servicio como comadronas y parteras, a veces autorizadas expresamente por el rey Juan I.

Otra cosa es encontrar mujeres que hayan desarrollado sus investigaciones en campos relacionados con ciencias como las matemáticas, la física o la química. Hypatia vivió en la Alejandría del siglo IV. Hija de un profesor de matemáticas que la educó para realizar estudios académicos, siguió un programa que incluía tanto el entrenamiento intelectual como físico. Perfeccionó sus estudios en Atenas y desarrolló trabajos muy importantes en matemáticas, geometría, álgebra y astronomía. Obtuvo la cátedra de Geometría y Aritmética. Su obra simboliza el final de la ciencia antigua.

Pocos saben que buena parte de las bases teóricas y prácticas de la química moderna fueron establecidas en el siglo II por María la Judía en su laboratorio de Alejandría. Se le adjudica la invención del alambique y de otros complicados aparatos de investigación que se han usado hasta fechas recientes.

Como contrapartida, una de las mujeres más célebres en la historia de la ciencia desarrolló su saber en el campo de la física. Manya Sklodowska nació en 1867 en Polonia, país bajo el domi-

nio de la Rusia zarista. El régimen impedía que las mujeres cursaran estudios superiores así que Manya llegó a París para estudiar en la Universidad de la Sorbona, donde conoció al que sería su marido y colaborador, Pierre Curie. Juntos indagaron sobre las propiedades de los elementos radioactivos (si no hubiera sido por estas investigaciones, todos esos sistemas de datación por isótopos radioactivos que han sido tan importantes para fechar los descubrimientos arqueológicos de los que hemos hablado no existirían). Determinaron que en el uranio la cantidad de radiación siempre es proporcional al número de átomos, y por este trabajo el matrimonio recibió el Premio Nobel. Era la primera vez que se le concedía a una mujer. Pero Marie Curie volvió a obtener el premio tras la muerte de su marido, esta vez por su descubrimiento del radio y el polonio, siendo la primera vez que recaía dos veces en una misma persona. Le fue concedida una cátedra en la Sorbona y se convirtió en la primera mujer que enseñó en esa institución, aunque fue rechazada por la Academia de las Ciencias precisamente por su sexo. Murió de cáncer debido a su exposición a materiales radioactivos. La hija del matrimonio, Irene Curie, ayudó a su madre durante la Primera Guerra Mundial a instalar unidades de rayos X en hospitales militares. Recibió también el Premio Nobel por el trabajo que realizó con su marido Frederic Joilot, relacionado con la síntesis de nuevos átomos radioactivos y el descubrimiento de la radioactividad artificial.

En España destaca el caso singular de las hermanas Dorotea y Adela Barnés González, químicas pioneras de principios del siglo XX. Ellas y sus otras hermanas tuvieron acceso a la educación superior debido al ambiente liberal que se respiraba en

su familia. Su padre, Francisco Barnés, era catedrático de Historia y fue ministro de Educación durante la Segunda República. Las hermanas se revelaron como unas estudiantes brillantes (Dorotea obtuvo una beca para investigar en Yale) que apenas comenzaban a ejercer cuando estalló la Guerra Civil. Su rastro se pierde en el exilio.

Si en el terreno de las ciencias puras encontramos pocas mujeres valoradas, aún es más difícil hallarlas en el campo de la filosofía, rama del saber especulativo largamente ajena al sexo femenino.

Hypatia, la destacada matemática egipcia, fue una importante filósofa que dirigió el movimiento neoplatónico. Se cree que fue convertida al cristianismo por el mismísimo san Agustín, obispo de Hipona. Hija de ese tiempo de tensiones entre cristianos y paganos, murió en un disturbio en el año 415. También tengo que mencionar de nuevo a Hildegarda de Bingen, aunque, al ser su filosofía de corte teológico, volveremos sobre ella en su momento.

Hay que saltar hasta el siglo pasado y a nuestro país para encontrar a una de las figuras más destacadas dentro del saber filosófico. María Zambrano nació en Málaga en 1904. Hija de una pareja de maestros, se matriculó en Madrid como alumna libre de Filosofía y Letras, recibiendo la influencia de Ortega y Gasset. Fue la única mujer matriculada en el doctorado. En 1930 edita su primera obra y posteriormente publica con asiduidad en la *Revista de Occidente*. El exilio la llevó por Europa y América. En 1984 recibió el Premio Príncipe de Asturias, y también fue galardonada con el Cervantes. A pesar del reconocimiento, María murió en condiciones económicas muy difíciles. Como

filósofa, propugnó la integración femenina en una sociedad patriarcal que constreñía las posibilidades intelectuales de las mujeres. Realizó propuestas alternativas al modelo femenino franquista, que imponía unos roles de género muy restrictivos. Además, unió de manera lúcida el misticismo y la espiritualidad al método filosófico.

En 1908 nació Simone de Beauvoir, que, además de ejercer como profesora de filosofía y novelista, planteó un profundo análisis sobre el papel de las mujeres en la sociedad. Con ella nace la teoría feminista. Del círculo frecuentado por los intelectuales de la época recogió las teorías existencialistas según las cuales uno es responsable de sí mismo. Es una de las pocas mujeres cuya fama no ha sido opacada por la de un compañero sentimental igualmente célebre y reconocido, como lo es Jean Paul Sartre.

Entrometidas en el mundo de la enseñanza

Hemos visto cómo muchas de estas transgresoras tuvieron problemas para acceder a una educación institucional. El modelo de la aristócrata autodidacta era lo máximo a lo que podía aspirar una mujer ilustrada. Estaba claro que mientras la mujer no consiguiera acceder a la educación, poco podrían cambiar sus condiciones de vida. Muchas fueron las que encaminaron los pasos en este sentido.

Lidia Booth tenía una escuela para señoritas en el estado de Nueva York. El tío de su esposo era Mathew Vassar, un adinerado hombre de negocios vinculado además al gobierno municipal. Lidia influyó sobre el empresario hasta el punto de que éste decidió fundar en 1861 el Vassar College, primer centro de estudios superiores exclusivo para mujeres y con profesores de alta cualificación académica. Muchas mujeres famosas han estado vinculadas a la institución, como Ruth Benedict, la astrónoma Maria Mitchell o la actriz Jane Fonda. En 1969 el centro recibió la propuesta de fusionarse con Yale, unión que no se llevó a cabo, pero que propició que desde esa fecha el acceso se haya extendido a los alumnos masculinos. Hoy en día está considerada como una de las mejores universidades de Estados Unidos.

En nuestro país hay reformadoras del sistema educativo de muy alto nivel. María Goiry recibió de su madre una enseñanza básica completada con un programa de educación física. Tan importante era el tiempo pasado ante los libros como en el gimnasio. María mostró una gran facilidad para los números, así que su madre la matriculó en la Escuela de Comercio de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, donde además se relacionó con personas vinculadas a la Institución Libre de Enseñanza. Ese contacto la acercó a las ideas de la reforma educativa en España. Entró en la facultad de Filosofía y Letras como oyente, y, tras presentar un recurso, consiguió ser la primera universitaria aceptada con matrícula oficial en 1893. Este hecho obligó al centro a seguir un protocolo de emergencia, como sentar a la alumna en una mesa separada de sus compañeros e imponerle la obligación de entrar en clase siempre acompañada por un profesor. También acudía a la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid, donde conoció al que sería su espo-

so, Ramón Menéndez Pidal. El matrimonio emprendió la recopilación de romances orales e iniciaron una serie de estudios filológicos dentro de una relación donde el trabajo de María quedaba siempre subordinado al de su marido. Al margen de estas colaboraciones, realizó sus propias investigaciones y fue una activa impulsora de la Institución Libre de Enseñanza, donde se aplicaban principios educativos reformistas, como la ausencia de exámenes, el respeto a la individualidad del alumno, un aprendizaje que no estaba basado en retener de memoria y la inclusión del ejercicio físico y excursiones al aire libre como complemento al trabajo de clase. Fue una defensora convencida de las ideas feministas, de la educación mixta, de la importancia del deporte para la mujer y de la necesidad de la incorporación de ésta al trabajo remunerado.

Una de las pasiones del matrimonio era la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, tanto que aprovecharon su viaje de novios para hacer una investigación mientras recorrían las tierras del Cid. Así que no es de extrañar que llamaran a su hija como la esposa del guerrero. Jimena Menéndez Pidal se graduó en Filosofía y Letras y siguiendo los pasos de su madre se dedicó principalmente a la enseñanza. Alumna de la Institución Libre de Enseñanza y profesora del Instituto-Escuela, luchó por recuperar los principios de estos centros tras la Guerra Civil. Superando muchas dificultades fundó en 1940 el Colegio Estudio.

Josefina Aldecoa es una escritora brillante, pero se convirtió en una auténtica transgresora al fundar un colegio atípico. Esta doctora en Filosofía y Letras nació en 1926 y siempre ha sentido pasión por la educación. Pertenece a la generación intelectual de los cincuenta, la de Marsillach, Bardem, Azcona, Luis García Berlanga o su propio marido, Ignacio Aldecoa, del que tomó el apellido a la usanza anglosajona. Era frecuente que en las tertulias del café Gijón se planteara una y otra vez qué iban a hacer estos librepensadores con la educación de sus hijos en las escuelas franquistas. Querían protegerlos de las no-enseñanzas de los curas y del sistema de gobierno. Josefina había viajado a Estados Unidos y estaba fascinada con el sistema educativo. Con ese germen y la vocación de recoger los principios que habían guiado a la Institución Libre de Enseñanza, fundó en 1960 el Colegio Estilo. De vocación europeísta, primaba el estudio de las Humanidades, las clases de arte, y potenciaba el pensamiento crítico de sus alumnos. Hasta la fecha sigue siendo una institución de prestigio.

Cuando llegué a España en 1973, mi padre, comandante republicano exiliado, se negó a que fuera a una escuela de monjas. Apenas había unos pocos colegios laicos y mixtos en Madrid, la mayoría concentrados en la zona de casitas racionalistas de El Viso. Así que mi colegio estaba a pocos metros del Estilo y sus alumnos se convertían en objetos de deseo a los que mandábamos notitas de amor (acosé durante una temporada a Antonio Saura hijo). Más tarde conocí muchas anécdotas del centro porque Carlos García Berlanga estudió allí y no era extraño que hablara de sus profesoras preferidas. Creo que si a estas alturas no he tenido hijos, ya no los voy a tener. Pero si me decido al menos sabré a qué colegio llevarlos.

3

TRANSGREDIENDO EL PODER

La historia está plagada de mujeres ambiciosas que desde la trastienda han movido los hilos de un poder que les estaba vetado en razón de su sexo. Hay cortesanas, concubinas, hermanas, primeras damas y reinas consortes con más arrojo que sus maridos, o mujeres que desde la figura de reina madre han actuado como regentes demostrando capacidad política. Menos han sido las reinas verdaderas o las dirigentes de un Estado que han conseguido transgredir la norma y ejercer el poder de manera efectiva.

Transgresión de fronteras culturales

Hay casos en que esas actuaciones sutiles desde la retaguardia han servido para establecer lazos interculturales y multirraciales que han contribuido a formar el mundo tal y como hoy lo conocemos.

En 1519 el conquistador español Hernán Cortés iniciaba una expedición dentro de tierras mexicanas. Había desembarcado en Cuba y entraba en contacto con los grupos de origen maya que poblaban la zona de la Península de Yucatán. A su paso, recibía los presentes de los dirigentes. El cacique de Tabasco le envió veinte esclavas, entre ellas una muchacha de origen azteca, hija de un noble, que había sido vendida por su familia a la muerte de su padre y había acabado como esclava entre los tabasqueños. Por esa razón hablaba los dialectos maya de la zona y también su idioma de origen, el nahua. La chica recibía el nombre de Malinalli y ha pasado a la historia como la Malinche. Cortés llevaba con él un sacerdote que le servía de traductor con los grupos maya, pero según se iban adentrando en el país, tenían que tratar con jefes de origen nahua. Llegó a oídos del capitán que la esclava hablaba la lengua, y así fue como se convirtió en su traductora y posteriormente en su amante. Doña Marina, nombre que adoptó en el bautizo al convertirse al cristianismo, aprendió rápidamente el español y pronto fue la única ayuda que necesitó Cortés para entenderse con los indios. En 1520 fue recibido por el emperador azteca Moctezuma, que le agasajó como a un dios, pues según una profecía el dios Quetzalcoátl vendría del este. Los aztecas asimilaron a los españoles, más blancos y rubios, con la morfología de la divinidad. Ayudaron en el equívoco el fulgor de las armaduras y los jinetes (los indios nunca habían visto un caballo). Moctezuma colmó de regalos a los españoles y esto fue su perdición, las piedras preciosas y el oro abrieron el apetito de los conquistadores y su voracidad no se vio satisfecha hasta que destruyeron el Imperio

Azteca. Moctezuma fue lapidado y un año después Cortés quemaba los pies del último emperador azteca, Cuauhtémoc. La magnífica capital, Tenochtitlán, fue arrasada, pero todavía los aztecas se defendieron hasta echar a los españoles en el episodio que se conoce como «la noche triste» (para Cortés, claro). Pero el destino estaba sellado y pronto vendrían otros representantes de la corona española para explotar las riquezas del Nuevo Mundo. La historia tradicional cuenta que sin la ayuda de la Malinche Cortés no habría podido conquistar a los aztecas. Esta mujer es considerada una traidora ante su pueblo, una puta del español. En México, el término malinchista describe al que se vende a los intereses extranjeros o que prefiere los productos o la cultura de otros países antes que lo nacional. Creo que va siendo hora de reivindicar el papel de la Malinche. Éste no es el caso de una mujer que utiliza su poder de seducción con un hombre para conseguir sus propósitos, ni una intrigante capaz de cualquier cosa por alcanzar el poder. No es una Mesalina, ni una Lucrecia Borgia. Para empezar, la situación política del Imperio Azteca dependía de la fuerza. Los aztecas eran un pueblo guerrero que se había impuesto a sus vecinos con fiereza y el descontento era generalizado entre las poblaciones oprimidas. Los reyes vasallos sólo necesitaban un estímulo y alguien que los aglutinara para comenzar una revuelta. Eso es lo que hizo Cortés, pues numéricamente los españoles eran muy pocos, pero creó un gran ejército con los indios con los que negoció. Sin duda en esas conversaciones tomó parte la Malinche, aunque sólo como traductora. Si acaso, hay algún indicio en las crónicas de la Nueva España de su habilidad diplomática y su incli-

nación por la negociación frente a la aniquilación. No hay que olvidar que era una noble, hija de un jefe guerrero. Y tampoco hay que olvidar que fue su propia familia la que la vendió en el mercado de esclavos. No llegó hasta Cortés por su propia voluntad, fue ofrecida a él, aunque cabe pensar que sí le amó. Su historia es la de una venganza involuntaria contra el pueblo que la utilizó como mercancía. Quizá en su papel de esclava está la clave de su obediencia a Cortés, un hombre con el que no se casó al tener él ya una esposa en su país. Cortés la trajo a España y la dio en matrimonio a un caballero castellano, don Juan Xamarillo. Doña Marina fue una víctima, de su pueblo, de su amor. Pero su transgresión al amar a Cortés estableció un hecho central de la historia de la América Latina: el mestizaje, la mezcla de sangre, el presente multirracial. Dio un hijo al conquistador, don Matías Cortés, convirtiéndose así en la madre del primer mexicano de la era moderna, indio y blanco. Ahora que tanto se alaba a las sociedades multiétnicas y que se habla de la riqueza que suponen las fusiones culturales, no está de más recordar a La Malinche.

Su caso no es el único en el que un nativo se ve ligado a un extranjero. La Malinche no eligió su destino, pero también hay indígenas de todas las etnias voluntariamente fascinados con el invasor. Hay disidentes, marginados en su propia cultura que encuentran en su relación con el extranjero salidas que su grupo no puede darles. Cuando el interés es mutuo, los episodios de mestizaje conforman una nueva realidad. Es lo que ocurrió en América Latina. En cambio en Norteamérica los colonos no mostraron interés en establecerse con las nativas más que de forma circunstancial. A la aculturación impuesta por el invasor se añadió el exterminio de las poblaciones indígenas. Hubo excepciones, que de haber sido generalizadas habrían permitido que el fenómeno del mestizaje se hubiera extendido al norte del río Bravo, frontera natural entre México y Estados Unidos y entre dos realidades socioculturales.

Menos de un siglo después de la aventura de la mexicana Malinche, encontramos a otra interlocutora entre su pueblo indígena y el extranjero colonizador. Matoaka fue una princesa india, hija de Powhatan, el jefe de una confederación de treinta tribus de Virginia. Debido al carácter de la pequeña princesa recibía el apodo de Pocahontas («niña consentida»). A principios del siglo XVII los colonos ingleses se establecieron en la guarnición de Jamestown. El capitán John Smith fue capturado por los indios y la niña Pocahontas intercedió para salvarlo. Fue tratado con cortesía y devuelto sano y salvo, lo que estableció la paz entre indios y colonos. Pocahontas visitaba con frecuencia el asentamiento para intercambiar objetos o conversar. Cuando el capitán Smith dejó la guarnición, de nuevo comenzaron las hostilidades. El nuevo capitán capturó a Pocahontas para usarla como rehén en una negociación con los indios. Si querían recuperar a su princesa, debían liberar a los prisioneros ingleses y también entregar armas y maíz. En el transcurso de su cautividad Pocahontas se convirtió al cristianismo y adoptó el nombre de Lady Rebeca. Un colono, comerciante de tabaco, se casó con ella en 1614. Decidió llevarla con él a Inglaterra como reclamo en la campaña con la que la Compañía de Virginia en Londres pretendía introducir el tabaco americano en Europa. Poca-

hontas se codeó con la familia real y la aristocracia inglesa, pero no pudo contar anécdotas del viaje a su tribu. Murió en el trayecto de vuelta a casa, de neumonía o tuberculosis. Los indios que conforman la Powhatan Nation han denunciado las distorsiones con las que se conoce actualmente la historia de su antepasada, sobre todo desde que se convirtió en un personaje de la Disney, y reivindican que se divulgue su verdadera historia.

Molly Brant vivió a mediados del siglo XVIII en territorios fronterizos que actualmente pertenecen a Canadá, al norte de las cataratas del Niágara. De ascendencia mohicana, tras morir su padre su madre se volvió a casar con un colono inglés, por lo que estudió en la escuela de la Misión Protestante y profesó esta religión, aunque siempre vistió ropas mohicanas. A los dieciocho años comenzó cierta actividad política ayudando a los mayores de las tribus indias a reclamar en litigios sobre transacciones fraudulentas de tierras que les perjudicaban. Se casó con un comerciante colono, William Johnson, que gracias a la posición de su mujer consiguió el puesto de Superintendente de Asuntos Indios ante la corona de Inglaterra. Molly debía ser una mujer curiosa de observar; india de raza e indumentaria, educada como una inglesa, rodeada en su casa de esclavas negras como cualquier otra dama de la sociedad americana de la época, acompañada de sus nueve hijos mestizos y educados en las tradiciones maternas y paternas. Molly ya había enviudado cuando estalló la Guerra de Independencia de los Estados Unidos en 1776. Las distintas tribus tomaron posición, unos apoyando a los independentistas, otros, los *loyalists,* defendiendo los intereses del rey de Inglaterra. Los mohicanos optaron por permanecer fieles a la

corona, en gran parte por la intervención decisiva de Molly. Terminada la guerra, y a pesar de la derrota de Inglaterra, los que lucharon por el rey Jorge recibieron una pensión militar por sus servicios. Molly estuvo entre ellos, y con esa paga se retiró a sus tierras, que quedaron fuera del país al trazar las nuevas fronteras.

Transgrediendo el poder en la Antigüedad

Las princesas egipcias han despertado nuestra admiración y han acabado siendo tan populares que se confunde la línea donde termina la historia y comienza la leyenda. Pero no cabe duda de que entre ellas hay algunas que protagonizaron transgresiones dignas de su posición real.

Hatshepsut representa el caso más singular en la historia de las mujeres que han gobernado una nación. Nació dentro de la XVIII Dinastía de Faraones de Egipto, en el período conocido como Reino Nuevo, momento de esplendor tras un paréntesis de crisis provocado por la invasión de los hicsos. Los faraones que iniciaron la XVIII Dinastía unificaron de nuevo el Bajo y Alto Egipto, expulsaron a los invasores y restablecieron las relaciones internacionales y las conquistas, con lo que se reanudaron los intercambios comerciales que daban riqueza al reino. Trasladaron la capital a Tebas. Tutmosis I extendió el poder de Egipto hasta el Éufrates. Fue el primer faraón en abandonar la costumbre de enterrarse en una pirámide y fue inhumado en un hipogeo excavado en las laderas de las colinas de la orilla

izquierda del Nilo, frente a la nueva capital. Esta tradición fue seguida durante todo el Reino Nuevo. Este conjunto de tumbas es el conocido como Valle de los Reyes. Tutmosis I murió en el 1520 a.C. dejando una sucesión conflictiva. En este período el papel de la mujer era importante en los problemas sucesorios. Los faraones tenían varias esposas y concubinas, aunque sólo la principal era la reina, y ésta tenía que ser hija de faraón para así transmitir la sangre real a los herederos. Si no habían nacido príncipes varones, un bastardo no podía acceder al trono si no legitimaba su posición casándose con una princesa real, es decir, con su hermanastra. El incesto era habitual y el modo de asegurar la pervivencia de las dinastías reales. Hatshepsut era la hija de Tutmosis I y de la esposa principal. La casaron con su hermanastro para que éste reinara como Tutmosis II. Tuvo un reinado corto y a su muerte Hatshepsut asumió la regencia en nombre de Tutmosis III, que apenas tenía diez años. Se convirtió en reina madre por poderes, ya que el niño no era hijo suyo, sino de su esposo y una concubina; ella sólo había aportado al matrimonio dos hijas, y se arregló que una de las princesas reales, Nefrure, se casara con Tutmosis III para legitimar su derecho al trono. Hatshepsut no tardó en usurpar el poder adoptando la titulatura real reservada al faraón. Es decir, que reinó como rey, no como reina, con el nombre real de Makare. Se hizo representar en relieves y estatuas como un hombre, con los atributos del faraón: barba postiza cilíndrica, nemes (tela rayada) bajo la corona, pectoral y látigo. Las frases que salen de su boca en los relieves se expresan en masculino. Como correspondía al faraón, se hizo nombrar Hija Predilecta de Amón. Acalló a los influ-

yentes sacerdotes del templo con generosas donaciones. Confió los puestos de la administración a servidores fieles. Entre esos leales se encontraba Senmut, favorito de Hatshepsut, visir, preceptor de la princesa Nefrure y arquitecto real. Fue el constructor del templo de Deir-el-Bahari, que por su planta original constituye una transgresión dentro de la conservadora arquitectura egipcia. Es un conjunto funerario adosado a la montaña, construido con inmensas terrazas y explanadas. Sus columnatas y relieves son impresionantes. El templo no fue levantado para acoger la momia de la reina. La tumba se encontraba en un túnel secreto sobre el acantilado. Senmut cayó en desgracia con la muerte de Nefrure en el 1490 a.C. Fue desposeído de sus títulos y desaparece de la historia. Durante el reinado de Hatshepsut se interrumpió la campaña de conquistas de sus predecesores. No anexionó más tierras, pero tampoco perdió ninguna. Prefirió organizar expediciones comerciales, como una al País del Punt, Somalia, que recogen los relieves de Deir-el-Bahari. Prefirió la expansión cultural y comercial a las guerras de conquista. Pero la situación en Asia se agravaba. El reino de Mitanni había formado una gran coalición aprovechando la pasividad de Egipto. Tutmosis III había dejado atrás la infancia y por fin pudo ejercer su poder como faraón marchando al frente de los soldados para sofocar la rebelión mitannia. Por primera vez hubo una división efectiva de poderes y Tutmosis III asumió la dirección de los ejércitos como general en jefe. Se reveló como un guerrero eficaz que colmó de expectativas a los egipcios que añoraban la época de las grandes campañas militares. No sabemos cómo termina el reinado de Hatshepsut. Se supone que hubo un perío-

do de transición en el que gobernaron el país los dos faraones. Hacia el 1484 a.C. ya no hay huellas de su presencia en el poder. Si bien siempre mantuvo a Tutmosis III relegado, no hay indicios de que lo hubiera humillado, pero sin duda éste le guardaba un gran rencor. A la muerte de la reina procedió a un exterminio encarnizado de todo rastro de su existencia, lo que se conoce como *damnatio memoriae post mortem.* Se destruyeron las estatuas, se rayaron los relieves, se eliminó su nombre del templo funerario, sacrilegio entre los egipcios, porque un alma sin capilla funeraria no puede encontrar descanso en el otro mundo. Lo cierto es que ha costado más de un siglo de investigación llegar a conocer el reinado de Hatshepsut, el único faraón femenino, a través de los pocos restos arqueológicos que se han recuperado.

Tras Tutmosis III reinaron Amenofis II, Tutmosis IV y Amenofis III. Desde que Tutmosis III tomó el poder y consiguió sofocar la rebelión del reino de Mitanni, las relaciones entre los dos países fueron cordiales, basadas en intercambios comerciales y en lazos entre las familias reales. Que Egipto era el país dominante se demuestra porque, así como fueron varias las princesas mitannias que viajaron a Egipto para convertirse en esposas de los faraones, nunca una princesa egipcia fue enviada a Mitanni con el mismo fin. El caso es que desde Tutmosis III las princesas mitannias formaban parte del harén real egipcio.

A mediados del siglo XIV a.C. reinó el faraón Amenofis IV, que pasó a la historia por crear un cisma sin precedentes en la historia egipcia. La religión de los egipcios era politeísta, con Amón como dios principal. El dios Atón, encarnación del sol,

había ido adquiriendo importancia, pero fue el faraón el que decidió sustituir el culto oficial al dios Amón por el del dios Atón, fundando una nueva religión de tendencia monoteísta, o, mejor dicho, hemoteísta (cuando un dios superior desplaza a las divinidades secundarias). El faraón mismo cambió su nombre por el de Akenathón y fundó una nueva capital a la que llamó Akhetatón en Tell el-Ammarna. Este episodio se conoce como Reforma de el-Ammarna o Cisma Ammarniense. La ruptura religiosa produjo un cambio en toda la sociedad. Fue una revolución que afectó al equilibrio político y social. Atón se suponía presente en todas las cosas, por lo que no había necesidad de representarlo por medio de estatuas. La única forma visible del nuevo dios era una imagen del disco solar y sus rayos. La arquitectura también se transformó, pues los santuarios dejaron de ser cerrados para que el sol, el dios, bañara las estancias. El cambio más notable se produjo en el terreno artístico, el hieratismo tradicional del arte egipcio dio paso a un estilo más naturalista y expresionista, donde los temas se trataban con mayor libertad. El faraón actuó como un iluminado que impuso su fanatismo sin preocuparse por el consenso social. Los asesinatos entre los fieles de las distintas facciones fueron numerosos, aunque todo hace pensar que la nueva religión no tuvo demasiados seguidores entre el pueblo. En cuanto murió Akenathón, sus sucesores restablecieron las tradiciones religiosas y artísticas como si no hubiera pasado nada.

¿Y por qué les cuento todo esto? Bueno, las obras de arte ejecutadas en ese nuevo estilo heterodoxo, llamado ammarniense, han llegado hasta nosotros y nos permiten comprobar el

papel de la esposa real. En la tradición egipcia la reina siempre es representada de un tamaño algo inferior al faraón, mientras que en las obras de este período la reina aparece en plano de igualdad con su esposo. De hecho la reina está representada en muchas más obras que Akenathón, siendo la más famosa un busto de caliza encontrado en la excavación de un taller de escultura, conocido como el busto de Nefertiti. Pero la más célebre de las reinas egipcias no era egipcia. Nefertiti era una de esas princesas mitannias enviadas para desposar al faraón, y en este caso era la esposa principal. Se cree que su influencia fue decisiva en el cambio religioso impuesto por su esposo, deslumbrado por los cultos extranjeros importados desde Mitanni. Apenas comienza a descubrirse el papel de una mujer que sólo había pasado a la historia por su belleza, y que ahora se revela como una instigadora a la transgresión de una de las tradiciones religiosas y artísticas más sólidas de la antigüedad.

Probablemente sólo haya una egipcia que supere en popularidad a Nefertiti, y ésa es Cleopatra. Pero si Nefertiti era en relidad mitannia, Cleopatra era de ascendencia griega, el fruto de once generaciones de matrimonios entre hermanastros dentro de la Dinastía Ptolemaica. A la muerte de Alejandro Magno, el Imperio que había conquistado se dividió entre sus lugartenientes, conocidos como los Diádicos (sucesores). Ptolomeo consiguió Egipto y fundó la dinastía de los Ptolomeos o Lágidas. Fueron la última dinastía de faraones egipcios y reinaron durante más de dos siglos, preservando las antiguas tradiciones a la vez que introducían las costumbres propias del helenismo. Lo cierto es que ninguno de los faraones aprendió siquiera a hablar

egipcio, excepto Cleopatra, que dominaba el idioma local con igual maestría que el griego, el persa o el latín. Cleopatra nació en Alejandría en el año 69 a.C. Cuando tenía dieciocho años murió su padre, el faraón Ptolomeo XII, y Cleopatra se convirtió en la esposa de su hermanastro de doce años para que reinara como Ptolomeo XIII. Los consejeros del faraón averiguaron que la reina quería adueñarse del poder y la exiliaron a Siria. Allí entró en contacto con Julio César y estableció una alianza para recuperar su posición en Egipto. Su hermanastro murió «oportunamente» y pudo reinar como Cleopatra VII con la ayuda de los romanos. La alianza con Julio César fue algo más que política, pues le dio un hijo, Cesarión, que la acompañó a Roma en su entrada triunfal ante el pueblo. El asesinato de Julio César provocó que Cleopatra buscara un nuevo aliado, y, todo hay que decirlo, un nuevo amante, y lo encontró en el general Marco Antonio. Cleopatra pensó que podía restablecer la grandeza pasada del Imperio Egipcio y decidió enfrentarse a Roma. Le dio dos hijos a Marco Antonio e hizo que repudiara a su mujer, granjeándose el descontento de los patricios, y especialmente el de Octavio, hermano de la esposa abandonada y rival de Marco Antonio en el dominio de Roma. Egipto era el granero de Roma, la subsistencia de la ciudad dependía del trigo importado del país del Nilo, y Cleopatra cortó el suministro. Al mismo tiempo Marco Antonio conquistó algunas plazas en Armenia. Estas acciones provocaron que Roma declarara la guerra a Egipto. Marco Antonio fue derrotado por Octavio en la batalla naval de Accio en el año 31 a.C. y se suicidó ante la humillación. Cleopatra prefirió suicidarse antes de ser capturada y mostrada como

prisionera ante el pueblo de Roma que años antes la había aclamado. Después de más de tres mil años de hegemonía, Egipto pasaba a ser una provincia romana.

Cleopatra no fue la única opositora que tuvo el gran Imperio Romano. Otras protagonistas excepcionales se enfrentaron a él transgrediendo su papel como mujeres y como miembros de un pueblo sometido. Boadicea y Zenobia forman junto a Cleopatra una tríada heterogénea y muy interesante.

Boadicea es un nombre basado en un error de traducción de los *Anales* de Tácito. El nombre original sería Budicca o Budiga. Las tropas romanas invadieron Britania y en el 54 a.C. Julio César logró la sumisión de seis tribus celtas, entre las que estaban los iceni, que habitaban Anglia, en el sureste de Gran Bretaña. Las tribus sometidas pagaban sus tributos y no eran molestadas por las guarniciones romanas. En el año 60 de nuestra era, siendo emperador Nerón, el rey de los iceni murió y repartió su herencia según la ley, una parte para la dote de sus hijas y otra para el emperador de Roma. Pero Nerón reclamó la totalidad de la herencia, a lo que se negó la reina regente, Boadicea. Los enviados del procurador romano de Britania atacaron a los iceni y confiscaron sus propiedades. La reina fue flagelada y sus hijas violadas. Boadicea unió a los iceni con las tribus rebeldes que no habían sido conquistadas por los romanos y comenzaron una serie de ofensivas victoriosas sobre las colonias romanas, primero en la guarnición de Colchester, luego en Londinum, actual Londres, donde las legiones no pudieron evitar que más

de cien mil celtas arrasaran e incendiaran la ciudad. El gobernador Suetonio actuó rápidamente, y mientras los celtas se dejaban llevar por el desenfreno de la destrucción, las legiones pudieron reagruparse y contraatacar con dureza. Boadicea y sus hombres fueron reducidos en la batalla de Verulamiun en el año 61. Sabiendo que su destino era acabar en el circo romano como entretenimiento y alimento para los leones, Boadicea y sus hijas se envenenaron y fueron enterradas lejos del alcance de los romanos.

La ciudad de Tadmor fue fundada en el Segundo Milenio a.C. en una encrucijada de rutas del desierto, al noreste de la actual Damasco. Los intercambios comerciales y una sabia política diplomática aseguraban el paso de las caravanas por las tierras vecinas, lo que trajo a la ciudad la opulencia. En el siglo III de nuestra era controlaba el monopolio del comercio caravanero y con el nombre de Palmira pertenecía a la provincia romana de Siria. Era una pieza fundamental en la defensa del Imperio por su posición geoestratégica, a las puertas del enemigo persa. Era costumbre de los romanos otorgar cargos y títulos en las provincias para así implicar a los nativos en su política. Bat Zabbai o Zineb era hija de un comerciante beduino que, como toda la aristocracia local, había empezado a copiar las costumbres romanas, en su caso desde que fue nombrado senador de Palmira. Helenizó el nombre de su hija transformándolo en Zenobia. Ésta alimentó la leyenda de ser descendiente por parte de madre de los Ptolomeos, la estirpe de Cleopatra. Fue educada en el saber clásico por preceptores romanos y griegos. A pesar de estos contactos y de haber nacido romana (el empera-

dor Caracalla había concedido la ciudadanía a todos los habitantes de los territorios del Imperio), siempre mantuvo el interés por no olvidar sus orígenes árabes. Con veinte años Zenobia fue entregada en matrimonio al sexagenario Odenato, jefe de las tribus del desierto. Le dio un hijo, Waballaht, aunque el jefe ya tenía la descendencia asegurada por Herodiano, hijo de un anterior matrimonio. Odenato recibió órdenes de ayudar a las legiones a contener el asalto de los persas sasánidas y por sus acciones militares recibió del Imperio el cargo de príncipe de Palmira. En un ataque posterior de los persas dirigidos por Sapor I, la XVI Legión Flavia Firma huyó hacia Palestina. La actuación de los arqueros de Palmira le valió a Odenato ser promovido al cargo de cónsul por el emperador Valeriano. Pero Zenobia no podía dejar de pensar en la creciente debilidad de un Imperio cuyos legionarios huyen por el desierto. A la muerte de su esposo tomó las riendas del gobierno de la ciudad. Teóricamente lo hacía como representante del césar, pero su intención era expandir sus posesiones e independizarse de Roma. Gobernó la ciudad como si se tratara de un Estado, comandó los ejércitos y organizó caravanas. Zenobia extendió el poder de Palmira por el Mediterráneo hasta el Bósforo, y hasta el Nilo y el Éufrates, transformando la ciudad en una corte refinada frecuentada por filósofos y artistas. Pero cometió dos transgresiones que el poder romano no podía tolerar: retuvo en Alejandría el trigo de Egipto (como hizo Cleopatra) y para afirmar su independencia acuñó moneda con su efigie. El emperador Aureliano entró con sus ejércitos en la colonia rebelde en el año 272 y derrotó a los de Zenobia, que fue hecha prisionera y llevada a Roma, donde fue exhibida en

el desfile triunfal del emperador portando cadenas y grilletes de oro. Al parecer vivió su exilio en una villa hasta que se suicidó.

Transgrediendo el poder en la Edad Media

En la Antigüedad, las mujeres pertenecientes a la nobleza sólo podían esperar que el esposo que les tocara en suerte fuera lo más agradable posible y que la providencia no tardara en hacerlas concebir un varón para asegurar un heredero legítimo y su puesto como esposas sin temor a ser repudiadas. La Edad Media no trajo ningún cambio real, pero al menos la literatura cortés alivió el espíritu de las damas. Desde los textos se hablaba del verdadero amor, se exaltaba una infidelidad simbólica y la tragedia del amor imposible. Salvo estas licencias poéticas, la mujer vivía constreñida en el rol de género de su época. Y eso que hasta hacía bien poco algunos de los incipientes reinos se habían regido por un concepto de sucesión matrilineal, como en las poblaciones pirenaicas y cantábricas españolas que no fueron aculturadas por la sociedad visigoda. El papel de la noble medieval era reducido y opresivo, apenas tenía influencia en la vida pública, con una excepción, la fundación y mantenimiento de conventos. La reclusión en estos monasterios se convertía en la única salida para las hijas solteras de los condes.

En España, los cantares de gesta, las crónicas y los romances recogen algunos casos excepcionales de mujeres que detentaron el poder en alguna medida, aunque hay que señalar que en cuanto la protagonista tiene demasiada iniciativa propia es

tachada de ambiciosa, traidora, caprichosa, frívola, díscola, codiciosa, mentirosa, lujuriosa, lasciva, inmoral, intrigante o ambivalente. Algún comentario recoge con desprecio que eso es, al fin y al cabo, lo que se puede esperar de una mujer, pues todas esas «virtudes» están en su naturaleza y sólo si la mujer guarda recato y sumisión puede librarse de sí misma.

La crónica del moro Rasís recoge la historia de Egilo o Egilón, viuda de don Rodrigo, último rey visigodo, que vio cómo su mundo desaparecía con las invasiones árabes del año 710. Lo normal en su caso es que hubiera ingresado en un convento, pero su vida dio un giro cuando el emir de al-Andalus, Abd-al-Aziz, se interesó por su suerte y ambos acordaron casarse. El segundo matrimonio de una reina viuda estaba prohibido en el reino visigodo para evitar que las tierras de la reina pasaran a formar parte del patrimonio de un noble codicioso con aspiraciones al poder, ya que la visigoda era una monarquía de base electiva. Pero si el reino visigodo había desaparecido bajo el dominio árabe, sus leyes no tenían por qué tener validez. Otra transgresión era la representada por casarse con un hombre que profesaba otra religión, donde entraban en juego las leyes eclesiásticas sobre matrimonios mixtos, que existían, pero que en la práctica se saltaban, pues hubo numerosas uniones entre hispano-godos y musulmanes donde cada uno mantenía su religión, como hicieron el gobernador y la reina. Se considera a Egilo como la inductora que convenció a su esposo para fundar un califato independiente de Damasco. Obligó a sus súbditos a que hicieran reverencias ante el emir y le confeccionó con sus propias joyas una corona al estilo de las usadas por los reyes visigodos. La

corona, como símbolo de los reyes cristianos, produjo el descontento entre los musulmanes, que, pensando que Abd-al-Aziz se iba a convertir al cristianismo, lo asesinaron. Los cronistas consideran que la ambición de la reina fue la causa de este episodio trágico.

A finales del siglo XI, Alfonso VI de Castilla y León se casó con Constanza de Borgoña. Pero, para el pueblo, la verdadera reina era la infanta doña Urraca, hermana del rey, ya que Constanza era una extranjera con poca ascendencia sobre su marido. En cambio Urraca era designada como reina, compartía con el monarca las tareas de gobierno y se encargaba de los asuntos públicos a la vez que administraba sus propiedades. Las crónicas cuentan que Urraca entró en negociaciones con Rodrigo Díaz de Vivar e incluso narran una posible relación entre ambos. Lo cierto es que Urraca fue una infanta que gozó de poder e independencia, que nunca se casó y que dispuso de su vida de una forma inusual para una mujer medieval, incluso para una situada en lo más alto de la escala social.

Alfonso VI y Constanza de Borgoña llamaron a una de sus hijas Urraca, en honor a su tía, y ésta sí que llegó a detentar un poder real que no imaginó que acabaría cayendo en sus manos. La casaron con su primo Raimundo de Borgoña, al que dio un hijo, el futuro Alfonso VII, antes de quedar viuda en 1107. Con la muerte de su hermano en 1108 y de su padre en 1109, la corona del reino castellano-leonés llegó a sus manos. Como se consideraba que una mujer sola no podía reinar, su padre dejó arreglado su matrimonio con Alfonso I el Batallador, rey de Aragón. Los hijos del matrimonio heredarían los tres reinos, pero

no hubo herederos; de haber sido así, la odisea centralista de los Reyes Católicos se hubiera adelantado tres siglos. Los nobles y el alto clero no estaban conformes con la unión y los obispos consiguieron que el matrimonio fuera anulado por consanguinidad, al compartir los cónyuges un bisabuelo. El matrimonio apenas duró cuatro años. Así que desde 1113 hasta su muerte en 1126, Urraca reinó sola, aunque asoció al trono a su hijo para evitar conspiraciones y asegurar la sucesión. Resultó ser una reina que supo desenvolverse como cualquier rey, en los asuntos de Estado y en los privados. Fue una política sagaz, capaz de manipular e imponer pactos diplomáticos. Su vida privada estaba fuera de toda norma para una mujer, aunque no hizo más que comportarse como cualquier rey de su tiempo. Tuvo favoritos y amantes, entre ellos a los señores Gómez González de Candespina y Pedro González de Lara, que los nobles castellanos hubieran preferido como maridos al rey aragonés. Tuvo un hijo ilegítimo de cada una de estas relaciones, y parece que Urraca murió dando a luz a otro hijo más.

Su hijo Alfonso VII, fiel a la tradición familiar, reinó junto a su hermana Sancha, que, como su tía abuela, la otra Urraca, no se casó nunca. Nuevamente el papel de la reina legítima, la esposa de Alfonso, quedó opacado por el de esta castellana de fiera estirpe.

En la Edad Media la gente no se casaba por amor. Que el matrimonio era una unión por interés estaba implícito en la naturaleza del mismo. Incluso extrañaba como abyecto el matrimonio entre

unos esposos enamorados. Paradójicamente, una de las mayores transgresiones en la sociedad medieval podía ser la boda entre una pareja de alcurnia que pusiera por delante su amor a los intereses de sus familias. En el siglo XI Almodis de la Marca y el conde de Barcelona Ramón Berenguer se enamoraron. Ramón secuestró a Almodis y se la llevó a vivir con él, aunque ese acto, conocido como «rapto simulado», era una costumbre medieval previa a la boda. Ambos estaban casados en segundas nupcias con otros cónyuges, pero decidieron luchar para conseguir la nulidad de sus matrimonios de conveniencia. Pudieron demostrar un grado de consanguinidad no admitido por la Iglesia y quedaron libres para formar el tercer matrimonio para ambos, no sin la oposición de la familia del conde, que entendía que el papel del matrimonio era proveer alianzas políticas satisfactorias. Superados los obstáculos, Almodis participó activamente en la gestión política, jurídica y cultural del condado, pues tenía gran poder no sólo como condesa, sino como señora feudal a la que sus vasallos debían obediencia. Su posición social contribuyó a reforzar la de su marido. Fue una experta en relaciones exteriores y diplomacia, y consiguió el mismo poder que podía tener una reina. Fue la que impuso en el condado la política de alianzas familiares necesaria para mejorar aún más su situación. Demostró que un matrimonio por amor no estaba reñido con los intereses y el buen manejo de un territorio si se sabía gobernar con sabiduría.

Leonor de Castilla había sido criada en la corte de Poitiers, centro neurálgico del pensamiento y el arte en el siglo XII. Hija de

Leonor de Aquitania y Enrique II de Inglaterra, llegó a Castilla enviada por su madre para contraer matrimonio con el futuro rey Alfonso VIII, cuando ambos contaban poco más de doce años. Leonor fue una princesa extranjera que transformó la austera corte castellana en hogar de poetas y trovadores. Su educación refinada se dejó sentir en los cambios que introdujo en la moda y en la renovación estilística de las artes, que en la arquitectura quedó plasmada en los monasterios cistercienses que fundó, como las Huelgas en Burgos.

Leonor y Alfonso tuvieron varias hijas, Berenguela, Blanca y Urraca. Siendo niña Blanca, su abuela Leonor de Aquitania viajó ya anciana hasta Castilla para llevársela y casarla con el futuro rey de Francia, Felipe Augusto. De esa unión nacería el rey francés Luis IX, conocido por su piedad como San Luis.

Hemos visto cómo la vida de estas reinas, Leonor y Blanca de Castilla, quedaba decidida por la voluntad de otra con mayor proyección y poder. Y es que Leonor de Aquitania ha sido una de las reinas más fascinantes y eficaces de la historia, si bien la historiografía escrita por los hombres ha querido dar de ella una imagen de intrigante ambiciosa capaz de todo por colocar a su familia en los centros de poder. Leonor, duquesa de Aquitania y condesa de Poiteau, jugó un papel de primer orden en la política del siglo XII. Nació en 1122, nieta de Guillermo IX de Aquitania, el primer trovador, que introdujo en la corte el refinamiento y las normas de la poesía trovadoresca que expresaba el ideal del amor cortés. Con quince años, Leonor fue dada en matrimonio al rey de Francia, Luis VII, y se trasladó a vivir a la ciudad real, París. Allí Leonor impuso sus costumbres meridionales a una corte poco habituada al esplendor. Al poco tiempo, Luis se convertiría en el primer rey en ponerse al frente de una peregrinación armada con el fin de liberar Jerusalén, en lo que sería la Segunda Cruzada. Leonor convenció a su marido para que la dejara acompañarlo a Tierra Santa, y el resto de las esposas de los nobles siguió su ejemplo. La reina y las damas no podían prescindir de sus doncellas y sus comodidades y pronto la expedición se convirtió en un desplazamiento masivo de carros cargados con personas y enseres. Esta acción fue muy criticada, porque al tratarse de una peregrinación religiosa se suponía que los caballeros debían permanecer castos y que eso no iba a ser posible llevando a las mujeres. Haciendo oídos sordos a las críticas, la expedición se realizó. Leonor quedó deslumbrada con Constantinopla y en adelante aplicaría los principios del lujo bizantino para adornar su corte. El viaje supuso un enfriamiento en las relaciones con su marido, no se sabe si por un enfrentamiento político relacionado con la actuación de los caballeros aquitanos en la cruzada, o por el encuentro con su tío, Raimundo de Poitiers, hermano de Guillermo X. Hubo insistentes rumores de infidelidad y de incesto entre los parientes. Al regreso a Francia el matrimonio se arregló, pero no por mucho tiempo. Leonor sorprendió al rey de Francia alegando que no podían permanecer casados por ser parientes de noveno grado, algo prohibido por la Iglesia. En 1152 se separaron y la Iglesia concedió su anulación. Sólo tres meses después Leonor se casaba con el rey de Inglaterra, Enrique II, diez años menor que ella. Es de suponer que todo este asunto formó parte de un plan perfectamente establecido por Leonor. Al unir las posesiones de Aqui-

tania y Poiteau a las de Enrique, que además de las tierras inglesas poseía Normandía, el poder del matrimonio superaba al del rey de Francia, pero, según las leyes medievales, eran sus vasallos y le debían respeto y obediencia. Junto a Enrique participó en el gobierno de Inglaterra, se sentaba a su lado y dictaba sentencia durante los juicios anuales del día de Navidad. Compartieron el poder hasta que Leonor descubrió la infidelidad de su esposo con una joven llamada Rosamunda. Leonor regresó a su corte aquitana de Poitiers y se aseguró de que sus vasallos rendían homenaje a su hijo Ricardo como duque de Aquitania. Ricardo era un provenzal de los pies a la cabeza, había heredado de su bisabuelo el arte de la poesía trovadoresca, y pasaría a la historia con el sobrenombre de Corazón de León. Enrique consideró que su esposa estaba poniendo a los hijos en su contra y la desterró a Londres, donde permaneció encerrada hasta la muerte del rey. En el momento en que éste falleció, en 1189, Leonor abandonó su encierro y preparó con meticulosidad la coronación de su hijo Ricardo, que apenas permaneció en Inglaterra después de la ceremonia, pues ya estaba preparando lo que sería la Tercera Cruzada a Tierra Santa. Leonor quedó como regente y su principal inquietud fue mantener a raya a su otro hijo, Juan, apodado «sin Tierra» debido a lo desfavorecido de su situación tras el reparto de la herencia de su padre. Leonor fue una gobernante eficaz que actuó con diligencia en Flandes y en Champagne, donde era condesa su hija María, habida de su matrimonio con el rey de Francia. Dictó leyes inusualmente modernas que se adelantaron a las costumbres de gobierno en un par de siglos, como conceder actas de libertad a los burgueses de las ciudades y unificar las medidas de peso y longitud, diferentes según las distintas regiones inglesas. Ricardo Corazón de León fue capturado a su regreso de la cruzada por Leopoldo, duque de Austria, que pidió por él un rescate. Que un príncipe cristiano hiciera esto con un compañero se consideró un escándalo, pero el Papa no pudo hacer nada por interceder. Leonor acudió a sus vasallos para recaudar el dinero del rescate y viajó para llevarlo personalmente y liberar a su hijo. Este período en el que Leonor está fuera del reino inglés y en el que su hijo Juan asume el poder es el que recogen la leyenda de Robin Hood y la novela *Ivanhoe*. Leonor había derogado las leyes de caza de su marido, según las cuales todos los animales del bosque pertenecían al rey, pero Juan pretendía hacerlas valer de nuevo, además de gravar con impuestos abusivos a la población. Cuando Leonor y Ricardo desembarcaron en Inglaterra encontraron al pueblo a punto de sublevarse contra Juan. Leonor organizó una segunda coronación para Ricardo, que moriría al poco tiempo, en 1199. En los diez años que duró su reinado apenas pasó unos meses en suelo inglés. Juan era el único heredero y Leonor supo perdonar sus acciones anteriores y le brindó todo su apoyo. Consiguió para él la fidelidad de los nobles y los burgueses en una campaña hecha personalmente por todos sus territorios. Pero ella sabía que Juan no estaba capacitado como gobernante y que todo el trabajo de su vida estaba a punto de desaparecer. Fue entonces cuando tuvo la idea de viajar hasta Castilla para elegir entre sus nietas una esposa para el futuro rey de Francia. Previamente visitó al rey francés, a su ex marido, para rendirle sus respetos como vasalla y proponerle la unión de su hijo Felipe

Augusto con su nieta. De esa forma sus posesiones en Francia volverían a la corona francesa. Leonor partió con más de ochenta años para recoger a su nieta y realizar un último intento de crear un Estado moderno. Tras entregar a la niña en la corte francesa se retiró a un monasterio donde murió poco después.

Transgrediendo el poder en la Historia Moderna

Isabel I de Inglaterra llegó al trono en 1558. Fue la gran reina de la Edad Moderna, la primera en dirigir un Estado dejando atrás la mentalidad medieval. Cierto es que Leonor de Aquitania tuvo una visión preclara de lo que sería la política moderna, pero se adelantó a su tiempo casi cuatro siglos. Isabel I de España, Isabel la Católica, también intuyó el camino que debía tomar el reino que acababa de unificar, pero España (y ella misma) aún tenía un lastre bajomedieval que habría que superar. El fanatismo mostrado en sus acciones contra musulmanes y judíos, así como la infame instauración de la Inquisición, empañan una labor política superior a la de su marido, de perfil centralista y casi absolutista. También supo adivinar la importancia de las expediciones marítimas, a las que prestó un apoyo recompensado por el «descubrimiento» de América. Cabe decir en su descargo que la Isabel de España verdaderamente vivió el momento de cambio entre la realidad medieval y la renacentista, mientras que la Isabel de Inglaterra nació ya inmersa en un nuevo mundo. Isabel I era hija de Enrique VIII y su segunda esposa, la decapitada Ana Bolena. Creció alejada de la corte y las intrigas, recibiendo una sólida formación clásica que la convertiría en una reina amante de las artes, que apoyó con entusiasmo el teatro y a los autores de su época, entre los que se encontraba William Shakespeare. A la muerte de su padre reinaron brevemente sus hermanos Eduardo VI y María Tudor I, pero ellos también murieron y la corona recayó en Isabel. Fue una gobernante firme, que tomó las riendas de un país en plena transformación. Se reafirmó en el protestantismo e impuso el anglicanismo, hizo que el Parlamento aprobara la nueva legislación religiosa iniciada por su padre, leyes sobre las que, hasta nuestros días, se apoya la doctrina de la Iglesia de Inglaterra, sometida a la autoridad real. Su reinado rayó en un absolutismo que sería común años más tarde. Supo ver que el futuro de los Estados modernos estaba en el desarrollo industrial y económico, por lo que fomentó las relaciones comerciales desde criterios capitalistas adelantados a su época. Su política de expansión marítima sentó las bases del Imperio colonial británico. Envió a América a los primeros colonos para que se asentaran en las costas de Virginia. Su gran enemigo fue Felipe II de España, nieto de Isabel la Católica, y su gran triunfo derrotar a la Armada Invencible que el rey español envió a invadir Inglaterra. Felipe II se encontraba incómodo ante los ataques que, con el consentimiento de Isabel, los corsarios ingleses infligían a los buques españoles. Cuando la reina de Inglaterra ejecutó a su hermana, la católica María Estuardo, reina de Escocia, Felipe II encontró la excusa para el ataque. Si España hubiera tenido éxito, quién sabe, quizá la historia del protestantismo y del Impe-

rio inglés sería muy distinta. Pero el destino determinó la victoria inglesa de la misma forma que determinó que Isabel fuera reina. Ante una vida que uno no elige, la transgresión de Isabel consistió en no casarse, grave opción para una reina cuyo deber es dar herederos al trono. Las negociaciones matrimoniales nunca llegaban a término, ningún candidato le parecía adecuado. El Parlamento le recordaba una y otra vez el fin político del matrimonio y sus obligaciones como soberana, pero Isabel daba largas haciendo ver que estudiaba las propuestas. Tuvo sus favoritos, como Sir Walter Raleigh o los condes de Leicester y Essex. Este último, de nombre Robert Devereux, traicionó a la reina poniéndose del lado de los rebeldes irlandeses, por lo que Isabel no tuvo más remedio que ejecutarlo. Tras este episodio se sumió en la tristeza y pasó los últimos años de su reinado prácticamente en soledad. Se salió con la suya y murió soltera, por lo que fue el último miembro de la casa Tudor que reinó en Inglaterra.

Ana de Mendoza y de la Cerda vivió una vida paralela en el tiempo a la de Isabel I. Han llegado hasta nosotros numerosos retratos de las distintas etapas de su vida, prácticamente todos con el parche sobre el ojo derecho que la caracteriza. La leyenda indica que lo perdió en un duelo de esgrima con catorce años, aunque también es posible que no fuera tuerta sino bizca. Nació en 1540, hija del virrey del Perú y bisnieta del cardenal Mendoza, por lo tanto emparentada con la alta nobleza castellana. A los doce años la casaron con Rui Gómez de Silva, secretario de Estado de Felipe II, al que dio seis hijos. El rey favoreció al matrimonio con los títulos de príncipes de Éboli (en Nápoles) y duques de Pastrana. La princesa de Éboli vivió en la

corte y disfrutó de los privilegios de su posición hasta que su marido fue relevado en favor del duque de Alba. El matrimonio se retiró a sus tierras de Pastrana. A los treinta y tres años la princesa quedó viuda y se recluyó en uno de los conventos de carmelitas que había permitido que santa Teresa fundara en sus tierras. Doña Ana ingresó en el convento con sus criadas y sus comodidades y su carácter mundano no tardó en chocar con el de la abadesa. La situación se volvió tan tensa que las carmelitas prácticamente huyeron hacia la fundación de Segovia. Pero la duquesa también tuvo que abandonar la vida monástica al recibir orden del rey para que se ocupara de sus deberes, como la tutela de sus hijos. Al hacerse cargo de su casa fue evidente que no sabía administrarla sin despilfarro. Viendo que su situación económica era preocupante, decidió regresar a la corte. Siempre se ha rumoreado que fue amante del rey, aunque quizá sólo por corto tiempo, pues Felipe II se asustaría al conocerla en profundidad. Lo que sí es seguro es que mantuvo relaciones con Antonio Pérez, secretario de Felipe II. Intrigas, asesinatos, rumores, su historia tiene todos los ingredientes de la novela negra y la princesa de Éboli todas las cualidades para figurar como una femme fatale en toda regla. Así es como nos la han querido presentar los historiadores. Pero lo cierto es que probablemente no tenía más ambición que la de ejercer el poco poder del que una mujer podía disfrutar en el siglo XVI. Consciente de que por su linaje podía haber sido emparentada con la casa real, quizá ambicionaba para sí el poder de la monarquía. Ana de Mendoza era una conspiradora peligrosa para la corona, y aunque nunca fue acusada de forma oficial de sus crímenes, pasó los últi-

mos años de su vida prisionera, sin haber pasado por un proceso que le permitiera alguna defensa. Su orgullo impidió que pidiera clemencia al rey, y prácticamente emparedada, murió en su celda de Pastrana, por la que sólo asomaba entre las rejas una hora al día para tomar el sol.

El poder en el mundo contemporáneo

Isabel I de Inglaterra fue la última transgresora. Quizá por haber sido la primera gran reina de la Edad Moderna todavía se permitió el desplante de permanecer soltera. A partir de su reinado, las mujeres que alcanzaron el poder se comportaron según las reglas del juego. Ni siquiera una reina de la envergadura de Victoria de Inglaterra representa una transgresión a la norma. Y clasificar los devaneos amorosos de nuestra Isabel II de España de transgresiones es darles una dimensión y una voluntad de la que carecen. El mundo contemporáneo implica que la mujer no sólo puede alcanzar el poder desde las monarquías, sino desde los puestos de responsabilidad política, aunque son escasos los ejemplos donde la presidencia o el cargo de primer ministro han sido asumidos por una mujer, y menos aún cuando su gestión ha supuesto una transgresión que fuera más allá de lo propio de su cargo. Por eso prefiero recordar a una transgresora preclara a la hora de razonar los intereses que mantienen a la mujer alejada de los circuitos de poder en la sociedad.

Flora Tristán nació en Francia, hija de un aristócrata peruano y una francesa. Sus derechos como hija legítima le fueron

negados y tuvo que ganarse la vida en un taller de litografía. Se casó con su patrón pero pronto descubrió que estar casada sin amor era una forma de prostitución igual de opresiva. Su marido era un maltratador que incluso llegó a violar a una de sus hijas. Abandonó el hogar e inició una lucha por la custodia de sus hijos, pero no le fue concedida hasta doce años después cuando su marido disparó contra ella. Viajó por Europa, llegó hasta Perú para reclamar sin éxito su herencia. Sus viajes despertaron en ella un pensamiento activista y revolucionario y le permitieron constatar que la mujer tenía una condición de paria en la sociedad. En 1835 publicó su primer texto. Predicó la igualdad, defendió el derecho al divorcio para dignificar el papel de la mujer. Denunció la situación social de la mujer pobre y de la prostituta. En 1848 hablaba de la emancipación de la mujer. No sólo defendió los derechos de la mujer, sino que se preocupó de los obreros y luchó por la derogación de la pena de muerte y de la esclavitud. Cuestionó la sociedad capitalista aun antes de que los escritos de Marx o Engels salieran a la luz. Murió de tifus o cáncer y de las complicaciones producidas por el tiro recibido de su marido años atrás. Lo que diferencia a Flora Tristán de otras escritoras contemporáneas suyas es que ésta no pertenecía a la burguesía ni cultivaba la novela como género literario. Fue la primera ensayista preocupada por el bienestar social de los menos favorecidos. A ella se deben los primeros escritos de ideología socialista, con los que pretendía despertar a la dormida clase trabajadora y mejorar sus condiciones de vida. Flora declaraba que ella no escribía sobre los obreros, sino para ellos. Su misión era dotar de poder a las clases que no tenían

acceso al mismo. Creó la Unión Obrera como elemento aglutinador de sus ideas. El desgraciado encuentro con un marido que la maltrató le impidió volver a confiar en los hombres como compañeros, y parece que depositó su amor en manos de otra mujer, Olympe Chovzko.

Transgrediendo el poder luchando junto a los hombres

El estallido de la Revolución Mexicana de 1910 movilizó a miles de mujeres hasta el frente. Son las llamadas soldaderas, adelitas, valentinas, coronelas, rieleras o cucarachas. Pocas fueron las mujeres que se involucraron en la lucha conscientes de la defensa de derechos democráticos o de la igualdad de género, las intelectuales militantes se podían contar con los dedos. La gran mayoría de las mexicanas de principios de siglo eran analfabetas y su nivel de politización mínimo, por lo que su participación tuvo otros matices. Casi todas llegaron al frente acompañando a sus esposos, amantes o hijos, sin mayor intención que ocuparse del bienestar de su hombre y organizarle su vida doméstica de la misma manera que lo hacían en el hogar. Aun así, muchas acabaron empuñando las armas, convirtiéndose en auténticas mujeres soldado, las comandantas. Su dimensión llegó a tales extremos que los jefes de la Revolución pensaron en la necesidad de replantearse su presencia y de regular su conducta. Pero lo cierto es que allí donde estuvieron estas mujeres no faltaron los cuidados médicos ni las comidas dispuestas para la tropa. Así fue en los ejércitos del norte, los de Villa. En el sur,

los ejércitos de Zapata, en menor medida acompañados por las mujeres, debían su subsistencia a las aportaciones de los pueblos por los que iban pasando. Su historia ha alimentado leyendas de la literatura y el cine y cientos de canciones dentro del género de los corridos revolucionarios, que nacieron como medio natural de transmisión oral durante la Revolución. La cucaracha de la canción, la que ya no puede caminar porque no tiene, porque le falta, marihuana pa' fumar, se refiere a una de estas mujeres.

No puedo dejar de encontrar un paralelismo entre las soldaderas mexicanas de la Revolución y las mujeres que en España, en 1936, marcharon al frente de batalla para combatir por el bando republicano y que recibieron el nombre de milicianas. Representaban una nueva imagen de la mujer que se alejaba de la tradicional. No se trataba sólo de ayudar desde la retaguardia asumiendo los trabajos que los hombres habían dejado por ir a la guerra, sino de participar desde el frente, empuñando las armas. Fue una reacción espontánea alabada por las autoridades republicanas. En los primeros momentos del alzamiento que provocó la Guerra Civil, se repartieron armas para poder hacer frente a los militares que apoyaban la acción de los golpistas. Milicias improvisadas surgían por todas partes para evitar que los sublevados ganaran terreno. Estas milicias populares no respondían a la jerarquía militar de un ejército tradicional y por eso las mujeres entraron a formar parte de ellas, ya fuera desde organizaciones comunistas o anarquistas o por motivos personales, como vengar la muerte de un familiar, o acompañando a sus parejas, hermanos o hijos. Se llegaron a formar batallones femeninos, en Madrid se tiene noticia de cómo el Batallón de

Mujeres se atrincheró defendiendo el Puente de Segovia. Pero en la mayoría de los casos se les asignaban tareas auxiliares, como el control de víveres y municiones, cuando no se las relegaba a las «tareas propias de su sexo», como preparar la comida o lavar la ropa. Y es que el entusiasmo inicial con el que fueron recibidas cambió según avanzaba la contienda. Desde círculos republicanos se tomaron medidas para retirar a las milicianas del frente a la retaguardia. Sólo unas pocas continuaban combatiendo a mediados de 1937. Fueron varios los argumentos que se usaron para pasar de glorificarlas a desacreditarlas, como que no estaban preparadas para combatir. ¿Es que acaso los adolescentes milicianos lo estaban? La izquierda cayó en la trampa de la derecha, porque desde el bando nacional se veía a las milicianas como el polo opuesto de lo que debía representar la mujer decente, y la izquierda comenzó a asimilar a la miliciana con la figura de la prostituta. Se identificó a las milicianas como las culpables de las enfermedades venéreas de los soldados. Había prostitutas entre las milicianas, de hecho las «trabajadoras» del Barrio Chino de Barcelona se alistaron de forma masiva en las columnas milicianas, pero este argumento no deja de sonar como una excusa. Es cierto que en 1937 desde la izquierda se logra crear un ejército regular, que produjo la desaparición de las milicias y con ellas de las mujeres combatientes, que no fueron aceptadas en el ejército. A partir de mayo, tras la batalla de Guadalajara, desaparecen definitivamente. La forma en que la figura de la miliciana fue utilizada es insultante. Primero se las ensalzó como un mito capaz de movilizar a la población, fueron una pieza básica de la propaganda republicana. Después fueron relegadas a un segundo plano hasta llegar al descrédito necesario para su desmitificación. Pasaron de heroínas patriotas a prostitutas. Mi padre fue un adolescente miliciano incorporado posteriormente al ejército. Ni él ni ninguno de sus compañeros se tomaban en serio a las milicianas, lo único que querían era pasar el rato con ellas, igual que lo hacían con cualquiera de las campesinas que encontraban por el camino. Quizá la teoría anarquista o comunista consideraba a la mujer como a un igual, pero la realidad entre el pueblo era bien distinta. La España de los años treinta no estaba preparada para asumir la igualdad. Si acaso, los combatientes de las brigadas internacionales encontraron fascinante la figura de las milicianas, y su recuerdo se convirtió en un poderoso mito para las mujeres que lucharon desde la Resistencia contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial, y un referente para las generaciones venideras de mujeres que luchan por acceder al poder en igualdad de condiciones.

4

TRANSGREDIENDO EL ARTE

La mujer estuvo excluida oficialmente del mundo del arte hasta fechas muy recientes. Ahora que ha conseguido implicarse en el terreno de la creación artística con mayor visibilidad, tiene que mantener una lucha a dos bandos. Por un lado, la de cualquier artista que quiere abrirse camino, mostrar su obra, innovar, comunicar. Por otro, que esa obra no quede inscrita en el incómodo apartado de «plástica femenina» o «cine hecho por mujeres» o «literatura femenina» o «chicas del rock». Este subgénero puede ser muy agradecido a la hora de organizar una exposición o una antología literaria, y no tendría ninguna importancia si no fuera más que una manera de agrupar artistas o géneros, como «directores de cine europeos en Norteamérica» o «intelectuales republicanos exiliados en México». Pero cuando se habla de arte hecho por mujeres parece que todavía la etiqueta implica cierto grado de inferioridad, sobre todo si nos atenemos a la ambigüedad del apartado. ¿Arte hecho por

mujeres con conciencia de género y discurso feminista? ¿Arte hecho por mujeres, sea cual sea el discurso, agrupadas por el simple hecho de haber nacido con un mismo sexo? ¿Arte de guerrilleras urbanas mezclado con bucólicas visiones de la familia cristiana? Sería impensable que se juntaran estos estereotipos en una exposición, un libro o un disco que agrupara a artistas masculinos.

Desde el arte se pueden cuestionar las relaciones entre la cultura y las distintas formas de poder, desarrollando estrategias que permitan sobrevivir al margen de lo establecido. Nacer mujer u hombre no influye en el talento de cada uno. Pero ciertamente nacer mujer, en una sociedad patriarcal y hasta hace bien poco inquisitorial, puede influir en la proyección que se le quiere dar a la expresión artística. O no. La opción queda en el libre albedrío de cada una.

Transgrediendo desde la Literatura

El amor cortés y las novelas de caballerías

Tan importantes como las artistas han sido las mujeres que desde su posición privilegiada han contribuido a la creación o a la transmisión del arte. Leonor de Aquitania, la eficiente reina que unas páginas atrás movía los hilos de los reinos medievales, es aún más fascinante, si cabe, como mecenas que como mujer de Estado. Leonor encarnaba a la mujer moderna. Su corte de Poiteau era el centro de la cultura laica del siglo XII. Su hijo favorito, Ricardo Corazón de León, era un competente trovador. No olvidemos que el abuelo de Leonor, Guillermo de Poitiers, IX duque de Aquitania, fue uno de los primeros trovadores de los que se tiene noticia y desarrolló el concepto de amor cortés, que es originario de la zona meridional de Francia, del Languedoc. El amor cortés se plasma en una lírica amorosa escrita en la lengua d'oc, la lengua románica provenzal. Es un inusual discurso sobre la excelencia de la dama, una exaltación de la mujer totalmente ajena a la realidad social del momento. Se centra en el amor imposible o contenido, haciendo una sublimación de la pasión carnal. Fue una respuesta a la cruda realidad del amor en la Edad Media, donde las damas no aspiraban a casarse con un hombre al que amaran. También es lógico que esta literatura surgiera en los castillos, centros de vida social.

Cuando Leonor se casó con Enrique II de Inglaterra y fue a vivir a su corte, entró en contacto con la llamada Materia de Bretaña, el conjunto de narraciones bretonas y galesas que tratan las leyendas del rey Arturo. Enrique era un apasionado de los mitos artúricos y de la historia. Llevó a cabo una excavación en la abadía de Glastonbury y anunció que había encontrado las tumbas del rey Arturo y de su esposa la reina Ginebra. Ahora sabemos que en realidad se trata de enterramientos prehistóricos, pero a Enrique le sirvieron para convertir el lugar en centro de peregrinación medieval.

Lo que ocurrió en la corte aquitana de Leonor fue una fusión entre los distintos géneros literarios que se practicaban en el siglo XII. Por un lado estaban los relatos propios de los cantares de gesta, los romances, las crónicas y los poemas juglares-

cos. Estas narraciones épicas interesaban básicamente al sector masculino de la sociedad, pues narran batallas y hechos de guerra y honor. Por otro lado el contacto de Leonor con los mitos célticos de la tradición artúrica tuvo como consecuencia su asimilación en Francia. Finalmente hay que añadir la poesía provenzal y el concepto de amor cortés que tanto interesaba a las damas. Este cruce de influencias dio como resultado la creación de las primeras novelas europeas en lenguas vulgares, en un momento cultural excepcional, el del tránsito del arte románico al gótico.

La autora conocida como María de Francia trabajó en las cortes de Leonor y Enrique. Se ha llegado a decir que era una hija ilegítima del rey, pero nada sabemos de esta mujer salvo que nos ha dejado sus lais, cuentos en verso. La palabra lai es de origen céltico, y los cuentos de María tienen como base los cantos semilíricos que los bardos bretones componían para transmitir el recuerdo de una aventura o de un suceso memorable. María conocía bien el llamado Ciclo Bretón, con sus fábulas celtas pobladas de hadas. También dominaba la poesía lírica trovadoresca de amantes corteses. Sus lais son un compendio de las dos tradiciones. Además, muestra su cultura citando a los antiguos, entre ellos a Ovidio, cuyo *Arte de amar* era manual referencial para los autores medievales.

Otra María, condesa de Champagne, era una de las hijas que Leonor tuvo con el rey Luis VII de Francia. Siguiendo la tradición familiar de mujeres lectoras y cultas, fue patrona de trovadores y escritores. En su corte escribió uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos y el culpable de que la

mayoría de los mitos artúricos llegaran hasta nosotros. Chrétien de Troyes dedicó sus obras a María, e incluso reconoce que en alguna de ellas la idea original parte de su señora, como en el caso de la novela de *Erec y Enid,* en la que se hace una apología del amor conyugal, algo extrañísimo en su tiempo. En su corte también escribió Andrés le Chapelain su *Traité de l'Amour,* un tratado en tres libros sobre las reglas del amor cortés.

De alguna manera podemos decir que el amor, tal y como hoy lo entendemos, fue una invención del siglo XII. Su concepción revolucionaria es una influencia de la feminización de la creación literaria. Las mujeres preferían las novelas de caballerías a los rudos cantares de gesta. Eran una evasión frente a la realidad de estar encerradas en un castillo, casadas sin amor, vistas por la Iglesia como seres impuros. En las novelas se halagaba a la mujer según las normas de la teoría erótica de los trovadores y el hombre aparecía como un ser que le debía sumisión y devoción. Las novelas tenían esos ingredientes fundamentales y que hasta hoy son canónicos: tragedia, aventura, seres fantásticos, lucha del bien contra el mal, romanticismo, amantes consumidos por el deseo, mujeres hermosas y caballeros dispuestos a arriesgarse por ellas. Además las narraciones contenían ricas descripciones de ropas, brocados, paisajes y decorados. En resumen, era una literatura de intereses mundanos que captaba la atención de las damas, no sólo como lectoras sino como patronas de los autores. Hay que reconocer que ese mecenazgo cultural no estaba exento de interés por parte de la clase favorecida, la de las damas y los caballeros, que utilizaban estas narraciones como pura propaganda. Son textos donde los caballeros

siempre salen victoriosos y honrados y se alaban sus cualidades como fuerza social, sublimando los valores de una clase social cerrada. ¡Qué mejor manera de promocionarse ante campesinos y burgueses!

En cualquier caso, sin el precedente de las novelas medievales, hoy no tendríamos ni *Falcon Crest,* ni a Corín Tellado, ni a Barbara Cartland, ni telenovelas mexicanas, ni películas de James Bond. Nuestro concepto de la aventura y del amor sería diferente, más pragmático y menos romántico.

La novela gótica y la revolución romántica

El movimiento romántico del siglo XIX encontró en las novelas medievales una de sus fuentes de inspiración. El espíritu neogótico recuperaba leyendas y personajes reales por igual en un movimiento que se tradujo en creaciones artísticas de todo tipo, literarias, pictóricas o arquitectónicas. El romanticismo se rebelaba contra la lógica de la Ilustración, contra el advenimiento de la ciencia como una nueva religión, contra la física newtoniana de lo medible, pesable o cuantificable.

La corriente romántica tiene un antecedente imponente en la novela gótica, desarrollada como género literario a finales del siglo XVIII. Incluye castillos en ruinas, paisajes desolados, ambientes tétricos, personajes como salidos de los manuscritos medievales. Hay dos tradiciones dentro de la novela gótica. Una pone el acento en el romance, la aventura y las historias de caballería. Su máximo exponente es Clara Reeve, que sería un referente

para la novela histórica de Sir Walter Scott, sobre todo en *Ivanhoe.* La otra corriente es la iniciada por Anne Radcliffe.

Anne Radcliffe cultivó un estilo que se ha convertido en paradigma de los relatos de misterio. En sus historias incluía elementos sobrenaturales y terroríficos que siempre tenían una explicación lógica al final del relato, que invariablemente terminaba con un final feliz donde la virtud triunfaba sobre la maldad. Es una maestra de la descripción y uso del paisaje con fines narrativos, modalidad que aplicó de la corriente pictórica de los paisajes sublimes. Otros escritores de la época como Matthew Lewis, autor de *El monje,* reconocieron la influencia de esta mujer en su estilo. Ya era una autora de éxito cuando publicó en 1794 su novela más conocida, *Los misterios de Udolfo.* De hecho había recibido un adelanto desorbitado por parte de su editorial para que la escribiera. Fue una de las autoras más célebres de su tiempo, admirada por unos, no tanto por otros. Jane Austen escribió en 1818 *Northanger Abbey,* un relato donde satirizaba el estilo de Radcliffe.

En 1816 los jóvenes Percy Shelley, Lord Byron, John Polidori, Claire Clermont y Mary Shelley pasaron tres meses y medio en Villa Diodati, a orillas del lago Ginebra. Uno de sus entretenimientos consistía en leer historias de fantasmas y novelas góticas, y se plantearon el reto de ver quién escribía la historia más terrorífica. Mary, con apenas diecinueve años, escribió *Frankenstein o el Prometeo moderno.* La novela se publicó un par de años después y se convirtió inmediatamente en un éxito de crítica y ventas.

Mary Shelley era hija del escritor William Godwin y de la feminista Mary Wollstonecraft, que murió a las pocas horas de dar a luz. Con dieciséis años se enamoró del poeta Shelley, con el que se casó cuando murió su primera esposa. Por lo tanto desde su infancia estuvo rodeada de personas notables. Su padre era un intelectual incisivo, pero emocionalmente era un hombre frío, incapaz de paliar en su hija la pérdida de la madre.

En *Frankenstein* convergen elementos de la vida de Mary Shelley. La ausencia de su madre se traduce como la falta de amor que recibe el monstruo. Los horrores de la Revolución Francesa dejaron una huella entre sus contemporáneos, avivados a principios del siglo XIX por las guerras napoleónicas. Mary los introduce como el miedo que hay que sentir ante la masa ignorante y temerosa que quiere linchar a la criatura. El triunfo del racionalismo y de la ciencia hacían ver al hombre que podía convertirse en un Dios creador, y la autora desarrolla una historia de castigo ante la soberbia de ese pensamiento. Pero lo más interesante, lo increíblemente moderno de la novela, es incorporar el punto de vista del monstruo, víctima del hombre que ha abusado de su poder como científico, excluido de la sociedad por ser diferente, obligado a convertirse en un criminal por venganza, incapaz de ser un hombre entre los hombres. Mary Shelley inaugura no sólo un género literario que se convertiría en cinematográfico, sino que por primera vez anticipa lo que sería en el siglo XX la imaginería postgótica donde el monstruo no es el ser que el lector o el espectador desean que sea destruido, sino la criatura digna de caridad y simpatía. El monstruo, el ser diferente, se convierte en el héroe.

En la Inglaterra victoriana de la segunda mitad del siglo XIX se desarrollaron corrientes herederas de un romanticismo que seguía impregnando la creación literaria y en el que resaltaron las mujeres. Charlotte, Anne y Emily Brontë dejaron para la posteridad obras que han definido estilos literarios posteriores, especialmente en el caso de Emily con *Cumbres borrascosas*. Dentro de la importantísima corriente artística de los prerrafaelitas se expresó como poetisa Christina Rossetti, hermana del pintor Dante Gabriel Rosseti.

Pero no siempre las mujeres consiguieron el reconocimiento merecido. Algunas, como Isabel Burton, esposa del explorador Sir Richard Burton, han sido incluso maltratadas por los biógrafos de sus célebres maridos. A la muerte de su controvertido esposo, Isabel quemó sus diarios y algunos manuscritos que se acumulaban en su residencia de Trieste. Se ha mantenido que lo hizo escandalizada por la naturaleza pecaminosa de sus notas. Burton había sido un hombre polémico, extravagante y erudito. Tradujo al inglés algunas de las obras maestras de la literatura, como *Las mil y una noches* y *El jardín perfumado,* de fuerte carga erótica. No ha sido hasta fecha reciente cuando se ha replanteado la actitud de su esposa, básicamente, qué quemó y por qué lo hizo. Para empezar, se sabe que siguió instrucciones expresas de Burton, como había hecho otras veces, cada vez que abandonaban alguno de los destinos en los que vivió Burton como cónsul de su país. Probablemente era una labor de limpieza de material sin valor. Otra cuestión sería qué la motivó a quemar un manuscrito inédito, una nueva versión de *El jardín perfumado* llamada *El jardín de las fragancias*. La tradición sostiene que

lo hizo para mantener su reputación y la de su marido, teniendo en cuenta el contenido casi pornográfico del mismo. Hoy se tiende a pensar que el manuscrito no estaba a la altura de otros trabajos de Burton y que Isabel decidió eliminarlo. Además, ya no estaba el investigador para poder defender su contenido ante la moralista sociedad victoriana, como había tenido que hacer con la mayoría de sus escritos. Isabel estuvo a su lado en todas las polémicas y nada hace pensar que condenara los textos e investigaciones de su marido. Ella misma fue una fructífera autora que recogió en sus obras los viajes que realizó con Burton, pero aún falta que se revisen sus escritos para que podamos apreciarla en lo que vale.

Algunos autores recogieron el testigo dejado por la novela gótica, como Edgar Allan Poe. Algo menos conocidos pero igualmente sobrecogedores son los relatos del irlandés Joseph Sheridan Le Fanu, entre los que se encuentra uno que daría nacimiento a un nuevo subgénero con un éxito sin precedentes. Su cuento *Carmilla,* publicado en 1872, narra la historia de una mujer vampiro y define todas las pautas que se seguirán posteriormente. Ya aparecen las implicaciones sexuales en el placer de chupar sangre y en la relación entre vampiro y víctima, *liasson* que en este caso es lésbica. También se intuye la representación simbólica de los roles de esclavo y señor propios del erotismo sadomasoquista. Carmilla es una pionera, una transgresora de ficción a partir de la cual nacerán otros personajes similares. El *Drácula* de Bram Stoker, publicado en 1897, no sería nada sin la existencia previa de esta deliciosa criatura. La imagen de la vampira traspasó las fronteras de la literatura desde el principio.

El pintor prerrafaelita Edward Burne-Jones la pintó y el cine y la televisión la han perpetuado hasta nuestros días.

Tanto es así que una de las autoras más prolíficas y célebres de nuestro tiempo ha sabido recuperar la figura del vampiro hasta transformarla en un mito moderno. Igual que Mary Shelley hiciera con *Frankenstein,* Anne Rice nos muestra el punto de vista del monstruo, incorporando a la carga sexual habitual del vampiro elementos de homoerotismo que lo hacen todavía más fascinante. Su saga comenzada con *Entrevista con el vampiro* aporta todos los ingredientes de la mejor novela gótica mezclada con mitologías paganas y elementos de la cultura popular del siglo XX. Un paso más allá, la autora Polly Z. Brite impregna sus relatos de seres inadaptados que provocan que los jóvenes lectores se identifiquen con ellos.

Transgrediendo desde la Música

Desde el principio

Es una pena que desconozcamos la música que acompañaba a los lais de María de Francia, ya que las partituras no han llegado hasta nosotros. En cualquier caso sus creaciones se encuadran más dentro del campo literario que del musical.

Hildegarda de Bingen, la misma que escribió tratados científicos en la Edad Media, es la primera compositora de la que se tiene noticia. Sus piezas se interpretaban en los conventos de su fundación. Escribió la música y los textos que se entonaban en

los cantos. Sus composiciones son básicamente de canto monofónico, al unísono, lo común en los cantos litúrgicos del siglo XII. Escribió numerosos himnos en honor a la Virgen y a los santos y una ópera, *Ordo Virtutum,* que introducía un nuevo lenguaje musical que traspasaba los límites de la música medieval. Consideraba la música como una manera de reproducir el gozo extático del Paraíso y una parte inseparable de su visión teológica.

Sor Juana Inés de la Cruz también compuso un himno a la Virgen, el *Tocitin.* Se trata de un texto muy original, escrito en nahua, la lengua de los aztecas. Fusiona la tradición azteca de la Madre Tierra con la cristiana y la devoción mariana. La partitura no ha llegado hasta nosotros.

Es curioso comprobar que detrás de muchos de los grandes compositores se esconde el nombre de una mujer. Y digo se esconde con toda la intención, pues su talento ha quedado opacado por el de los hombres de la familia.

En el siglo XVIII Maria Anna Mozart, llamada Nannerl, comenzó a tocar el piano con siete años. Su hermano pequeño, Wolfgang Amadeus Mozart, de tan sólo tres años, se reveló como un músico innato que aprendía de oído y podía tocar el piano o el violín sin instrucción. Leopoldo, el padre de los chicos, supo sacar provecho de las habilidades de sus hijos y los convirtió en celebridades que viajaban por las cortes europeas para dar conciertos conjuntos. Cuando Amadeus comenzó a escribir sus propias piezas, a partir de los seis años, se convirtió en la auténtica estrella y el papel de su hermana se fue apagando. Dejó de dar recitales con ella y ambos se distanciaron. Nannerl Mozart no abandonó la música, pero continuó desde la discreta posición de maestra de piano, sin que se recordara que ella también había sido una niña prodigio.

El siglo XIX no trajo consigo cambios. Fanny era la hermana de Felix Mendelssohn y compartía con él su talento creador. El problema era que para una mujer era casi imposible que las editoriales publicaran sus partituras. Por sus diarios sabemos que compuso más de cuatrocientas piezas, pero muy pocas llegaron al público, aunque su hermano siempre las alabó, especialmente sus conciertos de cámara.

Se cree que gran parte de la obra de Clara Schumann está mezclada con la de su esposo sin estar acreditada como suya. Y también se supone que Alma María Mahler tuvo un talento perdido en la convivencia con su marido.

Ya en el siglo XX, Florence Foster Jenkins heredó una fortuna multimillonaria a la muerte de su padre y la utilizó para dedicarse a lo que más le gustaba, la ópera. Se pagó unas clases de canto y preparó con esmero sus actuaciones, que se caracterizaron por la opulencia del vestuario. Florence interpretaba sus arias y lieder ataviada con complicados disfraces, que solían incluir alas aparatosas, coronas, capas y kilos de valiosísimas joyas. Uno de sus números favoritos, alejado de la ópera, era una interpretación de *Clavelitos* donde Florence salía vestida con mantilla y lanzaba claveles rojos al público. Sus conciertos anuales en el Ritz-Carlton de Nueva York se llenaban con la alta sociedad de entreguerras. Ella misma vendía las entradas, charlando con cada uno de los compradores, interesándose por sus gustos musicales y sus

motivaciones e invitándoles a una copa de jerez. Fue una mujer que invirtió su fortuna en realizar el sueño de convertirse en una estrella del bel canto. Y lo consiguió. Hasta aquí todo parece normal, pero lo maravilloso de su historia es que Florence cantaba peor que mal. Su afinación era inexistente y no podía llegar a las notas altas, que se convertían en un angustioso chillido. Pero el público abarrotaba la sala para oírla. Es de suponer que iban a reírse de ella, de su voz, de sus pésimas condiciones como actriz y de sus vestidos recargados. Pero Florence era feliz y hacía como que no se daba cuenta. Fue una transgresora adelantada medio siglo al Punk y a su planteamiento de que lo importante es el acto de crear, no el resultado ni muchísimo menos lo que digan los demás. Como colofón a su impresionante carrera, en 1943 tuvo un accidente en un taxi. Descubrió que como consecuencia del golpe era capaz de alcanzar un Fa que antes le resultaba imposible. En vez de demandar a la compañía de taxis por el accidente, envió una caja de puros al conductor en señal de agradecimiento, e inmediatamente organizó el concierto de su vida, un recital en el Carnegie Hall que estuvo abarrotado. Las entradas alcanzaron en la reventa precios astronómicos. Florence murió apenas un mes después, con setenta y seis años y la satisfacción de haber persistido en su sueño.

Desde México

A principios del siglo XX la alta sociedad mexicana rezumaba un tufo afrancesado que se reflejaba en sus costumbres. La música

que interesaba a la gente bien estaba relacionada con los bailes de sociedad, con los valses, mazurcas y polkas. Algo de esos ritmos cogieron los mariachis de Jalisco transformándolos en lo que se convertiría en la música popular mexicana de mayor aceptación. Los corridos de la Revolución y las rancheras eran considerados como música para el pueblo, entendiendo el sentido peyorativo que esto implicaba. Los cantantes masculinos interpretaban canciones que hablaban de amores bañados en tequila y actitudes broncas propias de los charros. No era música compuesta para las mujeres. Pero María Luz Flores Aceves, apenas una adolescente, comenzó a interpretar esas canciones y no le fue mal. En 1920 viajó a Los Ángeles y tuvo gran éxito entre la ya numerosa población mexicana de la ciudad. Se quedó cuatro años en Estados Unidos y aprovechó para preparar su voz, pues tenía cualidades para convertirse en soprano. A su vuelta a México fue contratada para viajar con una compañía artística a Europa. En 1927, las penurias económicas por las que pasó y el intenso frío de Berlín la enfermaron con una neumonía que provocó que perdiera su tesitura de voz. Al regresar a México el fundador del Mariachi Vargas de Tecatitlán supo ver las posibilidades de la voz ronca de la cantante, cuyo nombre artístico era Lucha Reyes. Su voz ruda y su actitud poco refinada fueron el complemento perfecto a las letras de alcohol y desamor que interpretaba con fuerza, y se convirtió en la estrella de la música mexicana de los años treinta. Llenó los teatros y participó en las películas del momento. Estableció la costumbre de no cambiar el género de las letras que estaban compuestas para que las cantara un hombre, por lo que si la canción hablaba de

«tener que beber por el mal amor de una mujer», así mismo lo cantaba. El carácter intenso de sus interpretaciones no terminaba sobre el escenario y Lucha comenzó a beber en exceso, supuestamente al conocer las infidelidades de su marido y representante. Sin haber cumplido los cuarenta años, acabó con su vida en 1944 tras una dosis masiva de alcohol y barbitúricos. La actriz Patricia Reyes Espíndola interpretó de manera soberbia a la cantante en la película de Arturo Ripstein *La reina de la noche.*

El género de la canción mexicana quedaba abierto a las mujeres, que no dudaron en recoger el testigo de Lucha Reyes. En los años cincuenta surgieron las voces de Amalia Mendoza «la Tariácuri» y Lola Beltrán. Con un repertorio de canciones que incluían las creaciones de dos de los más espléndidos compositores mexicanos, Agustín Lara y José Alfredo Jiménez, se ganaron el reconocimiento internacional como grandes damas de la canción. Para completar un trío de magníficas hay que mencionar a Lucha Villa, encargada de dar nuevos aires a la canción ranchera en los años sesenta, renovación seguida hasta hoy por muchas artistas, entre ellas María Elena Leal, hija de Lola Beltrán y digna continuadora de la tradición familiar.

En la década de los cuarenta también empezó a despuntar una chica que, aunque nacida en Costa Rica, habría de encarnar la mexicanidad en todo el mundo. Chavela Vargas se fugó de su casa y su país y llego a México con apenas catorce años. Supo que quería cantar y consiguió medirse con los mejores intérpretes del momento. Pero su carácter indómito hizo imposible que llegara a disfrutar del éxito como otras cantantes. Chavela bebía demasiado, andaba pistola en mano, perdía sus posesiones y se olvidaba de llegar al local donde tenía que actuar. La vida la llevó hasta un bache de quince años del que apenas recuerda nada, aunque nunca dejó de cantar, la única forma que conoce de ganarse la vida. Ya septuagenaria, la inclusión de sus interpretaciones en películas de Pedro Almodóvar le devolvió en la década de los noventa el lugar que le corresponde por derecho propio. Chavela ha sabido reírse de todo para darle su sentido justo a la vida. Habla sin acritud de sus años de borrachera, de su lesbianismo y de la realidad de tener que seguir trabajando pasados los ochenta años para poder vivir.

Astrid Hadad se ha revelado en la última década como una artista capaz de revisar los distintos géneros de la música mexicana desde una mirada crítica y ácida. Se define a sí misma como canta-actriz, descompositora y desarreglista. Sus actuaciones, que se pueden clasificar como de cabaret alternativo, incluyen canciones tradicionales y composiciones propias, rancheras, corridos, boleros, rock y jazz. En sus guiones incluye muchas referencias a los temas propiamente mexicanos, como el machismo, las pistolas, el tequila y el indigenismo.

El México de los años cincuenta sufrió una eclosión de cabarets y centros nocturnos que acogían a la incipiente clase media que descubría la cultura del ocio. La música de Cuba tuvo gran aceptación, y la mayoría de los intérpretes y compositores cubanos que son mundialmente conocidos deben su fama internacional a sus años de carrera en México. Desde Dámaso Pérez Prado, creador del mambo, pasando por Xavier Cugat, México se llenó de ritmos tropicales. Rumba, mambo, danzón, cha-cha-cha.

Las grandes artistas llenaban sus conciertos. Así es como conocemos a la grandísima Olga Guillot o a Celia Cruz, que desde México dio el salto a los Estados Unidos y al mundo. Y también brilló con luz propia la más transgresora de todas, la Lupe. Guadalupe Victoria Yoli Raimond nació en 1939 en Santiago de Cuba. Comenzó a cantar en La Habana, pero su estilo visceral e incontenible no parecía ser comprendido. Llegó a México en 1962 y arrasó. Pronto se la conoció como «la mujer que canta poseída por el diablo». La Lupe no sólo ponía un énfasis exagerado en las palabras que interpretaba, sino que llegaba a tirarse al suelo, golpearse, quitarse los zapatos y lanzarlos al público, pegarle a los músicos e, incluso, arrancarse la ropa. El percusionista Mongo Santamaría la lanzó en Nueva York y la Lupe prosiguió su carrera junto a Tito Puente, hasta que éste, harto de sus excentricidades, la echó de su espectáculo. Llegó hasta el Carnegie Hall y fue denominada «Reina de la Salsa» antes que Celia Cruz, pero una serie de tragedias personales unidas a su mala cabeza acabaron con su carrera. Una lesión de espalda le impidió volver a los escenarios y en 1992 moría sola y pobre. Es una lástima que su final no diera un giro redentor, como el de Chavela Vargas, ya que la Lupe volvió a estar de moda al incluir Pedro Almodóvar alguna de sus canciones en sus películas.

Desde España

De la misma manera que las cantantes de música popular mexicana podrían llenar páginas de anécdotas y transgresiones, las

cantantes de los géneros de música popular española no les andan a la zaga. Cupletistas, tonadilleras, cantantes de copla, damas de la revista, bailaoras y folclóricas han representado en su momento pequeñas luchas contra lo establecido, a veces desde sus letras, otras desde sus biografías. Hay que recordar que estas mujeres, muchas de ellas analfabetas, salieron de España a conquistar el mundo sin saber nada de la vida. Triunfaron en Europa, en Latinoamérica, en Estados Unidos, en Japón. Y en un momento en el que salir de España y encontrarse con los países más desarrollados debía de ser como viajar a otro planeta.

En el París de principios del siglo XX una española acaparaba la atención de los caballeros y de la sociedad. La cupletista Agustine o Carolina Otero fue una gallega que conquistó a los príncipes, reyes y primeros ministros de la *belle époque*. Y no sólo desde el escenario. Por culpa de mujeres como ella se cree que a las artistas nos traen al camerino joyas, pieles y escrituras de propiedad. Desgraciadamente la práctica se extinguió, pero ella supo sacar provecho en su momento. Las cortesanas de la época competían entre ellas para ver cuál deslumbraba más con las joyas que les habían regalado sus amantes. Una noche entró en Maxim's Liane de Pougy escoltada por tres caballeros y cubierta de joyas de los pies a la cabeza. La noticia corrió y los habituales sabían que al día siguiente la Bella Otero tendría que hacer una llegada aún más espectacular. Pero para sorpresa de todos, llegó vestida con una túnica negra y sin una sola alhaja. Eso sí, detrás de ella hizo entrar a su criada africana vestida con un vestido copia del que la Pougy llevaba la noche anterior e igualmente cubierta de piedras preciosas. Claro que no sólo de

regalos se nutría su economía, porque cada una de sus actuaciones era un éxito de taquilla. Se gastó una fortuna en el juego, perdiendo cantidades millonarias en los casinos de Montecarlo. Murió en 1965 retirada en la Costa Azul.

Al mismo tiempo triunfaba en España la aragonesa la Bella Raquel, que debutó en el Paralelo barcelonés en 1907. Con un vestuario considerado casi indecente y las letras frívolas y pícaras de los cuplés, no tardó en convertirse en estrella. Conocida ya como Raquel Meller, aprovechó el éxito para ir desterrando los contenidos picantes de sus canciones, centrándose en los temas pasionales que consolidarían un estilo dentro de la canción española. El cuplé daba paso a la tonadilla. A punto estuvo de ser excomulgada por el contenido de uno de sus números, que narraba un crimen pasional que tenía lugar durante una procesión religiosa. Desde 1911 triunfó en el teatro Arnau, donde estrenó dos de sus éxitos más recordados, *La violetera* y *El relicario*. En 1917 se va a la conquista de París y actúa en el teatro Olympia. Los franceses supieron aprovecharla en el cine mudo y rodó películas a uno y otro lado de los Pirineos. Tras la Guerra Civil su fama se apagó hasta retirarla de los escenarios.

Otras avezadas cupletistas que volvieron locos a nuestros abuelos fueron la Fornarina, la Chelito y la Caoba. El cuplé apenas sobrevivió a la Guerra Civil ya sólo como ese género ínfimo que dio sus últimos coletazos con Lilian de Celis y Sarita Montiel y que se hubiera perdido definitivamente de no ser por la labor de Olga Ramos.

Y es que la tonadilla se había hecho más complicada y ahora incorporaba estrofas y estribillos donde se contaba una historia con planteamiento, nudo y desenlace, de carácter trágico o pasional. Nacía la copla, género triste e incorrectamente asociado al régimen franquista, que no dudó en censurar letras y actitudes poco decorosas. Las primeras damas de la copla fueron doña Concha Piquer y Estrellita Castro, seguidas en el tiempo por Juanita Reina o Marifé de Triana, que es mi favorita, la que mejor interpreta el desagarro de las letras. Las canciones que compusieron Quintero, León y Quiroga siguen vigentes, renovadas en las voces de las estrellas actuales, como Isabel Pantoja.

Los años sesenta representaron una revolución musical a la que no fue ajena la canción española. Surge la figura de la flamenca ye-ye, encarnada por una bellísima Carmen Sevilla. Incluso intérpretes ya establecidas como Marujita Díaz o Paquita Rico se dejaron impregnar por los nuevos aires. Antoñita Peñuela inmortalizó con su canción la figura de *La gitana espabilá* (tristemente, murió en accidente de tráfico cuando hacía autostop para acudir a un concierto). Dolores Vargas, «la Terremoto», hizo honor a su sobrenombre y arrasó con sus canciones y sus movimientos de molinillo. Si los sesenta fueron la década del flamenco-pop, los setenta tuvieron dos vertientes, la de la erótica-cañí y la del flamenco-rock. Parece mentira que no se recuerde más a menudo el escándalo organizado por el impacto sexual que causó Rocío Jurado cuando apareció en televisión cantando cubierta apenas por una sábana. Aunque la reina de la sensualidad fue María Jiménez, genio y figura hasta el día de hoy. El flamenco-rock fue una fusión de flamenco, rumba y guitarras eléctricas que dio como resultado uno de los dúos más geniales del panorama, Las Grecas, de ascensión y caída fulminantes, hay

que recordar el triste final de Tina enredada en las trampas de la heroína. Todavía habría sitio para que a finales de los ochenta las Azúcar Moreno experimentaran el más difícil todavía con su flamenco-rumba-rock-house. No hay que pasar por alto la transgresión que supone dentro de su cultura que una gitana se independice de su familia, se dedique a la farándula, lleve vida de artisteo y encima vista sexy y a la moda.

Si Astrid Hadad ha revisado la canción mexicana desde su particular visión, Martirio ha hecho otro tanto con la canción española. De nombre real Maribel Quiñones, comenzó en los ochenta con sus sevillanas de letra postmoderna y captó la atención tanto por sus textos adaptados a la vida actual como por sus vestidos y peinetas de inspiración pop. El tono de sus textos y su actitud pudo llevar a engaño al que creyera que lo que pretendía era una parodia humorística del género. Nada más lejano, ya que Martirio siempre ha abordado la canción española desde el conocimiento profundo de su esencia. Su respeto por los autores tradicionales ha hecho que, a la par que disminuía la aparatosidad de sus peinetas, aumentara su sensibilidad a la hora de abordar los clásicos de la copla, a los que ha añadido, desde una evolución muy personal, las otras músicas que le interesan como el jazz, los boleros o la canción latinoamericana. Es una rebelde con causa y con clase, que sigue escondiendo sus ojos verdes como los de la copla detrás de unas gafas negras que para los demás son un sello de identidad, y para ella una manera de guardarse lo más íntimo de su ser para mostrarlo sólo a quien a ella le da la gana.

He dejado para el final a la que más me gusta. Bailaora en origen, pero una de las intérpretes más personales que ha dado

la canción española. Cantante, actriz, pintora naïf, presentadora de televisión..., lo que hiciera falta. Lola Flores no fue la que mejor cantó, bailó o pintó. No le hizo falta porque como ARTISTA fue la más grande. Ya desde niña se buscaba la vida bailando por las calles de Jerez, pero la fama le llegó al formar compañía con el cantaor Manolo Caracol. Tras separarse de él, se marcha en 1952 a México, donde rueda una película titulada *La faraona* que servirá para que se la identifique por siempre con ese nombre. Lola transgredió todo lo que pudo y más, no consintió que la moral ni las costumbres le pusieran límites a su vida, que por cierto recordó con pelos y señales en la serie biográfica que realizó para televisión bajo el determinante título de *El coraje de vivir.*

Desde Londres

Cuando a mediados de 1976 se comenzó a hablar del Punk, todavía no existían las estúpidas convenciones que se crearían poco después. El cliché de «jóvenes de la clase obrera de estética repulsiva, que se maquillan y se peinan para acentuar la fealdad» no puede estar más lejos de la realidad. Claro que había adolescentes proletarios. Y artistas bohemios. Y diletantes de la alta sociedad. Y colegiales burgueses. Y travestis. Y fans del cine de terror. Y otros de la ciencia ficción. Y borrachines cerveceros de fin de semana. Y también intelectuales. Eso sí, todos muy jóvenes. Si algo pretendía el Punk es que no hubiera etiquetas. Pero una cosa sí estaba clara, no nos pintábamos las uñas de

negro o nos maquillábamos de una determinada manera para escandalizar a las abuelas. Nosotros nos veíamos muy bien así, muy guapos y muy chulos. Los feos eran los demás. Musicalmente, el Punk surgió como respuesta a una anquilosada industria musical que primaba los grandes montajes y el virtuosismo musical. Bebía directamente del Glam Rock de los setenta y no pretendía predicar nada. La idea era crear algo nuevo, que no estuviera sujeto a normas. Quizá el único principio que se podría llamar ley era el de «háztelo tú mismo». La idea de subirse a un escenario sin saber tocar pretendía dejar abiertas las puertas a los distintos resultados posibles. Pero inmediatamente se creó un estereotipo musical y estético, o debería decir varios, teniendo en cuenta el crisol de personalidades que coincidían en tomar el Punk como punto de partida. En el aspecto estético no entraremos ahora, y del musical lo mejor es sintetizar que por un lado surgió un tipo de rock muy básico, de pocos acordes, rápido y contundente, sin solos de guitarra o batería, y, por otro, derivaciones más atmosféricas y oscuras, de ritmos obsesivos y textos más personales, lo que acabaría siendo llamado After-Punk, Gótico o Siniestro.

Si alguien estuvo ahí desde el principio y ha sido fiel a la idea de no copiar nada que ya existiera previamente, ésa ha sido Siouxsie.

Susan Dallion comenzó a seguir a los Sex Pistols en sus conciertos iniciales de 1976. A estos amigos fans del grupo se les conocía como The Bromley Contingent. Acompañaban a los Sex Pistols a los programas de televisión y a las entrevistas en la prensa sensacionalista, a la que por cierto los punks le resultaron un filón a la hora de inventar titulares absurdos. En septiembre de 1976 Siouxsie y sus amigos Steve Severin, Marco Pirroni y Syd Vicious se subieron por primera vez a un escenario, sin saber apenas tocar sus instrumentos y sin haber ensayado. Una improvisación caótica sobre la que Siouxsie salmodió el padrenuestro durante veinte minutos fue el punto de partida a la existencia de una carrera musical. Siuoxsie y Severin decidieron formar el grupo Siouxsie & The Banshees y comenzaron a componer. Desde el principio su sonido resultó diferente a todo lo que existía, denso, oscuro, psicodélico pero al mismo tiempo melódico, de letras intensas. Estas particularidades hicieron que, mientras surgían miles de grupos más fáciles, Siouxsie & The Banshees siguieran sin tener un contrato discográfico a pesar de tocar con frecuencia en directo. Finalmente en 1978 sacaron su primer single, *Hong Kong Gardens,* que vendió más de un cuarto de millón de copias. Sin ser nunca un grupo de pop superventas, pudieron mantener una carrera envidiable hasta que decidieron separarse cuando los Sex Pistols anunciaron su vuelta a los escenarios en 1996. Declararon estar asqueados con los aires nostálgicos que hacen que ahora todo el mundo quiera escuchar grupos de los ochenta. Siete años después, haciendo referencia al dicho anglosajón de «seven year itch», que alude a que un matrimonio entra en crisis a los siete años de convivencia, decidieron tomarlo al revés y volver a juntarse en los escenarios y en el estudio de grabación. En cualquier caso Siouxsie nunca ha parado, pues desde 1981 tiene un grupo paralelo con Budgie, otro miembro de los Banshees que además es su marido. The Creatures lleva un poco más allá la face-

ta de experimentación musical y sigue un planteamiento escénico más drástico.

Según Siouxsie & The Banshees se fueron haciendo conocidos, surgieron otros grupos que podrían encuadrarse dentro de una misma influencia, aunque cada uno es un personalísimo ejemplo de cómo interpretar atmósferas similares desde planteamientos distintos. Grupos como Bauhaus, Killing Joke, U.K. Decay, The Cure, Theatre of Hate, Southern Death Cult, Sisters of Mercy o Specimen hicieron que se comenzara a hablar de una nueva corriente musical de la que Siouxsie, sin pretenderlo, es la auténtica reina. Se mantiene al margen de modas, ofrece conciertos regularmente, saca sus discos cuando le da la gana y vive en Francia con su marido y sus gatos.

Desde Nueva York

Siouxsie y Madonna deben ser como el día y la noche. Si Siouxsie prácticamente ha inventado una estética y una forma de hacer música, Madonna es la gran recopiladora que no inventa nada pero que coge un poco de todo y lo da a conocer. Y eso también tiene su mérito.

Madonna Louise Ciccone es un año menor que Siouxsie, nació en 1958 en Michigan. Dice que su carácter se lo debe a su infancia. Su madre murió cuando ella era niña y su padre se volvió a casar con una mujer con la que no simpatizaba. Siendo la chica mayor de una familia numerosa, Madonna se recuerda ocupándose de las tareas de casa y de sus hermanos. Tanta responsabilidad impuesta le hacía ser una rebelde que quería llevar la contraria en todo. Su padre quiso que estudiara piano, pero ella le convenció para que la matriculara en clases de baile. La danza se convirtió en su pasión y en cuanto fue mayor de edad se marchó a Nueva York con treinta y cinco dólares en el bolsillo. Sobrevivió como modelo y camarera hasta que se dio cuenta de que el mundo de la danza contemporánea era prácticamente impenetrable. Entonces buscó trabajo como bailarina o corista acompañante y encontró un puesto en París con el cantante Patrick Hernández. Así descubrió que lo que quería era dedicarse al mundo de la música. De regreso a Nueva York probó sin suerte con varios grupos hasta conseguir un contrato en solitario. El primer single, *Everybody,* fue un éxito en las pistas de baile, pero todo el mundo pensaba, por el tipo de música, que se trataba de una chica afroamericana. Su primer álbum fue un éxito, pero fue en 1984, con el segundo, *Like a Virgin,* con el que se convirtió en un fenómeno mundial que perdura hasta el día de hoy.

Madonna supo coger la música y la estética de las discotecas que frecuentaba y darla a conocer masivamente. Y eso es lo que ha seguido haciendo hasta ahora. Usar la ropa interior como parte del vestuario exterior fue una aportación del Punk; esa actitud de chica materialista que usa armas femeninas para conseguir lo que quiere, siendo muy consciente de su poder sexual, era una constante del emergente posfeminismo de los ochenta; la forma de desenvolverse y de bailar provenía de las discotecas gays; cuando incorporó las coreografías del Vogue a su repertorio, estaba amplificando una realidad musical y social de las

Houses neoyorkinas; su imaginería de *bombshell* la sacó del Hollywood de los años treinta; sus productores y arreglistas son los que han comenzado a despuntar en el underground con propuestas y sonidos novedosos; incluso su sombrero vaquero, última de las imágenes que ha impuesto en medio mundo, estaba sacado una vez más de las discotecas de *ambiente*. Cuando estás harta de ver maricas con sombrero vaquero, llega Madonna y lo impone como una moda y entonces te hartas de ver a la legión de cantantes que copian a Madonna llevando el sombrerito.

Esa capacidad de fagocitar supone un talento. Si además tenemos en cuenta que Madonna no es una artista minoritaria, de culto, sino que se enfrenta a un público masivo y que su competencia tiene lugar en el mercado donde coexisten Celine Dion, Mariah Carey o Gloria Stephan, hay que reconocer que Madonna es una transgresora atrevida que consigue convertir en éxito apuestas que para otra serían un suicidio comercial.

Transgrediendo desde el Arte

Prácticamente hasta entrado el siglo XX es difícil encontrar pintoras que sobresalgan por realizar un trabajo que transgreda la norma. Hubo pintoras de cámara, paisajistas, retratistas..., pero casi todas se pueden adscribir a un movimiento o momento sin que hayan provocado sobresaltos o al menos pequeños revulsivos. Por suerte las excepciones son brillantes.

Rosa Bonheur fue una de las pintoras más destacadas del París de mediados del siglo XIX. Sus cuadros eran disputados por

la emperatriz Eugenia de Montijo y por la reina Victoria. La particularidad de la obra de Bonheur es que sólo pintó animales, en un estilo realista y preciso, consecuencia de la observación directa de los modelos, y en ningún caso quiso incorporarlos a escenas que no fueran totalmente naturalistas.

Por la misma época, La Hermandad de los prerrafaelitas fue fundada por los pintores Dante Gabriel Rossetti, William Hollman Hunt y John Everett Millais con el fin de revitalizar las artes por encima de las normas académicas. Se basaban en el hiperrealismo, matizado por el uso de colores brillantes y la elección de temas simbólicos, mitológicos, medievales y espirituales. Otros artistas se unieron al círculo inicial, como Edward Burne-Jones. Hacia el final de siglo el planteamiento derivó en el movimiento de las Arts & Crafts (Artes Decorativas). Las mujeres del entorno prerrafaelita compartían estas inquietudes. Christina, la hermana de Rossetti, era poetisa. Lucy, hija del pintor Ford Madox Brown, se casó con William, otro hermano Rossetti. Lucy era pintora, como también lo fue Joanna Boyce, cuyo hermano era amigo de Dante Gabriel. Georgiana, la mujer de Burne-Jones, escribía. Y por encima de todas estaba Elisabeth Eleanor Siddal, que en 1857 expuso su obra por primera vez. Todas las mujeres que rodearon a los prerrafaelitas posaron para sus cuadros, pero Elisabeth fue la más solicitada, hasta el punto de que su actividad como pintora ha quedado opacada por su trascendencia como modelo. Aparece en los cuadros de los tres fundadores. Es la conocidísima Ophelia ahogada del cuadro de Millais. Por cierto que tras posar para el pintor durante semanas inmersa en una bañera enfermó con neumonía. Dante Gabriel Rossetti se ena-

moró de ella y se casaron, pero las cosas no salieron bien y Elisabeth se suicidó en 1862 tomándose un vial de láudano.

Camille Claudel ilustra otra dramática historia. Estudiante de escultura, fue alumna de Auguste Rodin y éste, apreciando su talento, le pidió que fuera su asistente. Se convirtieron en amantes. La fama de su amor y mentor le hizo alejarse un poco de él para intentar conseguir un estilo propio, que cristalizó en 1893 en una serie de esculturas en mármol y bronce que escandalizaron a la prensa y al público al ser demasiado explícitas en lo referente a la anatomía. Puede que este episodio de rechazo contribuyera a su colapso nervioso, que hizo que en 1913 la ingresaran en una institución mental, en la que estuvo recluida hasta su muerte en 1943.

Ya en el siglo XX, dentro de otro influyente grupo intelectual, el llamado Grupo de Bloomsbury, desarrolló su pintura postimpresionsita Vanessa Bell, que además realizó algunas portadas para la editorial Hogarth Press que fundaron Virginia Woolf y su marido Leonard. De hecho, la portada de la primera edición de *Mrs. Dalloway* de la Woolf era una ilustración de Vanessa. Pero la pintora que realmente destacó del grupo fue Dora Carrington, que desarrolló una carrera desigual hasta su suicidio en 1932.

El ambiente de los salones literarios de París fue retratado por Romaine Brooks, una lesbiana interesada en transmitir la identidad sexual de sus modelos sin prejuicios y sin los convencionalismos de los retratos hechos por hombres.

Sara Stern nació en Ucrania. En París se casó con el pintor Robert Delaunay y se convirtió en Sonia Delaunay. Como

la de su esposo, su pintura se desarrolló dentro de la corriente del cubismo, aunque aportó a éste colores intensos y combinaciones cromáticas unidas a los patrones repetitivos propios del arte popular de su tierra. El uso de la teoría del color que aplicaron los Delaunay creó un estilo que se conoce como cubismo órfico u orfismo. Sonia declaró en numerosas ocasiones que, a pesar de ser una de las pocas pintoras reconocidas entre las vanguardias, nunca pudo exponer si no era junto a su marido. Sonia quiso aplicar su creatividad fuera de los lienzos. Creó el vestuario y la escenografía de los Ballets Russes de Sergei Diagilev en 1918. También se ocupó del diseño interior de una boutique y de todo lo que se vendía en ella, y creó dibujos geométricos para su aplicación a telas muy del gusto de los modistos franceses. Fue la primera mujer a la que se organizó una retrospectiva en el Louvre en 1964. Una década después recibió el título de Oficial de la Legión de Honor francesa.

En 1919 un grupo de artistas fundó en Alemania una escuela de arte con el objetivo de adecuar la enseñanza de las técnicas artísticas al mundo moderno de la tecnología y la producción en serie. Para ellos, la expresión artística era igual de importante si se trataba de arquitectura, pintura o el diseño industrial de mobiliario y objetos de uso cotidiano. Este centro artístico fue la Bauhaus. Ninguno de los artistas que enseñó en la escuela fue mujer, pero sí aparecen documentadas numerosas alumnas, aunque no deja de ser ilustrativo que estaban mayoritariamente matriculadas en las asignaturas de tejido de tapices y alfombras, bordado y cerámica.

Tamara de Lempicka fue la estrella de la época de entreguerras. Fue una de las primeras pintoras en convertirse en una celebridad por encima de su obra. Tamara pertenecía a ese mundo exclusivo que más tarde sería conocido como la jet-set, y no le preocupaba saberse una privilegiada: «Yo vivo mi vida al margen de la sociedad, estoy fuera, y las reglas de la clase media no se pueden aplicar a los marginados». Tamara Gorska nació en Varsovia en 1898. Con dieciocho años se casó con Tadeuz Lempicki y se fueron a vivir a San Petersburgo. Llegó con su marido a París en 1918 huyendo de la revolución bolchevique. Comenzó a pintar y en 1925 participó en la primera gran exposición de Art Déco de la capital francesa, la Exposition des Arts Décoratifs et Industrials Modernes, símbolo de su tiempo. Tamara frecuentaba a la bohemia del barrio de Montparnasse y el club nocturno de la lesbiana Suzy Solidor en Montmartre. Ese espíritu moderno de mujer de mundo es el que expresa su pintura, básicamente retratos de miembros de la alta sociedad. Algunas de sus modelos fueron también objeto de su pasión amorosa. Tras divorciarse de su primer marido, en 1933 se casó con el barón Kuffer, con el que fue a vivir a Estados Unidos en los años treinta, donde definitivamente se convirtió en la sensación de la alta sociedad neoyorkina. La intensidad de su vida social compitió con su obra y esta última salió perdiendo. Tener un retrato hecho por Tamara de Lempicka se convirtió en una necesidad chic que devaluó la verdadera fuerza de su obra, que no sobrevivió bien a la Segunda Guerra Mundial. A finales de los cincuenta intentó dar un giro hacia la abstracción, pero la muerte de su marido en 1962 la alejó de los pinceles. Murió en Cuernavaca, México, en 1980 y sus cenizas fueron arrojadas al cráter del volcán Popocatépetl.

Desde que comenzó a trabajar en Nueva York alrededor de 1918, Georgia O'Keefe consiguió convertirse en la pintora americana más conocida, sobre todo por sus cuadros de huesos de animales bañados por el sol del desierto de Nuevo México y, especialmente, por sus imponentes y gigantes flores.

Imogen Cunningham también retrató enormes flores, esta vez desde la fotografía, con un resultado implícitamente sexual muy similar al que décadas después abordaría otro fotógrafo, Robert Mapplethorpe. También son célebres sus desnudos y sus retratos de celebridades, que hicieron que la revista *Vanity Fair* la contratara para captar las imágenes de los famosos a principios de la década de los treinta, de la misma manera que hoy lo hace para la misma publicación la también extraordinaria retratista Annie Leibovitz.

Meret Oppenheim, una suizo-berlinesa afincada en París, realizó varios diseños para los surrealistas en la década de los veinte, casi sin haber alcanzado la mayoría de edad. A su imaginación se debe la creación de una de las obras más significativas del surrealismo, su *Plato, taza y cucharilla forrados con piel,* de 1936. Otra mujer, la diseñadora de ropa Elsa Schiaparelli, solicitó la colaboración de Salvador Dalí para crear otra serie de objetos surrealistas, como el sombrero-zapato o el vestido-langosta. Ella misma incluyó en sus creaciones bordados y apliques de influencia surrealista. Con los surrealistas expuso en París Leonor Finí. La pintora Leonora Carrington nació en Inglaterra y se trasladó a vivir a París al iniciar un romance con Max Ernst.

El pintor fue detenido por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial y recluido en un campo de concentración. Leonora lo esperó dando salida a su angustia a través de la pintura, pero, cuando fue liberado, Ernst comenzó una relación con la coleccionista Peggy Guggenheim. Leonora viajó a Nueva York y finalmente se estableció en México. A esta ciudad también llegó desde París la catalana Remedios Varo. Acostumbrada a huir, primero de la Guerra Civil española y después de la ocupación nazi, desarrolló la mayor parte de su obra en tierras mexicanas. El mundo onírico de las pintoras surrealistas encaja muy bien con el país que eligieron como hogar.

Algunas veces se ha incluido a la fotógrafa británica Madame Yevonde dentro del núcleo de las artistas surrealistas. Sin duda parte de la iconografía surrealista influyó en sus composiciones, pero su obra traspasa los límites impuestos por un movimiento artístico. Madame Yevonde es reivindicada sobre todo por haber experimentado en el campo de la fotografía en color cuando se pensaba que su aplicación sería una moda pasajera y que desde luego nunca sería aceptada en los círculos artísticos. Realizó retratos entre las damas de la aristocracia londinense, naturalezas muertas, estudios de brazos tatuados, trabajos publicitarios, reportajes para revistas y una serie llamada *Diosas* donde se cuestionaba el rol femenino. Para ella, que gustaba de recargar sus composiciones y de imponer a sus modelos poses forzadas, el color era un paso hacia una artificialidad que hacía que la fotografía resultara más interesante. Curiosamente, comenzó a trabajar el color en 1932 al descubrir el proceso Vivex, y dejó de utilizarlo para volver al blanco y negro cuando

la fábrica de esos negativos cerró a principios de la Segunda Guerra Mundial.

Lola Álvarez Bravo fue la primera mujer dedicada a la fotografía profesional en México debido a su vinculación con el fotógrafo Manuel Álvarez Bravo, del que era esposa. Pero su obra toma realmente una dimensión personal tras el divorcio. A Lola le gustó retratar los paisajes y personas de su país. Además, abrió la Galería de Arte Contemporáneo, donde se organizó la única gran exposición que hizo Frida Kahlo en México, en 1943, poco antes de su muerte.

Otra mujer que se dedicó a la fotografía y cuya vida se entrecruza con la de Frida Kahlo es Tina Modotti, una italoamericana que llegó a México en 1922 y se introdujo rápidamente en los circuitos artísticos y en los del Partido Comunista, al que era afín por su ideología. Su activismo político es equivalente a su actividad artística. Miembro del partido desde 1927, Tina apoyó a Sandino en Nicaragua, formó el primer comité antifascista italiano, se movilizó en protesta por la ejecución de Sacco y Vanzetti y fue expulsada del país acusada de conspirar para asesinar al presidente mexicano. De regreso a Europa, participó en la Guerra Civil española desde las Brigadas Internacionales y trabajó como reportera de guerra para la publicación republicana *Ayuda,* lo que le permitió regresar a México como exiliada política. Un paro cardiaco la sorprendió en 1942 inmersa en la lucha contra Hitler desde la Alianza Antifascista. La obra de Tina Modotti refleja sus inquietudes sociales, especialmente en las fotografías de campesinos y de los símbolos de la Revolución Mexicana, pero incluye también maravillosos retra-

tos y composiciones abstractas. Aprendió la técnica con el fotógrafo Edward Weston y en la actualidad está considerada como una de las principales figuras dentro de esta expresión artística. Tina era amiga de los mexicanos, Rivera, Siqueiros, Orozco, los Álvarez Bravo. También conocía a Frida Kahlo, a la que había animado a apuntarse al Partido Comunista. Parece ser que fue en una fiesta en casa de Tina cuando Frida y Diego comenzaron la relación que terminó en boda.

Para hablar de Frida Kahlo tengo que introducir algunos elementos de mi biografía personal. A punto estuve de no incluirla en este libro, porque estoy cansada de Frida, se ha convertido para mí en esa canción que te fascina pero que terminas odiando después de oírla sonar en todas partes. Tengo empacho, hartazgo. Pero sería injusto expulsarla de mi vida por culpa de su sobreexposición, sobre todo porque mi descubrimiento precoz de su existencia pasa por mi relación con una de las mujeres que más me han maravillado, Dolores Olmedo.

La señora Olmedo fue una multimillonaria mexicana que falleció en el 2002 con noventa y tres años y a la que el mundo recuerda por haber posado como modelo para Diego Rivera, por su amistad con el pintor y por haber conseguido recuperar gran parte de la obra de Frida y Diego para el patrimonio mexicano. Fue la promotora que convirtió las casas de Rivera y Kahlo en museos y ella hizo lo mismo con su mansión de Xochimilco, que ahora se llama Museo Dolores Olmedo Patiño. Doña Lola, pues así era como la llamaban sus amistades, adoraba las joyas, las piedras preciosas bien grandes y de monturas originales. Mi padre era joyero, no con una tienda abierta al público, sino con

«una cartera de clientes», que se diría ahora. Doña Lola era una de sus clientas, y por qué no decirlo, se convirtió en una amiga de la familia. Pasamos muchos domingos en la mansión de Xochimilco y me consta por las visitas que doña Lola hacía a nuestra casa que la relación era de mucha confianza. Debí de conocerla con seis años y dejé de verla a los diez, cuando vinimos a España. Nunca la volví a tratar y aun así sigue produciendo en mí una especie de encantamiento. Adoraba ir a su casa, y eso que de niña yo sentía pánico hacia los animales y me daban miedo sus perros xoloitzcuintles, una raza azteca sin pelo que está a punto de extinguirse. En esa casa estuve en brazos de Lola Beltrán mientras ella cantaba en una celebración del santo de las dos Lolas, Beltrán y Olmedo. Lo que a mí me gustaba, después de dar unas vueltas por la finca, era sentarme a mirar a doña Lola, que aunque ya rondaba los sesenta años, no me podía parecer más hermosa, el pelo negro azul, la piel estirada, siempre perfectamente maquillada con sus pestañas postizas, llena de joyas. Años después, ya en España, iba por la calle y detecté un perfume que inmediatamente reconocí como el suyo. Me atreví, a pesar de mi timidez patológica, a preguntarle a esa persona cuál era la fragancia, y hasta el día de hoy la uso, Shalimar, de Guerlain. Siempre he pensado que esto a lo mejor era un mito que yo me había fabricado, pero buscando documentación para este libro encontré una entrevista donde doña Lola comentaba que siempre usaba ese perfume.

Una tarde doña Lola nos llevó a un museo que tenía algo que ver con Diego Rivera. Era una casa azul, maravillosa, pero fue una de las experiencias más terroríficas de mi infancia. Algo

recuerdo de una piedra que era altar de sacrificios azteca que estaba en el jardín, no estoy muy segura. Lo que se quedó grabado en mi memoria fueron los cuadros que vimos, me dieron pánico, no podía pensar en ellos. En aquel momento sólo sabía que los había pintado la mujer de Diego Rivera y que había vivido en esa casa, y que todo lo que la rodeaba me daba mucho miedo. Ya en la adolescencia me topé con una de aquellas imágenes en una revista y comenzó mi fascinación por Frida Kahlo.

Nacida en 1907, superó una poliomielitis y en la adolescencia sufrió un accidente de tráfico al chocar el autobús en el que viajaba contra un tranvía. Una barra de acero le atravesó la columna vertebral y le destrozó la pelvis y un pie. No planeó convertirse en artista, pero fue en su larga convalecencia cuando comenzó a pintar. Miembro de la Liga de Juventudes Comunistas, entabló amistad con Tina Modotti, en cuya casa conoció a Diego Rivera y se casaron en 1929. Fue una relación tormentosa, llena de infidelidades mutuas. Diego era un mujeriego, hasta con la hermana de Frida retozó. Frida tuvo sus amores con hombres y mujeres, entre ellos Leon Trotsky y el artista Isamu Noguchi. Frida aguantaba con estoicismo las infidelidades de Diego, pero tenía que esconderse de su posesivo y celoso marido para practicar las suyas. En 1940 Frida y Diego se divorciaron, estuvieron unos meses separados, y se casaron de nuevo. La personalidad de Frida era apabullante. Alegre, a pesar de los dolores, siempre vestida con sus llamativos trajes regionales, con tocados de flores y cintas de colores, cuajada de anillos y collares. Así es como se pintó en sus autorretratos, quizá sus obras más representativas. En su pintura hay elementos fantásticos e

introspectivos con influencias del arte popular mexicano y de los retablos religiosos. André Breton creyó ver en ella la esencia del surrealismo y la apoyó consiguiendo que expusiera en 1938 en Nueva York y París. Frida nunca se consideró surrealista porque afirmaba que lo que ella hacía era pintar su propia realidad. Un ejemplo de su peculiar sentido de la estética y de la amistad es la historia del cuadro *El suicidio de Dorothy Hale*. Dorothy Hale era una chica preciosa y mundana que frecuentaba las fiestas de la alta sociedad americana. Tras divorciarse de su marido pasó por apuros económicos, perdió su lugar en el mundo y optó por lanzarse desde un rascacielos. En la inauguración de la exposición de Frida en Nueva York ésta se encontró con una amiga de la fallecida y le propuso pintarle un retrato de Dorothy como recuerdo. El cuadro muestra el suicidio de Dorothy en tres fases, en lo alto del edificio antes de saltar, cayendo al vacío, y estrellada contra la acera. Los ojos de las tres Dorothys miran fijamente al espectador. Por añadidura, el marco está salpicado de pintura roja como si fuera sangre. Ni que decir tiene que a su destinataria le horrorizó. Frida basaba su obra en el sufrimiento, en el físico y los dolores de su cuerpo roto, y en el espiritual por su relación con Diego. A causa de las lesiones no le fue posible tener hijos, y esa incapacidad también se transformó en un sufrimiento fértil que aparece en muchas obras. Después de años de padecimientos y de tener que permanecer inmovilizada por corsés, murió en 1954. Fue velada con honores en el palacio de Bellas Artes de la capital mexicana.

Tina Modotti era tan radical en su militancia comunista que se distanció de Frida Kahlo por su amistad con Trotsky. Si no

me ha importado mencionar la genialidad artística de una leninista intransigente, tampoco me va a importar dejar constancia de mi admiración por la obra de una mujer vinculada al nacionalsocialismo alemán. Leni Riefenstahl nació en Berlín en 1902 y murió en Baviera en el 2003. Apasionada por la danza, tuvo que dejar su profesión a causa de una lesión. Se convirtió en actriz de éxito y en 1932 cambió nuevamente de papel para dirigir su primera película. A partir de aquí comienzan las dobles versiones sobre su vida. Se dice que en 1933 quedó fascinada por la oratoria de Hitler y se ofreció para filmar una serie de documentales propagandísticos. Ella en cambio decía que fue el Führer quien la mandó llamar, ya que era un admirador de su trabajo como directora y como actriz. El caso es que en 1934 realizó un documental sobre el sexto congreso del Partido Nacionalsocialista, *El triunfo de la voluntad,* que debe calificarse como vehículo propagandístico, pero también como una de las obras de arte del cine. Y no fue una obra casual, ya que *Olympia,* el documental sobre los juegos olímpicos de Berlín en 1936, incluso la supera. Su técnica de rodaje es intachable, su talento queda patente en sus panorámicas y en el montaje. Pero, sobre todo, su percepción de la belleza es una celebración estética imperecedera. Tanto si recoge unos cuerpos atléticos como un desfile militar, consigue traspasar la barrera ideológica para hipnotizar desde el celuloide. Sin duda la grandeza visual del Tercer Reich no sería la misma sin las imágenes que recogió, pero de ahí a condenarla por el éxito del nazismo hay un abismo. Tras la guerra, Leni Riefenstahl estuvo detenida y fue juzgada en varias ocasiones, pero lo más que se le pudo imputar fue ser simpatizante del régimen. No perteneció al partido y siempre declaró que no podía ni imaginarse lo que estaba pasando en los campos de concentración. Suena demasiado inocente viniendo de una mujer que se codeó con familiaridad con Hitler, Goebbels, Hess o Goering. De cualquier forma cargó con la losa del nazismo hasta su muerte. Nunca más consiguió financiación para una película, así que decidió pasarse a la fotografía. Vivió veinte años en África y fotografió los cuerpos negros de los Nuba del Sudán con los mismos cánones estéticos que había aplicado a los arios. A los setenta y dos años sacó su licencia de submarinismo y se dedicó a captar imágenes subacuáticas para una nueva película, que estrenó junto a una biografía sobre su vida mientras celebraba su cumpleaños número cien. Cuando el arte ha estado al servicio de una ideología, tienen que pasar generaciones hasta que se puede admirar sin más estremecimiento que el producido por la propia creación artística.

Elaine Fried de Kooning, alumna y desde 1943 esposa de Willem de Kooning, desarrolló también el expresionismo abstracto. Su madre le inculcó el amor al arte y la necesidad de dibujar todo lo que veía. Fue una reputada retratista, algo normalmente ajeno a los abstractos.

Louise Bourgeois nació en Francia y desde siempre quiso dedicarse a la pintura y la escultura. Se matriculó en la Academia de Bellas Artes y la abandonó por considerarla demasiado conservadora, así que decidió aprender directamente de los artistas. En 1938 se casó y eso implicó irse a vivir a Nueva York. Su obra empieza a ser reconocida a partir de los años cincuenta. Explora las emociones, la sexualidad, los opuestos, el miedo, la

violencia. Algunas de sus esculturas más célebres son enormes falos con los que cuestiona la masculinidad y arañas gigantes con las que debate el tejido simbólico de una red de feminidad. El 1982 el MOMA de Nueva York le dedicó una retrospectiva.

Bridget Riley es una de las artistas británicas más conocidas. Participó de las corrientes de la abstracción poética y del Op Art, arte que pretendía crear percepciones visuales a través de trazados geométricos. Las pinturas ópticas de Riley formaron parte de la primera gran exposición de esta tendencia que se organizó en 1965 bajo el título de *El ojo que responde*. Fue una maestra en la superposición de líneas onduladas, técnica que se puede observar en su obra *Currents*.

Dentro de la corriente del Pop Art no hay ninguna mujer destacada. La escultora Marisol Escobar es la única que tuvo cierta relación con el Pop neoyorkino, pero su obra no supone ninguna aportación significativa a los planteamientos de los demás artistas Pop.

El arte surgido a partir de los años setenta presenta el eclecticismo propio de la reconstrucción postmoderna. Mientras unos artistas se alejan de la tradición figurativa, otros la reinterpretan desde soportes totalmente nuevos, como las videoinstalaciones. El discurso puede rayar la vanguardia más radical o regodearse en los elementos populares de la cultura de masas. Ante todo se rechaza la posibilidad de establecer los límites culturales. ¿Por qué esto es arte y aquello no? Hay artistas que han adquirido un nombre como transgresores polémicos. Entre ellos hay unas cuantas mujeres que no dejan indiferente al público y que son objeto de debate continuo. Su obra se ha afianzado en la década de los noventa como indispensable para entender el arte del nuevo milenio.

Guerrilla Girls es un colectivo formado en 1985 por siete artistas anónimas. Su trabajo se sitúa en la línea desdibujada que separa activismo político y arte. Se definen a sí mismas como la conciencia del mundo del arte, y actúan como si realmente lo fueran. En sus apariciones públicas se esconden siempre tras unas máscaras de gorila. Difunden su mensaje a través de octavillas, pósters, y cuando hay dinero contratan grandes paneles publicitarios. Mezclan textos e imagen para denunciar la exigua representatividad de la mujer en el mundo del arte. Una de sus obras más célebres proclama: «¿Hace falta que una mujer esté desnuda para que entre en el Metropolitan Museum? Sólo el 5 por ciento de los artistas que exponen son mujeres, mientras que el 85 por ciento de los desnudos representados son femeninos». En acciones que ellas consideran como un servicio público, no sólo denuncian la discriminación de las artistas mujeres, también se centran en la de los artistas que no son blancos, en las discriminaciones de la industria cinematográfica, en la guerra o en la anorexia como imposición mediática. No sin sorna declaran que «una de las ventajas de ser mujer es que hagas lo que hagas tu arte será inevitablemente etiquetado como femenino».

Jenny Holzer comenzó su actividad artística a finales de los setenta. Estudiante de Arte, descubrió que se sentía más cómoda desde un lenguaje puramente textual. Sus primeros trabajos fueron panfletos con reflexiones directas y contradictorias. Los imprimió en colores chillones y los pegó por las calles de Manhattan. Su obra alcanzó otra dimensión al difundir sus mensa-

jes imperativos a través de las pantallas electrónicas del Times Square neoyorkino.

Nan Golding es una superviviente del *wild side* de Nueva York. Precisamente es ese lado duro de la vida el que se ha dedicado a retratar. Desde mediados de los setenta se ha fotografiado a sí misma, a sus amigos, a sus amantes, a los amantes de sus amigos. Sus fotos son un diario personal en imágenes que traspasan la esfera de lo privado rompiendo el código de la intimidad. Son de un realismo brutal, prácticamente documental. Reflejan la vida y muerte de una generación azotada por la heroína y por el sida. En sus exposiciones muestra secuencias fotográficas en las que es posible reconstruir la biografía de alguno de sus amigos, sus fiestas, sus alegrías, sus amores, su enfermedad, su muerte. Los retratos de los cadáveres de sus mejores amigos son una bofetada de realidad. Nunca he visto una fotografía más hermosa que la de su amiga Cookie, actriz en las películas de John Waters, muerta en su ataúd.

Cindy Sherman se fotografía a sí misma asumiendo distintos roles femeninos con los que pretende cuestionarse las ideas preconcebidas sobre la mujer. En esa búsqueda constante de identidad, la artista escenifica sus fantasías a través de disfraces que plantean por qué es imposible distinguir a una verdadera mujer de una mujer-parodia.

La invasión de la intimidad de la artista que suponen las fotografías de Nan Golding o Cindy Sherman no es nada comparada con la obra de Tracy Emin. Sus creaciones, ya sean fotografías, instalaciones o películas, irrumpen en su vida haciendo muy incómoda la distinción entre lo público y lo privado, que

en su caso se exhibe sin pudor. Como ejemplo, la instalación *My Bed* que se expuso en la Tate Gallery de Londres. La artista estuvo varios días en cama curándose de una enfermedad. La instalación mostraba esa cama con sus sábanas sucias y la ropa usada, rodeada por los elementos que habían formado parte de las horas de convalecencia: vasos, medicinas, ceniceros, condones, botellas de vodka... La controversia sobre el sentido del arte actual implica la discusión acerca de la obra de la artista británica. Amada y detestada por igual, recientemente ha sido protagonista de una anécdota que ilustra muy bien la frágil línea que distingue lo que es arte. Su gato Docket se perdió y Tracy imprimió las típicas octavillas donde se pone una foto del animalito con sus datos y un teléfono de contacto por si alguien lo encuentra. Se corrió la voz de que la artista estaba empapelando la ciudad con «su obra», así que los anuncios desaparecieron arrancados por sus seguidores o por listillos que creían que luego podrían venderlos. Por cierto, Docket apareció sano y salvo.

Mariko Mori es una de las artistas más jóvenes que ha llegado a revolucionar el ya de por sí revolucionado panorama del arte actual. Nacida en Tokio en 1967, desarrolla su trabajo en Nueva York desde principios de los noventa. Fusión inimaginable entre el Pop, la tecnología, las tradiciones orientales y el mundo espiritual, invita a meditar sobre el artificio de la cultura contemporánea. Su obra videográfica y fotográfica ha pasado recientemente a tomar cuerpo físico con la construcción del Dream Temple, instalación basada en un templo ritual de la ceremonia del té que aparecía en los paisajes imaginarios de sus creaciones anteriores.

Daniela Rossell procede de una clase social más que acomodada. Estudiaba en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la Universidad Autónoma de México cuando se dio cuenta de que la fotografía era el vehículo que necesitaba para expresar sus propuestas. En 1994 comenzó una serie de retratos que se han agrupado bajo el título de *Ricas y famosas*. En estas fotografías retrata a mujeres de la alta sociedad mexicana en sus entornos naturales, es decir, sus mansiones, salones, áticos, dormitorios de lujo, piscinas. Son personas vestidas con su propia ropa posando en su propio decorado, no representan más papel que ese que han elegido representar en la vida real. El resultado es visualmente exultante, mezcla del kitsch más ochentero y la crítica social radical. De hecho Daniela ha tenido problemas con algunas de estas mujeres que le abrieron las puertas de su mundo para ser fotografiadas y que ahora consideran que con el enfoque de la obra han sido traicionadas, y, además, por una de las suyas.

Desde los años setenta algunos artistas han percibido su cuerpo como el soporte ideal para sus creaciones. El Body Art nació con vocación rupturista al convertir al artista en autor a la vez que lienzo. El exhibicionismo de Cindy Sherman implica la continua transformación de su identidad a través del disfraz para encarnarse en cada una de sus fotografías. Pero hay quien ha ido un paso más allá pensando que el cuerpo podía ser la propia obra de creación, esto es, pasando por la alteración quirúrgica de las características físicas. La artista francesa Orlan manifiesta sentirse una escultura viva que se puede modelar. Desde 1990 se ha sometido a siete operaciones de cirugía estética debidamente filmadas, fotografiadas e incluso retransmitidas en

directo a diversos museos. Para ella el acto quirúrgico es una *performance* perfectamente orquestada. El cirujano sigue a rajatabla las instrucciones pautadas por la artista en lo referente a su reconstrucción. El quirófano se decora y ambienta con proyecciones, frutas o velas. Tanto el equipo médico como los técnicos de rodaje y la propia paciente visten para la ocasión, a veces creaciones de modistos como Paco Rabanne o Issey Miyake. Orlan es intervenida bajo los efectos de la anestesia local, así puede ejercer de maestra de ceremonias de su propia alteración. Elige textos que recita o envía y recibe faxes de las personas que están viendo la *performance* en cualquier parte del mundo. Lo que Orlan ejecuta a través de las manos del médico son autorretratos para los que previamente ha elegido algún modelo canónico, como transformar su mentón hasta hacerlo igual que el de la *Venus* de Botticelli o su frente como la de la *Mona Lisa* de Leonardo da Vinci. Los restos orgánicos, por ejemplo la sangre y la grasa extraídas en una liposucción, son embotellados y vendidos como exvotos, ya que Orlan busca una relación con la iconografía religiosa que pasa por identificarse como santa. En su última operación se insertó en la frente dos prótesis de silicona de las que se ponen para realzar los pómulos. El resultado son dos protuberancias que parecen indicar la presencia de unos incipientes cuernos. La manipulación de su cuerpo no busca fines estéticos ni cánones propios de una identidad definida. Si la creación artística contemporánea pasa inevitablemente por cuestionar la identidad como algo inalterable y por redibujar los límites entre lo artificial y lo natural, Orlan es la diosa de la re-creación.

Transgrediendo desde la interpretación

Es curioso que siendo la interpretación un espacio de libertad desde el que la mujer ha podido ser más transgresora que en otras profesiones, sea éste un terreno que estuvo largamente prohibido a las mujeres, dando lugar al fenómeno del travestismo escénico para la representación de papeles femeninos por parte de actores masculinos. Así fue en Grecia y Roma en los siglos de esplendor de la comedia. Por no hablar de los dramas religiosos, para los que la Iglesia cristiana toleraba la castración de los adolescentes con el fin de conseguir voces femeninas. Digo toleraba porque la castración estaba prohibida, pero el gran número de *castrati* hace suponer que el Vaticano miraba hacia otro lado mientras se deleitaba con la belleza de los cantos. En el teatro las cosas no eran muy distintas, las obras estrenadas por William Shakespeare en el escenario londinense del Globe Theatre no contaban con actrices, aunque hubiera que darle vida a Julieta o a Lady Macbeth. Los *onnagata,* los actores del teatro kabuki japonés que se especializaban en papeles femeninos, eran creadores de tendencia en el siglo XVII, venerados como estrellas de pop y considerados como *sex symbols* por hombres y mujeres por igual.

Desde el siglo XIX las grandes damas del teatro primero y las actrices del cine mudo y sonoro después han tenido licencia para cierta relajación de las costumbres impensable en otros sectores de la sociedad. Por eso al «artisteo» siempre se le relaciona con actitudes morales más abiertas. Les ha sido más fácil a las artistas ser transgresoras al moverse en un ambiente mundano más permisivo, por la misma razón que tanto la homosexualidad femenina como la masculina han tenido también en el mundo de la interpretación sus grandes válvulas de escape. De la misma forma, la vida privada de las actrices levantó tanto interés como sus interpretaciones. Se convirtieron en las transgresoras oficiales, amantes de placeres prohibidos, privilegiadas que podían acceder a vidas que las demás mujeres sólo podían admirar a través de sus carreras.

De todas formas las actrices han sido intérpretes de las historias y fantasías de otros hombres. Así como es incuestionable que hay gran cantidad de actrices, no se puede decir lo mismo de guionistas o directoras de cine. Hasta hace muy poco no se ha podido hablar de un cine hecho «por mujeres» y no de un cine hecho «para mujeres», etiqueta por demás despectiva, que englobaba un cierto tipo de drama lacrimógeno supuestamente asociado a la sensiblería femenina.

El escenario

La primera obra escrita para el teatro español por una mujer está fechada en 1619 por Feliciana Enríquez de Guzmán, que inauguraría la época de oro del teatro y de la participación femenina en el mismo. Ángela de Acevedo fue una autora portuguesa que desarrolló su obra en la corte española. Fue dama de Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV. La reina se convirtió en su mecenas y valedora frente a otras autoras apoyadas por el rey. Una de ellas fue Ana Caro Mallén, de las primeras que se pue-

den considerar profesionales, pues fue remunerada por sus escritos. Ya desde las primeras décadas del reinado de Felipe IV escribió los textos para las fiestas reales. Las fiestas del Corpus Christi eran la ocasión para el estreno de los autos sacramentales, de los que fue una prolífica autora. También escribió comedias, en las que el centro de la acción recaía en las protagonistas femeninas. Los personajes de sus obras eran mujeres decididas e inteligentes que gustaban tanto al público de la corte como al de los corrales de comedias.

Fue Felipe IV un admirador del teatro, por lo que no es de extrañar que la favorita de sus amantes haya sido una dama del teatro, una actriz de éxito que podría haber llegado muy lejos de no ser por su relación con el rey. María Inés Calderón, «la Calderona», debutó en el teatro con una obra de Lope de Vega en 1627, cuando apenas contaba dieciséis años. Su hermana Juana Calderón llegó también a ser una actriz reconocida. En el siglo XVII el Consejo de Castilla prohibía que la mujeres fueran actrices, pero su aceptación popular coincidió con la profesionalización del teatro y con el auge de las representaciones teatrales, de las que salieron las primeras actrices que fueron consideradas como algo más que prostitutas que se exhibían sobre el escenario. El rey Felipe IV hizo subir a la Calderona al palco para saludarla después de una representación. Le propuso entrar a formar parte de su servicio en palacio y la Calderona aceptó, aunque estaba casada y era además amante del duque de Medina de las Torres. Aunque comenzó una relación con el rey, no dejó al duque ni tampoco los escenarios. Los corrales de comedias se llenaban para ver a la amante del rey. Apenas tenía dieciocho años cuando en 1629 dio a luz a un bastardo real, don Juan José de Austria. Felipe siempre manifestó su favor por él, se ocupó de su educación, le dio títulos y lo reconoció públicamente. Sea por la ira de la reina o porque María nunca dejó de verse con el duque, el rey le pidió que se retirara discretamente al convento de San Benito, cerca de Guadalajara. Sólo tenía veintidós años y todo el futuro por delante como actriz de éxito, pero aceptó o fue forzada a resignarse. Permaneció enclaustrada pero no pasiva, ya que llegó a ser abadesa del convento que la acogió.

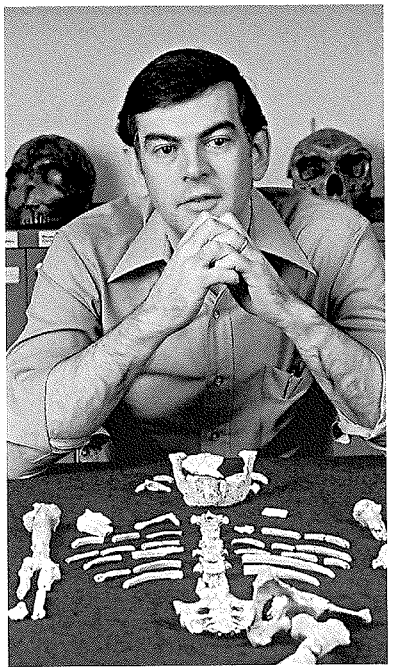
Ya en el siglo XVIII la profesión de actriz estaba totalmente establecida. María Ladvenant fue hija de actores, por lo que siempre supo cómo quería encauzar su vida. Curiosamente, para que una mujer pudiera dedicarse al teatro tenía que estar casada, así que su padre arregló un matrimonio que apenas fue un trámite para permitir el debut de la actriz, que en su corta vida cumplió con todos los tópicos propios de su condición. Tuvo amantes, hijos ilegítimos, se codeó con la nobleza, llevó una vida extravagante y se rodeó por los intelectuales de la época. Con todo, tuvo tiempo de actuar, dirigir y fundar su propia compañía teatral y se la considera una de las partícipes de la reforma teatral propiciada por la Ilustración. Los excesos hicieron que su nivel de vida y su salud se resintieran. Enfermó y murió a los veinticuatro años.

Los nombres míticos del teatro datan del tránsito de los siglos XIX al XX. María Guerrero se preparó en cuerpo y alma para su profesión, aprendió francés, alemán, fue al conservatorio y recibió clases de la actriz Teodora Lamadrid. En 1895 se

hizo con la concesión del teatro Español, del que ya había sido primera actriz, y estableció compañía propia. En 1915 adquirió el teatro de La Princesa, actual teatro María Guerrero, donde incluso estableció su casa y vivió en él hasta el fin de sus días. También fundó en Buenos Aires el teatro Cervantes. María Guerrero se preocupó de establecer un método y una formación para los actores. Como actriz y directora tuvo tanto interés en la recuperación del teatro clásico como el estreno de los autores de su época.

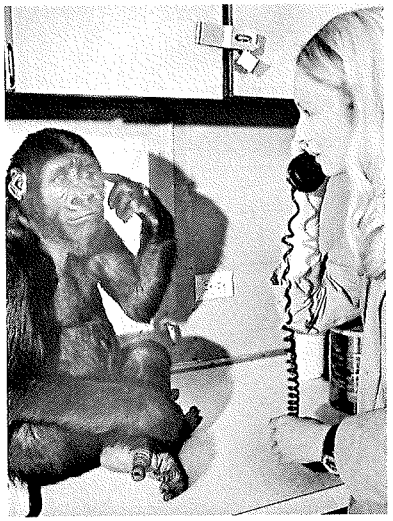
Gracias a María Guerrero, Sarah Bernhardt, la actriz más célebre de la historia del teatro, estuvo sobre los escenarios madrileños en 1895. Y es que María había estado en París dando clases con ella, y no desaprovechó la ocasión de invitarla para unas representaciones en cuanto se hizo cargo del teatro Español. Por entonces Sarah Bernhardt ya gozaba de fama internacional tras el éxito en los teatros franceses, en los que había comenzado en comedias ligeras hasta establecerse como intérprete dramática. No sólo fue la gran dama del teatro, sino que fue una pionera que quiso experimentar con el cine. Ya en 1900 grabó una cinta donde interpretaba a Hamlet. También diversificó su creatividad entre la escultura y la pintura. En 1914 le fue concedido el título de Miembro de la Legión de Honor de Francia. En 1915 sufrió la amputación de una pierna, lo que no impidió que continuara sobre los escenarios en cuanto se acostumbró a moverse con una prótesis de madera. Murió en 1926.

La cubana Catalina Bárcena llegó a España con el cambio de siglo, y apenas adolescente, en 1905, debutó sobre los escenarios. Fue la actriz más importante de su época y estrenó obras



El esqueleto de *Lucy* junto a su descubridor, Don Johanson (1982).

Penny Patterson con la gorila *Koko* en la universidad de Stanford.



La etóloga inglesa Jane Goodall con un chimpancé en Tanzania (1991).

Charlton Heston besa a Kim Hunter en la película *El planeta de los simios* (1968).

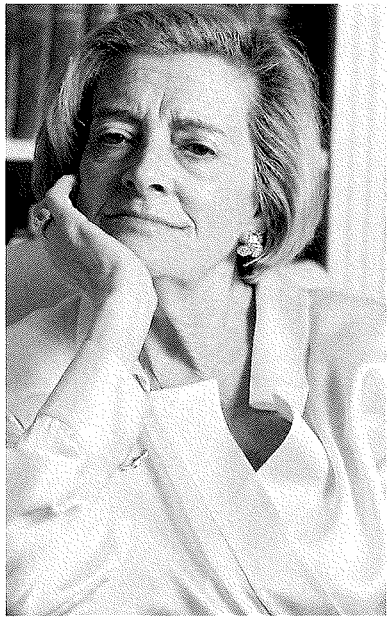
La zoóloga Dian Fossey, famosa por estudiar los gorilas de Ruanda (1985).

Un retrato de la antropóloga Ruth Benedict.

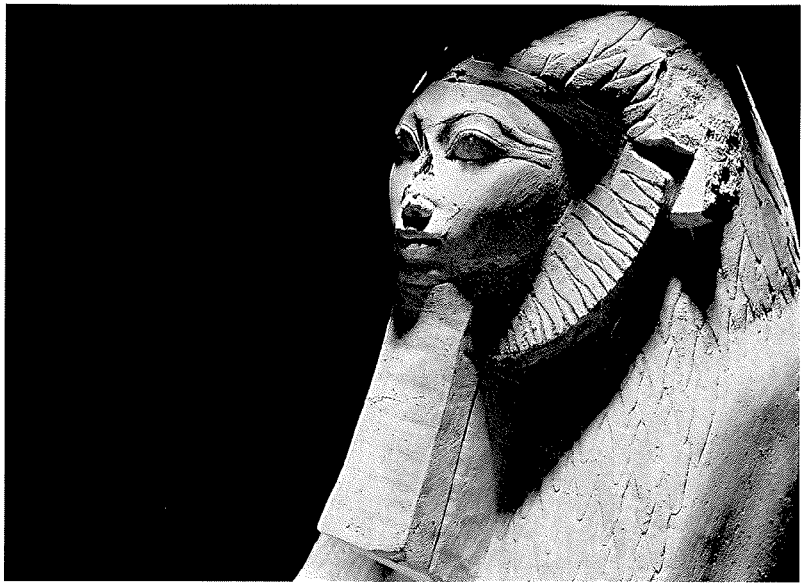
La antropóloga norteamericana Margaret Mead (años cincuenta).

Mary Leakey muestra el molde de una de las huellas de Olduvai, de más de tres millones y medio de años de antigüedad (1979).

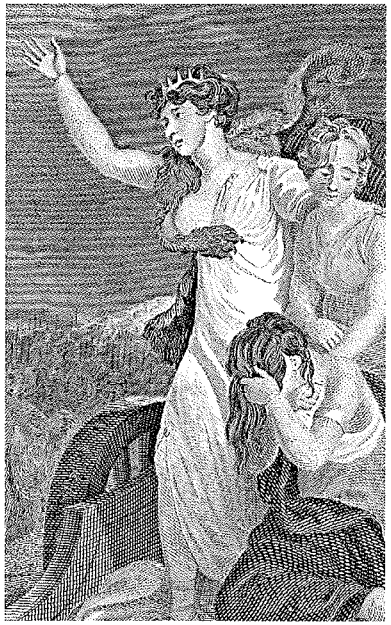
Lady Mary Wortley Montagu usando el turbante propio de las mujeres otomanas.



La escritora Josefina Aldecoa, fundadora del colego Estilo (1997).

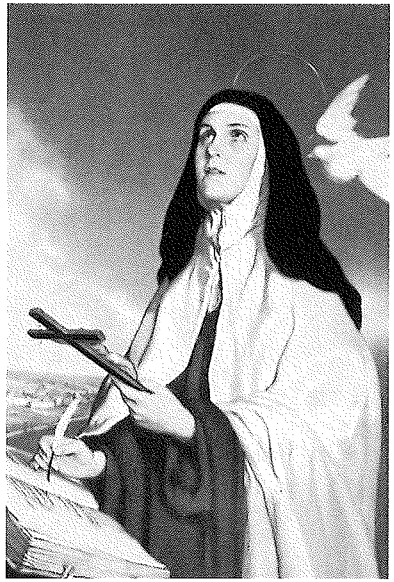


Escultura de la reina Hatshepsut donde se aprecian los tocados masculinos, como la perilla postiza.



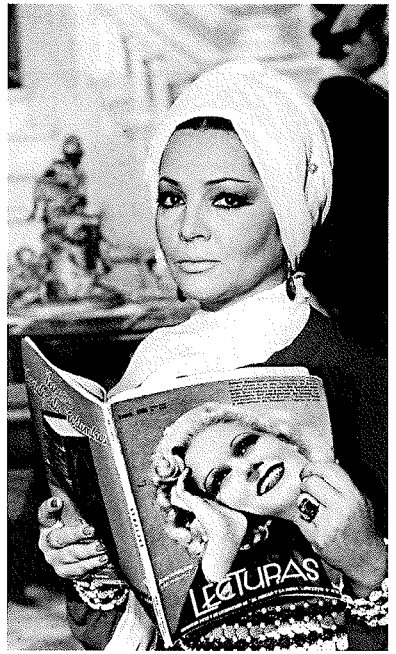
Boadicea, reina de los iceni.

Zenobia, reina de Palmira.



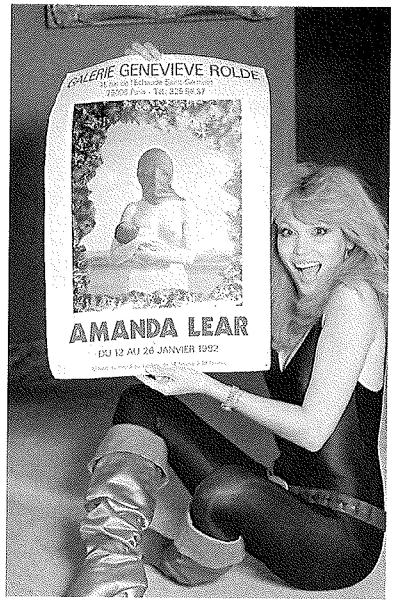
Santa Teresa de Jesús.

Pitita Ridruejo.



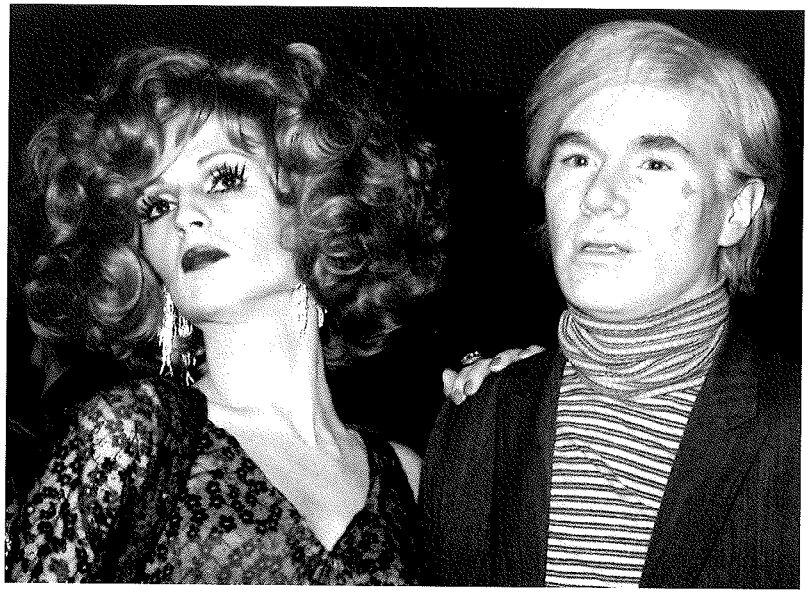
Sara Montiel (1985).

Lola Flores (1991).



Amanda Lear con un cartel de una exposición de sus cuadros en 1981.

Divine en una fiesta en 1976.



Candy Darling y Andy Warhol en la presentación de la película *Midnight Cowboy* en Manhattan, el 25 de mayo de 1969.

de los autores más reconocidos. Como primera actriz del teatro Eslava participó en la renovación teatral que supuso la experiencia del Teatro del Arte propiciada desde el escenario del Eslava. Marchó a Hollywood, donde a partir de 1931 participó en las primeras películas rodadas en español en California.

No se puede hablar de Catalina Bárcena sin mencionar a María Lejárraga. María estaba casada con Gregorio Martínez Sierra y publicó casi toda su obra firmada por su marido. Ahora se sabe que ella fue la autora de cientos de poemas, novelas, libretos para partituras musicales (entre ellas *El amor brujo* para Manuel de Falla), ensayos feministas y obras de teatro. En 1916 su marido adquirió el teatro Eslava y en 1917 María tuvo que dejar su trabajo como profesora para dedicarse únicamente a escribir debido al éxito de sus obras teatrales. También desde ese año su marido y la primera actriz Catalina Bárcena comienzan un idilio. En 1922 se produjo el escándalo con el nacimiento de una hija del empresario teatral y la actriz, con lo que el matrimonio se separó. Pero María siguió escribiendo obras para la Bárcena. Incluso, cuando la actriz llegó a Hollywood, su ex marido le solicitó guiones para las producciones cinematográficas que se iban a producir. A partir de 1931 María firmó sus escritos. Entró en política al frente de la Asociación Madrileña de la Defensa de la Mujer. Pero a esta mujer nadie la defendió, pues cuando en los años cincuenta, ya desde el exilio, quiso publicar una antología de su obra, Catalina Bárcena y su hija, herederas de Gregorio Martínez Sierra y por lo tanto de los derechos sobre las obras supuestamente escritas por él, no consintieron en darle el permiso.

Margarita Xirgu es la intérprete que simboliza a la España republicana. Comenzó en grupos de aficionados hasta que en 1906 cobró su primer sueldo como actriz. Fue la voz más importante del teatro catalán y una empresaria arriesgada, pero es recordada por encima de todo por su relación con Federico García Lorca. Ella estrenó en 1926 *Mariana Pineda,* con decorados de Salvador Dalí; en 1934, *Yerma;* en 1935, *Bodas de sangre.* Estaba ensayando *Doña Rosita la soltera* cuando partió en 1936 a una gira americana de la que nunca regresaría. En el exilio se convirtió en el estandarte de la obra lorquiana.

La irrupción del cine como soporte a la interpretación convertiría a las actrices en diosas del celuloide para la posteridad. No es lo mismo imaginarse a María Guerrero que poder ver los primeros pasos de Gloria Swanson. La magia del cine radica en la inmortalidad que confiere a sus intérpretes.

Hollywood

El cine mudo inmediatamente fabricó a sus estrellas para deleite de los espectadores. Mary Pickford, Pola Negri o Louise Brooks convirtieron en éxito sus películas. Pero la personalidad más fascinante entre todas las surgidas del nuevo soporte fue Theda Bara. Realizó más de cuarenta películas entre 1914 y 1926, de las que apenas sobreviven media docena. La biografía de Theda Bara es un galimatías creado por los estudios cinematográficos para darles a sus actrices un aura de misterio. Llegaron a decir que había nacido al pie de las pirámides de Egipto. Pero Theodosian Goodman fue una judía de la Costa Este norteamericana, una chica culta que nunca se encontró cómoda en California, sin museos ni tradición cultural. Se dedicó a la interpretación sin demasiado éxito. Estaba a punto de cumplir treinta años cuando triunfó en 1915 con la película *A fool there was,* donde interpretaba a una mujer que seducía a los hombres para luego destrozar sus vidas. En la película se la denominaba «vampiresa» y desde entonces se popularizó en Hollywood el término Vamp para designar a estas mujeres fatales de la ficción cinematográfica. Interpretó a grandes heroínas como Carmen, Cleopatra, Salomé o Margarita Gautier. En 1926 se casó con el director Charles Barbin y no volvió a intervenir en ninguna película. Parte del mito de Theda Bara se basa en que, al contrario que otras compañeras del cine mudo, nunca dio el salto al sonoro.

Ese paso del mudo al sonoro fue traumático para muchos intérpretes que no sobrevivieron al cambio, bien porque sus dicciones no eran inteligibles, bien porque sus voces rompían el encanto de su imagen. Este drama es el eje central de la película de 1950 *El crepúsculo de los dioses,* que contaba la historia ficticia de Norma Desmond, una diva que no supo encajar que el cine sonoro se olvidara de ella. El papel de Norma Desmond estuvo magistralmente interpretado por Gloria Swanson, por el que tuvo su tercera nominación al Oscar. Y es que la Swanson fue una de las supervivientes en la criba del sonoro, ya que era una de las grandes actrices del cine mudo. Incluso formó su propia productora en 1927 junto a su amante, Joseph Kennedy. La Gloria Swanson Productions financió la película *Sadie Thompson,* por la que recibió su primera nominación a los premios de

la Academia. Después del advenimiento del cine con sonido se prodigó poco, dedicándose con mayor ahínco a su afición como escultora y pintora.

Otra que superó el cambio con éxito fue Jean Harlow, que además creó un nuevo tipo de Vamp. Hasta entonces todas las mujeres fatales del cine habían sido morenas y con ella nacía la tradición de rubias peligrosas. En 1927 comienza a asistir a cástings para complacer a su madre, una mujer frustrada por no haber podido ejercer como actriz, su gran pasión, que la había llevado hasta Hollywood a probar suerte. Jean Harlow era el nombre de soltera de esta mujer que al menos vivió el sueño de que su nombre fuera adoptado por su hija. En 1930 participó en la película *Rubia platino,* que desde entonces sería el nombre que recibiría su color de pelo, imitado desde los años treinta. El título de otra película, *Bombshell,* serviría para denominar a las sex-symbols rubias a partir de entonces. Su carrera apenas duró una década, pues murió de un fallo renal en 1937 con apenas veintiséis años.

Nunca me han gustado las rubias, siempre he encontrado mucho más sexys y misteriosas a las morenas. Claro que hay una excepción, y ésa es Marlene Dietrich. Se dio a conocer en los escenarios de la República de Weimar interpretando números de cabaret de contenido ambiguo, como un dueto lésbico junto a Maro Lion. En 1923 se casó con Rudolf Seiber, del que nunca se divorció a pesar de que apenas vivieron juntos tras el nacimiento de su hija. Desde 1922 intervino en varias películas de cine mudo, pero el reconocimiento popular le llegó en 1929 con el personaje de Lola Lola en la película *El ángel azul* de

Joseph von Sternberg, con el que a continuación marchó a Hollywood para iniciar su carrera como estrella. En su primera colaboración americana, en *Morocco,* Marlene aparecía vestida con chaqué negro y sombrero de copa, flirteando con las damas, dando un beso en los labios a una mujer y fumando un puro. En la segunda película, *La Venus rubia,* el chaqué y el sombrero fueron blancos. Con estas dos apariciones revolucionó a la sociedad americana. De forma sarcástica fue nominada como «el hombre mejor vestido de Hollywood». Lo que Marlene hacía era recoger la tradición lésbica de asumir la vestimenta masculina y el rol que representaba. A partir de Marlene ya no fue una transgresión ni una provocación que una mujer vistiera un traje masculino, se convirtió en una moda despojada de su mensaje subversivo. Marlene fue de las primeras mujeres en vestir pantalones en su vida diaria fuera de los rodajes, y también contribuyó a que la moda se implantara. Sus personajes se afianzaron alrededor de mujeres de pasado turbio, inteligentes e independientes, que sumaban misterio a su vida privada. Los estudios no se preocuparon demasiado en desmentir los rumores sobre su lesbianismo. Se llamaba «costureras» al grupo de lesbianas que frecuentaba, entre las que se encontraban Claudette Colbert y supuestamente Greta Garbo, aunque ellas decían no conocerse. Lo que sí se sabe es que Marlene le robó la novia a la Garbo, una guionista de origen español llamada Mercedes Acosta. Goebbels hizó gestiones para conseguir que Marlene regresara a Alemania a mediados de la década de los treinta, pero ella se negó. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial acudió como otras estrellas a entretener a las tropas estadouni-

denses. Fue entonces cuando popularizó su interpretación de *Lili Marleen,* que se convirtió en un himno de la resistencia contra los nazis. A pesar de continuar una carrera cinematográfica intachable interpretando grandes papeles y dirigida por los mejores directores, Marlene regresó a los escenarios cantando. En 1953 debutó en el Sahara de Las Vegas, dando comienzo a su etapa de actuaciones en vivo, caracterizadas por un vestuario espectacular y un repertorio escogido entre las grandes composiciones del siglo. En 1975, con setenta y cuatro años, se embarcó en su gira más larga. Se rompió una pierna y se alejó definitivamente de los escenarios. Todavía intervino en 1978 en una última película, *Gigoló,* junto a David Bowie, oportunidad impagable para ver juntos a dos iconos de belleza fuera de la norma. A partir de entonces y hasta su muerte en 1992, no permitió ser fotografiada nunca más.

No se sabe si es cierto que Marlene introdujo a Greta Garbo en los circuitos lésbicos de Hollywood, aunque el episodio de Mercedes Acosta es verídico. Los estudios tampoco se preocuparon demasiado en desmentir los rumores sobre la Garbo, otra belleza inusual importada de Europa. Greta Lovisa Gustavson estudió en el Royal Dramatic Theater de Estocolmo antes de llegar a Hollywood junto al actor Mauritz Stiller, que había sido contratado. Parece que él impuso en su contrato que ella debía también trabajar para la industria del cine. Fue otra de las precursoras que transformó la forma de vestir de las mujeres. Se retiró en 1944 en lo más alto de su carrera, se marchó a vivir a Nueva York y nunca más consintió en ser entrevistada ni fotografiada. Vivió un retiro solitario y murió en 1990.

Siguiendo con las bellezas atípicas, Joan Crawford resultaba demasiado grande para encajar con el patrón de belleza del cine mudo. No sería hasta los años treinta cuando sus rasgos se convertirían en un estilo a imitar, a pesar de que era difícil que hubiera otras chicas de hombros, cejas, ojos, boca y mandíbula tan prominentes. No fue el prototipo de la «chica de al lado» y ella solía comentar que «si quieres ver a la chica de al lado, ve al lado». Lucille LeSueur nació en San Antonio, Tejas, y en principio no pensó en dedicarse a la interpretación. Era una bailarina profesional que se ganaba la vida en los ballets de las obras musicales. Pero el cine mudo supo aprovechar la fuerza de su imagen. Parecía que una chica sin preparación como actriz no sobreviviría al tránsito hacia el cine sonoro, pero debidamente dirigida la Crawford resultaba efectiva. Se la consideraba como una estrella más que como una actriz. Luchó mucho por conseguir papeles en los que sentirse cómoda, lejos de los estereotipos que le imponían los estudios. Dos de sus papeles más memorables corresponden a la etapa madura de su carrera. En 1953 interpretó junto a Mercedes McCambridge *Johnny Guitar,* y las dos actrices mantuvieron un duelo interpretativo tan intenso como el que sus personajes mantuvieron con las pistolas dando vida a una soterrada tensión lésbica que ha hecho de la película un icono gay. En 1962 se puso a las órdenes de Robert Aldrich para establecer otro duelo junto a Bette Davis en *¿Qué fue de Baby Jane?* A partir de entonces protagonizó varias películas relacionadas con el género de terror hasta su muerte en 1977.

Para Katharine Hepburn fue todavía más difícil consolidar su belleza entre las actrices de Hollywood. Era demasiado angu-

losa, alta y delgada, sus facciones se adelantaron medio siglo a las de las top-models más populares. Katharine era una chica de la buena sociedad de Connecticut, hija de una sufragista convencida que le inculcó una manera de ver la vida muy moderna. A pesar de no ser lo deseable para una chica de su posición, su amor por la interpretación la llevó desde muy joven a dedicarse al teatro y posteriormente al cine. En 1933 ganó su primer Oscar de los cuatro que obtendría entre una docena de nominaciones. Fue otra testaruda dama enfundada en pantalones que permitió con su actitud que las mujeres tuvieran un poco más de libertad. Por eso no deja de ser paradójico que la más libre de las actrices de Hollywood condenara su libre albedrío por amor. En 1942 se enamoró de Spencer Tracy y fue su pareja hasta la muerte del actor en 1967. Él nunca se divorció de su mujer porque era un católico irlandés para el que esa posibilidad no existía. Katharine aceptó la situación y vivió su romance con discreción, haciendo una concesión importante respecto a su forma de ver la vida.

Como Katharine Hepburn, Bette Davis nunca fue considerada una de las bellezas de Hollywood, así que pudo centrar su esfuerzo en su trabajo como actriz. De hecho tuvo su primer problema con los estudios en 1936, cuando los dejó plantados y marchó a Inglaterra descontenta porque consideraba que los papeles que la obligaban a interpretar no iban con su carácter. Para una actriz curtida en los escenarios de Broadway, Hollywood no resultaba lo bastante impresionante como para aceptar cualquier cosa. Los estudios la demandaron, y, aunque perdió el juicio, consiguió que a partir de entonces la tomaran en serio. En sesenta años de carrera pasó por todo tipo de tribulaciones profesionales. No hay que olvidar que no tuvo reparos en poner un anuncio en el periódico para buscar empleo, con un mensaje que venía a decir algo así como «Actriz madura, ganadora de dos estatuillas de la Academia, busca trabajo». Realizó interpretaciones gloriosas en todas las épocas, como su oscarizada *Jezabel,* pero mis papeles favoritos pertenecen a la actriz madura. En 1950 Joseph L. Mankiewicz la dirigió en *Eva al desnudo* en el papel de Margo Channing, una dama del teatro que sufre las artimañas de una seguidora tan devota como hábil a la hora de trepar hacia el estrellato. Y en 1961 se puso bajo las órdenes de Robert Aldrich para interpretar a la perversa niña prodigio que se niega a aceptar su realidad en *¿Qué fue de Baby Jane?* Bette Davis fue la gran dama del cine norteamericano y quizá la mejor manera de recordarla es por la frase que llevaba grabada en su pitillera de plata: «Un actor es algo menos que un hombre; una actriz es más que una mujer».

He mencionado a cinco actrices que desde mi punto de vista ayudaron a cambiar la imagen de la mujer. No fueron dóciles como actrices ni en su vida privada, y no les importaron los problemas que esto pudo ocasionarles. Curiosamente, en 1938 un periódico especializado publicaba que los estudios no querían trabajar con una serie de actrices que eran consideradas «veneno para la taquilla». Esas mujeres eran Marlene Dietrich, Greta Garbo, Joan Crawford, Katharine Hepburn y Bette Davies. Todas lucharon para conseguir que los estudios no las manejaran como a marionetas y consiguieron una dignidad como intér-

pretes que estaba por encima de los intereses comerciales de la industria cinematográfica.

Estrellas más allá de la interpretación

Así como Joan Crawford representaba un modelo de estrella que superaba sus cualidades como intérprete, muchas otras actrices gozan de la misma reputación, algunas por haber creado de sí mismas un personaje que ha superado todos los encarnados en la ficción, otras por su belleza deslumbrante. De Rita Hayworth a Raquel Welch, pasando por Marilyn Monroe, muchas han sido las que permanecen como iconos por encima de sus películas, producto de campañas publicitarias en las que no se escatimaban aspectos de la vida privada.

Y si hay que hablar de mujeres hermosas, no se puede dejar de mencionar al «animal más bello del mundo», como se la conocía en su momento. Ava Gadner reconoció que nunca tuvo demasiada vocación como actriz y que fue algo que le vino dado por su belleza. Fue contratada por la MGM cuando vieron unas fotos suyas en 1941. La publicidad en torno a sus amores sirvió para fortalecer su imagen como mujer independiente y sensual. Mickey Rooney, Artie Shaw, Frank Sinatra, Mario Cabré, Luis Miguel Dominguín..., es difícil imaginar cómo consiguió saltarse la cláusula moral que había en el contrato de las artistas por la que se comprometían a llevar una vida sin escándalos. Lo cierto es que a Ava le gustaba salir, bailar, beber y exteriorizar sus sentimientos. Se dice que el hotel Ritz de Madrid prohibió la

entrada a gente de la farándula, actores y toreros, desde el escándalo que montaron la actriz y Luis Miguel Dominguín en sus juergas. Por cierto que cuando el torero consiguió llevar a la actriz a la cama se levantó en cuanto hubo consumado y se vistió apresuradamente. Ava le preguntó a Luis Miguel adónde iba con tanta prisa, a lo que él respondió: «¡A contárselo a todo el mundo!». Su magnetismo animal quedó inmortalizado en películas como *Mogambo* o *La condesa descalza.*

Otro bellezón que supo forjarse una leyenda como mujer indomable fue María Félix. Se cree que nació en 1913, en el seno de una familia de clase media mexicana. Fue descubierta para el cine por su rostro de facciones increíblemente proporcionadas, pero serían otros los rasgos que la harían inolvidable. Nunca nadie ha sabido alzar una ceja con tanta determinación y desdén, ni usar la profundidad de una voz demasiado grave para enamorar sin remisión. Estaba claro que una cara con tanta personalidad determinaba el tipo de papeles que habría de interpretar, lejos de los roles de sumisión propios de la mujer mexicana. Mujeres pérfidas, desafiantes, revolucionarias, soldaderas que dejan una vida de comodidad por su hombre y otras que en cambio los destruyen por venganza o por maldad. No hay más que hacer un repaso a algunos de los títulos de sus películas para hacerse una idea: *La mujer sin alma*, *La mujer de todos, Doña Diabla, Enamorada, La diosa arrodillada, Mesalina, Amor y sexo...* Fue a partir de 1943 con su personaje en *Doña Bárbara* cuando se forjó la leyenda, de hecho se la conoció como la Doña hasta el día de su muerte. Doña Bárbara era una mujer que había sido violada casi en la infancia y que había desarrollado

un odio acérrimo hacia los hombres a los que humillaba y maltrataba desde su posición privilegiada. A partir de este éxito de taquilla María Félix se convirtió en la actriz mejor pagada de México, por encima de Dolores del Río, Jorge Negrete o Cantinflas. Su carácter fuera de los platós contribuyó a afianzar su imagen de mujer fuerte que no da un paso sin saber dónde va. María supo manejar con maestría a los medios de comunicación. Cuando le preguntaban por sus excelentes campañas publicitarias, contestaba: «Es que tengo al mejor publicista, soy yo misma». El cine mexicano estaba en pleno auge en los años cuarenta. Las películas del Indio Fernández, magistralmente fotografiadas por el director de fotografía Gabriel Figueroa, crearon una imagen de México romántica y exportable. Dolores del Río se había marchado a triunfar a Hollywood, pero lo cierto es que no le ofrecieron más que papeles de india. Y no es lo mismo interpretar a una india en una película del Indio Fernández que en una producción norteamericana. Dolores del Río, María Félix y el Indio Fernández trabajaron juntos en *La cucaracha,* película ambientada en la Revolución y en la vida de las soldaderas. En otras ocasiones interpretaron a indias poco creíbles por su belleza altiva. María siempre se negó a hacer películas en Hollywood, en cambio dirigió sus ojos negros hacia el cine europeo. Trabajó en España, Francia e Italia bajo las órdenes de Bardem, Buñuel o Jean Renoir, dando la réplica a Fernando Rey, Ives Montand, Paco Rabal o Fernando Fernán-Gómez. Fue así como conoció París, ciudad que eligió para retirarse a vivir con su último marido, el joven pintor franco-ruso Antoine Tzapoff. Y es que la vida sentimental de María está a la altura de sus personajes. Cuando comenzó en el cine ya estaba casada y tenía un hijo, Enrique Álvarez Félix, que también fue actor hasta su muerte, siendo aún joven. En 1942 se casó con Agustín Lara, el compositor mexicano más importante del momento, que compuso pensando en ella éxitos como *María Bonita.* En las crónicas de sociedad los llamaban «La Bella y la Bestia», pues el músico era un hombre pequeño, enjuto y flaco. Tras el divorcio de Lara tuvo varios romances, entre ellos con el indiscreto Dominguín, que, cómo no, vendió una entrevista donde contó el encuentro con pelos y señales. También se dejó querer por el empresario Jorge Pasquel, que la cubrió de joyas. En 1952 se casó con Jorge Negrete, la figura más importante del cine y la canción mexicana, un ídolo para el pueblo, que falleció al año de la boda. Con el empresario Alex Berger estabilizó su vida hasta que volvió a quedar viuda. María siempre hizo oídos sordos a los escándalos que se generaban a su alrededor. Cuando se estrenó *La diosa arrodillada* en 1947, contenía una escena en la que los protagonistas hacían el amor, pero rodada de una forma tan púdica que hoy hace sonreír. Las asociaciones católicas intentaron boicotear la película, cuyo estreno coincidió además con la separación de María y Agustín Lara. María nunca aceptó salir desnuda en una película, le parecía que no era necesario. Por eso el director Luis Alcoriza quedó sorprendido cuando fue ella misma la que sugirió que el papel requería que apareciera desnuda en *Amor y sexo,* una de sus últimas películas, estrenada en 1964, cuando María había cumplido ya unos espléndidos cincuenta años. Pero el escándalo más grande, el menos perdonado y al mismo tiempo el más inocente, se produjo cuando

falleció Jorge Negrete en 1953. El ídolo murió en Estados Unidos, y, cuando bajaron el ataúd del avión, María Félix apareció vestida con unos sobrios pantalones, algo que se tachó como una falta de respeto hacia el difunto. A partir de este momento María vivió a medio camino entre París y un México que no la comprendía. En 1996 el gobierno francés la nombró Comandante de la Orden de las Artes y las Letras al ritmo de *La marsellesa.* María murió en el país que la condecoró en el 2002.

María Félix participó en la coproducción hispano-mexicana de la película *Faustina*, que se estrenó en la Gran Vía madrileña en 1957. No tuvo el éxito que se esperaba, en parte porque la atención del público estaba totalmente volcada con otra película y con su protagonista. La película era *El último cuplé.* La estrella, Sara Montiel. Fue la primera película que la actriz realizó a su regreso de México y Hollywood y la encumbró definitivamente como a un icono nacional. Su paso por América le había permitido entrar en contacto con los intelectuales en el exilio y, lo que es más importante, conocer a su primer marido, el director Anthonny Mann. Sara decidió abandonar el sueño de Hollywood al darse cuenta de que sólo le iban a seguir ofreciendo papeles de india, como el que interpretó en *Veracruz* junto a Gary Cooper. Antes de dejar España había destacado en dos películas de Juan de Orduña, *Locura de amor* y *Pequeñeces,* nada comparado con el éxito que cosechó a su vuelta. Ha participado en más de cincuenta películas y otros tantos discos, pues la carrera de Sara como cantante ha sido paralela a la de actriz. Sus últimas incursiones en el cine se realizaron en la década de los setenta, en 1971 en *Varietés* de Bardem y en 1973 en

Cinco almohadas para una noche de Lazaga. A partir de ese momentó decidió centrar sus esfuerzos sobre los escenarios como cantante y show-woman. Estrenó en 1975 el espectáculo *Saritísima,* nombre que Terenci Moix usaba para referirse a ella. En el año noventa grabó un disco impagable con temas que los jóvenes autores del pop español compusieron para ella; no tengo palabras para describirla interpretando *Supersara,* canción de Nacho Canut y Carlos Berlanga. Pero como todo icono, su vida privada ha interesado tanto o más que sus logros profesionales. Tras conseguir la anulación de su matrimonio con Mann, Antonia Abad se casó en 1964 con el ingeniero Vicente Ramírez García-Olalla, del que se separó al poco tiempo. Vivió con Pepe Tous hasta que se casaron para darles el apellido a sus hijos adoptivos, Zeus y Thais Tous Abad. Y a partir de aquí no hay nada que yo pueda contar que no se sepa ya con pelos y señales, por un lado por la autobiografía y el libro sobre sexo que la estrella ha publicado; por otro, por su constante presencia en los corrillos de la prensa rosa. Y es que Sara se ha convertido en una leyenda que se resiste a apagarse. ¿Y qué esperaban de ella, que dejara de maquillarse, de usar sus joyas extragrandes? ¿Que cambiara la decoración barroca de su piso? ¿Les parece que una estrella deja de serlo sólo porque cumpla años? Precisamente la Sara que me gusta es la que surge a partir de los años setenta, la que con la Transición se siente más libre para expresarse y vestirse como a ella siempre le ha gustado y como no se había atrevido por la moralina funesta que imperaba en España. Es la Sara ya madura de grandes escotes y piernas al aire, de ojos cargados de maquillaje, de pelo rojizo car-

dado y revuelto. La misma Sara que ahora juega con la prensa y con los hombres como si fuera un personaje de mujer fatal de la ficción cinematográfica.

Está claro que me gustan las divas recargadas de joyas, de maquillaje y de vivencias interesantes. Seguramente por eso siento fascinación por la mexicana Irma Serrano, la Tigresa. Sus detractores dicen que como cantante no es mala actriz y como actriz no es mala cantante. Lo cierto es que Irma Serrano tiene en su haber un buen número de películas y de discos de música popular mexicana. Armó la revolución en los años sesenta cuando comenzaron sus presentaciones en directo. Aparecía vestida con trajes folclóricos convertidos en minifalda, dejando al aire unas piernas bien hermosas y cubiertas de pelo, pues la depilación no forma parte de sus normas. Con el tiempo se fue ganando una merecida reputación como mujer de armas tomar, y no lo digo como licencia poética, pues Irma es bien conocida por sacar la pistola con singular alegría. No hace mucho fue detenida por llevar un arma que se corresponde con la que lleva el cuerpo de policía mexicano, una Magnum del calibre 38. Irma tiene tremendo carácter y pocos miramientos a la hora de decir lo que piensa. Ha publicado tres polémicas autobiografías, *A calzón amarrado, Sin pelos en la lengua* y *Una loca en la polaca,* donde cuenta con toda claridad sus amores y desencuentros. Da nombres y apellidos de todos los empresarios que le propusieron cama para darle un contrato, cuenta su relación con el compositor José Alfredo Jiménez y narra con todo lujo de detalles la etapa en la que fue amante del presidente de gobierno Gustavo Díaz Ordaz, momento conflictivo, pues fue este gobernante el

que en 1968 mandó a la policía a reducir a los estudiantes que se manifestaban en la plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, incidente que se convirtió en matanza con más de trescientos manifestantes muertos. Irma exculpa a Díaz Ordaz y sospecha que todo fue obra del que sería presidente en la siguiente legislatura, Luis Echevarría. Bueno, a lo que íbamos, Irma frecuentaba al presidente y la esposa se enteró, así que se acabó la relación. La Tigresa reunió a sus mariachis y se presentó en la residencia presidencial diciendo que iba a darle un recital a la primera dama. Allí mismo comenzó a cantar la canción que había compuesto para la ocasión, que dice algo así como:

> Irma: «Yo trataba un casado».
> Mariachi: «Irmita, ¿pues qué pasó?».
> Irma: «Que cuando andábamos de amores, la gorda nos sorprendió».

A la cantante la pusieron de patitas en la calle y dice que le cerraron todas las puertas de los estudios de cine, de televisión. Le quedaba su propia fuerza y no dudó en organizar unas tientas musicales en las que cantaba algunas canciones y toreaba una vaquilla sin tener ni idea, por lo que siempre acababa por los suelos. Entrada la década de los setenta la imagen de Irma se hace más exagerada, el maquillaje es infinito, las joyas la cubren. Su casa parece un museo y no duda en enseñar a los periodistas sus imágenes del diablo y elementos de brujería, por lo que fue tachada de satanista. Por esa época adquirió su propio teatro, el Fru-Fru, y estrenó *Nana* de Zola con gran escándalo por aparecer

desnuda sobre el escenario. La última vuelta de tuerca de Irma Serrano llegó en los noventa, cuando a raíz del conflicto de Chiapas decidió comenzar una carrera política. Ella es chiapaneca y declara que busca un futuro mejor para su gente. Con el lema «Chiapas es tuyo, ¡recupéralo!» se sumergió en una campaña electoral llena de incidentes que al final la colocó como senadora ante su gente. En su último libro no duda en denunciar las corruptelas políticas y los boicots que sufrió en su camino hacia el escaño.

La más atípica de las leyendas del celuloide fue Mae West, que llegó al cine cuando estaba a punto de cumplir cuarenta años. Que una mujer se convirtiera en sex-symbol a la edad en que los estudios comenzaban a jubilar a sus actrices fue todo un hito. Claro que Mae tampoco fue la sex-symbol típica, su atractivo radicaba tanto en su físico exagerado e hiperfeminizado como en la inteligencia expresada por su lengua viperina. El éxito de Mae West radicó en que ella inventó su propio personaje, escribió sus guiones y las frases que mejor le iban. Actriz de vodevil, a los catorce años ya se la conocía como la Baby Vamp. Escribió y estrenó en 1926 la obra *Sex,* que fue censurada. El teatro fue clausurado y la actriz pasó una noche en el calabozo por escándalo público. Claro que se aprovechó de la publicidad para conseguir popularidad. Pero no sería hasta 1932 cuando el cine la descubriría. En 1933 tuvo su primer papel protagonista en *Diamond Lil,* con un guión basado en uno de sus libretos, interpretación por la que consiguió un Oscar. El comité de censura comenzó a poner problemas a sus guiones, así que la actriz decidió que sus personajes hablarían con doble sentido. En 1936

era la mujer mejor pagada de la industria. En 1943 los censores se pusieron realmente duros y optó por escribir de nuevo obras para los escenarios. Volvió al cine en 1970 haciendo un cameo en *Myra Breckinridge,* y finalmente en 1978 con su última colaboración como guionista y actriz en *Sextette.* Murió en 1980 a los ochenta y siete años. Sólo intervino en doce películas, pero su fama trascendió al soporte cinematográfico. Creó un estilo de mujer más cercano al de una drag-queen que al de una belleza típica. Dicen que su forma sinuosa de andar se debía a que sólo medía 1,52 y bajo la ajustada falda de tubo escondía altísimas plataformas. La directora de vestuario más famosa de todos los tiempos, Edith Head, tuvo que desmentir que Mae fuera en realidad un hombre. Inventó frases para su personaje que han quedado en la memoria colectiva y se han convertido en coletillas de uso corriente: «¿Llevas una pistola en el bolsillo o es que te alegras de verme?», «Cuando soy buena, soy muy buena; cuando soy mala, soy mucho mejor» y «Las chicas buenas van al cielo, las malas a todas partes».

Encueratrices, cabareteras, showgirls, exóticas, strippers, vedettes, starlettes y misses

Las protagonistas de nuestros sueños eróticos pocas veces reciben el reconocimiento que merecen si no es como simples adornos de calendario para la cabina de un camión. Tremenda injusticia, máxime cuando algunas no han sido peores actrices que otras más feas pero mimadas por la crítica. Es más, a cada una

lo suyo, no se trata de pedir que una preciosidad esté versada en el método del Actor's Studio. Y no olvidemos que algunas reconocidísimas actrices como Michelle Pfeiffer se dieron a conocer desde un concurso de belleza.

Hay un subgénero infravalorado que ha dado a la historia mujeres irrepetibles, normalmente más admiradas cuando pasan los años que en el momento en que desarrollan sus carreras. Para los hombres han sido un trozo de carne; para las mujeres, dependiendo de su ideología, han sido unas vulgares prostitutas o unas desgraciadas mujeres objeto que degradan la condición femenina. Para los que no tenemos prejuicios, han sido una bendición para la vista, una exaltación de los sentidos y una lección de sentido del humor y saber estar.

El teatro de varietés sería la versión light de los shows de cabaret, que a su vez son los parientes más recatados de los espectáculos de burlesque y strip-tease. Alrededor de las reinas del destape se formó una industria con sus propias publicaciones y películas, encuadradas dentro del género pornográfico cuando en realidad sólo son atisbos eróticos al mundo del sexo. Este subgénero no fue considerado como artístico hasta que en 1954 la revista *Playboy* salió a la calle, convirtiendo a sus conejitas en algo más que chicas de alterne, por no hablar de la nómina de superestrellas del mundo del celuloide, la canción y hasta la política que han posado desnudas para sus páginas.

En fecha tan temprana como 1955 apareció en *Playboy* la reina de las pin-ups eróticas, Betty Page. En la actualidad su imagen se ha convertido en un icono capaz de vender cualquier objeto de merchandising, desde camisetas o pitilleras a libros y figuras de porcelana. Fue una pionera en la introducción de la parafernalia fetichista en la imaginería erótica, con sus altísimos tacones de aguja, su ropa interior negra y su afición por aparecer atada. De alguna manera recuerda a Gwendoline, el personaje de los cómics sadomasoquistas. También realizó algunos cortos eróticos tan inocentes que sería posible emitirlos a cualquier hora por televisión. El artífice de su éxito fue el fotógrafo Irving Claw, autor de los reportajes y películas que con el paso del tiempo han acabado siendo considerados como verdaderas obras de arte.

Entre los directores más reconocidos de este cine de explotación sexual hay una mujer, Doris Wishman, que desde 1961 produjo películas de bajo presupuesto. Al principio se centró en el subgénero de los *nudies,* grabaciones realizadas en campamentos nudistas, pero en veinte años de carrera aprovechó todas las posibilidades que ofrecen los cuerpos desnudos de chicas espectaculares.

Otras reinas del erotismo consiguieron notoriedad. La tejana Jayne Mansfield fue una deslumbrante estrella de cine y televisión, cuya carrera quedó truncada por una muerte prematura. Diana Dors fue la respuesta británica a las rubias despampanantes. Mamie van Doren fue otra exitosa modelo de calendario, artista de cabaret, cantante y actriz. Es la única superviviente de la época y se encuentra en plena forma. A punto de cumplir los setenta años, todavía puede posar como un diosa del sexo con un cuerpo de escándalo. Mantiene al día su página web con fotografías y comentarios personales y ha pedido al gobierno de los Estados Unidos que la envíe a entretener a las tropas a Irak, como ya lo hizo en su día en Vietnam o Corea.

Siguiendo la estela de estas bellezas sin problemas para aparecer insinuantes surgieron otras starlettes que también contaban con su belleza para triunfar, como Zsa Zsa Gabor, o ya en la década de los sesenta Ursula Andress al frente de las chicas Bond, y Raquel Welch. La productora cinematográfica Hammer, artífice de los mejores títulos de terror de la época, supo explotar el talento y la belleza de estas mujeres. Y no hay que olvidar la imagen sexy de la vampiresa Vampira, que en la década de los ochenta retomaría la actriz y presentadora de películas de terror Elvira, Señora de la Noche.

Tengo que hacer un punto y aparte para hablar de las supermujeres más superlativas, supersexys y superheroínas de toda la historia del erotismo. El director de cine Russ Meyer nos ha legado metros de celuloide de películas inteligentes, irónicas y, sobre todo, divertidas. Su sentido de la estética le llevaba a contratar sólo a mujeres de perímetro pectoral desarrollado muy por encima de la norma, sus Megavixens, a las que reclutaba en espectáculos de burlesque y strip-tease, como Tempest Storm, Babette Bardot o Raven de la Croix. Incluso estuvo casado con alguna de ellas, como Francesca «Kitten» Natividad, que hizo posteriormente sus primeras incursiones en el porno ya con cincuenta años muy bien cumplidos. Pero mi favorita por encima de todas es Tura Satana, un bellezón exótico mezcla de madre norteamericana y padre japonés. De niña tuvo que pelearse con los niños negros y blancos de su barrio que no la aceptaban por ser oriental. A los diez años fue violada por cinco muchachos, pero el padre de uno de ellos era amigo del juez al que le adjudicaron el caso y no sólo no fueron castigados los violadores,

sino que fue a ella a la que enviaron a un reformatorio por «conducta obscena e incitación a la violencia». Desde joven comenzó a ganarse la vida cantando en clubes nocturnos, en los que pasó a ser bailarina para acabar trabajando en los espectáculos de burlesque. Fue novia de Elvis Presley y figura en varias producciones cinematográficas, entre ellas en *Irma la dulce,* haciendo de «compañera de trabajo» del personaje interpretado por Shirley MacLaine. Aparece en la película *Faster Pussycat, Kill, Kill* en el personaje de Varla, una imponente mujer de facciones increíbles y largo pelo negro. Va enfundada en camisa y pantalones negros ultraceñidos y no duda en patear con sus botas a los hombres que desprecia, a los que destruye aplicando certeros golpes de kárate. Ha sido el único personaje de una película de Russ Meyer que las feministas radicales no han criticado, ya que ven en él a una mujer autosuficiente capaz de imponerse al hombre.

La vida nocturna de México floreció en los años cuarenta y cincuenta. De cabarets como el Pigalle, el Waikiki, el Folies Bergère, el Salón México o el Salón Brasil, y de los concursos de belleza, surgieron actrices que deslumbraron desde el cine y la televisión, como Elsa Aguirre, Ana Bertha Lepe, Ana Luisa Peluffo o Kitty de Hoyos. La revista musical y el vodevil dieron nacimiento al género de las encueratrices, que es como llaman mis paisanos a las actrices a las que sólo se les reconoce talento a la hora de desvestirse. Otro género fue el de las bailarinas rumberas y exóticas. Las rumberas fueron bailarinas que llegadas desde Cuba introdujeron en México los ritmos propios de la música antillana o tropical. La rumba tenía gran éxito, así como el

mambo y el cha-cha-cha. Ninón Sevilla fue una pionera. Las exóticas eran todavía más excitantes, bailaban con menos ropa, enseñando el ombligo. Las había que se movían al son de los ritmos afrocubanos, como Yolanda Montes «Tongolele», y otras como Su Mu Key o Kalantán que incorporaban un estilo oriental. Las rumberas y exóticas fueron contratadas para intervenir en números musicales en las producciones cinematográficas, e incluso algunas como Ninón Sevilla llegaron a protagonizar películas, eso sí, como cabareteras sufridas y despreciadas cuyas vidas llenas de pecado siempre acababan mal.

Argentina ha sido otra nación prolífica en starlettes excepcionales. Entre ellas destaca Susana Jiménez, que empezó en el Buenos Aires de los años setenta como vedette de revista musical y actriz de comedias picantonas. Su carrera dio un giro en los años ochenta cuando pasó a presentar el programa de televisión *Hola, Susana,* en el que lleva instalada desde entonces, convirtiéndose en una de las presentadoras más respetada a la par que divertida del medio catódico. Pero si hay una argentina a la que venero es a Isabel Sarli. Hilda Isabel Gorrindo fue Miss Argentina en 1955 pero fue Armando Bo el que supo darle con las películas que dirigió la categoría de Máxima Encueratriz del Universo desde finales de los cincuenta. Armando Bo e Isabel Sarli se enamoraron y rodaron juntos más de treinta películas que hay que ver para creerlas. El erotismo está impostado, los argumentos hacen palidecer al mejor culebrón, la dirección artística linda con el surrealismo. Pero por encima de todo, Isabel Sarli está tan guapa, tan exuberante... Normalmente le daba la réplica masculina Víctor Bo, hijo del primer matrimonio de

Armando, así que se añadía cierto morbo incestuoso al asunto. Pero no piensen mal, porque Isabel sólo se dejaba tocar por el director, cuyas manos doblaban las escenas de primeros planos de tocamientos y sobeteos. Para mí, películas como *Carne, Fuego* y *Fiebre* están muy por encima de muchos clásicos reconocidos.

Mientras tanto en España se vivía una dictadura militar y religiosa que alejaba al país de la realidad occidental. El género de la revista alivió un poco la losa de moralidad hasta que llegaron tiempos mejores. Desde las varietés las vedettes colaban como podían sus insinuaciones eróticas, que no era poco. Cabarets como Pasapoga o Morocco mantenían viva la llama de la concupiscencia. Mariluz Real, Queta Claver o Virginia de Matos volvieron locos a los hombres. Se comenta que el futbolista del Real Madrid Paco Gento visitaba el Morocco con asiduidad para tratarse con una de estas chicas. La reina del Music Hall fue la curvilínea Addy Ventura, que llevando una cesta con cigarros gritaba desde el escenario: «¡Lo tengo negro, lo tengo rubio!», a lo que los machos del público respondían con sentido del humor típicamente heterosexual: «¡Lo que hace falta es que lo tengas limpio!». Con el destape llegaron Agatha Lys, Nadiuska, Susana Estrada, Bárbara Rey y tantas otras que todavía nos acompañan y que consiguieron que España, en materia de encueratrices, recuperara su lugar en el mundo.

5

TRANSGRESIÓN DESDE EL ESPÍRITU

El mundo del espíritu tiene que ver con lo más íntimo de la persona, con su sistema de creencias, con la expresión de lo sagrado, con la vida, la muerte y su relación con el más allá. A través de los mitos, la magia o las religiones establecemos los rituales que para cada uno distinguen lo sagrado de lo profano.

La diosa prehistórica

Los primeros enterramientos que se han podido datar se realizaron entre 100.000-70.000 a.C. Los cuerpos se colocaron con una determinada orientación, se los cubrió de ocre rojo, de flores, de joyas y ofrendas que forman parte de un ajuar funerario. Eso indica que ya entonces había una creencia en una vida más allá de la muerte, en un mundo espiritual paralelo al de la vida cotidiana.

Antes de que existieran las religiones organizadas, la espiritualidad giraba alrededor de creencias relacionadas con el tránsito de la vida a la muerte, con la fertilidad de la mujer y del campo, con el cambio de estaciones, con los fenómenos atmosféricos y con nuestra posición bajo la bóveda celeste. Todo acto tenía un valor sacramental. Algunos autores han relacionado los descubrimientos arqueológicos con una cosmogonía en la que no existiría un dios masculino, siendo la diosa la deidad a la que se invocaba y se intentaba agradar con las ofrendas. Era una cultura matrifocal donde la paternidad no tenía importancia, acaso porque no se había descubierto el papel del hombre en la procreación. Se trataba de sociedades igualitarias, apenas estratificadas y en vías de sedentarización, donde la domesticación del fuego jugaba un papel vital.

Las primeras manifestaciones artísticas relacionadas con la mujer, y que los arqueólogos consideran expresiones de lo sagrado, son unos grabados representando vulvas realizados en el período Auriñaciense, hace unos treinta mil años. Después vinieron las llamadas Venus de los períodos Gravetiense y Perigordiense, entre veintisiete y veinte mil años atrás. Son grabados o esculturas de figuras femeninas con los caracteres sexuales muy marcados y el vientre abultado. Muchas no tienen cabeza y ninguna posee rasgos que determinen un rostro. Eso deja a un lado la posibilidad de que estas imágenes representen a una mujer concreta y confirma que se trata de figuras simbólicas relacionadas con alguna función ritual.

La sedentarización y la explotación agrícola supusieron una revolución que comenzó en Oriente Medio hacia el año 9.000 a.C y que cinco milenios después comenzó a extenderse a otras zonas. Las diosas madre neolíticas señalan un sistema de valores que giraba en torno a la mujer. La descendencia se determinaba por un orden de sucesión matrilineal y la fecundidad de la mujer se asimilaba con la de la tierra, tan necesaria para obtener buenas cosechas. Pero el proceso de sedentarización trajo consigo el de la urbanización y por consiguiente una estratificación social. Fue el comienzo de la supremacía político-religiosa masculina. La gran diosa madre se diversificó en diosas adaptadas a la función de patronas de las estaciones, los elementos, la belleza, la guerra o el amor.

Las diosas paganas

Isis

Según los mitos egipcios, Isis y Osiris descendieron a la tierra para obsequiar a sus habitantes con sus bendiciones y con ciertos dones. Isis fue la que enseñó a los hombres a cultivar cereales y les proporcionó el arado y otros aperos de labranza. Conquistó naciones sin usar la violencia, sólo con su elocuencia y a través de la música. Isis era la diosa del cielo, la gran hechicera que resucitó el cuerpo de su esposo Osiris por medio de la magia. Osiris fue asesinado por su hermano Seth, que quería usurpar el trono. Lo cortó en setenta y dos pedazos y los esparció por el desierto. Isis recuperó todas las partes menos una, la correspondiente al sexo. Las juntó y con su aliento de vida devol-

vió al cadáver a la existencia humana. Fue fecundada milagrosamente y dio a luz a Horus, que vengaría a su padre. Hay representaciones de Isis cubierta con un velo como símbolo de misterio y otras donde aparece sentada en el trono con su hijo en el regazo. La celebración de cultos mistéricos relacionados con la diosa tuvo una larga pervivencia, llegando hasta la época del Imperio Romano.

Ishtar

La civilización comenzó en las tierras situadas entre los ríos Tigris y Éufrates, donde surgieron las primeras ciudades-estado, cuya organización giraba alrededor del templo. Sus divinidades estaban concebidas antropomórficamente. Para los sumerios la diosa principal era Inanna, que en la ciudad-estado de Uruk tenía un recinto sagrado. Su culto sería asimilado en época babilónica con el de la diosa Ishtar, aunque ésta es algo más impetuosa y beligerante. En Babilonia los zigurats cumplían la doble función de templo para las ceremonias religiosas y observatorios astronómicos. Inanna-Ishtar era considerada reina del cielo y encarnaba al planeta Venus, de la misma forma que en la cosmogonía egipcia lo encarnaba Isis. En lo esencial, Inanna o Ishtar descendió a los infiernos y en su ausencia la tierra agonizó por la sequía, por lo que tuvo que volver. Tenía que dejar a alguien en su lugar y eligió a su esposo, el dios Dumuzzi. Como diosa del amor, sin su presencia en la tierra la vida no era posible. Para festejar su regreso y el de la fertilidad de las cosechas se celebraba el Festival de Año Nuevo, en el que tenía lugar el ritual del Matrimonio Sagrado. El rey caminaba por la Vía de las Procesiones, cruzaba la Puerta de Ishtar y se dirigía al recinto sagrado donde le esperaba la gran sacerdotisa para consumar la cópula que renovaría la fertilidad de la tierra. Al ser una diosa que simbolizaba la voluptuosidad, el personal religioso se componía de sacerdotisas que tenían que practicar la prostitución sagrada, es decir, debían mantener relaciones sexuales con la población a cambio de una ofrenda. Estas prostitutas sagradas o hieródulas existen en otras culturas, aunque con matices. En la India, las devadasi no cobran por sus servicios, pero sólo pueden copular con brahmanes.

Perséfone

Perséfone se encontraba recogiendo flores cuando la tierra se abrió y fue raptada a las profundidades por Hades, dios de la muerte, los infiernos y las sombras. Su madre Deméter, diosa de las cosechas, recorrió desesperada todos los confines de la tierra pero no la encontró. Cansada, se sentó en una piedra y fue atendida por el rey de Eleusis y su hijo. En agradecimiento, la diosa enseñó al príncipe Triptolemo a labrar y sembrar la tierra y el cultivo de las gramíneas. Finalmente se enteró por otros dioses de lo que había ocurrido y la contrariedad la mantuvo alejada y taciturna. Debido a su estado, los campos dejaron de ser fértiles. Zeus, padre de Perséfone, intercedió y consiguió que Hades dejara subir a su hija a la tierra, aunque debía regresar una ter-

cera parte del año al mundo subterráneo para cohabitar con su esposo. Este mito, como el de Inanna-Ishtar, se relaciona con la renovación que la tierra sufre en las estaciones del año. Dio lugar a uno de los acontecimientos religiosos más importantes de la antigüedad, los Misterios de Eleusis. Se supone que el recinto sagrado de Eleusis se edificó sobre la piedra en que estuvo sentada Deméter cuando buscaba a Perséfone. Una vez al año los griegos que estaban previamente iniciados en los misterios menores recorrían desde Atenas los veintidós kilómetros que los separaban de Eleusis a través de la Vía Sacra. Una vez allí recibían la iniciación definitiva en una ceremonia que duraba varios días y cuyos pormenores debían permanecer en secreto. Poco sabemos, salvo que ingerían una bebida sagrada llamada *kykeon* y que tenían una revelación comparable a una visión mística. Los Misterios de Eleusis se celebraron durante casi dos mil años, hasta que fueron prohibidos por el emperador cristiano Teodosio en el siglo IV de nuestra era.

Vesta

En la civilización romana las vestales eran las sacerdotisas de Vesta, diosa del hogar y del fuego, y debían ocuparse de mantener encendido el fuego sagrado del altar. Al contrario que las hieródulas mesopotámicas, las vestales eran vírgenes y así debían permanecer so pena de muerte mientras durara su servicio. Provenían de las familias patricias romanas y era un honor irrenunciable atender a la diosa.

Hemos visto cómo el papel de la mujer en la religión se ha ido degradando. La gran y única Diosa se convirtió en una colección de deidades que por lo menos eran adoradas con ritos de iniciación, y de ahí pasó a relacionársela con los valores que constriñen el poder femenino, como el hogar, la virginidad y la sumisión.

El chamanismo

Hay sistemas de creencias que no pueden ser identificados como una religión, pero que no por ello son menos importantes a la hora de articular el pensamiento y las acciones de las comunidades que los practican. Son cultos comunitarios, de solidaridad, que entrañan ritos de paso y la búsqueda de las respuestas en el mundo espiritual. El sacerdote o la sacerdotisa son designados por sus capacidades de conectar con ese otro mundo y no hay una doctrina que deba ser tomada como dogma. Se supone que todos los pueblos preliterarios han desarrollado estos ritos. Estas prácticas ancestrales se conocen con el nombre de cultos chamánicos. Chamán quiere decir «persona sabia». El término proviene de una palabra de la lengua tungús, hablada por los mongoles de Siberia, para designar a la persona que está especializada en sanar el cuerpo y el espíritu de los miembros del grupo a través de la consulta con el más allá. La muerte se contempla como un tránsito, ningún ser desaparece, son los mundos los que cambian. El especialista Mircea Eliade define a los chamanes como «las personas que conocen las técnicas arcaicas del éxtasis».

Algunos buscan tener visiones y entrar en estados de trance a través de la ingestión de plantas sagradas; otros lo consiguen bailando al son repetitivo de los instrumentos de percusión, sobre todo el tambor. A través del viaje que realiza el alma el chamán intenta curar a su gente.

María Sabina

Seguramente María Sabina ha sido la chamana más célebre de la historia. Hasta Camilo José Cela se inspiró en ella para escribir en 1967 una pieza teatral que se llegó a estrenar como un musical en el Carnegie Hall de Nueva York. María Sabina ejerció en la sierra mazateca del Estado de Oaxaca, en México. Hasta su pueblo, Huautla de Jiménez, llegó a finales de los años cincuenta el matrimonio formado por Robert Gordon Wasson y Valentina Pavlovna. Él era un banquero norteamericano, micólogo aficionado e interesado en estudiar el consumo de setas en todas las culturas, no sólo como alimento, sino también aquellas de propiedades intoxicantes capaces de proporcionar visiones. Se le considera el fundador de la etnomicología. Entre otros trabajos, llegó a la conclusión de que la base del *kykeon,* la bebida sagrada consumida en los Misterios de Eleusis, era un hongo visionario, el cornezuelo del centeno. Wasson acuñó un neologismo para aplicar a todas estas plantas y sustancias que no sabemos muy bien cómo designar y que en nuestro lenguaje diario denominamos como psicodélicos o alucinógenos. Él propuso que las llamemos enteógenos, «con dios adentro», que define mejor el estado que provocan en el individuo cuando son ingeridas en un contexto ritual. Sus investigaciones lo llevaron hasta María Sabina, ya que la chamana utilizaba hongos sagrados en sus veladas curativas. Son hongos que en la tradición mexicana se han usado desde tiempos prehispánicos y que los indios conocen como *teonanacatl,* «carne de dios». María Sabina los llamaba niñitos, y al comer su carne decía que podía acceder a un mundo donde todo ha sucedido y todo se sabe y por eso encontraba las respuestas. El paciente que iba a consultarla también ingería el hongo y participaba de la visión, a la que acompañaban los cánticos de María Sabina. Después de la velada con la chamana, Wasson publicó un artículo sobre ella y sus rituales en la revista *Life,* dando comienzo a un fenómeno de peregrinación a la sierra mazateca por parte de los jóvenes que en los años sesenta buscaban la experiencia de la droga. María Sabina se convirtió en famosa a su pesar, pues había pedido que nada de lo ocurrido en sus veladas se revelara. Wasson también llevó muestras de los hongos al químico suizo Albert Hofmann, conocido por haber sido el *inventor* de la dietilamina de ácido lisérgico, sustancia que conocemos popularmente como LSD. Hofmann aisló los principios activos, dos alcaloides, psilocibina y psilocine, de ahí que estos hongos mexicanos sean conocidos en la literatura científica como *psilocybe cubensis.* Wasson y Hofmann regresaron a Oaxaca y le propusieron a María Sabina que condujera una velada, pero que se tomara unas pastillas con la droga sintetizada en lugar de los hongos. Aceptó y todo discurrió de forma habitual, comentó que no había notado diferencia alguna. María Sabina permaneció activa hasta su muerte

en 1985, dejándonos un legado de sabiduría y la pervivencia de las tradiciones indias.

Figuras demoníacas, hechiceras, vírgenes, santas y visionarias

Cuando el emperador Teodosio declaró el cristianismo como religión oficial de Imperio Romano en el año 380, las consecuencias no se hicieron esperar. En el 391 ordenó la prohibición de cualquier culto pagano, incluso los juegos olímpicos y los espectáculos de gladiadores. En el 394 se cerraron el templo de las vestales y el recinto sagrado de Eleusis y comenzaron las persecuciones contra los adoradores paganos.

La nueva religión asimiló fechas de celebración y lugares de culto de las creencias paganas, haciendo así que su transmisión y la aceptación por parte del pueblo fueran más sólidas. La mayoría de las diosas paganas salieron mal paradas en ese proceso de asimilación, pues acabaron convertidas en demonios y brujas.

El demonio encarnado por Lilith ha suscitado cierta controversia entre los estudiosos de las Escrituras. La tradición la presenta como una mujer monstruosa que sale por las noches a devorar niños y a robar la energía vital de los hombres. Puede tener su origen en Lilitu, figura mítica hebrea heredada de la Babilonia caldea, espíritu nocturno que ronda a los niños. También se relaciona con la lamia griega que roba niños para chuparles la sangre. En la mitología, Lamia era una reina libia que

tuvo hijos con el dios Zeus. Su esposa, la diosa Hera, se enteró y robó a los niños como venganza, y desde ese día Lamia enloqueció y vagó por las noches matando bebés.

Al parecer hay una razón para la demonización de la figura de Lilith. En traducciones de los libros sagrados que han quedado fuera de la Biblia que nosotros conocemos, se habla de que Lilith fue la primera mujer de Adán. Fue creada a la vez que él, también del polvo y la tierra. Adán quería que se mantuviera debajo de él mientras copulaban, a lo que Lilith se negó, exigiendo ponerse encima. No quiso adoptar la postura recostada porque alegaba que era ofensiva para ella, que no tenía que hacerlo puesto que «fui creada también del polvo, así que soy tu igual». Por lo tanto estableció un conflicto de poder en la relación. No sólo no se sometió, sino que invocó el nombre secreto de Yahvé y éste no tuvo más remedio que acceder a su petición de dotarla de alas para poder volar lejos del Paraíso. Adán se quejó a Yahvé de que estaba solo y éste mandó a tres ángeles a que buscaran a Lilith para que regresara. La encontraron viviendo en una cueva junto al mar, cohabitando con el demonio Asmodeo, del que paría mil hijos cada día. No quiso volver al Paraíso, así que Yahvé la castigó con que sus hijos murieran cada vez que daba a luz. Enajenada, se dedicó a matar a otros niños y a colarse en el lecho de los hombres mientras duermen, obligándolos a eyacular para que su semen se desperdicie.

Se supone que esta historia ha desaparecido de la Biblia porque la actitud de Lilith, a pesar del castigo, podría ser una incitación a la rebelión. Los estudiosos que consideran que los textos que han encontrado son verdaderos nos invitan a comprobar

un par de pasajes del Génesis que parecen ratificar la versión de que Lilith fue la primera mujer creada. En el primer capítulo, versículo veintisiete, se lee: «Creó pues Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó». No es hasta un capítulo más tarde donde se narra el episodio de la creación de Eva a partir de la costilla de Adán, cuya contestación parece confirmar que hubo otra antes que ella: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne». De esta forma la mujer quedaba supeditada al hombre, en segundo plano en su relación con la divinidad. Si esto es así, digamos que Adán tampoco tuvo mejor fortuna con Eva, que le ofreció el fruto prohibido por el que pecaron y fueron expulsados del Paraíso. El pobre Adán no tuvo mucha suerte imponiéndose a sus mujeres.

Magas y hadas también fueron transformadas en brujas y hechiceras. Un ejemplo es el representado por el personaje de Morgana en el Ciclo Artúrico. En síntesis, Morgana aparece como una hechicera malvada, envidiosa de su hermanastro el rey Arturo y la culpable de la destrucción de su reino y de su muerte. En contraste, el análisis moderno de su papel en la trama artúrica la ha convertido en una heroína para las mujeres que reivindican una vuelta a las prácticas mágicas ancestrales. No pasa inadvertido que mientras las aptitudes como hechicera de Morgana son reprobadas, las del mago Merlín son consideradas como una ayuda para la instauración del cristianismo en el reino. Merlín fue el que guió a Arturo, colocándolo en el poder con el uso de sus artes mágicas. Merlín ayudó a Uther Pendragon a dar muerte al padre de la princesa Morgana y por

medio de la magia transformó físicamente a Uther en el rey muerto para que su protegido pudiera acostarse con la reina. De este acto sexual nació Arturo y Merlín se convirtió en su guía. Así que no es de extrañar que a Morgana ni Merlín ni Arturo le parecieran unas bellísimas personas. Morgana también engañó a su hermanastro y se acostó con él, engendrando a Mordred, al que Arturo se negó a reconocer como hijo. Morgana educó a Mordred en el odio y la sed de poder y éste acabó matando a su padre, con lo que dio fin al reino de los Caballeros de la Tabla Redonda. Leyendo entre líneas, lo que nos encontramos en Morgana es la pervivencia de las tradiciones de la magia celta dentro de un ciclo literario imbuido de elementos precristianos. Es la antítesis de la reina Ginebra, piadosa cristiana que ingresó en un convento a la muerte del rey (aunque su papel también es sorprendente, enredada en un triángulo amoroso entre Arturo y Sir Lancelot). Morgana simboliza la edad perdida de la diosa, de las sacerdotisas que en tiempos de los druidas consumaban el matrimonio sagrado con el rey Astado, representante del dios Cernnunos en la tierra. Retozaban en los campos mientras las hogueras rituales se consumían en la festividad de Beltane, celebrada el 1 de mayo. Unos siglos después esas mismas hogueras se convirtieron en las piras donde ardieron las brujas víctimas de la intransigencia de una Iglesia que predicaba el mensaje de Cristo sin acordarse de que su doctrina se puede condensar en una sola palabra: amor.

A pesar de los incontables ejemplos de demonización de las deidades femeninas paganas, la evocación mística de la diosa no se perdió, pues se integró en el culto a las santas y vírgenes, y

especialmente a la Virgen María, cuya devoción se estableció con fuerza a partir del siglo XII.

Hildegarda de Bingen

Precisamente en el siglo XII vivió Hildegarda de Bingen, que ha ido apareciendo en otros capítulos de este libro. La hemos visto como destacada botánica, naturalista, científica, farmacéutica, médico, filósofa y compositora de canciones litúrgicas. Pero, por encima de todo, la abadesa fue una brillante teóloga y una visionaria que dejó gran cantidad de escritos donde exponía su pensamiento, generando una filosofía religiosa tratada como un sistema completo. Creía en la interrelación de todas las partes, en el hombre como microcosmos inserto en un macrocosmos con el que conforma una realidad. Hablaba de una energía suprema y del carácter sagrado del universo y por lo tanto de todas las cosas y seres que lo habitan. Hildegarda tuvo visiones divinas desde niña, revelaciones que luego ponía por escrito. Aseguraba que las palabras que escribía no eran suyas, sino las de una sabiduría superior que hablaba a través de ella. Su obra es un antecedente que anuncia lo que sería la tradición mística del siglo XVI.

Santa Teresa de Jesús

Hildegarda siempre estuvo preocupada por asegurarse de que los mensajes que recibía eran de origen divino y no la acción del

demonio para confundirla. Envió sus escritos al Papa y consultó al mismísimo san Bernardo. Esta preocupación fue habitual entre las místicas que tuvieron el regalo de la visión. Santa Teresa de Jesús sometía todos sus escritos al juicio de sus confesores, y aun así tuvo que padecer un proceso inquisitorial. Precisamente por sugerencia de uno de sus confesores escribió el *Libro de la vida,* una autobiografía donde recogía su historia y sus experiencias místicas. Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Ávila en el año 1515. Desde pequeña disfrutaba leyendo las vidas de santos y mártires y eso provocó que a los siete años huyera para llegar al país de los moros y dar su vida por la fe. La niña fue devuelta a casa por un familiar que la encontró en el camino y recibió una buena reprimenda. Después se aficionó a leer libros de caballerías y se convirtió en una adolescente vanidosa, todo el día ocupada con sus perfumes y vestidos. Su padre se preocupó con su actitud y la metió en un convento a los quince años, pero Teresa enfermó y fue enviada a su casa, donde permaneció varios años sin recuperar la salud. Tanto tiempo en cama le hizo reflexionar sobre su vida y decidió que quería tomar los hábitos. A los veinte años ingresó en el convento carmelita de la Encarnación, donde volvió a enfermar. A los veintiséis se le apareció Jesucristo y ya nunca cesaron las visiones.

En sus obras describe el rapto divino, la salida de sí, el arrobamiento y la gracia espiritual conocida como transverberación, que hace sentir que el corazón es atravesado por una espada de fuego portada por un ángel. Decía que la abrasaba de amor por Dios con un dolor espiritual muy distinto del físico que tan bien conocía por los achaques de su salud. Llamaba a Cristo «mi

esposo» y consideraba que su relación con él era un matrimonio espiritual, relación marital totalmente alejada en el tiempo y la forma de aquel matrimonio sagrado que se practicaba en Babilonia entre la sacerdotisa y el rey. En la experiencia mística el alma se abre paso a dimensiones superiores, se trasciende la mente y se llega a un estado de lucidez. Santa Teresa recogió estas vivencias divinas en el tratado *Castillo interior,* una obra iniciática que revela el proceso espiritual dividido en siete fases o moradas a través de las cuales se va accediendo a estados cada vez más elevados hasta llegar al centro donde se encuentra Dios.

En el siglo XVI los conventos eran el centro de la vida social. Allí se reunían las personas en animada conversación con las monjas. Teresa consideraba que tanto jolgorio no le permitía concentrarse en sus meditaciones y oraciones. En 1562, descontenta con esta situación, decidió fundar el convento de San José en Ávila, donde la norma fuera más estricta. Se permanecía en silencio, no estaba permitido recibir visitas y las monjas llevaban ropa más tosca y unas simples sandalias en lugar de zapatos. Por eso se llaman carmelitas descalzas. Continuó con sus fundaciones, extendiendo su regla a otros conventos, por lo que los cambios que introdujo se convirtieron en una auténtica reforma de la orden de la Virgen del Monte Carmelo. Las monjas de los conventos carmelitas que no había fundado directamente se negaban a transformar sus costumbres y el descontento comenzó a generalizarse. Tanto es así, que en 1580 se reunió el capítulo de la orden y se decidió separar las dos ramas del Carmelo, descalzas y no descalzas. Santa Teresa fue una mística y una activa fundadora de conventos. Murió en 1582 en el de Alba de Tormes. Fue nombrada doctora de la Iglesia por el Papa Pablo VI en 1970.

Sor Juana Inés de la Cruz

Sor Juana Inés de la Cruz fue una religiosa que también escribió con fecunda dedicación. Juana nació en México en 1651 y desde niña mostró aptitudes en el aprendizaje del latín o la geometría. A los dieciséis años tomó los hábitos. Se cree que se decidió por la vida religiosa al ser la única manera que encontró de seguir ampliando sus conocimientos. Fue una estudiosa que llegó a tener más de cuatro mil títulos en su biblioteca personal. En su celda escribió poemas y obras de distintas extensiones y características, incluso piezas musicales, como ya hemos visto. Se interesó por la cultura indígena, escribió textos en nahua y parece ser que pudo llegar a tener experiencia directa con plantas y hongos mágicos.

Su poesía se debate entre la lírica y la mística, como ella, que declara estar «en dos partes dividida», entre la pasión y la razón. Hay en su obra elementos de sensualidad aplicados a la devoción religiosa que provocaron rumores sobre sus relaciones con otras monjas y con la esposa del virrey. El arzobispo no encontró los versos de la monja de su agrado y decidió imponerle una corrección. Le quitó todos sus libros, las herramientas necesarias para escribir y sus instrumentos musicales. Por cierto que ese mismo castigo se le aplicó a Hildegarda de Bingen por una disputa menor que tuvo con el obispo, que llegó a prohibir

que en su convento se siguiera la norma de la regla benedictina de decir la misa cantando. Pasado un tiempo, se le levantó la sanción, pero con sor Juana no ocurrió lo mismo. Murió cuatro años después, en 1691, sin haber podido volver a escribir un verso o cantar una canción.

Esperanza Ridruejo

Todos conocemos a Esperanza Ridruejo por el nombre con el que su familia comenzó a llamarla desde niña, Pitita. La vida de esta española es interesante desde su nacimiento, llena de experiencias y encuentros con personas notables. Por suerte ha escrito su autobiografía, *Memorias de Pitita,* para que todos podamos deleitarnos con sus anécdotas con Warhol, los Kennedy o la reina Isabel II de Inglaterra. Aunque recibió una educación exquisita, su padre se negó a que fuera a la universidad. Desde una edad muy temprana demostró tener opinión propia y personalidad, y su afán de conocimientos la llevó a matricularse en diversos cursos, entre ellos uno de literatura inglesa en Inglaterra. Viajó con su familia por medio mundo, lo que contribuyó a su formación y a convertirla en una persona respetuosa con cualquier manifestación cultural. En 1957 se casó con el filipino Mike Stilianopoulos, que además de hombre de negocios fue embajador de su país, por lo que los viajes continuaron. Dalí quiso pintar su perfil griego, Fellini le hizo una prueba para el cine, ha sido pintora y entrevistadora. La han nombrado repetidamente como una de las mujeres más elegantes del mundo y su

conversación te puede subyugar durante horas. Pero la razón por la que Pitita Ridruejo aparece entre estas páginas es por su profunda experiencia con el mundo espiritual, que la ha llevado a ser una transgresora a la que no le ha importado poner en juego su reputación por defender sus creencias. Tuvo una educación cristiana, la misma que cualquier niña de la posguerra española. Pero el contacto con hechos inexplicables la llevó a interesarse de manera más profunda en el fenómeno religioso. A finales de los años sesenta se trasladó a vivir a Roma, donde su marido tenía que trabajar. Alquilaron una casa señorial a un precio exageradamente bajo, y pronto descubrieron por qué. La vivienda estaba habitada por un espíritu burlón que les hizo la vida imposible. Los fenómenos de *poltergeist* llegaron a ser tan violentos que resultaron peligrosos y abandonaron la residencia. A raíz de este suceso, Pitita consultó a sacerdotes y parapsicólogos. Poco después conoció a un swami hindú que le habló de las vibraciones del pensamiento y con el que entonó por primera vez el *Om,* el mantra sagrado. Continuó meditando, se hizo vegetariana y se introdujo cada vez más en la filosofía oriental. En 1981 viajó a la India para conocer al Sai Baba, un hombre santo con millones de seguidores. Que esto lo hiciera una hippie seguidora de los Beatles no hubiera tenido mucha importancia, pero Pitita era entonces la esposa del embajador de Filipinas en el Reino Unido. Tras una incómoda peregrinación llena de anécdotas, al fin pudo ver al Sai Baba. Pitita se encontraba en un enorme patio lleno de fieles y el Sai Baba caminaba entre ellos. Cuando la vio, se dirigió a ella con firmeza y le dijo: «Tú no perteneces a esta religión, vuelve a tus raíces cristianas», y se

dio media vuelta dejándola anonadada. A su vuelta a Londres su marido renunció al cargo por no estar de acuerdo con la política de su gobierno y desde entonces viven en España. Pitita reflexionó sobre las palabras del gurú y se interesó por estudiar los evangelios. De forma inesperada, toda una serie de hechos inexplicables la han acompañado desde entonces. Señales, apariciones misteriosas de objetos, voces, revelaciones. Pitita comenzó a frecuentar el grupo de parapsicología del padre Pilón y a investigar las apariciones marianas, como la de El Escorial, donde la vidente Amparo ve a la Virgen y donde ocurren manifestaciones milagrosas, como la «danza del sol». Desde entonces Pitita ha dedicado su vida a dar conferencias sobre las apariciones de la Virgen María y a difundir los mensajes que en ellas se anuncian. No le ha importado dar la cara ante la opinión pública enfrentándose a las críticas. Ha tenido que olvidar su posición social para exponerse a lo que ella considera una obligación sagrada, eso sí, sin perder un ápice de su elegancia y su serena belleza.

La revolución espiritual de finales del siglo XIX

En la segunda mitad del siglo XIX aparecieron nuevas maneras de entender la religión y las cuestiones del espíritu. Los valores positivistas y la fe ciega en la ciencia propiciaron una reacción antimaterialista que se plasmó en el surgimiento de distintos cultos individualistas, religiones místéricas, filosofías exóticas recu-

peradas por Occidente y nuevas doctrinas. La primera gran corriente en instalarse fue el espiritismo, que tuvo un éxito inusitado entre personas de toda condición social, desde las más humildes a las casas reales. Su difusión definitiva fue a partir de los fenómenos observados en 1847 en la casa de la familia Fox en el estado de Nueva York. Se detectaron golpes periódicos, unas veces aislados, otras repetidos con patrones rítmicos. No parecía que hubiera explicación hasta que a la familia se le ocurrió lanzar la pregunta de si era alguien tratando de decir algo. Al creer que recibían una contestación, establecieron un patrón, un número de golpes para las respuestas positivas y otro para las negativas. Resultó que las que podían comunicar mejor con aquello que emitía los ruidos fueron las niñas de la familia, que se convirtieron en médiums. Consiguieron averiguar que los golpes los producía un hombre que decía haber sido asesinado en esa casa y que estaba enterrado en el sótano. Cuando se excavó, se encontraron pertenencias y los restos de un cadáver parcialmente destruido por la cal viva. La noticia no tardó en divulgarse, las hermanas Catalina y Margarita Fox se convirtieron en celebridades y el espiritismo en la moda del momento. Miles de médiums decían ser capaces de conectar con los espíritus y comenzaron las primeras investigaciones en torno al fenómeno. Hubo que acuñar neologismos, como ectoplasma, para referirse a las manifestaciones que se podían apreciar en las sesiones y en las fotografías que comenzaban a documentarlas.

Paralelamente a la difusión del espiritismo, aparecieron sociedades secretas que intentaron sincretizar antiguas tradicio-

nes mágicas como el gnosticismo, el hermetismo y la cábala. Se fundieron tradiciones orientales y occidentales con la intención de buscar la verdad inmanente a toda sabiduría espiritual. Por todas partes surgieron personas que decían conocer la existencia de fuerzas espirituales que se mueven a un nivel distinto del de las fuerzas físicas que nos rodean. Uno de los más famosos y controvertidos fue Aleister Crowley, vinculado a la orden de la Golden Dawn. Pero hubo una mujer que le superó en polémica y popularidad, Helena Petrovna Blavatski.

Madame Blavatski

Helena Petrovna nació en 1831 en el seno de una familia aristocrática emparentada con el zar de Rusia. Desde niña mostró una personalidad irresistible y aptitudes como médium y vidente, lo que ocasionó que su familia se diera prisa en casarla para ver si encauzando su vida se calmaban sus videncias. Se casó a los dieciséis años con un anciano de setenta, al que pronto dejó para viajar por Europa y Egipto, donde entró en contacto con los cultos mistéricos mediterráneos. Trabajó como reportera de guerra siguiendo a las tropas de Garibaldi y estuvo en prisión.

Cumplidos los cuarenta años decidió sacar provecho de sus habilidades como médium. En 1875 comenzó a difundir su doctrina, la Teosofía, en Nueva York. Teosofía quiere decir «sabiduría de Dios», y pretendía ser un sistema ecléctico de pensamiento, un conocimiento esotérico y trascendental de las verdades que existen en todas las religiones y filosofías. La Blavatski decía estar inspirada por los mahatmas, maestros espirituales muy evolucionados. Su fama como médium y como mujer capaz de hechos inexplicables no tardó en extenderse, pero unos años después el interés comenzó a decaer y Madame Blavatski abandonó Estados Unidos para viajar a la India, país que consideraba como fuente de sabiduría. Decía que allí había entrado en contacto con los maestros secretos del Tíbet, un grupo de iniciados que le transmitían sus conocimientos. Su fama se reactivó, pero también surgió el escándalo, pues una de las personas que estaba a su servicio difundió la noticia de que todo era un fraude. Uno de los números fuertes de Madame Blavatski era hacer aparecer de la nada unas cartas que caían del cielo y donde venían escritos preceptos que le enviaban sus maestros espirituales, por lo que se las conoce como Cartas Mahatma. El ama de llaves acudió a la prensa para denunciar que ella era la que dejaba caer los papelitos a través de una ranura en el techo. Se inspeccionó la casa y se comprobó la veracidad de su declaración. La Sociedad de Investigaciones Psíquicas elaboró un informe desacreditando a la vidente. Madame Blavatski dejó el país y se instaló en Londres en 1880, donde conoció al coronel Olcott, un abogado y periodista entusiasta del espiritismo. Juntos pusieron en marcha la Sociedad Teosófica para divulgar los principios de la Teosofía. Nuevamente se corrió la voz sobre sus poderes y Madame Blavatski volvió a disfrutar de popularidad. Comenzó a poner por escrito sus conocimientos en libros como *Isis sin velo* y *La doctrina secreta*. Los últimos años de su vida desarrolló una actividad febril, estudiando los libros sagrados de los hindúes, los textos platónicos y los evangelios, de los que

apuntó su carácter esotérico. Decía que sus visiones eran posibles porque todo estaba escrito en un lugar superior al que algunas personas podían acceder con el espíritu. Esto se conoce como Registros Akáshicos y vendrían a ser una memoria universal, como ese mundo «donde todo ha sucedido y todo se sabe» al que se refería María Sabina. Parece probado que, aunque algunas veces se valió de trucos para producir manifestaciones sobrenaturales, Madame Blavatski realmente tenía unas capacidades superiores a las del resto de los mortales y unos conocimientos sobre los sistemas religiosos y espirituales prácticamente imposibles de adquirir en una vida. Pero aun en el supuesto de que fuera un fraude total, la civilización occidental del siglo XX le debe haber puesto de moda las filosofías orientales y haber propiciado el reencuentro con tradiciones milenarias a las que no se había prestado atención.

6

TRANSGRESIÓN DEL CUERPO Y BELLEZA

El cuerpo ofrece la posibilidad de la autotransformación a través de alteraciones estéticas. Esa transformación, en la mayoría de los casos, viene impuesta por códigos sociales y culturales que cambian con los tiempos. Antes los hombres no usaban pantalones, hoy no se concibe que vistan de otra manera; los tatuajes pertenecían al mundo de marineros y delincuentes, y hoy se lucen sin sobresaltos. El código de cada momento hace que cualquiera que no se ajuste a sus principios se convierta en transgresor. La ropa, el adorno personal, el peinado y el maquillaje han determinado épocas y períodos culturales. La artificialidad que envuelve el cuerpo humano es precisamente una de las características que lo hace humano. Bien decía Oscar Wilde que «el primer deber del hombre es ser artificial».

Asumir el cuerpo como un territorio propio en el que deberíamos poder obrar sin reglas preestablecidas es una manera de ejercer nuestro poder, ya que el control sobre el cuerpo es una

guerra real. El cuerpo se ha convertido en una obsesión que determina el sexo, la raza o la clase, siendo una poderosa herramienta de construcción de la identidad. Se nos imponen patrones tan absurdos que saltárselos es un juego de niños. Se supone que cada edad tiene una determinada manera de arreglarse y no está bien visto saltarse la norma. Se critica a Carlota Casiraghi, la hija de Carolina de Mónaco, por maquillarse sin haber cumplido los quince años con la misma superficialidad con que se cotillea sobre Ana Obregón por seguir llevando superminifaldas pasados los cuarenta. No ajustarse al arquetipo te convierte en una transgresora muy a pesar tuyo.

Nuevos patrones de belleza

Lo bueno de los nuevos patrones de belleza es que no tardan en instalarse y se generalizan. Lo malo, que cuando pasa un tiempo la gente se olvida de ellos y dejan de aplicarse. Por eso es posible esa cantidad de *revivals* que nos quieren vender cada temporada. En cualquier caso, cada época tiene sus musas, culpables de que sus contemporáneas intenten imitarlas como si la mimetización con su imagen pudiera transmitirles la apropiación de su ser.

Reinas, cortesanas, damas del teatro, bailarinas, actrices de Hollywood y estrellas de pop han sido las que han impuesto modas y estilos copiados por las demás mujeres. La aparición de las revistas de moda dedicadas a la población femenina contribuyó a difundir estereotipos. Las modelos comenzaron a tener importancia muy pronto, aunque tardaron en convertirse en

patrones a imitar. Cada casa de costura contaba con sus propias maniquíes para que pasaran la ropa en sus *atelieres*. Mi madre me ha contado que sus primas Sara y Esperanza Bargalló fueron las primeras maniquíes que contrataron los prestigiosos almacenes Sacks de Nueva York. Cuando volvían de visita a Cuba todo el mundo comentaba que les parecían horrorosas, tan flacas. En la familia, entre risas, las comparaban con Olivia, la novia de Popeye, y no tenían ningún éxito entre los machos cubanos. Una de ellas estuvo casada con el padre de las famosas cantantes Andrews Sisters. Uno de los hermanos de mi abuela, Luis Godoy, era un concertista de piano de reconocido prestigio en Francia y Norteamérica. Estaba un poco pasado de peso y cuando se quedó a vivir una temporada en Nueva York con las Bargalló, éstas le convencieron para que se sometiera a una estricta dieta. Mi tío abuelo estaba preparando unos conciertos muy difíciles y tuvo una crisis nerviosa de la que nunca se recuperó. Mi abuela echaba la culpa de su enfermedad a las Bargalló por haberle limitado los nutrientes en una época de duro trabajo. Y eso que mi abuela siempre estuvo obsesionada por no coger un gramo. Mi madre y yo pensamos que estaba en el límite de padecer anorexia.

Kiki de Montparnasse fue la musa del fotógrafo Man Ray. Modelos como Renée, Lisa Fonssagrives o Dovima, la favorita del fotógrafo Richard Avedon, eran disputadas por las revistas de moda y los creadores, pero no suponían una referencia para la mujer de la calle. Jean Shrimpton y Twiggy fueron las primeras modelos que en la década de los sesenta impusieron un físico que pretendía borrar la línea curva de las mujeres voluptuo-

sas que ocupaban la mitología erótica masculina. Quizá fue un físico que encajó bien con las pretensiones feministas de despojar al cuerpo femenino de las imposiciones machistas. Era un cuerpo asexuado que se defendía del modelo anterior, aunque pronto surgieron auténticos sex-symbols como Veruschka. Desde entonces el ascendente de las top-models sobre los patrones de belleza no ha parado de crecer. Reinas en los años setenta fueron Jerry Hall, Lauren Hutton y Lou Lou de la Falaise, e incluso nuestra divina Nati Abascal. En los ochenta se decía que ante el poco glamour que emanaban las actrices como Meryl Streep, la gloria pasada de Hollywood quedaba depositada en manos de las supermodelos, tan famosas que en los noventa ya no necesitaban de sus apellidos. Cindy, Claudia, Naomi, Christi, Linda, Elle, Stephanie, Nadja, Kate..., todas muy hermosas, pero me pregunto si alguna tendrá algún estilo propio que transmitir.

Mientras las top-models se convertían en las directoras de moda de una generación, algunos autoexcluidos de la misma nos habíamos fijado en otros referentes. Se habla de una estética de la calle, una *street fashion* ajena a los dictados de la moda. La imaginería del rock'n'roll, la bohemia existencialista, la moda futurista de los años sesenta y los excesos del Glam Rock setentero habían preparado a los adolescentes para la explosión del Punk y del Afterpunk Gótico. Siouxsie o Patricia Morrison son a la vez sex-symbols, ídolos musicales e iconos estéticos. Se ha dicho que es un estilo que eligen los *outsiders,* la gente que no encaja en los patrones de belleza establecidos, los que nunca van a ser encontrados atractivos por la sociedad, y que el maquillaje y la ropa esconden su desolación. Me parece una explicación

muy simplista que pretende encubrir que no a todas nos gustaría ser como Cindy Crawford. Pasa por alto que pueda haber inclinaciones estéticas alternativas que no se ajusten a la norma. También se dice que estas estéticas alternativas fracasan en el momento en que son asimiladas por la mayoría y se convierten en moda. ¡Pero qué manía tiene la gente de ser elitista! A mí me parece que la gran venganza de los que somos diferentes es que la gente que se considera normal acabe llevando lo mismo que nosotros. Que Chanel o Dior fabriquen complementos que podían haber estado en cualquier mercadillo inglés en plena efervescencia punk; que el diseñador más salvaje, el neoyorkino Stephen Sprouse, pintarrajee los bolsos de Louis Vuitton que luego compran chicas bien; que se imponga el maquillaje ultrablanco con párpados negrísimos; que la laca de uñas negra se compre en los grandes almacenes; y que el tinte de pelo de colores chillones lo lleve hasta una dama como Lucía Bosé.

Técnicas de transformación

Conseguir afianzar la personalidad a través de los trucos de belleza tiene vertientes muy distintas y que no causan la misma reacción por parte de la gente. Hay quien rechaza la cosmética como un artificio y la cirugía estética como una aberración, pero en cambio no duda en tatuarse una mariposa. Hay señoras que admiten hacerse unos ligeros retoques pero que se horrorizan ante las atrevidas que se ponen en manos de la cirugía hasta sus últimas consecuencias. Madres preocupadas con seguir al pie de

la letra la moda de cada temporada se espantan por el *piercing* de sus hijas. Naturistas y ecologistas que consideran que la belleza no puede conseguirse a base de ningún artificio caen en él usando complementos ajenos a su cultura, como ropa hindú. La mujer sana y deportista que se machaca en el gimnasio no concibe que haya otra que prefiera llevar un corsé y altísimos tacones. El caso es ser intransigente con la forma que tiene «el otro» de entender la estética. Quizá aún no nos hayamos quitado de encima ciertos prejuicios. Para la mentalidad impuesta por las religiones patriarcales y monoteístas como la fe católica o el islam, alterar la apariencia natural del cuerpo equivale a pecar de lujuria y orgullo al intentar modificar la obra de Dios.

Cosmética

Desde la antigüedad se han aplicado afeites y remedios naturales para embellecer la piel y pigmentos para darle color. Entre los remedios de belleza más macabros se encuentra la afición de la condesa húngara Elisabeth Bathory, que a principios del siglo XVII fue detenida por asesinar a cientos de mujeres. Estaba convencida de que rejuvenecía al beber la sangre fresca de las jóvenes. Por otro lado, el uso de la cerusa, un pigmento blanco con base de plomo mezclado con vinagre, causó más de una muerte por intoxicación y laceraciones monstruosas desde la Grecia clásica hasta la Francia de la Ilustración.

El color de pelo «rubio veneciano» del Renacimiento, el colorete del Rococó, la palidez avinagrada de la *morbidezza* del

Romanticismo y las mil y una tendencias impuestas desde principios del siglo XX son un muestrario inagotable de la aplicación de la cosmética como elemento que facilita la creación de una identidad. Baudelaire escribió un elogio del maquillaje en 1863. En 1895 abrió sus puertas en París el primer instituto de belleza integral. Elena Rubinstein empezó creando productos de belleza y pronto abrió sus propios salones. En Estados Unidos la pionera fue Elisabeth Arden. En 1925 se fabricaron las primeras lacas de uñas, y en los años treinta las pestañas postizas se hicieron indispensables. En Estados Unidos, cuando la guerra impidió en 1942 que se continuara con la fabricación de cosméticos, hubo una alarma social tan grande entre las mujeres que estaban esperando la vuelta de sus hombres, que dos meses después las fábricas volvían a abrir con ayuda del Estado. De hecho fue uno de los sectores de la industria que aumentó las ventas durante la contienda. Desde entonces la cosmética no ha parado de evolucionar e incorporar adelantos técnicos y científicos que desafíen el imparable paso del tiempo. La constante investigación hace que cada nueva sombra de ojos, champú, crema adelgazante o serum regenerador sea probado en animales para detectar posibles alergias y efectos secundarios. Las pruebas son de una crueldad innecesaria, como mantener los ojos de los animales abiertos con la ayuda de alambres (como a Alex en *La naranja mecánica*) para introducirles sustancias corrosivas en concentraciones altas y evaluar la reacción alérgica o las quemaduras que producen. Todo esto se puede evitar. Así lo creyó Anita Roddick cuando fundó en 1976 su línea de cosmética y maquillaje basada en productos naturales y sin testar en animales. Al principio todo se vendía en

su tienda, pero no tardó en poner sucursales que con el tiempo se han convertido en una de las franquicias con más éxito en todo el mundo, Body Shop. Cientos de imitadores hacen que ahora sea más fácil acceder a todo tipo de productos con la seguridad de no haber torturado a un animal para estar guapa. Anita Roddick fue además una pionera en establecer condiciones de comercio justo con los proveedores que desde países subdesarrollados surten a la firma de materias primas, como manteca de cacao, nueces o aceites esenciales. Por cierto que en enero del 2003 el Parlamento de la Comunidad Económica Europea votó en Estrasburgo una ley según la cual se advierte a los laboratorios de cosmética que tienen hasta el 2009 para buscar vías alternativas de experimentación que no sea en animales, ya que desde esa fecha estará prohibida esa práctica y la venta de los productos resultantes de la misma. Sólo media docena de pruebas que implican crueldad hacia los animales se mantendrán hasta el 2013 al considerar el Parlamento que son tests muy específicos para los que se tardará en encontrar alternativas. Actualmente Gran Bretaña, Holanda, Alemania, Austria y Bélgica ya han prohibido la experimentación cosmética en animales, pero no la venta de cosméticos importados de firmas que no cumplen esta norma.

Vestimenta

Los cambios en la ropa de la mujer que se produjeron en la época de entreguerras de alguna manera definieron lo que sería a partir de entonces una nueva manera de entender el cuerpo y su

relación con la ropa. Se abandonó el corsé, la sombrilla, los guantes y el vestido largo si no era de fiesta. Los sombreros se hicieron cada vez más pequeños hasta desaparecer décadas después. La introducción del pantalón como prenda femenina tuvo sus pioneras, como Marlene Dietrich, Greta Garbo o Katharine Hepburn, con el espaldarazo definitivo de Coco Chanel. Aunque aún en fecha tan tardía como 1966 las *fashion victims* que se habían comprado el traje smoking diseñado por Yves Saint Laurent tuvieron prohibido el acceso con él a según qué locales. Y el traje masculino sobre un cuerpo femenino siguió provocando morbo. Recuerdo cuando a principios de los años ochenta la actriz y cantante argentina Nacha Guevara desembarcó en España causando impacto con su aspecto ambiguo, traje impecable, pelo corto, actitud entre masculina y femenina y maquillaje muy marcado.

Al haberse acortado las faldas, las medias se convirtieron en un complemento indispensable que alcanzó status de artículo de lujo durante la Segunda Guerra Mundial. La seda escaseaba y las medias de nylon apenas comenzaban a comercializarse en América. No había dinero para medias y había que ingeniárselas. Algunas firmas de cosmética lanzaron un maquillaje para las extremidades inferiores, que las chicas de pulso más firme completaban con una línea perfecta dibujada en la parte posterior de las piernas para simular una costura.

La novedad del siglo fue la generalización de la alta costura. En este libro hemos tropezado en varias ocasiones con mujeres a las que no se les ha reconocido su trabajo o que han permitido que sus maridos o hermanos firmaran su obra. No es el

caso de Mademoiselle Chanel, que siempre se jactó de haber sido la que liberó a la mujer del corsé, y no es cierto. El artífice del cambio fue Paul Poiret, que comprendió que el nuevo siglo exigía otra relación con el cuerpo, más acorde con la movilidad mostrada por la bailarina Isadora Duncan. Poiret fue el primer creador de moda al que no se puede llamar sólo modisto, sino diseñador, ya que se encargó tanto de vestidos y complementos como de artículos para la decoración de interiores. Poiret desterró el corsé y bordó primorosamente sus túnicas sueltas de inspiración oriental. Tampoco fue Chanel la primera en sacar su propio perfume, pues Poiret lo había hecho una década antes que ella. Y también fue Poiret el que cortó el pelo a sus modelos, antes de que Chanel presumiera de haber sido la primera en llevar ese peinado. En cualquier caso Coco Chanel rompió con los moldes inamovibles de la costura y ofreció una nueva imagen que las mujeres no dudaron en seguir.

Gabrielle Chanel nació en 1883. Su padre abandonó a la familia y al morir su madre ingresó con sus hermanos en un orfanato, del que salió a los dieciocho años, con la convicción de no querer ser novicia y la aspiración de triunfar en la vida. En 1905 intentó convertirse en cantante y precisamente de esa etapa le viene su apodo. Cantaba una canción popular donde el estribillo venía a decir: «Ko-ko-ricó, ¿quién vio a co-co?». El público lo coreaba con ella, así que no tardaron en llamarla «Coco». Años más tarde, fascinada por Isadora Duncan, quiso ser bailarina y recibió clases de danza. Pero su futuro estaba en otra rama del arte. Trabajó como dependienta en una tienda de telas, encajes y pasamanería hasta que decidió independizarse

con su hermana haciendo trabajos de costura, al principio diseñando sólo sombreros. Ella era su propia modelo y consiguió una clientela al lucir sus propias creaciones. Aparecía en el hipódromo con un sencillo sombrero de paja de uso masculino al que había añadido algún elemento, con falda de franela, camisa de hombre adaptada a su cuerpo y un sencillo lazo negro como adorno. Era demasiado flaca para el gusto de la época, pero tenía una elegancia natural que consiguió que las recargadas damas siguieran su estilo. Inventó el concepto de ropa sport, ya que su intención fue crear prendas prácticas, y para ello utilizó el punto, tejido sólo usado hasta entonces para la confección de ropa interior. Introdujo el traje pantalón y dio a sus modelos cierto aire de uniforme de colegio. Partió de elementos masculinos, como las chaquetas de tweed de su amante Arthur «Boy» Capel, que luego transformaba. No tardó en personalizar el pantalón de montar y en encargar sus telas en las tiendas de paños ingleses para caballero. Su mentalidad, de alguna manera, era más británica que francesa.

Tenía treinta años cuando consiguió que en 1913 Capel le prestara el dinero para abrir su primera tienda, en Deauville, la ciudad de veraneo de la aristocracia europea. Cuando ella le devolvió tres años después los trescientos mil francos, «Boy» confesó que «creía que te regalaba un juguete; ahora sé que has comprado tu libertad». No cesó su actividad durante la Primera Guerra Mundial y cimentó definitivamente su éxito al vestir a las damas que se refugiaron en Deauville mientras terminaba la contienda. Finalizado el episodio bélico, abrió su boutique de París, en la Rue Cambon. Siempre se señala que una de las

características de Chanel es que jamás diseñó un vestido de novia. No es del todo cierto, pues diseñó dos. El primero para su hermana, que tuvo un matrimonio muy desgraciado y acabó suicidándose por un amor adúltero. El segundo para la mujer con la que se casó su amante y por encargo del mismo. «Boy» Capel nunca le pidió a ella que fuera su esposa. Desde ese momento decidió que nunca más confeccionaría un traje de novia porque le parecía una hipocresía servir a una institución como el matrimonio. Si Coco Chanel es conocida por sus creaciones, también lo es por su afilada lengua y su carácter indómito.

Estaba a punto de cumplir cuarenta años cuando sacó su perfume, quizá no el primer perfume de una casa de costura, pero sí el único en mezclar esencias florales, sintéticas y de origen animal, lo que permitió su fabricación a gran escala. El geométrico diseño del frasco también fue revolucionario, pues hasta entonces los perfumes se vendían en complicadas botellas de talla recargada. Lo mismo ocurrió con el nombre, N.º 5, totalmente opuesto a las exóticas denominaciones de los aromas que ofrecían sus colegas. Su estilo sobrio se impuso más allá de la ropa. Fue una experta relaciones públicas de sí misma que supo crear la necesidad de tener un producto entre sus clientas. Perfumaba su tienda con el N.º 5 y cuando las damas preguntaban a qué se debía ese olor tan especial, respondía que a un perfume que fabricaban exclusivamente para su uso personal. En ese momento la clienta insistía en que le vendiera un frasco, a lo que ella accedía como si estuviera haciendo una concesión aislada.

En 1924 protagonizó otra pequeña revolución al crear su primera colección de bisutería basada en metales y pasta con incrustación de cristales. Hasta entonces la bisutería era considerada como una burda imitación para las desgraciadas que no podían acceder a las joyas verdaderas. En 1932 también introdujo una línea de alhajas de oro y piedras preciosas.

Consideraba que estar blanca era de pobres que se pasaban el día trabajando en una oficina lúgubre o en una fábrica y de mujeres ociosas que no salían de casa. Estar bronceado era un privilegio de los ricos que podían permitirse el lujo de pasear por la playa. Fiel a sus ideas, en 1929 sacó un crema protectora para tomar el sol.

En 1931 fue llamada a Hollywood, pero, salvo excepciones como Marlene Dietrich o Katharine Hepburn, las actrices no entendieron su estilo minimalista. Coco estaba más acostumbrada a codearse con los artistas que desde París marcaban la tendencia de las vanguardias. Diaghilev (para el que diseñó el vestuario de sus famosos Ballets Rusos), Satie, Stravinsky, Léger, Picasso, Cocteau o Gris formaban parte del grupo bohemio de sus amistades, porque en el otro extremo se encontraban el duque de Windsor o Winston Churchill.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial en 1939 Chanel cerró sus talleres y su tienda. Estaba cansada y había pasado por la humillación de que sus empleadas se pusieran en huelga demandando mejores condiciones de trabajo. Nunca perdonó esa afrenta y decidió que no estaba dispuesta a luchar otra vez contra una recesión económica, como había tenido que hacer en la primera guerra y en 1929 tras el crack de la Bolsa. Cerró su

casa y trasladó su residencia al hotel Ritz. Cuando los alemanes ocuparon París y el hotel, la dejaron que siguiera viviendo en sus habitaciones sin molestarla. Esto motivó que se la acusara de colaboracionismo y de relacionarse íntimamente con un miembro del partido nazi, a lo que respondió: «No se puede esperar que una mujer de mi edad le pida el pasaporte al hombre que quiere acostarse con ella». Lo cierto es que sí formó parte de un plan llamado Sombrero Modelo y que ella misma ideó. Pretendía ponerse en contacto con su amigo Winston Churchill para sugerirle que se rindiera ante el poder alemán. La estrategia pasaba por desplazarse a Madrid e iniciar una serie de gestiones que nunca llegaron a cristalizar. Parece que el plan estaba tan mal planteado y era tan ingenuo que si nos lo presentaran a través de la ficción literaria o cinematográfica nos quejaríamos de la poca consistencia del guión. Chanel se encontró con que tras la guerra las mujeres querían volver a los excesos, a los vestidos aparatosos y las cinturas de avispa que imponían modistos como Christian Dior con su New Look. Decidió su vuelta en 1954 y diseñó la colección Comeback. Al principio fue acogida con frialdad, los glamourosos años cincuenta parecían no tener cabida para su estilo sobrio, pero al poco tiempo volvió a causar sensación. Son precisamente las creaciones de esa época las que persisten en la memoria colectiva como el sello indiscutible de la casa: los trajes de chaqueta de tweed ribeteado, los sencillos vestidos negros que no deben faltar en un fondo de armario, los zapatos bicolor, los cinturones de cadena y los bolsos acolchados con cadena y tira de cuero introducida entre los eslabones para evitar el tintineo. Su famoso traje de chaqueta fue copiado

a millares, lo que llenaba de orgullo a su creadora, que siempre estuvo en contra de las leyes de protección de la propiedad intelectual. «Reclamar una patente por un diseño es antimoderno.» Pasó sus últimos días en sus habitaciones del hotel Ritz. Aún le quedaron fuerzas para entusiasmarse con la explosión callejera de mayo del 68. Pidió a una amiga que la acompañara hasta las barricadas para estar en el centro de la acción, pero los jóvenes le dijeron que se fuera, que no era lugar para una señora de su edad. Tres años después moría con la satisfacción de saber que casi todas las mujeres llevaban sus diseños, sin importarle si se trataba de originales o imitaciones.

Hubo otras contemporáneas brillantes de las que sólo se acuerdan los expertos en moda. Por ejemplo, Madeleine Vionnet es considerada como la estrella del corte y los patrones y la inventora del corte al bies. Hubo una creadora que brilló con la misma fuerza que Coco y que frecuentó su mismo círculo de amistades. Entre las dos establecieron una relación, si no de odio, de absoluto desprecio. Mientras que Chanel era una provinciana, Elsa Schiaparelli era una aristócrata italiana afincada en París, culta y tan segura de sí misma como la francesa. Chanel criticaba las incursiones de la italiana en el terreno de la moda surrealista, con sus sombreros langosta y otras obras inspiradas por Dalí. Para Chanel, si una prenda no se puede lucir en la calle, «es una prenda inútil». Pero definir a la Schiaparelli únicamente en relación con sus obras surrealistas es una maldad propia de Mademoiselle Chanel. Es cierto que forman parte de sus creaciones más conocidas, como sus guantes de cóctel, negros y largos, con uñas postizas doradas aplicadas sobre los

dedos (complemento que por cierto hizo furor en los años ochenta, muy bien explotado por Tino Casal). Pero desde que abrió su tienda en 1934 se labró un nombre como una gran creadora que vistió a actrices y nobles. Sus cortes eran impecables y sus bordados elaboradísimos. También lanzó al mercado su propio perfume, Shocking, con un frasco creado por la surrealista Léonor Fini, que reproducía el contorno del maniquí que Mae West había enviado con sus medidas, diseño muy parecido al que décadas más tarde retomaría Jean Paul Gaultier para sus perfumes. Schiaparelli también fue la primera en introducir música y escenografía en los desfiles de moda, que hasta entonces se limitaban a ver pasar a las modelos con toda formalidad.

Mary Quant produjo algo más que un cambio en la moda cuando introdujo en los sesenta la minifalda, el corte de pelo *Bob*, los leotardos de colores y su línea de maquillaje. A mitad de la década recibió una mención de honor por parte del gobierno británico al ser su compañía una de las que más divisas proporcionaba al país. Sus propuestas estéticas se convirtieron en ley para las mujeres que abrazaban los planteamientos de la liberación femenina sin descuidar la fascinación por «ir a la moda».

Después de Mary Quant, ninguna diseñadora ha tenido tanto reconocimiento como Vivienne Westwood. Vivienne Isabel Swire nació en 1941 en Londres. Ejerció como maestra de primaria hasta que en 1971, animada por su compañero sentimental Malcolm McLaren, comenzó a diseñar ropa. Al principio se limitaba a alterar y copiar modelos propios de la cultura del rock'n'roll, como las chaquetas usadas por los Teddy Boys, pero pronto incorporó sus propias ideas. La pareja tenía

una tienda en King's Road donde vendía sus creaciones y Vivienne dejó la docencia para volcarse en su nueva profesión. En 1974 cambiaron el nombre de la tienda por el de Sex y comenzaron a fabricar camisetas destrozadas con mensajes escritos, una de las prendas que sería un signo de identidad para los punks un par de años después. Pantalones de vinilo y sujetadores más propios de una sex-shop sadomasoquista que de una tienda de ropa también pasaron a formar parte del vestuario de los chicos que comenzaban a frecuentar la tienda. De la misma manera, Vivienne se retroalimentaba con los diseños que esos chicos se hacían en sus casas, como pantalones negros con cremalleras y complementos de cuero y pinchos. Contrató a una dependienta con un estilo muy personal que contribuía a imprimir carácter a la tienda. La chica se llamaba Jordan y su imagen fue una de las más fotografiadas de la eclosión Punk. En 1980 dio un giro a su carrera cerrando la tienda Sex y abriendo otra en la misma calle, unos números más arriba, World's End. Esta vez se inspiró en la moda de siglos pasados, especialmente en la estética pirata, y su propuesta encajó muy bien entre los jóvenes New Romantics que partiendo del Punk empezaban a inventar una estética llena de terciopelos, camisas de chorreras, golas, polisones y elementos medievales. Desde entonces Vivienne Westwood se ha seguido inspirando en estilos de otros tiempos sacados de cuadros y libros de arte. En 1981 decidió presentar sus colecciones sobre la pasarela para abrirse un camino en el mercado de la moda. Y no parece haberle ido mal, ya que en 1992 fue distinguida con la Orden del Imperio Británico.

Adorno personal

El peinado como parte del adorno personal ha sido tan determinante como la ropa a la hora de establecer marcadores cronológicos. Siempre habrá un antes y un después del corte de pelo a la *garçonne* que triunfó en los años veinte, o de la melena que Verónica Lake impuso en los cuarenta, de la misma forma que hizo Mary Quant con el *Bob* en los sesenta. Nada volverá a ser lo mismo desde que los chicos han empezado a ir al instituto con el pelo teñido de algún color poco convencional o con unas elaboradas rastas.

Los complementos son igualmente importantes a la hora de definir una imagen y todos los grandes modistos se han preocupado de diseñarlos. Tampoco han pasado inadvertidos para la llamada moda de la calle, donde desde discotecas y escenarios se imponen estéticas alternativas que luego son copiadas por los diseñadores de renombre.

Creo que va siendo hora de incorporar el tatuaje y los *piercings* a la colección de elementos de adorno personal al alcance de cualquiera. No se trata de despojar a estas prácticas de su concepción ritual y diferenciadora. Muchos serán los que seguirán considerando que cada tatuaje o anillo que añaden a su anatomía es algo sagrado que no se puede comparar con unos pendientes de bisutería. Cierto. Pero reconozcamos que para la mayoría de las personas de hoy en día, un pequeño tatuaje o un *piercing* en el ombligo no son más que adornos permanentes que les resultan estéticos. No hay que criticar esta postura, tan legítima como la otra, que a veces es llevada a sus máximas consecuencias, pero eso es algo de lo que hablaremos más adelante.

Ejercicio

La moda que comenzó a imponerse a principios del siglo XX, desde Poiret a Chanel, no habría tenido éxito de no haber cambiado a la vez la visión que las mujeres tenían de su cuerpo. Igual que a estos diseñadores los había influenciado el físico atlético de Isadora Duncan, a sus contemporáneas les fascinó poder revelar su verdadera anatomía. Soltar el corsé supuso tener una silueta que mostrar sin posibilidad de truco, y las carnes rollizas ya no tenían cabida. Los nuevos sujetadores aplastaban el pecho para disminuirlo. Las mujeres empezaron a someterse a dietas de adelgazamiento y sobre todo a programas de gimnasia rítmica y clases de danza. Por primera vez se consideraba correcto que la mujer practicara deportes al aire libre.

Isadora Duncan comenzó a dar sus primeros pasos en la danza en Chicago y Nueva York hasta llegar a Europa en el año 1900. En Londres y París desarrolló de verdad su estilo, que suponía una ruptura con todos los cánones del ballet clásico. Incorporó músicas que no estaban específicamente compuestas para los ballets, se liberó del tutú y las zapatillas, eligió para sus coreografías temas tomados de la pintura o la literatura y determinó movimientos impensables décadas atrás. Bailaba descalza, cubierta por túnicas de inspiración griega que permitían que su cuerpo se intuyera con cada paso. Fue la verdadera creadora de la danza moderna. Otras bailarinas hubieron de tomar el testigo, pues murió de forma prematura y trágica en 1927, estrangulada por su chal, que se enredó en las ruedas del coche en el que viajaba.

Ruth St. Denis fue otra bailarina norteamericana que se sintió realizada en Europa, donde quedó fascinada por Sarah Bernhardt. St. Denis se caracterizó por incorporar bailes de sustrato étnico a la danza moderna para crear coreografías egipcias, hindúes o japonesas. En 1916 entró en su compañía una chica de Pensilvania que iba a ser la revelación de la danza de entreguerras. Martha Graham era una mujer subyugante de físico increíblemente anguloso, de pómulos prominentes y ojos siempre maquillados de negro sobre una tez pálida en la que destacaban los labios muy rojos. Fue la gran renovadora de la danza moderna, la que supo incorporar elementos de las vanguardias artísticas, especialmente del cubismo. Un crítico dijo de ella que, si alguna vez tenía un hijo, seguramente daría a luz un cubo.

Las mujeres se aficionaron a la gimnasia y cada vez fue más frecuente ver que las deportistas profesionales se volvían musculosas. Entonces comenzó el debate sobre lo que era o no un físico femenino. La tenista checa Martina Navratilova fue la sensación de los años setenta, no sólo por sus éxitos deportivos, sino por exhibir un físico considerado poco femenino para los patrones de la época. Constantemente se la estaba comparando con su máxima rival en las pistas, la norteamericana Chris Everett. Mientras que a ésta se la consideraba paradigma de la mujer bella y deportista, con la Navratilova se cebaban los que pensaban que no había que dejar que las mujeres dejaran crecer sus músculos.

En los años ochenta, una estrella que se preciara de serlo debía editar su libro y su vídeo de aeróbic. John Travolta, Raquel Welch, Traci Lords y Jane Fonda son sólo unos ejemplos. La que más éxito tuvo fue esta última, que creó una rutina denominada Workout que resultaba muy novedosa al incorporar pequeñas pesas para tonificar los músculos. Fue precisamente en el libro de Jane Fonda donde descubrí una fotografía que cambiaría mi vida y mi sentido de la estética femenina, un retrato de la culturista Lisa Lyon. Tenía debates conmigo misma diciéndome que ese físico me gustaba más que el de cualquier escuálida al que yo nunca podría aspirar. Lo siguiente fue verme en un gimnasio haciendo pesas; y lo siguiente darme cuenta de que no era un sacrificio, sino un placer; y lo siguiente, que quería prepararme para competir en el Campeonato de Castilla. El físico de Lisa Lyon, que me había costado asimilar en un principio, comenzó a parecerme escaso. Y eso que ha sido una de las modelos que más he admirado, sobre todo la serie de fotografías que le tomó Robert Mapplethorpe y que se editó en un libro con el título de *Lady*.

Rachel McLish fue la primera mujer que ganó en 1980 el certamen Miss Olympia, la cumbre para cualquier culturista. Corey Everson quedó campeona seis veces. Estas pioneras están ya retiradas y en perfecta forma física, y se dedican a la interpretación o a prestar sus servicios como expertas en nutrición y entrenamiento. Trabajo no les faltará, porque en el presente la mayoría de las personas acuden a un gimnasio para transformar su físico.

El culturismo es un deporte que se mueve en la cuerda floja. No está bien considerado y para algunos ni siquiera es un deporte, de hecho la Federación Internacional hasta ahora no ha conseguido que sea admitido como deporte olímpico. La irrupción de los anabolizantes y esteroides fue duramente perseguida

por la Federación y por algunos culturistas puristas, pero la mayoría intentó aprovechar sus beneficios. Al principio no se sabía demasiado sobre sus efectos secundarios y muchos murieron por un colapso renal, hepático o cardiaco. Pero se siguieron usando. De hecho, en los años ochenta sólo los utilizaban los que pretendían competir; hoy en día cualquiera que lleve tres meses en un gimnasio quiere probarlos, y son una constante, por ejemplo, entre los gays que Boris Izaguirre llama *musculocas*. Hubo una culturista, Bev Francis, que hizo saltar la alarma, no ya del uso de esteroides por parte de las mujeres, sino de si una mujer seguía siendo una mujer aunque acabara pareciendo un hombre. Esto plantea dos debates distintos. Por un lado, imponer a la mujer hasta dónde puede llegar si quiere que la sigan considerando femenina, siempre condicionada por reglas de identidad ajenas. Y por otro, querer limitar al ser humano el uso de la farmacopea que tiene a su alcance, en vez de ofrecer una información veraz sobre ventajas y contraindicaciones y dejar que cada uno elija si quiere arriesgarse.

La corredora Florence Griffith se arriesgó. Fue la campeona en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles en 1984 y de Seúl en 1988, pero murió en 1998 debido a los efectos secundarios de los anabolizantes que había tomado. Su imagen quedará para la historia. Revolucionó el ultraconservador mundo del deporte profesional con sus mallas de lycra de cortes asimétricos y colores fluorescentes, con las uñas extralargas pintadas como obras de arte, sus pendientes y su cuidado a la hora de maquillarse y peinarse. Sin ella no se entiende la estética que hoy a nadie sobresalta y que es personificada por las hermanas Serena y Venus Williams, dos

de las mejores tenistas del mundo y sin duda las que más personalidad tienen a la hora de vestirse para salir a la pista.

Si el culturismo es un deporte con mala prensa, qué decir del boxeo. Y si hablamos de boxeo femenino, la cosa se pone al rojo vivo. Les está costando mucho a las mujeres hacerse un nombre dentro del cuadrilátero. La boxeadora Sue «Tiger Lily» Fox, que ya está retirada, es considerada como una de las pioneras. Actualmente luchan por abrirse camino con sus guantes Mia St. John, Christy Martin o la española María Jesús Rosa. Pero la gran sorpresa del boxeo femenino tuvo lugar en el año 2001, cuando se enfrentaron sobre la lona las hijas de los dos boxeadores más grandes que ha tenido la historia del pugilismo, Joe Frazier y Muhamad Alí. Laila Alí tenía veintitrés años y Jacquie Frazier treinta y nueve. Laila era boxeadora profesional y lanzó el reto a la hija del mayor rival que tuvo su padre para continuar la tradición familiar de medirse en el ring. A pesar de su edad y de no haber boxeado nunca, Jacquie se preparó. Sin duda la tentadora bolsa que les ofrecieron por pelear juntas fue un buen incentivo. Y aunque ganó Laila por puntos, Jacquie se lo hizo pasar peor de lo que esperaba. Quizá no fue un gran combate, pero sí una buena oportunidad para que el mundo se enterara de que las mujeres también boxean.

Cirugía estética

En 1919, la cirugía estética llegó a los quirófanos para quedarse. Si al principio sólo acudían a ella personas con verdaderos

problemas, hoy en día también frecuentan la consulta de los cirujanos plásticos aquellos que quieren hacerse una alteración mínima. La cirugía estética no es una cirugía plástica reparadora. Ésta es la que se emplea para devolver las facciones a un quemado o a la víctima de un accidente. Todo el mundo comprende que alguien en una situación así quiera recuperar una imagen normal. Otra cosa es cuando se trata de retocar una nariz, subir unos pómulos o aumentar el pecho. Todavía se considera que la belleza pasada por quirófano es artificial y se hacen todo tipo de chistes sobre las artistas más despreocupadas a las que no les ha importado confesar sus intervenciones, como Cher, que seguramente no tendrá ni más ni menos operaciones en su haber que otras más respetadas a las que todo el mundo alaba su belleza natural. Apenas se está comenzando a recurrir a la cirugía estética para mejorar la vida sexual, pero se cree que éstas serán las intervenciones más demandadas en un futuro próximo. La cirugía genital permite cierto alargamiento del pene, eliminar grasa de los labios mayores o cerrar un poco la vagina.

A mí me fascina la cirugía estética, sería una carrera que elegiría de poder vivir varias vidas. Y me hechizan las caras operadas. Supongo que desde pequeña es algo que he visto normal, teniendo en cuenta mi adoración por Dolores Olmedo, por las artistas excesivas y por las travestis. Me gusta estar pendiente de los adelantos y muchas veces observo a alguien y pienso para mis adentros todos los retoques que le haría. Por eso siento cierta envidia sana por Cindy Jackson.

Cindy Jackson nació en 1955 en una granja de Ohio. Desde pequeña supo que esa vida se le quedaba pequeña y soñaba

con vivir en Londres. También soñaba con que al crecer se transformaría en su muñeca Barbie. Al terminar la formación básica estudió Arte y Diseño y en 1977 se fue a vivir a Londres en plena explosión del Punk, por lo que no tardó en formar un grupo de música. Uno de los sueños estaba cumplido, pero faltaba el otro, ya que Cindy no era una muchacha atractiva. En 1988 recibió una herencia que decidió destinar a hacerse unos retoques. Elaboró una lista de las cosas que no le gustaban de su físico y fue transformándolas una a una. Corrección de la expresión de los ojos, cambio de nariz, unos pómulos más altos, barbilla y mandíbula menos pronunciadas, implantes de silicona en el pecho, liposucción, minilifting... Al cabo de un tiempo era tan experta como su cirujano, porque Cindy ha hecho de su afición una profesión. Actualmente es consultora en varias revistas de moda y una autora bestseller de su autobiografía y de varios tratados sobre cirugía estética. También se puede comprar el vídeo con sus operaciones. Pero la actividad que más le gusta son las consultas personales. El cliente se pone en sus manos y ella le recomienda una transformación que no sólo pasa por la cirugía estética, sino que implica correcciones de ortodoncia, peinado y vestuario.

Mucha gente no comprende a Cindy Jackson, a pesar de que es innegable que es feliz y está realmente guapa. Si lo de esta mujer no es fácil de asimilar, el caso de Jocelyn Wildenstein lo pone todavía más difícil. Nacida en Suiza y residente en París, conoció al heredero multimillonario Alec Wildenstein. Tras un romántico safari en Kenia, donde la familia del chico tenía una finca del tamaño de un estado, Alec quedó

prendado por Jocelyn y sus dotes como cazadora y piloto de avionetas. Ambos adoraban África y las fieras salvajes. Poco después se casaban en Las Vegas y fijaban su residencia en Nueva York. Todo iba bien, sus dos hijos se criaban sanos, pero Alec era un niño caprichoso que no quería privarse de la compañía de otras mujeres. Jocelyn, insegura de su imagen a punto de cumplir los cincuenta, se encerró en un quirófano y salió visiblemente rejuvenecida. El resultado fue del agrado de su marido, pero no por ello dejó de flirtear, especialmente con una joven modelo rusa. Jocelyn, desesperada, intentó una última salida. Si a su marido le gustaban tanto los felinos, se transformaría en uno. Alteró sus facciones para aproximarlas a las de una leona. Su nariz, labios y pómulos se ensancharon y sus ojos adquirieron una posición oblicua muy felina pero muy poco humana. Mantuvo el color de su piel algo más oscuro que de costumbre y cambió el peinado por una melena rojiza. Lo único que consiguió fue precipitar un divorcio que se convirtió en una batalla campal. Alec canceló las tarjetas de crédito de su mujer, su acceso al jet privado, y la dejó sólo con una persona de las veinte que tenía de servicio. Declaró en el juicio que no podía soportar la imagen ridícula de su mujer. Jocelyn, mientras tanto, enseñaba al juez sus uñas extralargas y se quejaba de que necesitaba más criados porque ella no podía abrir ni una lata. Finalmente, la «mujer gato», como la llaman los que se burlan de ella, consiguió una pensión de veinte mil dólares mensuales y las propiedades de Kenia, el castillo de Francia y el piso de Park Avenue. Está comenzando a dar sus primeros pasos dentro del mundo del diseño de complementos, pero sin duda

lo que llama la atención es ella misma, que declara estar muy contenta con su actual imagen.

El caso de Jocelyn Wildenstein abre un debate muy concreto en relación a la cirugía estética: ¿debe el cirujano hacer caso de su cliente, le pida lo que le pida? Los profesionales, ante casos extremos, solicitan primero un estudio por parte de un psiquiatra que certifique si la persona está desequilibrada. Si no presenta ninguna patología, no hay problema en operarla, aunque la mayoría de los cirujanos prefieren no participar en cambios con los que no están de acuerdo. Pero ¿y si la persona está totalmente convencida de lo que quiere? Ésta es una discusión recurrente que mantengo con mi cirujano y sobre todo amigo Enrique Monereo. Yo digo que el paciente debe tener el control sobre su cuerpo. Él dice que por nada del mundo intervendría a una persona sin estar conforme con lo que le pide.

Otras mujeres han alterado otras partes de su cuerpo hasta alcanzar dimensiones imposibles, como los pechos de silicona de Angelyne o de la malograda Lollo Ferrari. Y aquí nos adentramos en el mundo de los que no son iguales a los demás, unas veces por deseo propio, otras por haber nacido diferentes.

El cuerpo monstruoso como paradigma de belleza

Desde que Mary Shelley introdujera el mito del doctor Frankenstein y del monstruo, la sensibilidad estética hacia el diferente no ha variado mucho a nivel mayoritario, pero sí entre deter-

minados grupos que reivindican otro concepto de belleza. Esto puede sonar como algo muy elaborado, pero no es más que otra opción. Quiero decir que yo, ahora, puedo teorizar sobre este asunto, pero cuando decidí a los cinco años que Lily Munster era la mujer más hermosa que salía por la televisión, o que su marido en la ficción, Herman Munster, y el señor Spock de *Star Trek* eran los chicos más guapos, no había ningún fundamento teórico sobre el que hacer esa reflexión. Me gustaban, y punto. Con esto quiero volver a recordar lo que apunté al hablar del Punk: el que cultiva una estética que a los demás les puede resultar rara, fea o desagradable no lo hace por fastidiar al prójimo, sino por acercarse a sus ideales de belleza.

Jocelyn Wildenstein, desde su lujoso piso de Manhattan, se sorprendería al conocer que hay otra mujer en Tejas cuyo amor por los felinos la ha llevado mucho más lejos. Katzen es una tatuadora profesional. Conoció a su marido cuando acudió a su local para hacerse un complicado tatuaje: cubrir todo su cuerpo como si estuviera formado por piezas de puzzle coloreadas finalmente en tinta azul. Últimamente se ha implantado unas prótesis de teflón a modo de cuernecitos. Recibe el nombre de The Enigma, y es toda una celebridad que hasta ha aparecido en un episodio de *Expediente X*. Pero su mujer no le anda a la zaga. Katzen ha tatuado todo su cuerpo con las rayas propias de un tigre. «¿Para qué tatuarse un tigre si toda tú puedes convertirte en tigresa?». No sólo eso, ha limado sus dientes hasta transformarlos en colmillos y se ha implantado unos finos bigotes de teflón. Al matrimonio le gusta trabajar en circos ambulantes y ferias exhibiendo sus cuerpos.

Podría pensarse que estas cosas sólo se nos ocurren a una generación que ha crecido leyendo cómics de mutantes. Pero no. En los años veinte Koo Koo the Bird Girl (la niña pájaro) no nació con ninguna deformidad, pero le gustaba la vida de las ferias y la compañía de la gente de ese mundo. Así que aprendió a sacar lo peor de sí misma y, ayudada por muecas, la ropa adecuada y algún complemento, se exhibía como una extraña monstruosidad imposible de definir.

Otro tipo de modificación corporal es la producida por el uso de corsés, no como complemento estético, sino como aparato ortopédico capaz de transformar totalmente la figura. Los órganos internos llegan incluso a desplazarse. Ethel Granger consiguió tener una cintura de 31 centímetros. Cuando murió a los ochenta y tres años y le retiraron el corsé, su cintura sólo medía 41 centímetros.

Dentro de contextos tribales, las alteraciones corporales también constituyeron un signo de identidad, unas veces de grupo y otras de clase. Los indios navajo vendaban la cabeza de los recién nacidos a una tabla para conseguir un cráneo aplanado, igual que otras tribus andinas. A las niñas chinas les envolvían los pies para evitar que les crecieran, mientras que los mandarines dejaban crecer sus uñas con los puños cerrados para que les atravesaran la carne. Todavía se puede ver a tribus que expanden su labio inferior colocando un plato, o a las mujeres buma y sus increíbles cuellos de jirafa sostenidos por aros metálicos. Otra cosa son las acciones que algunos individuos llevan a cabo para trascender las características de su raza. Michael Jackson no ha inventado nada. En el Congo, Zaire y Senegal las novias

se preparan para el día de su boda aclarando la piel. Se someten a una despigmentación produciéndose una dermatosis severa causada por abrasarse la piel con productos detergentes de uso industrial. La piel se llena de costras y hay que rasparla con un cepillo de púas metálicas. Pasados unos cuantos días, la piel aparece más clara, de un color amarillento. En Tokio hay una tendencia entre algunas chicas japonesas que imitan a mujeres de raza negra. Bueno, esto no es exacto, porque a la que imitan es a Naomi Campbell, que a su vez lleva el pelo alisado y lentillas azules como las blancas. La japonesas se queman la piel para ponerse morenas en concienzudas sesiones de rayos UVA y se inyectan los labios con colágeno. Los blancos nos creemos que no hacemos nada de eso, pero no es cierto. Desde peinados rastafaris hasta bronceados excesivos, hemos comenzado a apropiarnos de señas de identidad de otras razas.

Al fin y al cabo, que cada uno haga con su cuerpo lo que le dé la gana. Lo que no es lícito es transformar a otros seres humanos contra su voluntad. Existen técnicas para crear monstruos y se han usado en niños para luego venderlos a los circos. En 1910 se supo que una tribu de gitanos, de la etnia de los dacianos, vivía en el monte Pancorbo, cerca de Vitoria. Se dedicaban a crear monstruos deformes mediante técnicas de tortura, rotura y amputación de miembros y privación sensorial.

En las mitologías clásicas los monstruos tenían un lugar destacado. Esfinges, sirenas, centauros y cíclopes compartían las aventuras de dioses y mortales. Pero en nuestro mundo real nacer con alguna deformidad supone una de las mayores desgracias con las que se puede encontrar una persona. En nuestra sociedad no hay sitio para los *freaks,* y ahora menos que nunca.

Los monstruos de feria muchas veces llevaban una vida desdichada y eran maltratados por sus cuidadores, que en realidad eran sus carceleros. La triste historia de John Merrick, el Hombre Elefante, que vivió en la Inglaterra victoriana de finales del siglo XIX, es un ejemplo desgarrador. Pero otras muchas veces, las ferias eran su verdadero hogar y la gente del circo su única familia, ya que habían sido vendidos o abandonados por sus parientes biológicos al nacer deformes. Desde 1969 se prohibió en los Estados Unidos la exhibición de personas con deficiencias. La ley entendía que era inmoral someter a un individuo al escarnio y la mofa de los espectadores en los Freak Shows. Pero una ley bienintencionada creó un problema de base. Retirados del espectáculo, ¿de qué iban a vivir los monstruos? ¿O es que acaso los iban a contratar como camareros o dependientes? Hoy en día se piensa que se debería permitir que se ganaran la vida de la única manera que les es posible. De hecho, aunque ya no existen las ferias de monstruos, las personas con deformidades se las arreglan para organizar sus giras de espectáculos a la antigua usanza, aunque ahora son sus propios empresarios. Sería falso decir que se pueden integrar en la sociedad con normalidad, así que buscan agruparse para sentirse más cómodos. Muchos han acabado viviendo en la localidad de Gibsonton, en Florida, convirtiéndola en un pueblo de *freaks* donde no se sienten cohibidos ante las miradas de la «gente normal». Los *freaks* han desarrollado una identidad de la que muchas veces se sienten orgullosos, o al menos no se rechazan. Han nacido así, no son

una aberración, sino una mutación inusual que entra dentro de las leyes de la naturaleza.

Los más vulnerables son los que además de ciertas características físicas tienen retraso mental. A los niños que padecen microcefalia el cráneo le crece bastante puntiagudo, haciendo que la cabeza adquiera un forma cónica. A principios del siglo XX se les presentaba en las ferias con la cabeza afeitada, excepto por un mechoncito de pelo que se dejaba crecer en lo más alto, en la punta del cono, para acentuar así la deformidad. Se les recogía el mechón con un lacito y se les ponían vestidos, aunque fueran varones. Se les conoce como *pinheads,* cabezas de alfiler, y nunca superan la edad mental de un niño de dos o tres años. Sally fue una de las *pinheads* más famosas y trabajó en los mejores circos. Fue retirada por una buena persona que creía obrar con compasión. Sally ingresó en una institución mental especializada. Dejó de comer y estuvo a punto de morir de tristeza. En cuanto regresó con su familia del circo volvió a ser la muchacha traviesa siempre agarrada a las faldas de su cuidadora.

La mexicana Lucía Zárate fue la mujer más pequeña de la que se ha tenido noticia. Nació en 1864 midiendo diecisiete centímetros. Ya adulta llegó a medir cuarenta y ocho centímetros y a pesar once kilos. Lía Graf fue una enana dedicada al mundo del espectáculo que se codeó con las estrellas de Hollywood, de las que era una versión en miniatura. Regresó a Alemania y murió en la cámara de gas tras ser detenida por los nazis.

La polémica sobre si se debe separar o no a dos siameses es algo totalmente nuevo, ya que hace muy pocas décadas que la

cirugía ha avanzado lo suficiente como para intentarlo, y no siempre con éxito. Es un problema moral de difícil solución que antes no existía al no tener remedio. Unas de las siamesas más famosas han sido Daisy y Violet Hilton. Las hermanas Hilton vivieron a principios del siglo XX e hicieron una fortuna exhibiéndose que dilapidaron con sus amantes. Betty Lou Williams no tenía una hermana siamesa, no exactamente. Su hermana, un cuerpo sin conciencia ni movimiento, colgaba de su tripa, como si estuviera escondiendo la cabeza en su estómago. Sin embargo esta terrible deformidad no impidió que creciera sana y ganara mucho dinero en las ferias, con el que compró una casa para sus padres y envió a sus hermanos a la universidad.

Frances O'Connor nació sin brazos, pero aprendió a utilizar los dedos de sus pies con destreza. En su espectáculo escribía, encendía cerillas y brindaba con el público con su copa de champán.

Percilla Bejarano ha sido uno de los casos más espectaculares de mujer peluda. El único sitio libre de pelo eran las palmas de sus manos y las plantas de sus pies. Su condición recibe el nombre de hipertricosis y se caracteriza por la abundancia de vello y por un tono de voz dulce y armonioso. Percilla intentó vestir como un hombre para pasar desapercibida, pero al ser de modales suaves y andares femeninos, llamaba más la atención. Así que decidió aceptarse y ganarse la vida en los circos, donde la anunciaban como la Niña Mono. Allí conoció al Hombre Lagarto, se enamoraron y se casaron. La condición del Hombre Lagarto se denomina ictiosis y produce un engrosamiento de la epidermis hasta convertirla en algo parecido a la piel de los rep-

tiles. Quizá si nunca se hubiera encontrado con el Hombre Lagarto, habría aceptado la propuesta que le hizo una tal Madame Obrea, o algo parecido (Percilla no recordaba bien el nombre). La Niña Mono llegó a Cuba con el circo para el que trabajaba y Madame Obrea quedó impresionada con ella. Era una millonaria que tenía en La Habana una finca enorme llena de monos con los que convivía. Le ofreció a la chica adoptarla para que se quedara a vivir con ella y pudiera dejar el espectáculo y así estudiar o hacer cualquier otra cosa que deseara. Pero la Niña Mono decidió seguir con su vida. Aunque no he podido encontrar más que entrevistas donde Percilla recuerda la anécdota y confiesa no estar muy segura del nombre de la mujer, a mí no me cabe ninguna duda de que se trata de mi tía abuela, Rosalía Abreu. Obrea, Abreu..., es fácil equivocarse. Además, no creo que hubiera otra millonaria cubana con una finca llena de monos. Decididamente, he salido a mi tía en su amor por los animales y su admiración por la gente diferente.

7

TRANSGRESIÓN DE SEXO Y GÉNERO

Más allá del feminismo

Protofeminismo

A lo largo de la historia mujeres de diversa condición se han rebelado una y otra vez contra distintos grados de desigualdad. Muchos casos excepcionales salpican las páginas de este libro. Seguirán siendo esas acciones individuales las que dejen un apunte biográfico reconocible. Pero desde la Ilustración esos empeños personales han tomado cohesión como movimiento social a partir del cual miles de anónimas luchadoras han hecho que para nosotras hoy en día resulten obvios logros que se han tenido que conquistar en el pasado.

La inglesa Mary Wollstonecraft fue novelista, traductora y profesora. Creía en la igualdad de oportunidades y de acceso a la enseñanza, y recogió sus inquietudes en un manual para edu-

cadores. También escribió una *Vindicación de los derechos de la mujer y la ciudadana* en 1792. Casada con el político y escritor racionalista William Godwin, murió en 1797 al dar a luz a su hija Mary Godwin Wollstonecraft, que, más adelante, al casarse con el poeta Percy Shelley se convertiría en Mary Shelley.

María Gouze, una campesina analfabeta, emigró a París a finales del siglo XVIII. Allí se ilustró, se introdujo en los círculos revolucionarios y se convirtió en escritora bajo el seudónimo de Olympia de Gouges. Su relación con la élite intelectual que redactaría la Declaración de Derechos del Hombre en 1795 la llevó a escribir una *Declaración de Derechos de la Mujer* en 1791. Argumentaba que si las mujeres podían ser juzgadas y pasadas por la guillotina también tenían derecho a verse involucradas en las decisiones de gobierno. Defendía la dignidad de la mujer y el reconocimiento de sus libertades fundamentales. La Declaración de Derechos de la Mujer fue presentada a la Asamblea Nacional Francesa. La tensión de la Revolución se dirimía en querellas internas que acabaron por alcanzar a la escritora y sus seguidoras. Los jacobinos clausuraron los clubs de encuentro femeninos y sus socias fueron recluidas en manicomios. Olympia de Gouges se convirtió en una de las primeras mártires de los movimientos feministas al ser condenada a la guillotina en 1793.

La mecha quedó prendida y el siglo XIX vio cómo crecían a la par la industrialización, los movimientos obreros y la concienciación de la mujer sobre su condición de igual infravalorada socialmente.

En Estados Unidos se pusieron en práctica muchas ideas del Liberalismo Ilustrado incluso antes que en la misma Francia. Las

ligas de mujeres que luchaban por sus derechos se acercaron a las que combatían la discriminación racial. Así, feministas y antiesclavistas se apoyaron mutuamente y llevaron a cabo acciones comunes. En 1840 se celebró en Nueva York la primera convención feminista, donde se reclamaron derechos económicos, políticos, sociales y culturales. A las mujeres que reivindicaban el voto se las comenzó a conocer como sufragistas. Estos primeros intentos organizativos fueron duramente reprimidos. El caso más sangrante fue el de las sufragistas de Wyoming, que fueron masacradas el 8 de marzo de 1908, por lo que en esa fecha se conmemora el Día Internacional de la Mujer.

En Europa el pulso fue similar al norteamericano. En 1900 las mujeres alemanas presentaron una petición ante la Dieta de Berlín reclamando el acceso a los estudios superiores y la posibilidad de trabajar en puestos de la administración estatal. El movimiento sufragista europeo se radicalizó hasta conseguir sus objetivos.

En España Emilia Pardo Bazán y Concepción Arenal denunciaron la discriminación femenina. Su discurso estaba más cercano al feminismo social, que reivindicaba igualdad de oportunidades ante la educación y el trabajo, que al feminismo político, practicado por las sufragistas, prácticamente ausente del panorama nacional. Una pionera fue Teresa Claramunt, obrera que desde el activismo sindicalista reclamaba mejores condiciones laborales. En 1902 fue una de las principales impulsoras de la huelga general. Carmen de Burgos exigía a principios del siglo XX una ley de divorcio y planteaba el desamparo de las mujeres en relación con las penas tipificadas como adulterio en el Códi-

go Penal. En los años veinte funcionó la Asociación Nacional de Mujeres de España, manifestándose por primera vez en 1921. Una vez alcanzado el acceso a los estudios superiores, las primeras profesionales no tardaron en hacerse oír.

Clara Campoamor fue la primera mujer que intervino en 1926 ante el Tribunal Supremo. Como diputada desplegó una intensa actividad en el Parlamento de la Segunda República. En 1931 inició su campaña para pedir el voto femenino, enfrentándose a la socialista Victoria Kent, que consideraba que la mujer española no tenía preparación intelectual y que si se la dejaba votar no lo haría a favor de la República. No convenció y el sufragio femenino fue aprobado. Además de diputada, Victoria Kent fue Directora General de Prisiones, cargo que acometió con espíritu revolucionario, planteando el confinamiento con la reinserción como finalidad, no sólo como castigo. Se exilió en México, donde se le encargó que reformara el sistema penitenciario mexicano.

En México fueron importantes precursoras las mujeres que simpatizaron con el levantamiento independentista de 1810. Se alzaron como defensoras de los insurrectos y contra el gobierno virreinal. Josefa Ortiz de Domínguez se mantuvo activa durante la Guerra de Independencia y Leona Vicario actuó como informante de los caudillos independentistas. Todo el siglo XIX está plagado de precedentes feministas, como cartas de mujeres asociadas que piden ser reconocidas como ciudadanas. La periodista y escritora Laureana Wright González fundó en 1884 la primera revista feminista, *Las Hijas de Anahuac,* que cambió el nombre poco después por *Las Violetas de Anahuac*. Con el acceso a

la educación a finales del siglo y a los estudios superiores a principios del XX, comenzaron las primeras luchas organizadas, al principio dentro de los movimientos sindicalistas, más tarde desde clubes de señoritas adscritos al Partido Liberal. La Revolución promovió que las mujeres se posicionaran. Juana Gutiérrez de Mendoza simpatizó con los zapatistas, mientras que Hermila Galindo fue carrancista. Dolores Jiménez y Muro presidió la asociación Hijas de Cuauhtémoc. Pero los derechos políticos tardarían en llegar, pues México fue uno de los últimos países de la América Latina que reconoció el derecho al voto de las mujeres. Fue el presidente Lázaro Cárdenas quien durante su mandato presentó en 1937 una reforma para el reconocimiento de la igualdad jurídica, a la que los diputados opusieron resistencia y no llegó a prosperar. En 1947 se accedió al voto en las elecciones municipales, pero no sería hasta 1953, durante el mandato de Adolfo Ruiz Cortines, cuando las mujeres mexicanas pudieron por fin elegir el gobierno que las representaría.

Los años sesenta

Parece que la lucha feminista desatada tras la Segunda Guerra Mundial queda ya lejana. Desde entonces se han desmontado muchas construcciones culturales opresivas que parecía impensable que desaparecieran, no sólo de la mentalidad colectiva, sino del Código Civil. La noción de desigualdad que a veces nos resulta extraño aplicar a nuestros países es algo que todavía se está desmontando lentamente. Apenas hace unas décadas las

mujeres no tenían entidad jurídica al margen de sus esposos, padres o hermanos. Había que enfrentarse a prejuicios relacionados con la capacidad intelectual o con el deber de casarse para no convertirse en solteronas. Se ignoraba todo lo relacionado con su sexualidad, cuando no se demonizaba por el simple hecho de ser hembra, descendiente de la Eva culpable de «la caída».

Sin duda los años sesenta fueron el despegue definitivo de los Movimientos de Liberación Femenina. Lo que comenzó siendo una lucha por la igualdad de derechos y deberes acabó convirtiéndose en una teoría crítica del papel de machos y hembras en la sociedad. El discurso feminista decidió que el cuerpo de la mujer era no sólo producto de la biología, sino de una confabulación política patriarcal para mantenerla subyugada. Se cuestionó si la apariencia podía contribuir a que la mujer fuera *usada* y se creó el arquetipo de la «mujer objeto». Ninguna chica que quisiera considerarse avanzada podía estar a favor de ciertas normas de arreglo personal, como el maquillaje, el uso de falda o la depilación. El sujetador surgió como símbolo de la opresión que el hombre aplicaba al cuerpo de la mujer y se organizaron hogueras colectivas para quemarlos. Menos politizadas pero igualmente importantes a la hora de fomentar el cambio, creadoras como Mary Quant imponían la minifalda y el corte de pelo «Bob» a millones de jóvenes transgresoras que no veían por qué no podían luchar por sus derechos a la vez que experimentaban nuevas imágenes de femineidad. Lo que al principio fue una contestación organizada acabó teniendo sus propias luchas internas, contradicciones que se materializarían en las décadas siguientes.

Sin duda eso que se ha venido a llamar movimiento hippie ayudó en la generalización de una nueva estética donde la mujer sentía que se liberaba de tabúes en su manera de vestir. La moda unisex nacía para certificar la incipiente igualdad de oportunidades. Desde ahora la mujer podía llevar libremente pantalones y una camiseta. Éste es el momento donde mis ideales estéticos pierden la batalla. Siempre he pensado que hubiera sido un logro más interesante el que, a la vez que la mujer conquistaba definitivamente el pantalón como prenda, el hombre hubiera reconquistado la falda, que al fin y al cabo no hace tanto que disfrutábamos de la visión de sus piernas. Me hubiera parecido más atractivo que, en lugar de pedir a la mujer que dejara de maquillarse, se motivara al hombre a aprender a sacarle provecho a una sombra de ojos. Algo de esto hubo en la década de los setenta con la irrupción del Glam Rock, con los chicos, homosexuales, bisexuales y heterosexuales, maravillosamente maquillados. ¡Si supierais lo sexys que estáis con las uñas pintadas!

Los años setenta

En los setenta comenzó el debate interno entre las feministas. Había facciones que proponían un feminismo radical politizado que exigía la igualdad política. Otras organizaciones de carácter liberal hablaban de desigualdad, no de explotación y opresión, y planteaban reivindicaciones de tipo social. En Estados Unidos, las asociadas a la Organización Nacional para la Mujer luchaban por alejarse de la imagen de «quema-sujeta-

dores» con la que desde los medios de comunicación se intentaba desprestigiar la lucha feminista. El estereotipo de «mujeres que odian a los hombres» estaba en contra de los principios básicos de la organización y suponía una amenaza para su credibilidad. Por la misma razón no se sentían cómodas con el emergente feminismo lesbiano, lo único que les faltaba era que se acusara a las feministas de «mujeres que tienen sexo con otras mujeres». Las escisiones se sucedieron entre lesbianas, feministas radicales, feministas moderadas, feministas de otras etnias que acusaban al feminismo occidental de racista y clasista o mujeres que se consideraban a sí mismas tan feministas como las demás pero que no estaban dispuestas a salir de un dogma para caer en otro.

Por mucho que los sesenta habían sido la década de la liberación sexual, el sexo era un tema no resuelto en el feminismo. Cuando no era considerado tabú, se cuestionaba si no era un arma machista para someter a la mujer. La píldora anticonceptiva y las prácticas más desinhibidas que la joven generación hippie había predicado servían para que la mujer tuviera un acceso más libre al sexo, pero eso no garantizaba que disfrutara de él. Los manuales de Masters & Johnson y el *Informe Kinsey* enseñaban que, aunque gran parte de las mujeres sentía placer y llegaba al orgasmo si se les acariciaba el clítoris, muchas no lo obtenían únicamente mediante la penetración durante el coito, por lo que se consideraba que sufrían una disfunción sexual. Shere Hite distribuyó masivamente entre los años 1972 y 1976 un cuestionario con el propósito de que las mujeres definieran su propia sexualidad en lugar de dejar que médicos o psicólogos lo

hicieran. El descubrimiento básico del *Informe Hite* fue que el 70 por ciento de las mujeres no tiene orgasmos durante el coito, pero sí con el estímulo directo del clítoris. Esto produjo un nuevo entendimiento de la sexualidad femenina desmontando el mito del orgasmo vaginal. El sexo acababa de entrar en juego en la lucha feminista.

Si la mujer hasta hace bien poco no era considerada como un ser sexual capaz de tener orgasmos, lo mismo ocurría con las hembras de los otros primates no humanos. Las observaciones más fascinantes han sido apuntadas por los primatólogos que estudian a los bonobos. Son los únicos simios cuya organización social es matriarcal, quizá porque la diferencia de tamaño entre hembras y machos no es tan acusada y eso impide que éstos puedan dominarlas. Estos parientes de los chimpancés se pasan el día enfrascados en distintas formas de actividad sexual, son sin lugar a duda promiscuos y buscan el erotismo por puro placer. ¿Pero no era el hombre el único ser capaz de encontrar en el sexo algo más que un mero acto biológico destinado a la reproducción? Los bonobos usan el sexo como sustituto de la agresión, dirimen sus diferencias con cópulas indiscriminadas, individuales o en grupo. También comparten la comida a cambio de un favor sexual. Las hembras tienen el clítoris grande y alargado, por lo que disfrutan más copulando cara a cara, aunque los machos prefieren penetrarlas desde atrás; si insisten en esta postura, las hembras van en busca de otro macho más complaciente. Esta actividad sexual desenfrenada crea unos vínculos muy fuertes entre el grupo, especialmente entre las hembras, que frotan sus genitales mientras consuman un abrazo lésbico, cosa que

no incomoda a los machos, que también practican la homosexualidad con normalidad.

Hablar de orgasmo implica hablar de masturbación. Los simios se masturban. Los humanos también. El *Informe Hite* puso de manifiesto que muchas de las mujeres que no conseguían ser satisfechas por sus compañeros sabían perfectamente cómo darse placer a sí mismas. Los psicólogos tuvieron que proceder a un desmembramiento general de las creencias freudianas y el feminismo se enfrentó con fiereza a las doctrinas clásicas del psicoanálisis según las cuales la mujer era «incompleta» psicológicamente al carecer de miembro viril y por eso desarrollaba un trauma denominado «envidia del pene», que se solventaba si alcanzaba la maternidad y paría un hijo varón que la completara. ¡¡Menudo panorama, doctor Freud!! A finales del siglo XIX la masturbación se consideraba una desviación y la histeria una enfermedad femenina que tenía en la crisis histérica su episodio agudo. Se creía que para aliviar la histeria se podía provocar una crisis mediante le estimulación mecánica o eléctrica del clítoris. Los científicos crearon aparatos para la obtención de un orgasmo cuyo resultado sería la crisis histérica. Las mujeres tratadas con estos aparatos eran diagnosticadas además como frígidas, pues no eran capaces de llegar al orgasmo por «el medio natural», la penetración, y los médicos dictaminaban que seguramente tendrían «tendencia al lesbianismo». Pero la historia se encarga de poner las cosas en su sitio, y, de estas salas de los horrores que eran las clínicas especializadas en estos tratamientos, salieron los prototipos de lo que hoy conocemos como vibradores, consoladores y dildos. Lo que hacia 1880 era un instrumento de uso terapéutico y hospitalario irrumpió en la vida sexual de las mujeres con modelos cada vez más sofisticados y coloristas.

Los años ochenta

A finales de los setenta la aparición de la serie *Los Ángeles de Charlie* simboliza un nuevo prototipo de mujer alejado al mismo tiempo del papel sumiso tradicional y del paradigma feminista radical. Representaban a chicas solteras, con independencia económica, deportistas, inteligentes, guapas, capaces de aplicar una llave de judo sin despeinar un pelo de su elaborado brushing. No es de extrañar que Farrah Fawcett Majors fuera la estrella del momento. Con todos estos cambios de paradigma, el feminismo de los años ochenta es muy controvertido, se centra en el tema de la diversidad de las mujeres. Por un lado las jóvenes no se sentían identificadas con los postulados casi dictatoriales que se manejaban desde los sesenta. Su visión del sexo y del propio cuerpo había cambiado y hacía imposible que se ajustaran al molde. De hecho, que hubiera un molde al que ajustarse era motivo suficiente para rebelarse contra él. Se suponía que el feminismo al uso estaba muerto, pero nada más lejano, sencillamente estaba mutando para seguir desmontando estrategias de opresión. El paso lógico era atacar los prejuicios que las propias feministas habían estado almacenando en sus conciencias. Se dio la bienvenida al maquillaje, a la ropa, a la expresión del cuerpo y del sexo como forma de autoafirmación.

Por un lado volvieron los arquetipos de mujer sexual con los que la imaginería masculina había estado jugando durante décadas. Isabel Sarli, Raquel Welch, Jayne Mansfield..., todos los mitos eróticos duramente criticados como objetos sexuales estaban siendo revisados desde otra óptica y darían paso a otros nuevos como Samantha Fox y Sabrina Salerno y, con el paso de unos años, a Pamela Anderson. Las top-models dejaron de ser sólo maniquíes de pasarela para pasar a convertirse en las depositarias del glamour supuestamente perdido en la batalla feminista.

Quien supo llevar al gran público lo que en la calle era una realidad fue Madonna, con sus consignas sobre las chicas de los ochenta que juegan con los hombres, que son manipuladoras y explotan su condición sexual de una forma muy consciente, que saben lo que quieren y cómo conseguirlo y que van a usar en beneficio propio todos los elementos que en el pasado las han mantenido sometidas. Era su respuesta a la sociedad patriarcal, ¡no te necesito, pero te utilizo cuando me conviene! Igual que los hombres frecuentaban locales de strippers en sus juergas entre colegas, las mujeres no sólo salían a cenar sino a deslizar algún billete por el tanga de un musculado bailarín. Ni que decir tiene que el feminismo de vieja escuela protestaba diciendo que las mujeres estaban copiando las conductas más aborrecibles de los machos.

En España se vivía la Transición y una extraña mezcla de imaginería sexual. Iba quedando atrás la eclosión de erotismo a la antigua usanza donde la mujer era sólo un objeto de consumo, por ejemplo en actrices como Nadiuska y todas sus compañeras de reparto en las películas «S»; este fenómeno del «destape» fue la consecuencia natural de «destapar» la válvula de la represión. Por otro lado, algunas de estas bombas sexuales tenían un discurso más moderno, que argumentaba que los objetos no eran ellas, sino los hombres que ellas utilizaban a su antojo gracias a su despampanante físico y la inteligencia que lo acompañaba. Agatha Lys y Susana Estrada fueron dos ejemplos de nuevas feministas a la española.

En los ochenta se pidió desde la teoría feminista que se considerara la prostitución como una forma legítima de trabajo sexual que podía ser libremente elegida por una mujer (estamos hablando desde una perspectiva occidental y hasta cierto punto clasista). Se comenzó a cuestionar que el negocio carnal debidamente regulado y como una opción libre (algo que los más críticos se niegan a considerar) no sólo no tiene que ser humillante para la mujer, sino que aporta una mayor calidad en el trato entre prostitutas y clientes.

Y en los ochenta se llegó incluso a introducir la pornografía como tema de debate, algo imposible anteriormente, ya que el feminismo clásico considera esta actividad como la más degradante para la mujer. Las actrices porno se convirtieron en estrellas que controlaban sus carreras y sus vidas. Ser sexual y disfrutar de ello parecía ser la premisa.

El mundo de la pornografía funcionaba como un espejismo donde en realidad se esconden historias muy desgraciadas de mujeres de usar y tirar. Apenas unas pocas consiguieron transgredir la barrera que les impide abandonar el escenario del porno y continuar una carrera mediática de éxito. La mayoría pasa a engrosar las filas de las actrices serie B que trabajan en subproductos del cine

de terror (nada objetable, desde mi punto de vista cinéfago), pero no consiguen la fama y el reconocimiento que ansían.

Quizá todo había comenzado en los setenta. En 1971 el libro *La prostituta feliz* fue un bestseller instantáneo. Era la autobiografía de la holandesa Xaviera de Vries, más conocida como Xaviera Hollander, una de las madames más famosas de Estados Unidos. En su narración se recogían las anécdotas propias de su oficio con un sentido positivo que invitaba a dejar de demonizar la profesión más antigua del mundo. Xaviera se convirtió en una celebridad que escribía libros y obras de teatro, era entrevistada en televisión y dirigía sus propias empresas. Comenzó a colaborar con la revista *Penthouse* con una columna de consultorio sexual que mantiene a día de hoy.

La otra cara de la moneda la representa Susan Boreman, mundialmente conocida como Linda Lovelace. Se convirtió en la sensación de 1972 cuando se estrenó la película porno *Garganta profunda*. Por primera vez la gente «normal» iba al cine a ver una película de esas características, y lo curioso es que no se trata de una película cuidada, ni especial, ni Linda era un bellezón capaz de reventar las taquillas, pero las taquillas reventaron. El éxito instantáneo le vino muy bien a Linda, que participó en algunas películas eróticas alejadas del porno duro y que por lo tanto no gustaron a sus fans. Escribió un par de autobiografías muy del estilo de la Hollander, donde hablaba de cómo la prostitución y el porno la habían ayudado a superar una infancia difícil marcada por una madre cristiana muy extremista que abusaba del castigo corporal. Pero en los ochenta cambió radicalmente su postura y escribió una nueva biografía con

otra versión de su vida. Declaró que siempre había sido coaccionada para rodar las escenas, incluso que había estado permanentemente encañonada por una pistola, punto desmentido por todos los protagonistas o técnicos de los rodajes. Se ofreció para testificar frente a la Comisión de Investigación de Daños Causados por la Pornografía, asegurando que la pornografía era una forma sofisticada de violación legalizada. Repentinamente era una cristiana arrepentida y una feminista militante. Por esta razón se conoce como «síndrome de Linda» a las declaraciones de ex actrices eróticas que reniegan de su pasado, como les ha ocurrido a Betty Page o a Samantha Fox. Linda murió en un accidente de tráfico en el año 2002.

Traci Lords es una de las que más éxito ha alcanzado una vez superado su paso por el porno. Claro que su historia dentro de éste también es bastante particular. Nacida como Christy Lee Nusman en 1968, de niña abandonó su Ohio natal con su madre divorciada y sus hermanas para vivir en California, donde se convirtió en una adolescente problemática. Su padre la había violado a los diez años, pero no es seguro que la madre entonces lo supiera. A los catorce años bebía demasiado, comenzaba a tener problemas con la cocaína, se quedó embarazada y abortó. Un día un cazatalentos (¿o debería decir «cazacuerpos»?) de la revista *Penthouse* la descubre en la playa y la invita a que pose para la publicación. Falsificó un carnet de identidad para que no se enteraran de que era menor y adoptó el nombre de Nora Louise Kuzma, con el que comienza su carrera como modelo de revistas eróticas. Pronto descubrió que a veces para conseguir los trabajos tenía que acostarse con tipos muy poco

atractivos, así que decidió probar suerte en el cine porno, según sus propias palabras, «para al menos acostarme con tíos buenos». Ya con el nombre de Traci Lords, inmediatamente se convirtió en una estrella que exigió comodidades, un altísimo salario, un trato digno, horarios de rodaje relajados y elegir a sus partenaires en las películas. En 1984, con dieciséis años, fundó su propia productora y se convirtió en una empresaria que movía millones de dólares. En 1986, justo cuando acababa de cumplir dieciocho años, el FBI descubrió que había rodado más de setenta películas para adultos siendo una menor. La noticia trascendió y se convirtió en un escándalo internacional. Traci no se mostró arrepentida, ni aprovechó turbias escenas de su infancia para justificarse. Dijo que había hecho lo que había querido, como había querido y cuando había querido, que era dueña de sus actos y de su carrera. Aun así anunció que dejaba el mundo del porno para enfrentar nuevos retos artísticos. Quizá las amenazas de la mafia de la pornografía tuvieron algo que ver en esta decisión, ya que tuvieron que retirar todas sus películas del mercado, o adecuar las escenas más duras, presionados por el descubrimiento de la minoría de edad de la actriz. De hecho sólo hay una película porno «oficial» de Traci Lords, que rodó cuando ya tenía dieciocho años. Su fama le permitió editar libros, un vídeo de aeróbic, ser la imagen de una campaña de la marca de ropa Guess y hasta grabar un disco de música de baile. Aunque su primera oportunidad como actriz se la dio Roger Corman, su papel cinematográfico más memorable se puede disfrutar en *Cry Baby,* la película del transgresor John Waters que le abrió las puertas del cine «normal». Además ha aparecido como invitada

en series de televisión de máxima audiencia como *Roseanne, Melrose Place, Profiler, Hercules* o *First Wave.*

Ilona Staller nació en Budapest, Hungría. Dio sus primeros pasos como modelo y miss hasta llegar a Radio Luna, emisora italiana en la que en 1976 presentaba un programa que abordaba el tema de la educación sexual. Ante la censura de la empresa, optó por no mencionar directamente los órganos sexuales, dándoles otro nombre; al sexo femenino lo llamaba «cicciolina», y es así como adoptó el apodo por el que todo el mundo la conoce. Su carrera como modelo erótica dio paso a una fructífera incursión en el mundo del porno, donde trabajó con los actores más importantes (y mejor dotados), como John Holmes o Rocco Sifredi. Cicciolina decidió presentarse como diputada por el Partido Radical y consiguió un escaño en el Parlamento italiano en 1987. Más tarde fundó su propio grupo político, el Partido del Amor. Se casó con el artista Jeff Koons, que la utilizó como modelo para las obras de la serie *Made in Heaven.* Tuvieron un hijo, se divorciaron y actualmente pelean en los tribunales por la custodia del niño.

Los años noventa

El psicoanálisis freudiano ha dado paso a la visión mítica de la psicología de Jung. Se cuestiona qué significa ser hombre y mujer usando arquetipos y símbolos de la psique. Si los ochenta sirvieron para que se hablara de sexo, en la década de los noventa el tema fue el amor, la posibilidad de una relación amorosa verdadera entre hombres y mujeres, asunto eludido en el discurso femi-

nista. Las mujeres también han empezado a hablar de la «trampa del feminismo» que las ha sacado del hogar para trabajar sin liberarlas del trabajo no remunerado en el hogar. Las supermujeres pueden con todo, profesión, marido, hijos..., y siguen sin encontrar demasiada ayuda en sus parejas. Igual que en el pasado había una presión social para que la mujer se casara, algunas sienten que ahora la obligación es ser independiente por encima de los compromisos emocionales. Al mismo tiempo, hasta los hombres mejor dispuestos están despistados. Ya no los necesitamos como cazadores-proveedores y no todos saben relacionarse con las mujeres como compañeros de igual a igual. Se habla de que la «envidia del pene» ha dado paso a una «envidia del clítoris» en la que el hombre ve cómo la mujer puede prescindir de él absolutamente para todo, incluso, gracias a las técnicas de fecundación, para procrear. Las mujeres siempre han tenido la capacidad de convertir en padre a un hombre aunque él no quiera. Con las actuales leyes de separación, que suelen dar la custodia a las madres, también tienen la capacidad de privar a un hombre de su papel como padre. Los machos más agresivos además de despistados están enfadados. Si antes le daban un guantazo a su mujer ésta se callaba; hoy, le denuncia. A lo mejor por eso vemos tantos casos de homicidio dentro de la pareja. Mientras la mujer aguanta su ración de golpes la ira se mantiene bajo un cierto control. Pero cuando no se calla y responde, el macho dominante pierde los nervios y la paliza se le va de las manos. La transgresión de responder al marido es algo que los asesinos no pueden perdonar a sus víctimas.

Pero sin duda desde los noventa lo más importante es la aparición de una nueva teoría crítica feminista.

Simone de Beauvoir publicó en 1949 un libro clásico de la literatura de los movimientos feministas, *El segundo sexo*. Ciertamente la Beauvoir es una figura básica dentro de la teoría feminista, pero no ha sido hasta hace muy poco cuando su influencia ha adquirido una dimensión extraordinaria de consecuencias paradigmáticas dentro del feminismo. Su afirmación «No se nace mujer, se hace» ha dado pie a la desnaturalización postfeminista del género. La noción de género irrumpió con fuerza en las ciencias sociales en oposición a la de sexo. Aquélla describe una construcción social mientras que ésta habla de algo determinado biológicamente. El llamado Second Wave Feminism americano propone en la teoría de género que éste debe ser considerado una elaboración histórica. Lo que nosotros creemos que representan un hombre y una mujer, la forma en que deben comportarse, su vestimenta, sus roles dentro de la sociedad..., todo es una creación de nuestra cultura que nada tiene que ver con el sexo con el que se nace. Siguiendo a Simone de Beauvoir, ser mujer u hombre es algo que se construye con la educación que nos dan desde que nacemos. Por lo tanto no es inmutable y podemos cambiarlo a nuestro antojo.

Este posfeminismo surgido a partir de los años noventa parte en gran medida del existencialismo de Sartre que predica que la libertad es la que nos obliga a *hacernos* en vez de *ser;* del estructuralismo de Lévi-Strauss, del deconstructivismo de Derrida y del postmodernismo; de Lacan, Foucault, Deleuze; de los estudios culturales y de la cultura popular que vomitan los medios de comunicación.

Este posfeminismo insta a cuestionar la identidad y la manera en que la formamos. Nos invita a que veamos que el género no es más que una representación, una imitación tomada como verdad. Si al género se le despoja de la ropa, la actitud y el lugar que ocupa en la sociedad, no tiene solidez y no influye en el sexo de la persona ni en sus inclinaciones sexuales. Género, sexo y motivación sexual son tres partes distintas del individuo sin vínculo entre ellas.

Si no se nace mujer, ¿cómo se llega a serlo? ¿Cómo es el mecanismo a través del cual construimos el género? La hiperfeminidad exhibida por travestis y transexuales ha permitido analizar la construcción del hecho que supone representar una mujer. Su caracterización como mujeres (género) no necesita de un cuerpo (sexo) femenino.

La disputa sobre el género que subyace en el pensamiento feminista actual replantea las categorías del mismo como variables que pueden ser repensadas. La identidad pasa por un cuerpo con significados culturales que mantiene una relación externa con los demás y que está en continuo proceso de construcción. No sólo no se nace mujer, sino que, de alguna manera, nunca se llega a serlo.

El feminismo lésbico

En el siglo XVIII se tiene noticia de una hermandad de mujeres irlandesas llamada The Ladies of Llangollen, que reivindicaba un tipo de amistad romántica rayana con el lesbianismo. Pero

habría que esperar a 1955 para ver el nacimiento del primer grupo de lesbianas organizadas como miembros. El colectivo las Hijas de Bilitis fue fundado por cuatro parejas con la intención de promover el contacto y la ayuda entre sus miembros. Surgieron otros grupos y en 1960 se celebró la Primera Convención Nacional de Lesbianas en San Francisco para propiciar la integración de los homosexuales en la sociedad.

Es lógico que una de las escisiones más visibles dentro del movimiento feminista sea el cisma provocado por el feminismo lésbico. Las lesbianas fueron conscientes de estar marginadas tanto por el feminismo heterosexista y un tanto homófobo como por los colectivos gays dominados por machos homosexuales. El suceso protagonizado por Valerie Solanas en 1968 no ayudó mucho a mejorar las relaciones. Había fundado SCUM (Society for Cutting Up Men - Sociedad para Rajar a los Hombres) y editado un manifiesto donde plasmar sus premisas, básicamente que el amor sólo puede existir entre dos mujeres porque ser varón es ser deficiente, que los hombres son unos parásitos repugnantes y que tienen un «toque de Midas negativo», todo lo que tocan lo convierten en mierda. Andy Warhol la tomó por un personaje pintoresco más y le pidió que escribiera un guión para alguna de sus películas. Pero Valerie Solanas no servía para jugar a superstar y se obsesionó con que quería robarle las ideas. Apareció en la Factory y tiroteó a Warhol, que estuvo a punto de morir. De paso, una bala atravesó seis cuadros de sus famosos retratos de Marilyn Monroe, las *Marilyns tiroteadas,* que son los que han alcanzado más valor en el mercado del arte.

Aun así, los setenta vieron el nacimiento de organizaciones como Radicalesbians, que denunciaban la antipatía que el movimiento feminista sentía hacia las subculturas sexuales. El feminismo lésbico de esta década está tan politizado como el heterosexual. Por entonces se generalizaba la identificación con las amazonas, guerreras legendarias que vivían en una sociedad matriarcal y exclusivamente femenina, asociación que dura hasta hoy en día. Incluso algunos grupos organizados han elegido como distintivo el labrys, el hacha de doble cabeza supuestamente utilizada por las amazonas. El personaje televisivo de Xena, la Princesa Guerrera, ha sido entronizado como icono lésbico. Hay capítulos donde los matices de su relación con la amazona Gabrielle quedan muy claros, ¡y estamos hablando de una serie infantil!

Los ochenta son la década definitiva para el lesbianismo. De hecho buena parte de la discusión despertada dentro del feminismo proviene de la teoría crítica sáfica. Entre las lesbianas comenzó un debate que enfrentaba posturas opuestas. Si para la mayoría la pornografía era el medio de humillación más mezquino que el hombre había inventado para degradar a la mujer, para otras era un terreno a explorar y en el que demandaban un repertorio erótico propio sin tener que acudir a las imágenes de chicas y sexo entre mujeres producidas originalmente para excitar a los machos heterosexuales. Otras fueron más allá dándole visibilidad al sector S & M (de prácticas eróticas sadomasoquistas) y reclamando su lugar como subcultura. Hubo debates encendidos acerca del rol de la mujer lesbiana, como bollo masculinizado o como bombón sexy. A estas discusiones teóricas se

las conoce bajo el epígrafe de Sex Wars (Guerras de Sexo) y tuvieron no poca incidencia en el feminismo heterosexual de los ochenta. Pat Califia y Camilla Paglia son dos de las más conocidas artífices de estas corrientes de renovación, que se mantienen al rojo vivo.

Los espectáculos de drag-kings (mujeres vestidas para parecer hombres) y su mayor presencia social han servido para cuestionar la construcción de la masculinidad, de la misma forma que ocurrió con travestis o transexuales y la femineidad. Las categorías de masculino y femenino no aparecen como realidades naturales, sino como abstracciones sociales y políticas.

El más reciente *Informe Hite,* centrado no sólo en cuestiones sexuales sino afectivas, revela que la mayoría de las encuestadas piensan que es más igualitario el amor entre mujeres, y que cada día son más las adultas viudas o divorciadas que eligen a otra mujer para compartir vida y erotismo.

A lo largo de la historia el simple hecho de ser homosexual ha sido en sí mismo un elemento de transgresión. Se ha considerado como perversión sexual a toda forma de relación sexual no reproductiva, desde la masturbación o la felación al juego erótico entre personas del mismo sexo. Por eso el/la homosexual ha sido marginado y perseguido, convertido muchas veces en transgresor a su pesar.

Si bien el lesbianismo se ha hecho visible como movimiento hace poco, su existencia se puede seguir en cualquier época histórica. Entre estas páginas han aparecido algunas lesbianas y bisexuales célebres, como Margaret Mead, Ruth Benedict, Tamara de Lempicka, Frida Kahlo, Léonor Fini, Romanie Brooks,

Chavela Vargas, la vampira Carmilla, Marlene Dietrich, Greta Garbo... Y es que, como dijo la genial Lola Flores en aquella impagable serie autobiográfica que grabó para televisión: «¿Quién no se ha dado un "pipazo" con una buena amiga?».

Quizá sea dentro de la literatura donde más visibilidad han alcanzado las lesbianas, sobre todo teniendo en cuenta de dónde toma el lesbianismo su denominación. Safo nació en la isla de Lesbos, en el Egeo, en el siglo VI a.C. Fue una poetisa que ensalzó el amor entre mujeres, los pocos fragmentos que se conservan de su obra son versos de amor dedicados a la mujer. A principios del siglo XX las escritoras Renée Vivien y Natalie Barney fueron las primeras en reivindicar a Safo como símbolo del lesbianismo.

Los elementos homoeróticos en la poesía de sor Juana Inés de la Cruz son motivo de debate. Mientras que para algunos críticos representan exaltaciones simbólicas de un amor superior, las escritoras lesbianas mexicanas la reivindican como predecesora. De hecho, un grupo activista lésbico funciona bajo el nombre de El Closet (armario) de Sor Juana.

En el siglo XVIII los círculos literarios eran frecuentados por algunas lesbianas que vivían su opción sexual abiertamente provocando el escándalo. Es el caso de la actriz Charlotte Cushman, gran dama del teatro, una de las intérpretes shakespeareanas más alabadas. O de Elisabeth Marmury y Elsie de Wolfe, pareja que se convirtió en imprescindible anfitriona de la vida social neoyorkina sin preocuparse de las habladurías surgidas en torno a

su convivencia. Por cierto que a este tipo de uniones en las que dos mujeres vivían bajo el mismo techo en «estrecha» relación se las conocía con el eufemismo de matrimonios bostonianos.

A Dolly Wilde, sobrina de Oscar Wilde, a veces le gustaba vestir como un hombre, causando cierto estupor entre quienes habían conocido a su tío, pues el parecido físico era sorprendente. Mantuvo una relación atormentada con Natalie Barney, que a su vez sedujo a la cortesana Liane de Pougy y a las escritoras Renée Vivien, a Djuna Barnes y Colette.

Gabrielle Sidonie, Colette, escribió entre 1900 y 1903 una serie de relatos donde la protagonista, Claudine, es objeto de deseo para otras mujeres. Estas historias estaban basadas en los diarios que escribió en su etapa escolar. Contrajo varias veces matrimonio y la Barney no fue la única de sus amantes femeninas; una de las más singulares fue Mathilde de Morny, que siempre vestía como un hombre y era conocida en el círculo lésbico como Monsieur Belboeuf. Colette y ella actuaron en el Moulin Rouge interpretando una coreografía en la que al final se fundían en un beso y que fue prohibida por la policía. Galardonada con la Gran Cruz de la Legión de Honor, fue la primera mujer en recibir un funeral de Estado en Francia, acto boicoteado por la Iglesia, que se negó a enviar a un sacerdote y a levantar una cruz sobre su tumba como condena por su comportamiento escandaloso.

Virginia Woolf fue una de las fundadoras de la crítica literaria feminista desde las páginas de *The Times*. Casada con Leonard Woolf, mantuvo durante dieciocho años algo más que una amistad con Vita Sackville-West. Y es que el Grupo de Blooms-

bury se caracterizó por las turbulentas relaciones entre sus miembros. Dora Carrington sostuvo un romance con Julia Strachey, aunque de quien estaba verdaderamente enamorada era de su hermano homosexual, Lytton Strachey. Dora y Lytton alimentaron un idilio semiplatónico y compartieron los amantes.

A Gertrude Stein se debe la renovación de la crítica literaria. Su salón de París rivalizaba con el de Natalie Barney por congregar a los intelectuales y artistas de la época, como Picasso, Diaghilev, Cocteau o Hemingway. Mantuvo una relación duradera con su secretaria Alice B. Toklas.

Violette Leduc fue una de las primeras periodistas freelance de Francia. Amaba profundamente a Simone de Beauvoir sin ser correspondida.

Marguerite Yourcenar no sólo vivió su lesbianismo, sino que introdujo elementos homoeróticos en sus obras. En 1929 publicó *Alexis*, la primera novela que contaba la historia de un hombre decidido a dejar a su mujer para ir en busca de otros hombres. El reconocimiento internacional le llegaría con *Memorias de Adriano,* donde se narran los amores entre el emperador Adriano y su favorito Antinoo.

A los catorce años descubrí una novela que fue una revelación, *El muchacho persa* de Mary Renault. Desvelaba el triángulo amoroso formado por Alejandro Magno, su eunuco Bagoas y su general y favorito Hefaistión. En ese momento me volqué en la novela histórica y en otras obras de la autora. Mary Renault introdujo en sus libros a lesbianas y escribió abiertamente sobre el amor entre hombres, no como un elemento problemático de la trama, sino como algo natural que forma parte

de la vida. Antes de dedicarse plenamente a la escritura fue enfermera, y precisamente con una compañera de hospital compartió su vida sentimental durante casi cincuenta años.

Patricia Highsmith ya era conocida por haber escrito la novela en la que se basó la película de Alfred Hitchcock *Extraños en un tren* cuando publicó un relato sobre amor entre mujeres ambientado en bares de lesbianas, *El precio de la sal,* bajo el seudónimo de Claire Morgan. A pesar de haber tratado temas relacionados con la homosexualidad, nunca se manifestó abiertamente como lesbiana.

Parece que actualmente la mayor visibilidad de las lesbianas tiende a la normalización de su inclusión en sociedad. A eso ayuda que las celebridades hablen abiertamente de su opción sexual. Martina Navratilova fue la primera deportista de élite que salió del armario mientras estaba en activo. Eso hizo que perdiera algún sponsor, pero la ayudó a tomar conciencia de la discriminación de los homosexuales. Actualmente es una activista convencida. La cantante K. D. Lang no ha tenido ningún problema en imponer que se la acepte tal y como es. Haciendo gala de un gran sentido del humor salió en la portada de la revista *The Face* posando junto a Cindy Crawford. La cantante aparecía sentada en una silla de barbero mientras la modelo se inclinaba insinuante sobre ella como para afeitarla. Sandra Bernhard, la famosa actriz cómica con la que se relacionó a Madonna, parece que también ha vivido un romance con la modelo y actriz Patricia Velásquez, que ha sido el primer bellezón en hablar de su les-

bianismo con toda tranquilidad, a la vez que explota su increíble físico posando en bikini para las revistas de caballero.

En España apenas hay presencia visible de las lesbianas fuera de los colectivos y del ambiente, en contraposición al peso constante de gays masculinos en los medios de comunicación. Los papeles de homosexuales se van haciendo habituales en las series, y el de la lesbiana interpretada por Anabel Alonso es un ejemplo de normalización, apoyado por la naturalidad con que la actriz habla de su propia sexualidad. El caso de Anabel es una excepción, pues así como cada vez son más los personajes públicos masculinos que no ocultan su homosexualidad, sigue siendo excepcional entre los femeninos.

Activistas como Millie Hernández o Boti García Rodrigo, presidenta del COGAM, saben que queda mucho por hacer. Millie abrió la librería Berkana en 1993 en la plaza de Chueca con la intención de ofrecer una atención especializada a gays y lesbianas. En la zona funcionaban varios locales nocturnos de *ambiente*, pero la librería fue el primer negocio «de día» de la comunidad gay. Diez años después Berkana se ha trasladado a un local más amplio, el barrio está lleno de comercios y es un ejemplo de convivencia entre los vecinos de toda la vida y los nuevos inquilinos.

La forma más sana de luchar contra la discriminación es haciéndose visible, adoptando con orgullo los vocablos que han servido para insultar al diferente. Los gays se reconocen como maricones y las lesbianas como bolleras. Y yo me sumo a la proclama elevada por Malena Gracia y Yola Berrocal desde el Hotel Glam: «¡Viva el rollo bollo!».

Transgrediendo el sexo biológico

Mujeres que visten como hombres

Más de una vez la mujer ha asumido la vestimenta del otro sexo. Unas veces ha sido para darle salida al aspecto masculino dominante en su personalidad (como la Monsieur Belboeuf de Colette) y otras para poder desenvolverse en un mundo de hombres. Lesbianas o heterosexuales, han buscado en el uso de nombres, ropas y roles masculinos una forma de transgredir los factores sociales y culturales que las constreñían.

Entre las lesbianas, el tránsito del siglo XIX al XX tuvo varias protagonistas. La novelista inglesa Marguerite Antonia Radcliffe-Hall cambió su nombre por el de John Radcliffe-Hall. Consideraba su lesbianismo como un factor biológico natural y sentía que era un hombre atrapado en el cuerpo de una mujer. Esa identificación con lo masculino la hacía muy poco condescendiente con las feministas y no aprobaba la lucha de las sufragistas. Willa Cather decidió a los once años usar ropa masculina, cortarse el pelo y obligar a todo el mundo a llamarla William o Billy. Ganó el Premio Pulitzer en 1922.

Hay submundos que parecen más propicios que otros para acoger a mujeres vestidas como hombres, y sin duda el rey de esos mundos alternativos es el de los piratas, quizá porque además del propio papel subversivo de la piratería es un marco excepcional para adueñarse de comportamientos normalmente reservados a los hombres y una vía de escape ante un destino marcado por la sumisión. Hay cientos de mujeres que eligieron

la aventura corsaria. Unas veces su condición femenina pasó inadvertida para sus compañeros y otras sabían que quien los comandaba no era un hombre. Además es un hecho constante en todas las épocas y culturas. Algunas vivieron realmente y otras forman parte de la imaginería legendaria.

Se dice que la reina Artemisa de Halicarnaso practicó la piratería en el siglo V a.C. contribuyendo a la prosperidad de la ciudad griega. En ese mismo siglo se le atribuyen dotes como corsaria a la fundadora legendaria de Cartago, la reina Dido. En el siglo III a.C. hay constancia de las actividades de la reina Teuta de Iliria. Ya en el siglo IX de nuestra era, la piratería vikinga cuenta con su heroína, Awilda o Alcuida. Los siglos XVI y XVII fueron el escenario de los abordajes de Lady Killgrew, la marquesa de Fresen y la irlandesa Grace O'Malley. También fue célebre la ferocidad de la musulmana Sida al-Hurra.

Pero uno de los casos mejor documentados es el de las piratas Ann Bonny y Mary Read. Ann nació en Irlanda, hija de un abogado y su sirvienta. Para eludir el escándalo, el matrimonio embarcó con su pequeña bastarda hacia la colonia americana de Carolina del Sur. Con el fin de que la gente no sospechara quiénes eran, hicieron que la niña se vistiera siempre de niño. Ann era rebelde y difícil, le gustaba meterse en peleas, y a los trece años tuvo que huir de casa tras apuñalar a una criada. Su padre, que había hecho una fortuna con las plantaciones de sus nuevas tierras, la desheredó. Se casó con el marinero James Bonny, aunque pronto se separaron. El matrimonio no fue motivo para que Ann dejara de vestir como un hombre, así que se pudo enrolar en un barco como grumete. Ann decidió afincarse en las Bahamas,

paraíso de filibusteros. Ahí conoció al capitán Calicko Jack y surcó los mares luchando junto a él. Mientras tanto, la vida de Mary había transcurrido de manera similar, porque vistió desde pequeña como un chico. Hija bastarda, al morir su hermanastro su madre decidió hacerla pasar por él para así cobrar una pensión de la familia de su marido. A los doce años ya servía como mozo, pero buscaba nuevos horizontes. Dejó su Londres natal y se alistó como cadete en un buque de guerra. Se enamoró de un marinero, por el que volvió a una vida «normal» como su esposa. Pero enviudó pronto y volvió a enrolarse en la armada con rumbo a las Indias Occidentales. Nadie sospechó que se trataba de una mujer. Como era habitual en aquellos tiempos, su buque fue abordado por un barco pirata y pasó a «trabajar» con ellos. El barco era el del capitán Calico Jack y en él viajaba Ann. Las dos mujeres se descubrieron mutuamente, se gustaron y establecieron un singular triángulo amoroso con el capitán. Ésa era la situación cuando fueron atacados por orden del gobernador de Jamaica. En un documento de 1721 se narra cómo sólo dos piratas opusieron resistencia mientras los demás se rendían, y la sorpresa que se llevaron las autoridades al reducirlos y descubrir por sus pechos que eran mujeres. Fueron condenadas a la horca, pero no llegaron a cumplir la sentencia. Mary Read estaba embarazada (presumiblemente de Calicko Jack) y era ilegal matar a un niño no nacido por ejecutar a su madre. Aun así, Mary murió en prisión sin llegar a dar a luz. Ann Bonny desaparece sin dejar pista y se especula si la fortuna de su padre no tuvo algo que ver en una posible conmutación de la pena. La impronta de estas mujeres cuyas vidas se cruzaron permanece viva, alimentando nove-

las y narraciones. Hasta una variedad de cerveza, la Ann Bonny's Amber, nos hace evocar el Caribe bucanero de siglos pasados.

Y no tan pasados. La tradición de la piratería en el Pacífico está tan arraigada como en el Atlántico. También hay muy buena documentación acerca de las piratas filipinas y chinas. En el siglo XIX Cheng I Sao comandaba la Flota de la Bandera Roja. Y prácticamente ayer, entre 1937 y 1950, Huang P'ei-mei tenía a su cargo nada menos que a cincuenta mil piratas.

España tiene su propia aventurera intrépida, Catalina Erauso. Nació en San Sebastián cuando al siglo XVI apenas le quedaban un par de lustros. A los cuatro años su familia la ingresó en un convento con el fin de que se preparara para ser monja. Aprovechó este período para aprender latín y euskera, hasta que se escapó a los once años sin haber tomado los hábitos, por lo que el sobrenombre por el que se la conoce, la Monja Alférez, es incorrecto. Nada más abandonar el convento cambió su aspecto por el de un chico. Consiguió mantener su anonimato incluso en presencia de familiares que no la reconocieron. En la España de principios del XVII la gran aventura era América. Con trece años se enroló como grumete y cruzó el Atlántico. En la nueva tierra trabajó como transportista sin despertar sospechas. Mantuvo ambiguas relaciones con mujeres, siguiendo a una que la había seducido llegó a Lima, donde se alistó como soldado y encontró a su hermano Miguel. Increíblemente, vivió tres años con él sin que éste se diera cuenta de quién era. Se sabe que vivió un tiempo con una mujer llamada María a la que salvó de un marido violento. La crueldad y la furia con que trató a los indios en la batalla de Valdivia le granjearon el ascenso a alférez, aunque esa misma actitud innecesariamente cruel le impidió conseguir otros ascensos. Pendenciera y jugadora, gustaba de batirse en duelos, y quiso la mala suerte que en uno de ellos matase a su propio hermano. Viajó a Argentina y se convirtió en bandida. Fue a Bolivia en busca de El Dorado, participando de nuevo en una matanza de indios en Potosí. En una pelea callejera mató a un hombre y quedó malherida, por lo que viéndose al borde de la muerte contó a un jesuita que era mujer. Éste la convenció para que hiciera una confesión pública ante el obispo y así librarse de las órdenes de captura que había acumulado por sus pillajes. Consiguió el perdón real una vez que las comadronas la examinaron y dictaminaron que seguía siendo virgen. Inmediatamente se convirtió en una leyenda y en una heroína. Regresó a la Península y publicó una autobiografía. El rey le concedió una pensión a cambio de que vistiera como mujer. Catalina la rechazó y siguió utilizando atuendo y nombre masculino. Regresó a América y murió en Veracruz, México. María Félix y Esperanza Roy la han interpretado en el cine.

Siempre me he preguntado por qué mi personaje favorito de los libros de *Los Cinco* de Enyd Blyton se empeñaba en hacerse pasar por chico. Georgina juega un papel extraño dentro de la literatura infantil. Vestía como un niño y obligaba a todos a que la llamaran Jorge. La acción se desarrollaba en una idílica Inglaterra donde los roles de género estaban perfectamente definidos y Jorge detestaba que le mandaran a hacer tareas de chica. Lo más delicioso de la historia es que sus compañeros de aventuras

aceptaban su travestismo como algo natural. ¿Era Jorge una bollo en potencia o sólo una chica que se rebelaba ante los convencionalismos? ¿Qué pretendía transmitir la escritora con este personaje? ¿Era un homenaje a George Sand?

George Sand nació como Aurore Dupin a principios del siglo XIX. Casada con el barón de Dudevant, se separa tras darle dos hijos para convertirse en amante del novelista J. Sandeau, con quien escribió bajo el seudónimo de Jules Sand la novela *Rose et Blanche*. En adelante continuó su producción literaria ya bajo el nombre de George Sand, aunque no permaneció al lado del escritor. También tuvo amores con Merimée y Musset, aunque su relación más larga y conocida la vivió junto a Chopin. Fue una generosa protectora de escritores jóvenes, como Flaubert. George Sand vestía como mujer la mayor parte del tiempo, pero cuando lo hacía como hombre gustaba acompañarse de un puro para crear mayor impacto visual.

El caso de Hatshepsut es ciertamente singular porque no se trata, como las piratas, de una mujer que tiene que asumir un rol masculino para desenvolverse entre los machos, sino de una reina que elige ser representada como faraón aunque todos saben que es mujer.

Entre las mujeres que han luchado como soldados, es célebre la historia de Hua Mu-Lan. Nació en el seno de una dinastía del norte de China. Hija de un general del ejército del emperador, decidió acudir a luchar en el lugar de su padre enfermo. Sus habilidades como guerrero eran notables, basadas en el kung-fu y en el manejo de la espada. Mu-Lan fue pronto ascendida a comandante en jefe y se enamoró de un compañero. Tuvo

que revelar su verdadera identidad para tranquilizar al soldado objeto de su amor. Su historia ha inspirado cuentos, poemas y hasta un movimiento del tai chi conocido como la serie Mu-Lan.

Probablemente el caso más célebre de inversión vestimentaria es el protagonizado por Juana de Arco. La campesina comenzó a oír a los trece años unas voces celestiales que la impulsaban a liberar a los franceses del poder de los ingleses. Recordemos que estamos hablando de 1425, dentro del contexto de la Guerra de los Cien Años que enfrentó a Francia e Inglaterra, estados en plena vía de formación. Su tenacidad al presentarse varias veces ante los capitanes del ejército francés le granjeó simpatía y adeptos, y fue armada caballero en Orleans. Luchó junto a los soldados recuperando ciudades y su actuación fue decisiva para que el delfín llegara a ser coronado como Carlos VII. En 1430 fue apresada por los ingleses y sometida a un proceso de herejía a puerta cerrada. Sin duda las voces que la Doncella de Orleans identificaba como las de san Miguel y santa Catalina fueron uno de los argumentos que los inquisidores esgrimieron aduciendo que era la voz del maligno la que la guiaba. Pero lo que la condenó definitivamente a la hoguera fue el hecho de que vistiera como hombre. Ella replicó que dentro del ejército tenía que actuar como un hombre y que ésa era la ropa adecuada para su labor, que sería más escandaloso que durmiera entre soldados sin sus calzas y vistiendo una falda. Se negó a despojarse de su uniforme militar durante todo el proceso por lo que llegaron a presionarla con prohibirle oír misa y comulgar si no lo hacía vestida como correspondía a alguien de su sexo. Pero Juana explicaba que no estaba en su mano cambiar el tra-

je con el que debía llevar a cabo su misión divina. Los inquisidores encontraron en esta negación el argumento central de la condena. Si la detenida afirmaba que las voces eran las que la inducían a vestir como hombre, sin duda no podían provenir más que del demonio, pues llevar la ropa y el peinado de corte circular del otro sexo era signo de procacidad y deshonor, un atentado contra la decencia natural. Haciéndola temer por su vida, lograron que Juana abjurase y vistiera un camisón. Pero al día siguiente cuando abrieron su celda volvía a llevar el uniforme militar. Juana confesó a los celadores que dejar de llevar esa ropa quizá la salvara de ser ajusticiada, pero la condenaría en la vida eterna por romper la promesa que había hecho ante Dios. Abandonada a su propia suerte por el rey de Francia, Juana de Arco ardió en la hoguera a los diecinueve años de edad.

Antecedentes etnográficos del travestismo

La usurpación de atuendos y roles de género del sexo opuesto puede parecer un fenómeno contemporáneo y occidental, pero lo cierto es que está documentado en prácticamente todas las sociedades preliterarias. Los franciscanos que llegaron a evangelizar California se llevaron tremenda sorpresa al descubrir que algunas indias del grupo de los joya eran en realidad varones. Mayoritariamente, los casos de inversión son de hombre-a-mujer, siendo muy escasos los ejemplos de mujeres que representan el papel de hombres.

En este contexto no se puede considerar al travestido como transgresor porque, aunque transgrede el rol de género que se

supone le corresponde a su sexo biológico, está totalmente asimilado por la sociedad. Muchas tribus consideran al travestido un género aparte (ni hombre ni mujer), y algunas los honran. Otras sencillamente los consideran útiles. En unas culturas ejercen las funciones de prostitución dentro del grupo mientras que en otras se les niega la posibilidad de relaciones sexuales. Dependiendo de la costumbre local, deben mantener su transgeneridad indefinidamente o pueden «volver a ser hombres» para formar una familia. Mead y Benedict consideraron que este travestismo institucionalizado es un refugio para los individuos que no pueden o quieren cumplir con el ideal viril impuesto por su cultura. El travesti es aceptado mientras que el homosexual no lo es (a los hombres que mantienen relaciones sexuales con los travestidos no se les considera homosexuales, ya que teóricamente no están con otro «hombre»). El travestido puede elegir su opción al llegar a adulto, desde la adolescencia o nacer con la imposición de desempeñar ese rol. Entre algunas culturas andinas se permitía que una familia que tuviera varios varones criara a uno de ellos como «niña».

Las mujeres los aprecian porque desempeñan oficios femeninos pero tienen la fuerza de un hombre a la hora de acometer las tareas más duras. Entre algunos grupos se les permite además tomar parte de algunas actividades masculinas, como sustentar un hogar con la caza o ir a la guerra.

Entre los indios norteamericanos se conoce como berdaches o bardajes a los hombres que vestían como mujeres y asumían comportamientos femeninos, como conceder favores sexuales. Que un guerrero tuviera relaciones sexuales con un berdache era

prueba de hombría. A sí mismos se veían como *two spirit people*, personas con dos espíritus. Uno de los más famosos fue We'wha, un zuñi que vivió a finales del siglo XIX. La sociedad neoyorkina de la época lo tomó por una princesa india y nadie se dio cuenta del error.

En determinadas áreas culturales la distinción es puramente práctica (el bardajismo no tiene relación con el mundo del espíritu), mientras que en otras es indudable la vinculación entre chamanismo y travestismo, desde Siberia hasta Chile pasando por Samoa, India o el África Negra. La diferencia es que el chamán travestido posee el poder de la visión y la conexión con lo superior.

Travestis y transexuales

Transformismo, travestismo y transexualismo son tres opciones que muchas veces se confunden entre sí. El transformista clásico es un artista que representa para el público el papel de una mujer célebre, una imitación mejor o peor conseguida de una estrella admirada. El repertorio de elegidas incluye a folclóricas nacionales, divas como Marlene Dietrich, Liza Minelli o Marilyn Monroe, e iconos del pop contemporáneo como Madonna. He de decir que «me he visto» unas cuantas veces sobre un escenario. El transformista una vez que se quita el maquillaje recupera su ropa y aspecto «de hombre» y no vuelve a travestirse hasta que llega la hora de un nuevo show.

Cuando se acuñó el término travestismo a principios de siglo XX, se hizo para ofrecer una descripción clínica de la perversión

de vestirse con ropa del sexo contrario sin especificar la variedad de matices que hay en cada individuo. No es lo mismo un varón heterosexual que se excita al ponerse ropa interior femenina que un chico que decide adoptar la ropa y los roles de género contrarios sin que el fetichismo tenga nada que ver. De éstos vamos a ocuparnos. La travesti se maquilla y se viste como mujer, y no para imitar a una mujer famosa o presentarse ante un público, sino como opción en su vida diaria. La mayoría opta además por alterar ciertos aspectos de su anatomía. Son comunes los tratamientos de hormonas que afinan la voz y disminuyen el vello, las rinoplastias que suavizan las facciones y los implantes de silicona en el pecho que facilitan un perfil femenino. Así pasan de travestis a transexuales.

La transexual va transgrediendo progresivamente el género y después de los tratamientos hormonales opta por una operación de cambio de sexo que modifique unos genitales no deseados. Las transexuales femeninas son aquellos hombres que alteran su sexo biológico para convertirse en mujeres, y los transexuales masculinos son las mujeres que pasan por un proceso que las convierte en hombres. Por eso voy a incluir a las transexuales femeninas en este repaso de mujeres transgresoras, aunque hayan nacido hombres. Por la misma razón, no voy a hablar de hembras que tras una operación son machos, ya que desde mi punto de vista pertenecen a un libro de transgresores y no a este que me ocupa. También debo explicar que la manifestación de la transexualidad cada día es más compleja, pues no todas desean llegar a operarse. Algunas incluso optan por la castración pero no por la penectomía. Al eliminar los testículos se están elimi-

nando también muchos «problemas» masculinizantes por la segregación de testosterona, y se puede seguir disfrutando del pene y de orgasmos sin eyaculación. Hoy en día ya se habla de preoperadas y postoperadas.

Antes de profundizar en el tema del transgénero, quiero rendir un pequeño homenaje a algunas transformistas, travestis y transexuales que han contribuido a que vea la vida de otra forma. Estos pequeños apuntes biográficos para mí son comparables a las hagiografías (vidas de santos) que tanto me cautivan.

Paco España fue uno de los primeros transformistas célebres durante la transición. En plena época del destape Paco y unos pocos precursores comenzaron a salir en los medios de comunicación haciendo visible una realidad que, aunque no era nueva, permanecía oculta en los trasfondos de los bares para homosexuales. Yo sólo tenía quince o dieciséis años, pero ya me encantaba ir al Gay Club o al Centauros para ver actuar a los transformistas, y eso que por aquel entonces el número más moderno que interpretaban debía ser la imitación de Marifé de Triana. No me podía ni imaginar que pronto vería una película, *Pink Flamingos,* que me revelaría la existencia de alguien a quien iba a idolatrar hasta el punto de llevar su imagen tatuada en mi brazo. Sin duda, Divine ha sido el transformista más atípico de la historia.

Glenn Milstead nació en Baltimore, hijo único de un matrimonio de clase media. Desde pequeño sufrió el tormento de ser diferente. A los doce años era un niño muy gordo y amanerado. Sus compañeros de colegio lo atormentaban con insultos y palizas. Tras graduarse estudió cosmetología y su pericia con los peines le granjeó la admiración de las señoras que visitaban el instituto de belleza donde consiguió trabajo. Más tarde sus padres abrieron una peluquería para que fuera el dueño de su propio negocio. Aun así, Glenn comenzó a comportarse de forma irresponsable, el enfrentamiento con su familia fue inevitable y se marchó de la ciudad. Lo que sus padres no sabían es que ya había iniciado una carrera como actor/actriz junto a su amigo John Waters, un chico con ganas de convertirse en director de cine. No fue hasta años después cuando su madre se dio cuenta de que estaba viendo a su hijo en un reportaje que la revista *Life* dedicaba a Divine. Glenn había comenzado a travestirse imitando a su idolatrada Elisabeth Taylor y acabó creando un personaje y un estilo propio muy adelantado a su tiempo. A principios de los setenta las transformistas y travestis querían parecer misses y modelos y representar el lado más estereotipado de la femineidad. Divine potenció su aspecto de Miss Piggy depravada sentando las bases estéticas del Punk. Maquillaje excesivo, peinados infinitos, ropa ceñida que dibujaba sus enormes curvas..., ciertamente dio un nuevo sentido al «mal gusto». En vez de intentar esconder sus defectos los acentuó hasta el paroxismo. Waters y Divine pronto se hicieron célebres por sus películas y comenzaron a hacer giras promocionales. Antes de salir al escenario, Waters presentaba a Divine diciendo «Damas y caballeros, ante ustedes la mujer más hermosa del mundo..., casi». Divine también fue protagonista en un par de obras de teatro y alcanzó bastante éxito como cantante a mediados de los ochenta con una música dura y rítmica destinada a las pistas de baile. Como alguna de las canciones llegó a los puestos más altos

de la lista de ventas, tuvo que actuar en el programa televisivo británico *Top of the Pops* ante un público de adolescentes petrificados por la visión de un travesti obeso vestido y pintado como una puta barata y berreando el estribillo «Crees que eres un hombre pero eres sólo un juguete... crees que eres un hombre pero no puedes ver que no eres lo bastante hombre para satisfacerme». Divine siempre se definió como un actor y nunca salía a la calle vestido de mujer a no ser que fuera a actuar o a un acto promocional. Lamentaba que la gente esperara de él un comportamiento soez y violento sin entender que lo que veía en el cine era un personaje de ficción. Los papeles de Divine respondían al de una supermujer (muy Russ Meyer, ídolo de Waters) capaz de pasar por encima de todo para conseguir sus propósitos. El giro que dio en sus últimas películas fue una sorpresa. Divine no quería encasillarse como villana y bordó sus interpretaciones como ama de casa maltratada y humillada en *Polyester* y como madre de familia dulce y amorosa en el éxito de taquilla *Hairspray,* donde por cierto también hacía un papel masculino. Por fin recibía el reconocimiento del gran público. Al mismo tiempo, empezaba a conseguir papeles de hombre, sin travestirse. La mañana del 7 de marzo de 1988 le esperaban para intervenir en un episodio de *Matrimonio con hijos* en el papel de un pariente lejano, pero no llegó al plató de televisión. Había muerto durante la noche de un paro cardiaco provocado por sus 170 kilos de peso.

Todos los que le recuerdan hablan de su educación exquisita y de su timidez. Su madre ha escrito una biografía muy emotiva que me hace reflexionar sobre el difícil papel de la familia ante un niño diferente. Los padres de Divine nunca entendieron

bien por qué un niño adorable y refinado quería convertirse en una mujer vulgar, pero respetaron su decisión (en la tumba de su hijo hicieron grabar los dos nombres, Glenn Milstead y Divine). Y eso que ellos tienen la excusa de que sólo era un personaje que interpretaba. El drama se acentúa en esas familias que se las tienen que ver con un adolescente que quiere cambiar de sexo o ponerse una falda para salir a dar un paseo. Yo tiendo a verlo todo desde la óptica de mis amigas, la incomprensión que han sufrido, cómo aguantaban las palizas del padre hasta que la madre se ponía en medio amenazando con echar al progenitor de casa si volvía a pegarle al chiquillo... también conozco a otras que han estado acompañadas por su familia en el hospital cuando se han operado para cambiar de sexo. Pero el libro de la madre de Divine me hizo pensar en esos padres que nada saben de travestis, ni de bares de *ambiente*, ni de «moderneces». Esos padres que no están preparados para el hijo que les ha tocado y que muchas veces hacen lo imposible por aceptar lo que se escapa a su comprensión. Pienso que, como la Ley de Murphy existe, si yo tuviera un hijo me pasaría lo mismo. A mí, que estaría encantada de tener una pequeña Divine revolviendo mi armario, seguro que me sale un niño que quiere ser inspector de Hacienda y socio del Real Madrid.

Algunas travestis como Ru-Paul han conseguido fama internacional dentro del mundo del show business, llegando incluso a ser la imagen de la marca de cosméticos Mac. Sin duda ese éxito mediático ha facilitado ofertas de trabajo a menor escala para las travestis que ahora son indispensables como gogós de discoteca, animadoras de locales y modelos de marcas alternativas.

En México conocí a Alejandra Bogue, bailarina y actriz de talento, una intelectual aguda que lucha por abrirse paso. Ha recibido el premio a la actriz revelación en los escenarios teatrales. Tiene escrito un guión autobiográfico, *De niño a señorita,* que espera llevar algún día a la pantalla. En 1990 el inquietante fotógrafo Joel-Peter Witkin la inmortalizó en un retrato titulado *Hombre con perro,* donde la Bogue aparece desnuda y hermosa con su peinado mexicano junto a un perrito chihuahua. Por cierto, a las travestis en México se las llama vestidas, un sobrenombre que desde el otro lado del Atlántico suena bonito. Hasta llegar a Alejandra Bogue han pasado varias generaciones de sufridas vestidas. Una de las pionerísimas fue Ruva D'val. En los años cuarenta trabajaba como bailarín y decidió probar suerte vestido de mujer. Con su traje de carnaval se presentó con gran éxito en Tijuana como cantante y stripper hasta que la policía clausuró el local donde trabajaba. En 1948 dio el paso de llegar a la capital de México, pero nuevamente fue detenido y su show cancelado por inmoral.

En España la situación es más de andar por casa, pero hoy en día cualquier ama de casa está al tanto de las cuitas de las travestis, ya que se han convertido en asiduas tertulianas de los programas televisivos de testimonio. Pero la travesti sigue siendo más difícil de aceptar que la transexual, a la que se considera una pobre desgraciada que al fin y al cabo ha nacido en el cuerpo equivocado y una vez pasada por quirófano podrá ser una mujer normal. La travesti es vista como una abyección, una atracción de feria de nuestros días, con el añadido del estigma de la prostitución, única salida laboral que le queda fuera del mundo del espectáculo.

Cristina, la Veneno, fue un fenómeno mediático rápidamente asimilado por la televisión. Su fama fue tan ruidosa como efímera. Ella consideraba que se le abría un nuevo camino, quizá como presentadora o actriz, pero ese sueño de normalización no le fue concedido. Otras, como Carmen de Mairena, han aprovechado su consagración como personajes televisivos sin abandonar sus actuaciones en locales nocturnos. Para mí, cualquiera de las dos es infinitamente más interesante que la mayoría de los famosos que me imponen desde los medios. Las travestis me conmueven y divierten, me encanta reírme con ellas, no de ellas.

Mi fascinación por las travestis comenzó muy pronto, con doce años, y a través de la letra de la canción *Walk on the Wild Side* de Lou Reed: «Holly vino de Miami, Florida... cruzó los Estados Unidos haciendo auto-stop... por el camino se depiló las cejas, se afeitó las piernas y él se convirtió en ella». Hablaba de Holly Woodlawn, Jackie Curtis y Candy Darling, habituales de la Factory neoyorkina de Andy Warhol y actrices en alguna de sus películas. También creyeron en el espejismo de su fama de usar y tirar. Candy se llevó una enorme decepción cuando se enteró de que Raquel Welch y no ella iba a interpretar el papel de la transexual protagonista en *Myra Breckinridge,* película basada en la novela *Myron* de Gore Vidal. Candy murió en 1974 de leucemia; sólo tenía veinticinco años. A Jackie se la llevó una sobredosis de heroína en 1985. Holly continúa actuando en teatros y bares y lamenta no haber sabido sacar provecho y dinero de sus «quince minutos» como superstar.

Hay transexuales totalmente operadas y otras parcialmente transformadas. Nuevamente el mundo del espectáculo es un

refugio laboral, no tanto el de la prostitución, porque una operada ya no es una travesti y pierde a su clientela.

Atrás quedan aquellos shows de travestis en los que el momento cumbre llegaba cuando la artista se despojaba de su peluca mostrando a todos que era un hombre. Una variante más atrevida era la del desnudo integral al final del espectáculo, donde los espectadores contemplaban atónitos que «ella era él». Las transexuales llevan décadas cautivando desde el escenario. Coccinelle fue una pionera de los tiempos en que Casablanca era la meta para todas las que querían operarse. Trabajó en los mejores cabarets de Francia y apareció en algunas películas, pero la posibilidad de llegar al gran público no existía como ahora. Era impensable imaginar que una transexual sería portada de *Playboy,* como ha ocurrido en Estados Unidos con Kelly, una concursante de Gran Hermano, o que una transexual sería figura de la televisión peruana, como es el caso de la presentadora Coco Marusix.

Si ser «diferente» en Nueva York o Amsterdam no es fácil, hay que imaginarse lo que supone ser singular en países donde cuestiones religiosas o sociales estigmatizan aún más, si cabe, a la transexual.

En la China comunista la homosexualidad era un delito severamente castigado. Se calcula que durante la Revolución Cultural, entre 1966 y 1976, cientos de miles de personas fueron torturadas, a veces por el simple hecho de mantener una convivencia. Desde 1992 se ha despenalizado el sexo homosexual. En ese contexto social nació en 1969 Jin Xing. Aunque desde los seis años sabía que se sentía como una niña, creció dentro de la disciplina del Ejército de Liberación Popular, del que

llegó a ser coronel. Su pasión por la danza le permitió formar parte del cuerpo de baile del ejército y pronto despuntó como bailarín y coreógrafo. A los diecinueve años viajó con una beca a Nueva York para recibir clases de Martha Graham y Merce Cuningham. El contacto con la civilización occidental lo decidió a dar el paso en el que llevaba tiempo pensando y en 1996 se convirtió en la primera transexual oficial de China. Se la considera la introductora de la danza moderna en su país y actualmente dirige su propia compañía de baile en Shanghai, con la que triunfa en sus presentaciones por todo el mundo.

En Turquía una de las cantantes más queridas por la clase popular es Bülent Ersoy, que en 1981 viajó a Inglaterra para someterse a una intervención de reasignación sexual. De regreso a su país, las autoridades se negaron a cambiar oficialmente su documentación adecuándola a su nueva identidad. La cantante dijo que mientras no lo hicieran no volvería a cantar. Su público se lanzó a la calle y ante los disturbios el gobierno dio marcha atrás y aprobó una ley por la cual se daba un nuevo documento a las personas que se operaran. Curiosamente esa actitud abierta y de apoyo se transformó en crítica cuando la cantante se casó en 1998 con un jovencito. A sus seguidores no parece gustarles la idea de que tenga una vida familiar y sexual equiparable a la de una mujer.

Que Israel vive un continuo conflicto es un triste hecho que cada día se constata con un nuevo atentado. A causa de esto imaginamos que todo el mundo vive inmerso en ese clima de intolerancia y radicalismo. Pero Israel tiene un sector de población alejado de posturas dogmáticas que participa activamente

de la vida cultural. Sólo así es posible entender el éxito de un personaje como Dana Internacional, una estrella en su país mucho antes de ganar el Festival de Eurovisión. Por ser judía, la publicación de sus canciones está prohibida en los países árabes, pero sólo en Egipto vende millones de discos en el mercado negro. Nacida Yaron Cohen, intenta enviar el mensaje de que la convivencia pacífica es posible, a pesar de ser detestada por fundamentalistas islámicos y judíos ultraortodoxos por igual.

El éxito de la carrera musical de Dana tiene un precedente en una mujer maravillosa y multifacética. Amanda Lear irrumpió en los medios de comunicación a finales de los años sesenta como modelo, amiguita del Rolling Stone Brian Jones y musa de Dalí. El enigma sobre su sexualidad motivaba mil preguntas que nunca se dignó contestar. Pintora aficionada, a finales de los setenta comenzó una carrera como cantante que la lanzó al estrellato musical. Era la época de la música electrónica alemana, de la disco music, del Studio 54 neoyorkino. La voz ultragrave de Amanda ha sido una de las directrices que he seguido a la hora de ponerme a cantar, una de mis influencias más marcadas. En 1982 Berlusconi le ofreció presentar un programa en la televisión italiana convirtiéndola en un ídolo popular. Su experiencia televisiva se ha extendido a Alemania y Francia, país donde además ha desarrollado su trabajo como actriz.

Walter Carlos era uno de los compositores pioneros en la utilización de sintetizadores, una de las figuras más reconocidas dentro de un campo de la música considerado como serio, alejado de las frivolidades del rock y del pop. Su investigación con los instrumentos electrónicos le llevó a grabar música clásica

usando los nuevos sonidos que emitían. Así grabó su *Switched-on Bach,* álbum millonario en ventas. Stanley Kubrick le llamó para que se encargara de la banda sonora de *La naranja mecánica* y volverían a colaborar más tarde en *El resplandor.* Fue una sorpresa monumental cuando sus discos comenzaron a aparecer bajo el nombre de Wendy Carlos, y es que el compositor había cambiado de sexo en los años setenta.

Hay tipos inclasificables, homosexuales, bisexuales y heterosexuales, que han creado un estilo personal apropiándose a su antojo del maquillaje y los elementos de la ropa femenina sin llegar a la inversión vestimentaria: Boy George, Pete Burns, New York Dolls, David Bowie, Prince, Marilyn Manson.

Cada uno representa una visión de la estética irrepetible. En un mundo tan machista como el del rock, a veces hay lugar para la diferencia. Miss Guy flirteó con la imagen clásica de la travesti hasta dar salida a su propio estilo, rockero, glam y punk. Como cantante de su grupo Toilet Boys es aceptada por un público no siempre dispuesto a asumir el travestismo. Pero aún hay un caso más extremo. A finales de los setenta y en plena efervescencia punk el cantante Wayne County comenzaba a darse a conocer con su grupo Electric Chairs. De repente, en 1981, se operó y cambió su nombre por el de Jayne County. Su lenguaje sigue siendo el de un camionero, y su público, probablemente bastante homófobo en otras circunstancias, corea sin complejos canciones como *Lo bastante hombre para ser mujer.*

Las actitudes propias de la subcultura nocturna han evolucionado hasta cristalizar a finales de los ochenta en lo que se ha llamado Cultura de Club. Las nuevas reinas transexuales provienen de este mundo, como Lypsinka, actriz de cabaret, y Amanda Lepore, icono sexual del nuevo milenio. Cada una de sus apariciones es un happening y Amanda es reclamada para grabar discos o prestar su imagen en campañas de publicidad. Además presenta rasgos particularmente interesantes. Ha adoptado una estética extrema, sus pómulos y sus labios han alcanzado dimensiones irreales. Ya no se trata de copiar una fisonomía femenina equilibrada, se está inventando un nuevo prototipo de transexual más cercana a la concepción del cuerpo como obra de arte que a la simple imitación/transformación sexual.

A finales de los ochenta las mejores fiestas eran las organizadas por Suzanne Bartsh en Nueva York o Kinky Gerlinki en Londres. Estas mujeres se rodeaban de una troupe de bailarines, modelos, drags, travestis y transexuales que transmitían un nuevo espíritu a la diversión nocturna.

Quizá este concepto no hubiera surgido de no existir previamente la escena Ballroom, integrada por la llamada Ballroom Community. Esta comunidad se refiere a una tradición de la subcultura neoyorkina que comienza en el Harlem de los años treinta. Se organizaban bailes a los que acudían los travestidos y competían con sus coreografías o sus vestidos. Se siguieron organizando competiciones y asimilando los nuevos bailes hasta llegar al presente. En el circuito de los ballrooms se organizan cientos de fiestas donde se premia a los bailarines, la ropa, la actitud, y se convierten en un referente social para miles de jóvenes

por lo demás desarraigados. Chicos y chicas que dejaron su hogar, o que fueron expulsados al descubrirse su homosexualidad, se organizan alrededor de una serie de familias llamadas Houses y que funcionan como un sustituto del hogar familiar. Todo esto ocurrió de forma espontánea, organizado por los miembros de la comunidad sin ayuda exterior. Sencillamente los más veteranos se hacían cargo de la dirección de las Houses, dando apoyo y consejo a los más jóvenes. Las Casas organizan los Balls (bailes) en los que se compite en distintas categorías. Los miembros de cada familia ensayan sus coreografías, experimentan con el maquillaje, expresan libremente mediante la creación artística sus capacidades y buscan una salida laboral como bailarines, diseñadores o disc-jockeys. La figura principal de cada House es el Father o la Mother, los demás son los Children, que adoptan el apellido de su respectiva casa. Las Madres o Padres están ahí para guiar a los Niños, para enseñarles, estimular su creatividad, para cuidarlos y aconsejarlos sobre el sida o la adicción a las drogas. Algunas de las Casas más importantes son la House of Omni, House of Balenciaga, House of Chanel, House of Field y House of Xtravaganza, hay más de un centenar en todo el Estado de Nueva York. En 1990 José Xtravaganza fue elegido por Madonna para que le hiciera las coreografías del Blonde Ambition Tour y para que le enseñara el baile que es la principal forma de expresión entre los miembros de las Houses, el Vogue, que la cantante dio a conocer en todo el mundo. El Vogue nació como una manera de presentarse en los Balls, caminando, posando, como si se desfilara por una pasarela. A eso se fueron añadiendo movimientos coreográficos hasta llegar a convertirlo en un baile.

La escena de los Balls comenzó como algo esencialmente de travestis negros. Actualmente todo el mundo tiene cabida en una House, heterosexual, chino u homosexual. Pero en 1981 Héctor, un hispano harto de la discriminación que sufrían los chicos latinos en las Casas, fundó una, House of Xtravaganza, para dar acogida a ese sector, aunque inmediatamente admitió a todo el que quisiera incorporarse para no crear un pequeño gueto hispano. La Madre de la Casa, Angie Xtravaganza, acogió a una transexual gaditana que años después regresaría a España. Carmen Xtravaganza llegó a principios de los noventa a Madrid. Tuve el honor de trabajar con ella, de contar con su presencia como *hostess* (anfitriona) en los locales que tuve por entonces. Es difícil encontrar tantas cualidades reunidas en una persona, belleza interior y exterior (no sé cuál es más deslumbrante), elegancia, saber estar..., demasiado para una ciudad en vías de subdesarrollo cultural como es Madrid. Carmen no encontró su sitio, a los empresarios de locales nocturnos les daba igual contratarla a ella que a un maricón mal pintado haciendo los números de siempre y Carmen regresó a Nueva York. A la muerte de Angie se convirtió en la Madre de la House of Xtravaganza. Ahora volvemos a tenerla entre nosotros, menos mal, porque con su presencia la existencia en esta ciudad parece menos vulgar.

Uno de los errores que cometemos cada día es considerar a toda transexual como a una artista. Las hay, y muchas, pero también hay miles de transexuales que aun siendo guapas no desean ser modelos, de la misma manera que hay mujeres muy bellas que prefieren convertirse en ingenieros agrónomos. Otras no tienen ningún tipo de capacidad artística que les permita

sobrevivir sobre un escenario. Y aún más, muchas no son guapas, ni sexys, ni lo pretenden. Sólo quieren llevar una vida normal desarrollando una actividad anónima o como sencillas amas de casa. O aún mejor, demostrar que siendo transexual se puede alcanzar el éxito en cualquier puesto de trabajo.

Lynn Conway es la autoridad mundial en el perfeccionamiento del diseño de los microprocesadores de los chips de silicio. Miembro de la Academia Norteamericana de Ingeniería Electrónica y catedrática de Ciencias Informáticas, causó estupor entre la comunidad científica al revelar que era transexual. Al principio de su carrera comenzó a trabajar en IBM y con sus investigaciones propició la evolución de los microchips electrónicos. Pero cuando comenzó su programa de cambio de sexo fue despedida por la empresa. Una vez adoptada su nueva identidad femenina, comenzó desde cero y volvió a triunfar en su profesión. Es consciente de que si en esa segunda oportunidad se hubiera sabido que no nació mujer, muchas puertas se le habrían cerrado.

Georgina Bayer desarrolla su actividad política en el Partido Laborista de Nueva Zelanda. Alcaldesa y activista, se ha convertido en la primera transexual diputada en un Parlamento.

Ante la transexualidad, España, una vez más, es diferente. En nuestro país conviven de forma surrealista el rechazo y la aceptación. En la época de la Transición en nuestro país había muy pocas transexuales, la mayoría eran travestis en proceso de hormonación a la espera de pasar por el quirófano. En 1983 la intervención de cambio de sexo fue despenalizada y nuestras chicas ya no tuvieron que volar a Casablanca para adquirir su nue-

va identidad. Al mismo tiempo que los españoles descubrían la anatomía femenina por obra y gracia del Destape, se enteraban de que algunas de las bellezas que admiraban en las revistas eróticas escondían algo bajo el tanga. Las más guapas eran Carla Antonelli y Bibi Andersen.

Carla Antonelli pronto se abrió paso gracias a su físico despampanante en el mundo del espectáculo. Modelo, actriz de revista, teatro y cine, compagina su profesión con el activismo político. Tiene una de las páginas web que más información ofrece y su meta es que las jóvenes transexuales no pasen por las incertidumbres que ella vivió ante los tratamientos de hormonas, la operación o los trámites legales. Lucha por la visibilidad de las transexuales en nuestra sociedad y su labor acaba de ser reconocida por la Federación de Gays y Lesbianas, que la ha distinguido con un premio honorífico.

Bibi Andersen fue una auténtica revolución en la España del cambio. Primero actuando en los clubes, luego desde las revistas y la pantalla cinematográfica. Era un desafío para la mentalidad imperante, «¿cómo una mujer tan hermosa podía ser un hombre?». Cuando Vicente Aranda abordó el novedoso tema de la operación de reasignación sexual en la película *Cambio de sexo* contó con Bibi para darle mayor credibilidad al papel de Victoria Abril, un jovencito decidido a cambiar su identidad. Fue tanta la proyección de Bibi que muchos pensaron que cuando se pasara la novedad no se volvería a hablar de ella. Pero no contaron con la tenacidad de una mujer positiva como ninguna y dispuesta a seguir el camino que se había marcado. Continuó trabajando y derribando barreras. A finales de los ochenta Bibi

presentaba un programa de máxima audiencia en Televisión Española y pocos se cuestionaban su sexualidad. Cuando al fin se operó en los noventa el público hacía tiempo que tenía asumido que se trataba de una mujer. Con la intervención quirúrgica llegaron también los nuevos documentos oficiales y Bibi pasó a llamarse Bibiana Fernández. Es tal el grado de asimilación que la sociedad ha tenido con ella que incluso ha protagonizado alguna anécdota involuntaria digna de mención. Recuerdo que cuando se casó vi un reportaje realizado por una joven periodista en el que se preguntaba (sin ironía) si la pareja de recién casados estaría pensando en concebir un niño. Bibiana aparece un año tras otro en los primeros lugares de las listas de mujeres más deseadas. Este logro, esta normalización extrema de su situación, es criticado por algunas voces radicales dentro del movimiento transexual. Le echan en cara a Bibiana que no hable con frecuencia de su condición de transexual para dar así mayor visibilidad al colectivo. Bibiana, sabia y prudente, no contesta. Nunca ha pretendido jugar al equívoco con lo que es y lo que fue, siempre ha sido muy clara. Otra cosa es que se haga abanderada de todas las transexuales. Precisamente la transexual que se opera lo que quiere es lograr la adecuación de una situación anómala. Si siempre se sintió mujer y ahora se la reconoce como tal, ¿cuál es el problema? Si lo que pedimos es respeto, apliquémoslo a todos, a la transexual operada que no quiere estar todo el día hablando del asunto, a la activista que considera que hablar de ello es lo mejor que puede hacer, a la travesti que decide luchar desde un partido político o a la actriz que no quiere decir abiertamente que antes fue un hombre.

Kim Pérez ha elegido el camino de la reivindicación. Antes de su intervención quirúrgica en Argel era profesor de la Universidad de Granada y ha luchado para poder seguir ejerciendo. En 1999 fundó PASO, Asociación de Identidad de Género.

Hace años conocí a Manolita Chen, una transexual encantadora que lucha contra la administración para que la dejen adoptar niños huérfanos con problemas de retraso mental. Vivía junto a su pareja y no deseaba más que una tranquila vida doméstica rodeada de estos niños.

El último caso en llegar a los medios de comunicación es el de José Antonio Gordo Pantoja, cabo segundo del ejército en la base de Rota. Hace unos meses, con veintinueve años, decidió comunicar a sus superiores que iba a comenzar los tratamientos de hormonas de cara a una futura operación de cambio de sexo, que desde ese momento quería que la llamaran María del Mar y que deseaba seguir sirviendo dentro de las Fuerzas Armadas. Hizo público su caso ante la negativa de los altos mandos que le contestaron que mientras no se hiciera efectiva la operación no podría ni cambiar de nombre, ni llevar el pelo largo, ni por supuesto usar maquillaje o pendientes. La última noticia que tuve fue que María del Mar estaba de baja por depresión.

No quiero olvidarme de las auténticas pioneras en las operaciones de cambio de sexo, Lilly Elbe y Christine Jorgensen. Estamos hablando de una época en la que todavía no había hormonas sintéticas, así que la intervención quirúrgica era el único paso hacia la transformación.

Einar Wegener nació en 1886 en Dinamarca. Ya en su adolescencia comenzó a usar ropa femenina. Einar estaba casado

con Gerda Wegener, una brillante pintora dentro de la corriente Art Déco, que encontraba en su marido travestido a una de sus modelos favoritas. Se ignora si la pareja mantenía relaciones sexuales, pero lo cierto es que se llevaban bien y Gerda apoyó en todo momento la decisión de Einar de cambiar de sexo para poner fin a su doble vida. Después de su primera operación, el rey de Dinamarca anuló oficialmente la validez del matrimonio y Einar pasó a llamarse Lilly Elbe. Lilly murió a principios de la década de los treinta tras someterse a una quinta operación. Es bastante probable que la extrema femineidad que presentaba fuera debida a algún tipo de manifestación de hermafroditismo.

George William Jorgensen sirvió en el ejército a mediados de la década de los cuarenta y a principios de los cincuenta se operó y cambió su nombre por el de Christine Jorgensen. Su caso fue ampliamente publicitado por su cirujano, Hamburger, haciendo que el tema de la transexualidad llegara al gran público y que el médico se viera desbordado con peticiones de personas que reclamaban la misma intervención. Christine es considerada como la abuelita de las transexuales, una mujer que se adelantó a su tiempo y dejó abierta la puerta para las demás.

Biología transexual

Las operaciones quirúrgicas de cambio de sexo tienen sus antecedentes en las operaciones de reasignación de sexo que se practican a los hermafroditas. Un hermafrodita o intersexual es la persona que nace con características tanto masculinas como

femeninas. Los embriones de los dos sexos son idénticos, potencialmente bisexuados, cada uno de nosotros está dotado de todo lo necesario para poder convertirse en un niño o una niña hasta la cuarta semana de gestación, cuando se produce la diferenciación en la estructura cromosómica que determinará el sexo. Los humanos tenemos 23 pares de cromosomas. Los dos cromosomas del último par, los gonosomas, son los que determinan el sexo del individuo, XX femenino, XY masculino.

Desde el punto de vista médico y social, el sexo se asigna por distintas cuestiones:

— sexo genético: el que reflejan los cromosomas
— sexo gonádico y germinal: ovarios y testículos
— sexo gonofórico interno: conductos genitales
— sexo gonofórico externo: labios, vulva, clítoris, vagina; pene, escroto
— sexo hormonal: predominio de hormonas, masculinizantes (andrógenos), o feminizantes (estrógenos)
— sexo somático o corporal: caracteres sexuales secundarios (vello, senos, profundidad de la voz)
— sexo legal: el asignado al recién nacido por su físico
— sexo psicológico: con el que la persona se identifica, independientemente de su sexo biológico.

Los distintos grados de intersexualidad vienen dados por la falta de armonía entre alguna de estas características. Hay hermafroditas con ovarios y testículos y seudohermafroditas con todo tipo de combinaciones, pene y vagina, constitución cromosómica que no se corresponde con los órganos sexuales, clítoris agrandado hasta parecer un pene, predominio de hormonas del otro sexo. Hay condiciones que saltan a la vista desde el nacimiento y otras que se manifiestan en la pubertad.

Un recién nacido intersexual resulta incómodo para el médico y para la familia. Nuestra sociedad impone un sistema binario que implica que sólo se puede pertenecer a dos categorías, hombre o mujer. Los padres presionarán para que el médico decida cuanto antes de qué sexo será su bebé. La teoría de asignación de sexo incluye análisis cromosómicos y hormonales, pero fundamentalmente se basa en un juicio estético, en la capacidad de los genitales para conseguir que su portador lleve una vida «normal». Si hay un pene bien desarrollado, aunque se trate de un cuerpo femenino desde el punto de vista cromosómico, el intersexual será reasignado como niño.

Se calcula que los nacimientos intersexuales representan un 7 por ciento de la población, una cifra bastante elevada. Pero actualmente son muy pocos los que no son operados en la infancia y el número de hermafroditas adultos no es significativo. Esto no siempre ha sido así, porque hasta hace bien poco, antes de que la ciencia pudiera ofrecer operaciones y tratamientos hormonales de reasignación sexual, los hermafroditas permanecían como tales el resto de su vida. Foucault recoge la historia de la hermafrodita Herculine Barbin, o Alexine. La ley exigía al hermafrodita que se decantara por un rol de género y que vistiera de acuerdo a él. Alexine fue forzada a recalificarse y cambió su identidad femenina por otra masculina. Esta constricción de su personalidad la convirtió en un ser infeliz que acabó suicidándose.

Teoría crítica transexual

La teoría crítica transexual es deudora de los postulados del posfeminismo y de la teoría Queer manejada por los homosexuales (es la primera vez que estos colectivos escriben su propia historia). Desde esta sociología transexual se transmite que la existencia de hermafroditas e intersexuales plantea un problema en la noción de sexo verdadero. Se considera que estos cuerpos intersexuados desafían las categorías de masculino y femenino y que en vez de obligarlos a elegir deberíamos aceptar con naturalidad la existencia de más de dos sexos. Se entiende que la finalidad de las operaciones de reasignación sexual es humanitaria, que intentan ahorrar sufrimiento a una persona que difícilmente va a encajar en una sociedad que lo va a considerar como deforme. Pero también salta a la vista que la última palabra está en manos de los médicos, y que su actuación se puede considerar un abuso de poder y una intromisión en un derecho tan fundamental del individuo como es la elección de su sexualidad. Volvemos a encontrarnos con un caso como el de la reivindicación del *freak* como ser singular. La teoría crítica mantiene que no debemos asustarnos ante la existencia de los intersexuales y que debemos dejarlos como están. Pero la realidad demuestra que pocas familias están dispuestas a asumir esa posibilidad. Además, nuestros sistemas legales implican que una persona está inscrita en el Registro Civil como varón o hembra y no hay lugar jurídico para estados intermedios. Bien lo saben los transexuales, que hasta que no pasan por el quirófano para transformar sus genitales no pueden cambiar legalmente de nombre y sexo oficial.

Si las dos categorías de género existentes no son suficientes, ¿cuántas más debería haber? Desde la teoría Queer se proponen unas cuantas: varón, hembra, intersexual, maricón, bollera y transexual (no operado o preoperado; si se opera pasa a ser hombre o mujer). Maricón y bollera son difíciles de entender como categorías independientes de macho y hembra y no me voy a detener a explicar por qué se defiende su autonomía. En cambio todos podemos comprender que al menos debería considerarse un «tercer sexo» para los intersexuales y transexuales no operados.

¿Qué es ser una transexual? En la práctica clínica se designa como un individuo con síndrome de disforia de género, que, disconforme con su sexo biológico, demanda una reasignación de sexo para adecuarlo a su identidad de género. La insatisfacción y la convicción de que «la naturaleza se ha equivocado» les lleva a buscar la apariencia física del sexo contrario. Mientras que la travesti disfruta de sus genitales, para la transexual suponen un apéndice desagradable que desea eliminar. Ésta es la idea general, pero ya he apuntado la existencia de personas que se consideran transexuales y que no quieren llegar a la mesa de operaciones.

Las transexuales siguen luchando por conseguir que su situación sea tenida en cuenta por las autoridades sanitarias. Una de sus reivindicaciones es que la operación quirúrgica de cambio de sexo y los tratamientos hormonales que conlleva sean financiados por la sanidad pública. El alto coste de los sucesivos tratamientos y operaciones hace que un número muy reducido de transexuales pueda acceder a ella.

La operación de cambio de sexo se practica desde hace apenas medio siglo. A diferencia de la cirugía de reasignación en hermafroditas, planteaba un tema espinoso y penado por la ley: la amputación de un miembro sano. Los psicoanalistas estaban en contra de esta cirugía por considerar que el fin de la medicina es curar al enfermo, no participar de su psicosis, que un cuerpo normal no debía ser alterado para adecuarlo a una mente desequilibrada. Al que deseaba con vehemencia cambiar de sexo se le diagnosticaba como «paciente masoquista con el deseo de ser castrado y con tendencia a la perversión neurótica». La homosexualidad desapareció en 1974 del DMS (Manual de Diagnóstico Psiquiátrico de las Enfermedades Mentales) gracias a la presión del movimiento gay. Ya no se puede diagnosticar al homosexual como un enfermo mental. Ahora se pretende que ocurra lo mismo con travestis y transexuales, pero en su caso la exclusión puede tener una consecuencia no deseada. Si se deja de considerar al transexual como a un enfermo que necesita un tratamiento, habrá menos argumentos para conseguir que la sanidad pública participe en una intervención que quedaría tipificada como de cirugía estética.

No podemos obviar que la mayoría de los transexuales tienen la operación como meta y eso les genera mucha angustia. ¿Hasta qué punto querrían deshacerse de sus genitales si pudieran cambiar de sexo legal sin operarse? Sin un carnet de identidad donde figure un nombre adecuado a la imagen que se presenta, las posibilidades de conseguir un contrato de trabajo son prácticamente nulas.

Para defenderse de los ataques de los psicólogos, los médicos han intentado fijar criterios para diagnosticar al verdadero

transexual y así decidir quién debe llegar a la operación y quién no, con lo que han creado un discurso oficial sobre la transexualidad. Los protocolos pretenden desvelar el grado de identificación del transexual con el género al que desea acceder. Incluyen, en el caso de un hombre que demande una vaginoplastia, que sea afeminado, que nunca se haya considerado a sí mismo como un hombre, haberse sentido femenino desde la infancia, no valorar sus genitales y no haber mantenido relaciones heterosexuales. El problema es que las escalas reflejan todos los estereotipos y los magnifican. De alguna manera, el criterio clínico sólo «fabrica» transexuales estereotipados. El sistema se retroalimenta porque los pacientes que quieren operarse conocen perfectamente cómo funcionan los protocolos y saben de antemano cómo son las preguntas y qué deben responder para dar una mejor impresión al médico. Se inventan la biografía necesaria para encajar y así contribuyen a que la estadística siga reflejando una concepción muy cerrada de lo que es la identidad de género. Una transexual jamás contará si tuvo una novia, y menos si las relaciones sexuales con ella eran satisfactorias. Y desde luego, si se trata de una transexual que quiere ser mujer pero que se siente atraída por las mujeres, es decir, que una vez operada, será una bollera, ni se le ocurrirá mencionarlo. Con seguridad no sería admitida en el programa de reasignación de sexo.

Atrás quedan los tiempos en que los transexuales tenían que viajar a Casablanca para ser operados. En Estados Unidos se realizó la primera intervención quirúrgica en 1965. Desde las operaciones de las transgresoras Elbe y Jorgensen la demanda de intervenciones quirúrgicas experimentó un aumento progresivo

que actualmente se encuentra en retroceso. Algunas clínicas especializadas han cerrado por falta de demanda.

En España todavía vivimos una situación de solicitudes en aumento desde que la intervención fuera despenalizada. En la actualidad hay cinco centros privados que la realizan. Recojo un par de noticias del periódico: una reciente en la que leo que el Imsalud ha sido condenado por el Tribunal Superior de Justicia a realizar una intervención quirúrgica de cambio de sexo a un paciente que la solicita; en España la intervención sólo es cubierta por la Seguridad Social de la Comunidad Andaluza. En otra reseña del 28 de marzo del 2003 encuentro que los endocrinólogos reclaman la cobertura pública de los tratamientos psicológicos, hormonales y la cirugía de cambio de sexo y denuncian que sus pacientes están atrapados en la burocracia ante una decisión que debe ser social, emocional, política, y no económica. El Grupo de Identidad de Género del Colectivo Lambda y Transexualia luchan para que esto se consiga y para que se reconozcan los derechos jurídicos de la nueva identidad sexual en los documentos oficiales.

Existe el riesgo de depositar en la operación unas esperanzas psicológicas y físicas desorbitadas. Igual que el colectivo transexual falsea la realidad para conseguir entrar en el protocolo quirúrgico, hace lo mismo a la hora de evaluar los resultados. La mayoría están satisfechas, pero las que no lo están suelen ocultarlo. Apenas ahora comienzan a hablar de expectativas no cumplidas, de problemas con los nuevos genitales, de insatisfacción sexual.

Considerar la intervención quirúrgica como obligatoria para definir al transexual implica negar la legitimidad de la propia transexualidad como estado definitivo en el que quedarse y no

como un paso intermedio. Es una discriminación para quien elige no cambiar un pene con el que se encuentra a gusto, aunque esté hormonada y tenga más pecho que una chica *Playboy*. No puedo evitar acordarme de la Veneno argumentando en televisión por qué no se quiere operar, aunque sus razones no sean muy científicas: «¡Nena, si te la cortan, te vuelves loca, que las operadas están todas locas!». Este comentario introduce el tema de la diversidad, de la singularidad, dentro del mundo de la transexualidad. Las que no necesitan la cirugía para reafirmar su identidad de género critican a las que lo hacen; las que cambian de sexo presionan a sus compañeras para que se definan. Nuevamente una anécdota televisiva ilustra muy bien la situación. Fue un reportaje emitido en *Crónicas marcianas* en el que Cárdenas acude a entrevistar al primer andaluz que va a ser operado de reasignación sexual a cargo de la sanidad pública. La transexual está acompañada de un homosexual que presumiblemente es su mejor amigo y que está ahí para brindar (con Fanta) por la noticia. La cosa se complica porque el amigo no quiere que su compañera se opere y se enzarzan en una discusión que transcurre, más o menos, de la siguiente manera:

— Transexual: «Yo tengo que operarme porque desde chica todo en mí es femenino, porque soy una mujer».
— Amigo: «¿Y yo qué soy, un robot?».
— Transexual: «¿Tú a qué has venido aquí, a apoyarme o a hundirme?».
— Amigo: «Que sepas que por mucho que te operes vas a seguir siendo un *maricón pintao*».

A continuación la transexual andaluza, que tenía un disgusto monumental, puso a su amigo de patitas en la calle.

La transexual que no se quiere operar es transgresora incluso dentro de su propio submundo. Los antropólogos quieren ver en la operación de cambio de sexo un rito de paso, con su muerte simbólica y renacimiento iniciático, como los que han estado presentes en todas las culturas. Nos toca reflexionar sobre el papel de la cirugía despojándola de mitos y considerándola como una opción más dentro de las manifestaciones de la identidad de género.

Las especulaciones más radicales proponen diferenciar la transexualidad (paso previo a la intervención quirúrgica de cambio de sexo) del transgénero (estadio definitivo en el que una travesti hormonada y feminizada no desea prescindir de sus genitales masculinos). La comunidad transgenérica comienza a organizarse y es una de las voces más guerreras dentro de la teoría crítica. Las transgeneristas sostienen que la sociedad prefiere a una transexual operada porque no opone resistencia a la norma, es asimilable y no representa un desafío en la estructura cultural del sistema de dos géneros, masculino y femenino.

Sigamos con las críticas. Travestis y transexuales han sido duramente censuradas por las teóricas sociales feministas. Se les ha echado en cara que no cuestionan los roles que oprimen a las mujeres, es más, que están deseando asumirlos para reafirmar una identidad recientemente adquirida. No despiertan simpatía al mostrar una imagen estereotipada de los cánones de belleza femenina, llegando a una parodia que abusa de las técnicas de cirugía estética. Finalmente se les sugiere que asuman que no son

más que imitaciones hasta cierto punto convincentes de su visión idealizada de la mujer. La misma crítica surge a veces dentro de la propia comunidad por parte de transexuales que aspiran a dar una imagen sin estridencias, la de un ama de casa cualquiera.

Quien ríe el último ríe mejor, y la carcajada final, a día de hoy, es la de las travestis y transexuales que han visto cómo su imitación de género se está convirtiendo en una directriz estética para las propias mujeres. Cada día hay más mujeres que padecen «síndrome de actitud poliquirúrgica»: labios, pecho, nariz, glúteos, pómulos..., todo retocado. La acentuación de los atributos femeninos las convierte en una imitación de las transexuales. ¿Será la reacción de alarma ante la competencia directa que representan estas supermujeres? Si hasta las madres se empeñan en llamar a sus chiquillas con nombres típicos de travesti: Deborah, Jenniffer, Vanessa, Jessica...

Estoy encantada con esta vuelta de tuerca final. Cuando sea mayor, quiero decir verdaderamente mayor, espero que mi aspecto no permita adivinar si soy una mujer vieja y extravagante o una transexual a la que se le ha ido la mano con las infiltraciones de silicona. Y esto me hace pensar en qué va a pasar con las transexuales que van llegando a la edad de jubilación. Se enfrentan a una doble discriminación, la de su condición y la de la vejez. Creo que va siendo hora de que funde una Residencia de la Tercera Edad para transgresoras pioneras...

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

AGUSTÍN, José: *Tragicomedia mexicana I,* Planeta Mexicana, 1990.

— *Tragicomedia Mexicana II,* Planeta Mexicana, 1992.

ÁLVAREZ, María Teresa: *Ellas mismas,* Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

AMORÓS BLASCO, Lorena: *El abismo de la mirada: ruptura y muerte con la identidad pasada desde la práctica artística de Orlan,* Trabajo de Iniciación a la Investigación presentado en la Universidad Politécnica de Valencia, 1999.

ARAKISTAIN, Xabier y Lourdes Méndez: *Trans Sexual Express,* Catálogo de la exposición, Bilbao Arte, 1999.

ARAKISTAIN, Xabier y Rosa Martínez: *Trans Sexual Express.* Catálogo de la exposición, Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya, 2001.

ARMSTRONG, David & Nan Golding: *A Double Life,* Scalo Publishers, 1994.

ARSUAGA, Juan Luis e Ignacio Martínez: *La especie elegida,* Madrid, Temas de Hoy, 1998.

ASIMOV, Isaac: *Momentos estelares de la ciencia,* Madrid, Alianza, 1981.

BARAJAS SANDOVAL, Carmen: *Una mujer llamada María Félix,* Edamex, 1992.

BARNFIELD, Thomas: *The Dictionary of Anthropology,* Blackwell, 1997.

BLAVATSKI, Helena Petrovna: *Helena Petrovna Blavatski reflexiones sobre la actualidad de sus enseñanzas esotéricas,* Madrid, Ediciones Nueva Acrópolis, 1992.

BOAS, Franz: *Race, Language and Culture,* Anthropeditions, 1981.

BOLEN Jean Shinoda: *Las diosas de cada mujer,* Barcelona, Kairós, 2000.

BRADLEY, Fiona: *Surrealism. Movements in Modern Art,* Tate Gallery Publishing, 2001.

BROSSARD-DANDRÉ, Michèle: *Ricardo Corazón de León: historia y leyenda,* Madrid, Ediciones Siruela, 1991.

BUTLER, Judith: *El género en disputa,* Barcelona, Paidós Género y Sociedad, 2001.

CALLE, Ramiro A.: *Sociedades secretas, movimientos iniciáticos,* Madrid, Arias Montano, 1990.

CALLEJA, Pedro: *Meyermanía. Las películas y las supermujeres de Russ Meyer,* Midons, 1995.

CALMEL, Mireille: *La boda de Leonor,* Barcelona, Martínez Roca, 2002.

CARDÍN, Alberto: *Guerreros, chamanes y travestis,* Barcelona, Tusquets, 1984.

CHÁVEZ, Julio: *Vestidas y desvestidas. Cincuenta años en la farándula de México,* Raúl Juárez Ediciones, 1992.

CLOT, Manel: *Hypertronix. Algunas figuras de la cultura juvenil,* Espai d'art contemporani de Castelló, Generalitat Valenciana, 1999.

COTTINGTON, David: *Cubism. Movements in Modern Art,* Tate Gallery Publishing, 2001.

CUENCA, Luis Alberto de y Miguel Ángel Elvira: *Canciones completas de Guillermo IX, duque de Aquitania, y Jaufré Rudel,* Madrid, Editora Nacional, 1978.

CUENCA, Luis Alberto de: *Floresta española de caballería varia,* Madrid, Editora Nacional, 1975.

— *Guillermo de Aquitania: poesía completa,* Madrid, Siruela, 1983.

— *Los Lais de María de Francia,* Madrid, Siruela, 1987.

DAVENPORT-HINES, Richard: *Gothic: 400 years of excess, horror evil and ruins,* North Point Press, 1999.

DOUGLAS, Marsha: *Women's Lib. Female Revolution,* Gender Up!, 2001.

DOYLE, Arthur Conan: *Historia del espiritismo,* Madrid, Eyras, 1983.

DREYFUS, Gilbert: *Las intersexualidades,* Barcelona, Oikos-Tau, 1973.

EBERSHOFF, David: *La chica danesa,* Barcelona, Anagrama, 2001.

ELIADE, Mircea: *Historia de las ideas y de las creencias religiosas I. De la prehistoria a los misterios de Eleusis,* Madrid, Editorial Cristiana, 1978.

ESCOHOTADO, Antonio: *Rameras y esposas,* Barcelona, Anagrama, 1993.

FABUEL CAVA, Vicente: *Las chicas son guerreras,* Lérida, Editorial Milenio, 1998.

FERNÁNDEZ, Adela: *Emilio Indio Fernández. Vida y retrato,* Panorama, 1986.

FÉVRE, Francis: *La faraona de Tebas,* Barcelona, Planeta, 1988.

FLANAGAN, Sabina: *Hildegard of Bingen, a Visionary Life,* Routledge, 1989.

FONDA, Jane: *Jane Fonda's Workout Book,* Allen Lane, 1983.

FOWLER, Kenneth: *The Age of Plantagenet & Valois,* Ferndale Editions, 1967.

FUERTE, María Jesús: *Reinas medievales en los reinos hispanos,* Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

GARCÍA GUAL, Carlos: *Primeras novelas europeas,* Madrid, Istmo, 1974.

GINER, Salvador, Emilio Lamo de Espinosa, Cristóbal Torres Albero: *Diccionario de sociología* (eds), Madrid, Alianza, 1998.

GOODALL, Jane y Phillip Berman: *Gracias a la vida,* Barcelona, Mondadori, 2000.

GOULD, Stephen Jay: *Adam's navel and other essays,* Penguin, 1995.

GREEN, Miranda J.: *Dictionary of Celtic Myth and Legend,* Thames & Hudson, 1992.

GROSENICK, Uta y Bukhard Riemchneider: *Art Now,* Taschen, 2002.

GUERBER, H. A.: *Middle Ages, Myths and Legends,* Senate-Studio Editions, 1994.

HALSTON, Timothy: *The Pre-Raphaelites,* Thames & Hudson, 1970.

HAMILTON, E.: *La mitología,* Daimón, 1976.

HARRIS, Marvin: *Introducción a la antropología general,* Madrid, Alianza Universidad Textos, 1994.

HEARTNEY, Eleanor: *Postmodernism. Movements in Modern Art,* Tate Gallery Publishing, 2001.

HERRERA, Hayden: *Frida: una biografía de Frida Kahlo,* Diana, 1986.

HITE, Shere: *El nuevo informe Hite. Mujeres y amor,* Madrid, Punto de lectura, 2002.

HOGAN, Steve & Lee Hudson: *Completely Queer. The Gay and Lesbian Encyclopedia,* Owl Books, 1998.

HUSAIN, Shahrukh: *La diosa,* Duncan Baird Publishers, 2001.

HUSTON, John: *A libro abierto,* Madrid, Espasa Calpe, 1987.

JAHME, Carole: *Bellas y bestias: el papel de las mujeres en los estudios sobre primates,* Madrid, Ateles Editores, 2002.

JAY, Bernard: *Not simply Divine,* Virgin Books, 1993.

JOHANSON, Donald y Maitland Edey: *El primer antepasado del hombre,* Barcelona, Planeta, 1990.

JOHNSON, Robert A.: *She. Undestanding the femenine psychology,* Harper Perennial, 1989.

JOHNSON, Robert A.: *We. Understanding romantic love,* Penguin Arkana, 1987.

JULIUS, Anthony: *Transgresiones. El arte como provocación,* Barcelona, Destino, 2003.

JUNG, Carl: *Símbolos de transformación,* Ediciones Mexicanas de Psicología,1990.

LANTIER, Jacques: *La teosofía,* Barcelona, Martínez Roca, 1978.

MAIR, Lucy: *Introducción a la antropología social,* Madrid, Alianza, 1981.

Mannix, Daniel P.: *Freaks, we who are not as others,* Re/Search Pub., 1990.

McCarthy, David: *Pop Art. Movements in Modern Art,* Tate Gallery Publishing, 2001.

Mead, Margaret: *Experiencias personales y científicas de una antropóloga,* Barcelona, Paidós, 1994.

Mead, Margaret: *Male & Female,* Anthropeditions, 1982.

Menéndez, Mario, Alfredo Jimeno y Víctor M. Fernández: *Diccionario de prehistoria,* Madrid, Alianza Universidad, 1997.

Milstead, Frances: *My son Divine,* Alyson Publications, 2001.

Molly, Mae: *Stardom: a Hollywood story,* Spotlight Books, 1996.

Montiel, Sara: *Vivir es un placer. Memorias,* Barcelona, Plaza & Janés, 2001.

Moore, Alan & Eddie Campbell: *From Hell,* Barcelona, Planeta De Agostini, 2001.

Morató, Cristina: *Las reinas de África,* Barcelona, Plaza & Janés, 2003.

Neset, Gilles: *Lempicka,* Taschen, 2001.

Nieto, José Antonio [comp.]: *Transexualidad, transgenerismo y cultura: antropología, identidad y género,* Madrid, Talasa Ediciones, 1998.

Norman, Bruce: *La arqueología romántica,* Barcelona, Ediciones Destino, 1990.

O'Brien, Kate: *Esa dama: la historia de la princesa de Éboli,* Barcelona, Edhasa, 1986.

Paquet, Dominique: *La historia de la belleza,* Barcelona, Ediciones B, 1998.

Preciado, Beatriz: *Manifiesto contra-sexual. Prácticas subversivas de identidad sexual,* Madrid, Ópera Prima, 2002.

Ridruejo, Esperenza: *Memorias de Pitita,* Madrid, Temas de Hoy, 2002.

— *Mi corazón triunfará,* Barcelona, Belacqua, 2003.

Rodríguez, Pepe: *Dios nació mujer,* Madrid, Punto de lectura, 2000.

Rosell, Daniela: *Ricas y famosas,* Madrid, Turner Publicaciones, 2002.

Sabater Pi, Jordi: *El chimpancé y los orígenes de la cultura,* Barcelona, Anthropos, 1992.

Sardar, Ziauddin & Borin van Loon: *Introducing Cultural Studies,* Icon Books, 1998.

Schultes, Richard Evan y Albert Hofmann: *Plants of the Gods,* Healing Arts Press, 1992.

Scott, Manda: *Boudica,* Bantam Press, 2003.

Seeling, Charlotte: *Moda. El siglo de los diseñadores,* Könemann, 2000.

Serés, Guillermo: *La transformación de los amantes,* Barcelona, Crítica Grijalbo-Mondadori, 1996.

Serrano, Irma y Elisa Robledo: *A calzón amarrado,* Selector Actualidad Editorial, 1987.

— *Sin pelos en la lengua,* Selector Actualidad Editorial, 1989.

— *Una loca en la polaca,* Selector Actualidad Editorial, 1992.

Shelley, Mary: *Frankenstein,* Barcelona, Editorial Molino, 1966.

SHULGIN, A. T. [et al.]: *Plantas, chamanismo y estados de conciencia,* Barcelona, La Liebre de Marzo, 1994.

SIMIOT Bernard: *Yo, Zenobia, reina de Palmira,* Barcelona, Emecé Ediciones, 1995.

SINGER, Peter: *Animal Liberation,* Thornsons, 1983.

SOLER Cabo, Lucas: *Las otras diosas: mitos eróticos de la serie B,* Madrid, Midons, 1998.

SPADA, James: *Más que una mujer: una biografía íntima de Bette Davis,* Barcelona, Laertes, 1994.

TAIBO, Paco Ignacio: *La Doña,* Planeta Mexicana, 1992.

TERESA DE JESÚS, santa: *Obras completas,* Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1984.

VALDÉS, Zoé: *Lobas de mar,* Barcelona, Planeta, 2003.

VALE, V. & Andrea Juno: *Modern Primitives. An investigation of Contemporary Adornment & Ritual,* Re/Search Pub., 1989.

VALENCIA, Manuel y Eduardo Guillot: *Traci Lords,* Madrid, Midons, 1997.

VARGAS LLOSA, Mario: *El paraíso enfrente,* Madrid, Alfaguara, 2002.

VARGAS, Chavela: *Y si quieren saber de mi pasado,* Madrid, Aguilar, 2002.

VARIOS AUTORES: *Bauhaus Archive Berlin,* Museum of Design, 1999.

— Biblia de Jerusalén, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1981.

— *Bizarre Cinema. Sexplotation Filmakers,* Glittering Images, 1997.

— *Bulfinch's Mithology,* Gramercy Books, 1979.

— *Chamanismo. El arte natural de curar,* dirigido por José María Poveda, Madrid, Temas de Hoy, 1997.

— *El kitsch español,* Madrid, Temas de Hoy, 1988.

— *Enciclopedia Británica,* 15th Edition, 1994.

— *Enciclopedia de Mitología,* Afrodisio Aguado, 1967.

— *Madame Yevonde,* The British Council, 1998.

— *Mujeres en la historia de España,* Barcelona, Planeta, 2000.

— *Prehistoria I,* Unidades Didácticas, Madrid, UNED, 1996.

— Revista *Muscle & Fitness.*

— Revista *Odisea.*

— Revista *Shangay.*

— Revista *Zero.*

— *Siouxsie & the Banshees,* Babylon Books, 1982.

— *Sólo para tus ojos; el factor feminista en relación a las artes visuales,* Arteleku, Diputación Foral de Guipúzcoa, Departamento de Cultura del Gobierno Vasco, 1998.

— *Treasures of Egypt,* Collector's Edition vol. 8, National Geographic, 2003.

VAZEILLES, Danièle: *Los chamanes,* Bilbao, Desclée de Brouwer, 1995.

VÁZQUEZ HOYS, Ana María y Pilar Fernández Utiel: *Diccionario del mundo antiguo,* Madrid, Alianza, 1994.

VÁZQUEZ HOYS, Ana María: *Historia antigua universal I: Próximo Oriente y Egipto,* Madrid, UNED, 1996.

VIOLET, Ultra: *Famosa durante 15 minutos,* Barcelona, Plaza & Janés, 1989.

VITEBSKY, Piers: *Los chamanes,* Duncan Baird Publishers, 2001.

WALTON, H.: *Juana de Arco,* Madrid, Espasa Calpe, 1963.

WASSON, Robert Gordon, Albert Hofmann, Carl P. Ruck: *El camino a Eleusis,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1985.
WASSON, Robert Gordon, Stella Kramrisch, Jonathan Ott, Carl P. Ruck: *La búsqueda de Perséfone,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992.
WEIDER, Ben & Robert Kennedy: *Pumping Up!* Sterling Publishers, 1985.
WILSON, Colin: *Beyond the Occult,* Corgi Books, 1989.
— *Los inadaptados,* Barcelona, Planeta, 1989.
— *Mysteries,* Grafton Books, 1983.
— *Seres con poderes ocultos,* Barcelona, Noguer, 1976.
— *The Occult,* Grafton Books, 1979.
WILSON, Robert Anton: *Ishtar Rising,* Falcon Press / Golden Dawn, 1989.
ZILKONSAI, Kathauna: *Coco Chanel,* Barcelona, Ediciones B, 2000.

Páginas web consultadas

www.arakis.arrakis.es
www.astridhadad.com
www.britanica.com
www.carlaantonelli.com
www.chueca.com
www.cindyjackson.com
www.guerillagirls.com

www.imdb.com
www.janegoodall.org
www.mamievandoren.com
www.naciongay.com
www.piratedocuments.com
www.proyectogransimio.org
www.queenmother.tv
www.saldelcloset.com
www.search.eb.com
www.smithsonianmag.si.edu
www.transexualia.org
www.transhistory.org
www.uam.es/otros/ape (Asociación Española de Primatología)
www.victorianweb.org

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abad, Antonia (véase Sara Montiel): 175
Abascal, Nati: 214
Abreu, Rosalía: 27, 244
Abril, Victoria: 298
Acevedo (de), Ángela: 157
Aceves, María Luz Flores (véase Lucha Reyes): 123
Acosta, Mercedes: 165, 166
Aguirre, Elsa: 183
Akelay, Delia: 56, 57
Alcuida: 274
Aldecoa, Josefina: 70
Alexine: 58, 303
Alí, Laila: 233
Almodis de la Marca: 93
Alonso, Anabel: 272
Álvarez Bravo, Lola: 143
Amparo: 206
Andersen, Bibi (véase Bibiana Fernández): 298
Anderson, Pamela: 256
Andress, Ursula: 182
Andrews Sisters: 213
Angelyne: 237
Antonelli, Carla: 298
Arden, Elisabeth: 217
Arenal, Concepción: 247
Artemisa: 274
Aspasia: 61
Austen, Jane: 115
Awilda (véase Alcuida): 274
Azúcar Moreno: 130

Bara, Theda: 162, 163
Barbie: 235
Barbin, Herculine: 303
Bárcena, Catalina: 160, 161
Bardot, Babette: 182
Bargalló, Esperanza: 213
Bargalló, Sara: 231
Barnés González, Adela: 66

Barnés González, Dorotea: 66
Barnes, Djuna: 269
Barney, Natalie: 268, 269, 270
Bartsh, Suzanne: 294
Bathory, Elisabeth: 216
Bat Zabbai (véase Zenobia): 87
Bayer, Georgina: 297
Beauvoir (de), Simone: 68, 263, 270
Bejarano, Percilla: 243
Bell, Vanessa: 138
Beltrán, Lola: 124, 145
Belzoni, Sarah: 60
Benedict, Ruth: 52, 53, 54, 69, 267, 281
Berenguela: 94
Bermejo, Magdalena: 49
Bernhard, Sandra: 271
Bernhardt, Sarah: 160, 230
Berrocal, Yola: 272
Blanca de Castilla: 94
Blavatski, Helena Petrovna: 208, 209, 210
Blyton, Enyd: 277
Boadicea: 86, 87
Bogue, Alejandra: 288
Bolena, Ana: 99
Bonheur, Rosa: 136, 137
Bonny, Ann: 274, 275, 276
Booth, Lidia: 68
Boreman, Susan (véase Linda Lovelace): 258
Borgia, Lucrecia: 75
Bosé, Lucía: 215
Bourgeois, Louise: 149
Boyce, Joanna: 137
Brant, Molly: 78
Brite, Polly Z.: 119
Brönte, Anne: 117
Brönte, Charlotte: 117
Brönte, Emily: 117
Brooks, Louise: 162
Brooks, Romaine: 138, 267
Budicca (véase Boadicea): 86
Budiga (véase Boadicea): 86
Bula: 28
Burgos (de), Carmen: 247
Burne-Jones, Georgiana: 137
Burton, Isabel: 117, 118

Calderón, María Inés: 158
Califia, Pat: 267
Campbell, Naomi: 240
Campoamor, Clara: 248
Carey, Mariah: 136
Carlos, Wendy: 293
Carmen: 163
Carmen de Mairena: 289
Carmilla: 118, 268
Caro Mallén, Ana: 157
Carolina de Mónaco: 212
Carrington, Dora: 138, 270
Carrington, Leonora: 141
Cartland, Barbara: 114
Cassiraghi, Carlota: 212
Castro, Estrellita: 129
Cather, Willa: 273
Celis (de), Lilian: 128
Cepeda (de) y Ahumada, Teresa: 201
Chanel, Coco: 219, 220, 222
Chanel, Gabrielle (véase Coco Chanel): 220
Channing, Margo: 169
Cheetah (Jiggs): 25, 34
Chen, Manolita: 300
Cheng I Sao: 276
Cher: 234
China: 26

Chovzko, Olympe: 104
Christy (Turlington): 233, 259
Cicciolina: 261
Ciccone, Louise (véase Madonna): 134
Claramunt, Teresa: 247
Claudel, Camille: 138
Claudia (Schiffer): 214
Claver, Queta: 185
Cleopatra: 84, 85, 86, 87, 88, 163
Clermont, Claire: 115
Coccinelle: 290
Colbert, Claudette: 165
Colette: 269, 273
Constanza de Borgoña: 91
Conway, Lynn: 297
Cookie: 152
County, Jayne: 293
Crawford, Cindy: 215, 271
Crawford, Joan: 167, 169, 170
Croix (de la), Raven: 182
Cruz, Celia: 126
Cunningham, Imogen: 141
Curie, Irene: 66
Curie, Marie: 66
Curtis, Jackie: 289
Cushman, Charlotte: 268

Dallion, Susan (véase Siouxsie): 132
Dana Internacional: 292
Darling, Candy: 289
Davis, Bette: 167, 168, 169
Delaunay, Sonia: 138
Desmond, Norma: 163
Díaz, Marujita: 129
Dido: 274
Dietrich, Marlene: 164, 169, 219, 223, 268, 282
Dion, Celine: 36
Divine: 284, 285, 286, 287
Doña Bárbara: 171
Doña Lola (véase Dolores Olmedo): 144, 145
Doña Marina (véase La Malinche): 74, 76
Dors, Diana: 181
Dovima: 213
Duncan, Isadora: 220, 229
Dupin, Aurore (véase George Sand): 278

Eastman, Linda (véase Linda McCartney): 56
Egilo: 90
Egilón (véase Egilo): 90
Elbe, Lilly: 300, 301, 307
Elle (McPherson): 214
Elvira, Señora de la Noche: 182
Emin, Tracy: 152
Enríquez de Guzmán, Feliciana: 157
Erauso, Catalina: 276
Ersoy, Bülent: 291
Escobar, Marisol: 150
Estrada, Susana: 185, 257
Estuardo, María: 99
Eugenia de Montijo (emperatriz): 137
Eva: 20, 25, 198, 250
Everet, Chris: 230
Everson, Corey: 231

Falaise (de la), Lou Lou: 214
Fawcett Majors, Farrah: 255
Felice, Jacoba: 61
Félix, María: 171, 172, 174, 277
Fernández, Bibiana: 299

Ferrari Lollo: 237
Fini, Léonor: 226, 267
Flo: 40, 43
Flores, Lola: 131, 268
Fonda, Jane: 69, 230, 231
Fonssagrives, Lisa: 213
Fossey, Dian: 44, 47, 48
Foster Jenkins, Florence: 121
Fox, Catalina: 207
Fox, Margarita: 207
Fox, Samantha: 256, 259
Fox, Sue «Tiger Lily»: 233
Francis, Bev: 232
Frazier, Jacquie: 233
Fried De Kooning, Elaine: 149
Gabor, Zsa Zsa: 182
Gabrielle: 266
Gadner, Ava: 170
Galdikas, Biruté: 47, 49
Galindo, Hermila: 249
Gallipapa, Bellayna: 65
Gallipapa, Plá: 65
Garbo, Greta: 165, 166, 169, 219, 268
García Rodrigo, Boti: 272
Gautier, Margarita: 163
Georgina: 277
Gerlinki, Kinky: 294
Ginebra (reina): 111, 199
Godwin Wollstonecraft, Mary (véase Mary Shelley): 246
Goiry, María: 69
Golding, Nan: 152
Goodall, Jane: 36, 39, 41, 43, 44, 45, 46, 47, 48
Goodall, Vane: 39
Goodman, Theodosian (véase Theda Bara): 162
Gordo Pantoja, María del Mar: 300
Gorrindo, Hilda Isabel (véase Isabel Sarli): 184
Gorska, Tamara (véase Tamara de Lempicka): 140
Gouges (de), Olympia: 246
Gouze, María (véase Olympia de Gouges): 246
Gracia, Malena: 272
Graf, Lía: 242
Graham, Martha: 230, 291
Granger, Ethel: 239
Griffith, Florence: 232
Guerrero, María: 159, 160, 162
Guerrilla Girls: 151
Guevara, Nacha: 219
Guggenheim, Peggy: 142
Guillot, Olga: 126
Gustavson, Greta Lovisa (véase Greta Garbo): 166
Gutiérrez de Mendoza, Juana: 249
Gwendoline: 181

Hadad, Astrid: 125, 130
Hale, Dorothy: 147
Hall, Jerry: 214
Harlow, Jean: 164
Hatshepsut: 79, 80, 81, 82, 278
Hayworth, Rita: 170
Head, Edith: 179
Hepburn, Katherine: 167, 168, 169, 219, 223
Hera: 197
Hernández, Millie: 272
Highsmith, Patricia: 271
Hildegarda de Bingen: 61, 67, 119, 200, 203
Hilton, Daisy: 243
Hilton, Violet: 243

Hite, Shere: 252
Hollander, Xaviera: 258
Holzer, Jenny: 151
Hoyos (de), Kitty: 186
Huang P'ei-mei: 276
Hutton, Lauren: 214
Hypatia: 65, 67

Inanna: 190, 192
Isabel de Borbón: 157
Isabel I de España: 98
Isabel II de España: 102
Isabel I de Inglaterra: 98, 102
Isabel II de Inglaterra: 204
Isabel la Católica (véase Isabel I de España): 98, 99
Ishtar: 190, 191, 192
Isis: 189, 190

Jackson, Cindy: 234, 235
Jezabel: 169
Jiménez, María: 129
Jiménez, Susana: 184
Jiménez y Muro, Dolores: 249
Johnson, Osa: 26, 55
Jordan: 227
Jorge (véase Georgina): 277, 278
Jorgensen, Christine: 300, 301, 307
Juana de Arco: 279, 280
Julia Saturnina: 64
Julieta: 156
Jurado, Rocío: 129

Kahlo, Frida: 143, 144, 146, 147, 267
Kalantán: 184
Kate (Moss): 214
Katzen: 238
Kelly: 290
Kent, Victoria: 248
Keyes, Evelyn: 26
Kingsley, Mary: 58
Koko: 25, 32
Koo Koo the Bird Girl: 239
Kuzma, Nora Louise (véase Traci Lords): 259

La Bella Otero: 127
La Bella Raquel (véase Raquel Meller): 128
La Calderona (véase María Inés Calderón): 158
La Caoba: 128
La Chelito: 128
La Doña (véase María Félix): 171
La Fornarina: 128
La Lupe: 126
La Malinche: 74, 75, 76, 77
La Tigresa (véase Irma Serrano): 176, 177
Ladvenant, María: 159
Lady Killgrew: 274
Lady Macbeth: 156
Lady Rebeca (véase Pocahontas): 77
Lake, Verónica: 228
Lamadrid, Teodora: 159
Lamia: 196
Lang, K.D.: 271
Las Grecas: 129
Leakey, Mary: 20, 21, 23
Leakey, Meave: 52
Leal, María Elena: 124
Lear, Amanda: 292
Leduc, Violette: 270
Leibovitz, Annie: 141
Lejárraga, María: 161

Lempicka (de), Tamara: 140, 267
Leonor de Aquitania: 94, 98, 110
Leonor de Castilla: 93
Lepe, Ana Bertha: 183
Lepore, Amanda: 294
LeSueur, Lucille (véase Joan Crawford): 167
Lilith: 196, 197, 198
Lilitu: 196
Linda (Evangelista): 214
Lion, Maro: 164
Lola Lola: 164
Lords, Traci: 230, 259, 260
Lovelace, Linda: 258
Lucy: 21, 22, 23, 24, 25, 29, 32, 35, 137
Lyon, Lisa: 231
Lypsinka: 294
Lys, Agatha: 185, 257

MacLaine, Shirley: 183
Madame Blavatski (véase Helena Petrovna Blavatski): 208, 209, 210
Madame Yevonde: 142
Madonna: 134, 135, 136, 256, 271, 282, 295
Madox Brown, Lucy: 137
Mahler, Alma María: 121
Makare (véase Hatshepsut): 80
Malinalli (véase La Malinche): 74
Mansfield, Jayne: 181, 256
María, Condesa de Champaña: 96, 112
María de Francia: 112, 119
María la Judía: 65
María Sabina: 194, 195, 210
Marianne: 25, 32
Marifé de Triana: 129, 284
Marmury, Elisabeth: 268
Marquesa de Fresen: 274
Martin, Christy: 233
Martirio: 130
Marusix, Coco: 290
Matada: 25, 33
Matoaka (véase Pocahontas): 77
Matos (de), Virginia: 185
McCambridge, Mercedes: 167
McCartney, Linda: 56
McLish, Rachel: 231
Mead, Margaret: 52, 53, 54, 267, 281
Meller, Raquel: 128
Mendelssohn, Fanny: 121
Mendoza, Amalia «la Tariácuri»: 124
Mendoza (de), Ana: 100, 101
Menédez Pidal, Jimena: 70
Mesalina: 75, 171
Minelli, Liza: 282
Mitchell, Maria: 69
Miss Guy: 293
Miss Piggy: 285
Modotti, Tina: 143, 146, 147
Mona Lisa: 27, 155
Monja Alférez, la (véase Catalina Erauso): 276
Monroe, Marilyn: 170, 265, 282
Montes, Yolanda (véase Tongolele): 184
Montiel, Sara: 128, 174
Montparnasse (de), Kiki: 213
Morgan, Claire (véase Patricia Highsmith): 271
Morgana: 198, 199
Mori, Mariko: 153
Morny (de), Mathilde: 269

Morrison, Patricia: 214
Mozart, Maria Anna (véase Nannerl Mozart): 120
Mozart, Nannerl: 120, 121
Mu-Lan: 278, 279
Munster, Lily: 238

Nadiuska: 185, 256
Nadja (Auermann): 214
Naomi (véase Naomi Campbell): 214, 240
Natividad, Francesca «Kitten»: 182
Navratilova, Martina: 230, 271
Nefertiti: 84
Nefrure: 80, 81
Negri, Pola: 162
Nicol, Mary (véase Mary Leakey): 51
Nightingale, Florence: 62, 63, 64
Nusman, Christy Lee (véase Traci Lords): 259

O'Connor, Frances: 243
O'Keefe, Georgia: 141
O'Malley, Grace: 274
O'Sullivan, Maureen: 34
Obrea, Madame (véase Rosalía Abreu): 244
Obregón, Ana: 212
Olivia: 213
Olmedo, Dolores: 18, 144, 145, 234
Oppenheim, Meret: 141
Orlan: 154, 155
Ortiz de Domínguez, Josefa: 248
Otero, Agustine (véase La Bella Otero): 127
Otero, Carolina (véase La Bella Otero): 127

Page, Betty: 180, 259
Paglia, Camille: 267
Panbanisha: 25, 33
Pantoja, Isabel: 129
Pardo Bazán, Emilia: 247
Patterson, Penny: 32
Pavlovna, Valentina: 194
Peluffo, Ana Luisa: 183
Peñuelas, Antoñita: 129
Pérez, Kim: 300
Perséfone: 191, 192
Pfeiffer, Michelle: 180
Pickford, Mary: 162
Piquer, Doña Concha: 129
Pocahontas: 77
Pougy (de), Liane: 127, 269
Princesa de Éboli (véase Ana Mendoza): 100

Quiñones, Maribel (véase Martirio): 130
Quant, Mary: 226, 228, 250

Radcliffe, Anne: 115
Radcliffe-Hall, Marguerite Antonia: 273
Raimond, Guadalupe Victoria Yoli (véase La Lupe): 126
Ramos, Olga: 128
Read, Mary: 274, 275
Real, Mariluz: 185
Reeve, Clara: 114
Reina, Juanita: 129
Renault, Mary: 270
Renée: 213
Rey, Bárbara: 185
Reyes, Lucha: 123, 124
Reyes Espíndola, Patricia: 124
Rice, Anne: 119

Rico, Paquita: 129
Ridruejo, Esperanza: 204
Ridruejo, Pitita (véase Esperanza Ridruejo): 205
Riefenstahl, Leni: 148
Riley, Bridget: 150
Río (del), Dolores: 172
Roddick, Anita: 217, 218
Rosa, María Jesús: 233
Rosamunda: 96
Rossell, Daniela: 154
Rossetti, Christina: 117, 137
Roy, Esperanza: 277
Ru-Paul: 287
Rubinstein, Elena: 217
Ruva D'val: 288

Sackville-West, Vita: 269
Safo: 268
Salerno, Sabrina: 256
Salomé: 163
Sally: 242
Sancha: 92
Sand, George: 278
Santa Catalina: 276, 277, 279
Santa Teresa de Jesús: 200, 201, 202
Sarah: 25, 33
Sarli, Isabel: 184, 256
Satana, Tura: 182
Savage-Rumbaugh: 33
Schiaparelli, Elsa: 141, 225, 226
Shrimpton, Jean: 213
Schumann, Clara: 121
Seacole, Mary: 63, 64
Serrano, Irma: 176, 178
Sevilla, Carmen: 129
Sevilla, Ninón: 184
Shelley, Mary: 115, 116, 119, 237, 246
Sherman, Cindy: 152, 154
Sida al-Hurra: 274
Siddal, Elisabeth Eleanor: 137
Sidonie, Gabrielle (véase Colette): 269
Siouxsie: 132, 133, 134, 214
Sklodowska, Marya (véase Marie Curie): 65
Solanas, Valerie: 265
Solidor, Suzy: 140
Sor Juana Inés de la Cruz: 120, 203, 268
St. Denis, Ruth: 230
St. John, Mia: 233
Staller, Ilona (véase Cicciolina): 261
Stein, Gertrude: 270
Stephan, Gloria: 136
Stephanie (Seymour): 214
Stern, Sara (véase Sonia Delaunay): 138
Storm, Tempest: 182
Strachey, Julia: 270
Streep, Meryl: 214
Su Mu Key: 184
Susie: 25, 33, 34
Swanson, Gloria: 162, 163
Swire, Vivienne Isabel (véase Vivienne Westwood): 226

Taylor, Elisabeth: 285
Teixidor, Patricia: 49
Tellado, Corin: 114
Teuta: 274
Tina (véase Las Grecas): 130
Tinne, Alexine: 58
Toklas, Alice B.: 270
Tongolele: 184
Tous Abad, Thais: 175

Tristán, Flora: 102, 103
Trótula: 61
Tudor, María: 99
Twiggy: 213

Urraca (infanta): 91
Urraca (princesa): 92
Urraca (reina): 92

Vampira: 182
van Doren, Mamie: 181
Vargas, Chavela: 124, 126, 268
Vargas, Dolores: 129
Varla: 183
Varo, Remedios: 142
Velásquez, Patricia: 271
Veneno (La), Cristina: 289, 309
Ventura, Addy: 185
Veruschka: 214
Vesta: 9, 192
Vicario, Leona: 248
Victoria de Inglaterra: 102
Vicky: 7, 25, 31
Villa, Lucha: 124
Vionnet, Madeleine: 225
Virgen María: 200, 206
Vivien, Renée: 268, 269

Washoe: 7, 25, 31
We'wha: 282
Wegener, Gerda: 301
Welch, Raquel: 170, 182, 230, 256, 289
West, Mae: 178, 226
Westwood, Vivienne: 226, 227
Wetherill, Marietta: 59, 60
Wilde, Dolly: 269
Wildenstein Jocelyn: 235, 237, 238
Williams, Betty Lou: 243
Williams, Serena: 232
Williams, Venus: 232
Wishman, Doris: 181
Wolfe (de), Elsie: 268
Wollstonecraft, Mary: 116, 245
Woodlawn, Holly: 289
Woolf, Virginia: 138, 269
Wortley Montagu, Lady Mary: 62
Wright González, Laureana: 248

Xena: 266
Xing, Jin: 290
Xirgu, Margarita: 162
Xtravaganza, Carmen: 296
Xtravaganza, Angie: 296

Yourcenar, Marguerite: 270

Zambrano, María: 67
Zárate, Lucía: 242
Zenobia: 86, 87, 88
Zineb (véase Zenobia): 87
Zira: 50

La irrepetible **Alaska**, icono de la transgresión en España desde hace veinticinco años, dedica este libro a homenajear a las mujeres de la historia universal que ella considera más transgresoras. Tras una larga investigación, la autora ha llevado a cabo su singular selección de aquellas mujeres que más transgredieron en el mundo de la literatura, la música, la pintura, la política, el deporte, el sexo, la moda...

De la mona *Lucy* a Cleopatra, de Bibiana Fernández a Simone de Beauvoir, de santa Teresa de Jesús a Divine, de escritoras como Virginia Woolf, Mary Shelley o Josefina Aldecoa y antropólogas como Margaret Mead o Ruth Benedict a reinas como Boadicea o Zenobia de Palmira y artistas tan diversas como Florence Foster Jenkins, Lola Flores, Siouxsie, Orlane, Sara Montiel, Amanda Lepore, Coco Chanel o Vivienne Westwood... **Transgresoras** recorre de manera informativa y amena un buen pedazo del lado más femenino de la **historia.**

Una obra imprescindible para saber más de las mujeres que no se limitaron a aceptar lo que les tocó vivir.

021463
9 788427 029774

Alaska

mr

Alaska
Transgresoras

Las mujeres que cambiaron su mundo

mr Singular

Alaska, Olvido Gara Jova, nace en 1963 en México D.F., hija de cubana y republicano español exiliado. En 1973, su familia se traslada a vivir a Madrid y a los catorce años forma con Carlos G. Berlanga y Nacho Canut su primer grupo, Kaka de Luxe, donde toca la guitarra eléctrica. En 1978 se forma Alaska y los Pegamoides, y pasa a ser su cantante. Graban su primer sencillo en 1980, *Terror en el hipermercado*. Ese mismo año se estrena la primera película de Pedro Almodóvar, *Pepi, Lucy, Bom y otras chicas del montón*, donde Alaska interpreta a una quinceañera punk y lesbiana. En 1982 llega el éxito masivo con *Bailando*. Los Pegamoides se disuelven y Alaska sigue con Nacho y Carlos en Dinarama. Al mismo tiempo se va convirtiendo en un personaje mediático y triunfa con canciones como *Ni tú ni nadie*, *¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?* y posteriormente *¿A quién le importa?*

Lolo Rico la llama en 1984 para presentar el programa de TVE *La bola de cristal*, que estuvo en pantalla hasta 1988. Alaska diversifica su trabajo y desde entonces y hasta el presente se dedica con igual ahínco a la música, la televisión, la interpretación y las colaboraciones en prensa y radio. Dinarama se separan en 1990 y forma junto a Nacho, Fangoria, grupo que permanece hasta el día de hoy y con el que obtuvieron recientemen-

(sigue en la segunda solapa)

(viene de la primera solapa)

te el reconocimiento del público con *No sé qué me das*.

Los intereses paralelos de Alaska la han llevado a matricularse en Historia en la universidad. También ha participado en congresos y charlas en centros culturales y universidades, como los cursos de verano de El Escorial o de la Menéndez Pelayo.

En el terreno editorial, Alaska participó como autora en el libro colectivo *Chamanismo, el arte natural de curar*, dirigido por el doctor José María Poveda. Además ya hay dos biografías suyas publicadas: *Alaska*, de Mario Vaquerizo, y *Alaska y otras historias de la movida*, de Rafa Cervera.